



REAPROPIACIONES DE HENRI LEFEBVRE: *CRÍTICA, ESPACIO Y SOCIEDAD URBANA*

GASIC, I.; NARVÁEZ, A.; QUIROZ, R. (COMPS.)



REAPROPIACIONES DE HENRI LEFEBVRE:
CRÍTICA, ESPACIO Y SOCIEDAD URBANA
Gasic, I; Narváez, A.; Quiroz, R. (comps.)

Primera edición, marzo de 2015
ISBN: 978-956-358-654-1

GÁSIC,I.; NARVÁEZ, A.; QUIROZ, R. (comps.) (2015) "Reapropiaciones de Henri Lefebvre: Crítica, Espacio y Sociedad Urbana". 1ra ed., Santiago de Chile: Editorial Triángulo. Colección Falansterio.

EDITORIAL TRIÁNGULO, 2015
Argomedo 190, Depto. 609
Santiago – Chile
<http://editorialtriangulo.org>
trianguloeditorial@gmail.com

NÚCLEO DE INVESTIGACIÓN ESPACIO Y CAPITAL, 2015
Cienfuegos 41, Departamento de Geografía
Santiago – Chile
<http://geografia.uahurtado.cl>
espacioycapital@gmail.com



Publicado bajo la licencia Creative Commons
Atribución-NoComercial
CompartirIgual 4.0
Internacional

Se permite compartir, copiar y redistribuir este libro en cualquier medio o formato, mientras se reconozca la fuente, no sea usado con fines comerciales, y no sea alterado.

**REAPROPIACIONES DE
HENRI LEFEBVRE:
CRÍTICA, ESPACIO
Y
SOCIEDAD URBANA**

Ivo Gasic Klett
Angelo Narváez León
Rodolfo Quiroz Rojas
(Compiladores)



**NÚCLEO DE
INVESTIGACIÓN
ESPACIO Y CAPITAL**

El espacio no tiene por sí ninguna capacidad y las contradicciones del espacio no vienen determinadas por él como tal. Son las contradicciones de la sociedad [...] las que vienen a irrumpir en el espacio, a nivel del espacio, dando lugar a contradicciones espaciales.

Henri Lefebvre, *La producción del espacio*, 1974

Índice

NOTA EDITORIAL	p. 6
CIUDADANÍA URBANA Y DERECHO A LA CIUDAD: HACIA UNA POLÍTICA DEL HABITAR. Miguel Pérez Ahumada	p. 10
HENRI LEFEBVRE Y EL MOVIMIENTO DE POBLADORES EN CHILE: ANÁLISIS DE UN DESENCUENTRO Alexis Cortés	p. 40
DE LA TEORÍA URBANA A LA CRÍTICA DEL CAPITALISMO. Rodrigo Barros	p. 56
LA PRODUCCIÓN SOCIAL DE LA ARQUITECTURA EN LEFEBVRE. Patricio de Stefani	p. 72
LA DINÁMICA ESPACIO/TERRITORIAL EN EL ESTUDIO DE LAS CLASES SOCIALES. Osvaldo Blanco	p. 96
LA MONUMENTALIDAD DE LO URBANO EN LA CIUDAD DEL SIGLO XXI. Laura Elena Zuluaga Fernández	p. 120
IMPRESIONES DE LO COTIDIANO EN EL DISCURSO DE LOS HABITANTES DE FLORIANÓPOLIS, BRASIL. Aline Bogoni Costa & Dulce Helena Penna Soares	p. 136
SUBVIRTIENDO EL ORDEN EN EL ESPACIO Y EN EL TIEMPO: LA GEOGRAFÍA HISTÓRICA DE LAS CONTRACULTURAS ESPACIALES. Luis Fernando De Matheus E Silva	p. 160

Nota editorial

La presente compilación reúne algunos de los trabajos presentados en el Seminario “Reapropiaciones de Lefebvre. Espacio, Crítica y Sociedad Urbana”, realizado los días 11 y 12 de Junio del año 2014 en las dependencias de la Universidad Alberto Hurtado (Chile). El Seminario –enmarcado en el Proyecto de Investigación “Consideraciones sobre el derecho a la ciudad. La representación del espacio comunal y municipal en Chile”, otorgado por la Dirección de Investigación y Publicaciones de la UAH y desarrollado en conjunto por Rodolfo Quiroz, Angelo Narváez e Ivo Gasic– tuvo por objeto discutir desde diversas dimensiones y perspectivas disciplinares la pertinencia y actualidad de las propuestas analíticas esgrimidas por Henri Lefebvre a lo largo de más de medio siglo de producción intelectual.

Y es que tras un largo periodo de ausencia, no sólo a nivel latinoamericano sino también europeo, la obra de Henri Lefebvre ha transitado en los últimos años por un efervescente periodo de significaciones, disputas y proyecciones desde los más diversos anclajes políticos y disciplinares. Ya en los últimos años del siglo XX Remi Hess –un sistemático difusor de la obra de Lefebvre en un escenario francés que se batía entre las más descarnadas disputas por la ruptura y/o continuidad del estructuralismo y el marxismo– publicó su aún hoy infranqueable *Henri Lefebvre et l'aventure du siècle* (1988). Tras la publicación de Hess proliferaron las obras que pretendieron dar cuenta de la generalidad representativa de las propuestas políticas y epistemológicas de Henri Lefebvre: *Lefebvre, Love & Struggle: Spatial Dialectics* (1999) de Rob Schields, *Understanding Henri Lefebvre. Theory and the Possible* (2004) de Stuart Elden; *Stadt, Raum und Gesellschaft. Henri Lefebvre und die Theorie der Produktion des Raumes* (2005), de Christian Schmid; y *Henri Lefebvre. A Critical Introduction* (2006), de Andy Murrifield, todas, obras que poblaron los márgenes mínimos de la producción bibliográfica que *sobre* o *desde* Lefebvre pretendieron dilucidar sintética y analíticamente las más diversas dimensiones espaciales de los estudios críticos urbanos.

El interés por la obra de Lefebvre, ya avanzado el siglo XXI, se vio reforzado por una ampliación de las discusiones antes propuestas hacia las más diversas

ramificaciones de la investigación social. Los esfuerzos editoriales de Kanishka Goonewardena, Łukasz Stanek, Chris Butler y Gulcin Erdi-Lelandais¹, por ejemplo, han significado un insistente reencuentro significativo con las perspectivas epistemológicas propuestas por Lefebvre desde las tribunas del siglo XX.

Es en este escenario de proliferación de discusiones, estructuralmente ancladas en la radicalidad de los cambios propios del capitalismo y las sociedades urbanas bajo la efigie del neoliberalismo, que el Seminario “Reapropiaciones de Lefebvre” buscó constituirse como una instancia de discusión crítica, reconocimiento y encuentro, tanto a nivel nacional como latinoamericano².

La revisión y edición de los textos aquí publicados contó, además, con el apoyo de Ignacio Arce (Facultad de Arquitectura y Urbanismo, Universidad de Chile), Walter Imilan (Facultad de Arquitectura y Urbanismo, Universidad de Chile/Instituto Nacional de la Vivienda), Nelson Carroza (Facultad de Ciencias Sociales, Universidad de Playa Ancha) y Andrés Cabrera (Facultad de Filosofía y Educación, Pontificia Universidad Católica de Valparaíso/Instituto de Sistemas Complejos de Valparaíso). Los compiladores, sin embargo, excusan de cualquier responsabilidad editorial a los revisores.

En esta edición final, Miguel Pérez abre la publicación de los trabajos presentados en el Seminario invitando a la reflexión sobre el concepto de ciudadanía urbana, construido con una fuerte base teórica. Aunque con tratamientos innovadores, se incorpora una perspectiva lefebvrea sobre el habitar, lo urbano y el Derecho a la Ciudad, como claves para entender la politización de sociedades altamente urbanizadas. El autor construye un concepto de ciudadanía tras la revisión de su acepción liberal, además de la crítica marxista tradicional y la actualización de concepciones post-marxistas o críticas. Concluye con la importancia del habitar urbano como criterio de demarcación de membresía a una comunidad política, siempre cuando esto implique una reapropiación de los sujetos sociales que habitan la ciudad y no una mera formalización en torno al criterio de residencia.

¹ Cf. Goonewardena, Kanishka *et al.* (2008) *Space, Difference, Everyday Life. Reading Henri Lefebvre*. Nueva York: Routledge; Stanek, Łukasz *et al.* (2014) *Urban Revolution Now: Henri Lefebvre in Social Research and Architecture*. Aldershot: Ashgate Publishing; Stanek, Łukasz (2011) *Henri Lefebvre on Space: Architecture, Urban Research, and the Production of Theory*. Minnesota: University of Minnesota Press; Erdi-Lelandais, Gulcin *et al.* (2014) *Understanding the City: Henri Lefebvre and Urban Studies*. Cambridge: Cambridge Scholars Publishing; Butler, Chris (2014) *Henri Lefebvre: Spatial Politics, Everyday Life and the Right to the City*. Londres: Routledge.

² Es preciso agradecer el apoyo prestado tanto por Juan Carlos Skewes, Director del Departamento de Antropología (UAH), como por Manuel Fuenzalida, Director del Departamento de Geografía (UAH), en la realización del Seminario y en la ejecución del Proyecto de Investigación

Paralelamente, Cortés, desarrolla una reflexión sumamente atinente al debate académico actual y local, donde propone una interpretación sobre el desencuentro entre Henri Lefebvre y los teóricos del movimiento de pobladores en Chile. Evidenciando las rupturas del pensador francés con otros teóricos de lo urbano, especialmente Manuel Castells, y sus quiebres en el plano de su militancia política, el escrito contribuye novedosamente a la discusión epistemológica sobre la construcción de conocimiento de los movimientos de pobladores. El autor concluye sobre la necesidad de recuperar a Lefebvre, y particularmente el concepto de Derecho a la Ciudad, a la luz de las nuevas prácticas del movimiento de pobladores chileno.

Barros nos presenta un provocador texto para una recuperación de la obra de Lefebvre en un sentido explícitamente crítico, enfatizando la necesidad de construir una teoría urbana orientada al análisis y crítica de las prácticas de transformación de la vida cotidiana. El autor revive conceptos como revolución urbana, praxis y autogestión, este último siendo tratado por Lefebvre aunque tradicionalmente poco asociado a su obra. Como explicita el título del escrito, se propone la recuperación de categorías lefebvreanas para movilizar la teoría urbana hacia una crítica del capitalismo.

Patricio De Stefani elabora un concepto de producción social de la arquitectura, inscribiendo a esta disciplina dentro de la lógica del capital, con un basamento teórico tributario de la tradición marxista y con amplia documentación histórica sobre el asunto. Logra desplegar un manto de categorías con gran riqueza teórica, edificado sobre los ejes de lo abstracto/concreto, lo homogéneo/diferencial, el uso/cambio. De esta manera vuelve sobre el contenido dialéctico del pensamiento lefebvreano, donde la arquitectura puede constituirse dinámica y contradictoriamente como objeto, medio de producción e ideología.

Oswaldo Blanco, por su parte, precisa un innovador uso de la triada lefebvreana de escalas espaciales (global, mixta y privada), fundamentando su pertinencia en el estudio de la estructuración espacial, y específicamente urbana, de las clases sociales. Propone a su vez un conjunto de categorías del espacio geográfico para dar cuenta de los procesos de fijación y dislocación del capital, como el concepto de regionalidad propuesto por David Harvey. El autor opera las escalas espaciales propuestas por Lefebvre como categorías de análisis a lo largo del texto, mostrando su imbricación dentro de las estructuras de clases sociales. Por ello, resulta un escrito valioso en un sentido metodológico para las ciencias sociales.

El escrito de Zuluaga nos acerca a la dimensión relacional e interaccional del espacio urbano, siguiendo las ideas de Lefebvre sobre el uso social del espacio y las 'políticas del encuentro' en la ciudad. Es un texto que reflexiona sobre las contradicciones de la vida urbana, en tanto la ciudad aparece y desaparece como obra/producto, valor/cambio, sitios/lugares, etc. Así, ensaya una crítica al urbanismo funcionalista, al que denomina también como "fordo-keynesio-corbusiano". A su vez, la autora propone criterios metodológicos para la práctica de un urbanismo de nuevo tipo, donde el espacio público de calidad, apropiado y reinventado socialmente, sea un elemento indispensable para promover la justicia social.

Aline Bogoni Costa y Dulce Helena Penna abren la discusión lefebvrea sobre la vida cotidiana en el mundo moderno, con reflexiones específicas sobre el caso del cotidiano urbano en la ciudad brasileña de Florianópolis. Reviven la crítica de Lefebvre a la vida cotidiana en el mundo moderno, donde lo cotidiano aparece como una experiencia urbana alienante y disociada del curso de la historia, las transformaciones y la emancipación de los sujetos sociales de la ciudad.

Finalmente, Luis F. De Matheus cierra esta edición con la realización de una geografía histórica de las contraculturas espaciales, en base a documentación y teorización sobre los principales movimientos de carácter utopista que han erigido prácticas socio-espaciales decididas a subvertir la producción capitalista del espacio. Reconstruye dicho escenario en base a tres movimientos: el Socialismo utópico de la segunda mitad del siglo XIX, el "Flower power" de la década de 1960, más conocido como movimiento hippie, y las Ecoaldeas inauguradas en la última década del siglo XX. Se analizan los horizontes y prácticas socio-espaciales de dichas contraculturas, para lo cual el autor pone en discusión algunas críticas y perspectivas desarrolladas por David Harvey y Henri Lefebvre.

Ciudadanía Urbana y Derecho a la Ciudad: Hacia una Política del Habitar

Miguel Pérez Ahumada³

INTRODUCCIÓN⁴

El concepto de ciudadanía podría definirse, en un sentido amplio, como un sistema regulatorio por el cual las comunidades políticas administran sus diferencias internas. Para ello, los regímenes de ciudadanía elaboran ciertos criterios de membresía que, junto con delimitar quiénes serán considerados miembros (los ciudadanos), determinan el tipo de derechos a los que accederán. En la modernidad, apunta T.H. Marshall (1977, p.91) la ciudadanía ha sido entendida como un “estatus”, que iguala a todos aquéllos que lo poseen en relación a sus derechos y deberes. De este modo, argumenta el sociólogo británico, la ciudadanía moderna se sustenta en un principio de igualdad formal donde los ciudadanos estarían tanto dotados del mismo corpus de derechos como protegidos por un marco legal común. El presente texto es un intento por reflexionar teóricamente sobre la generación de una ciudadanía urbana, proyecto en el que, sugiero, el derecho a la ciudad de Henri Lefebvre (1996, 2003) adquiere un carácter fundante según tome parte de los debates contemporáneos sobre ciudadanía. Los ejes temáticos que, con ese fin, discutiré son: a) la escala geográfica en la cual opera la ciudadanía; b) los criterios usados para establecer quienes son—y por tanto, quienes no son—considerados sujetos con plenos derechos; c) la naturaleza de los derechos distribuidos entre los ciudadanos.

A lo largo de la historia, las comunidades políticas, sea cual sea su escala geográfica, han hecho uso de un amplio rango de formulaciones para definir tanto las

³ Antropólogo Social (Universidad de Chile), Magíster en Desarrollo Urbano (Universidad Católica de Chile) y Candidato a Doctor en Antropología Social (Universidad de California, Berkeley). Contacto: mperezahumada@gmail.com.

⁴ Deseo mostrar mi gratitud a James Holston por su genuino interés en supervisar la elaboración de este texto. Su colaboración no lo compromete, sin embargo, con los contenidos aquí expuestos. Igualmente, agradezco al Centro de Estudios de Conflicto y Cohesión Social, COES (CONICYT / FONDAP/15130009), por el patrocinio entregado para la consecución de este y otros artículos enmarcados en el desarrollo de mi tesis doctoral.

formas y criterios de membresía como la clase de derechos repartidos entre sus miembros. A pesar de la diversidad de regímenes de ciudadanía resultantes, parece ser usual el que, sin importar cuán inclusiva o restrictivas sean, los modelos de ciudadanía generen mecanismos específicos a través de los cuales los ciudadanos entienden la comunidad política como una posesión común. Siguiendo el trabajo de algunos autores contemporáneos (Hosltón y Appadurai, 1996; Holston, 2008) y otros clásicos como el ya nombrado Lefebvre (1996, 2003), el presente ensayo propone examinar la ciudadanía urbana en tanto una forma emergente de ciudadanía que, desarrollada en un periodo caracterizado por un crecimiento global de las tasas de urbanización (UN-Habitat, 2012), sienta sus bases en la renovada significación política de la ciudad. Ella está sostenida en dos principios: a) la consideración de la ciudad, por sobre el Estado-nación, como la posesión común primaria; y b) la creciente importancia del habitar, más que la nacionalidad, como el criterio central de membresía política.

Este artículo comienza con una discusión general sobre la concepción liberal-moderna de ciudadanía, seguido por la exposición de algunas de las principales críticas que se han vertido sobre ella, donde espero mostrar cómo los principios ideológicos asumidos por la ciudadanía liberal ha sido incapaz de promover grados significativos de justicia social en sociedades globales y multiculturales. Posteriormente, centraré mi atención casi exclusivamente en la obra de Henri Lefebvre para examinar su derecho a la ciudad. Según señalaré, tal concepto es clave para interpretar una política del habitar a través del cual podemos no sólo elaborar conceptualmente la idea de ciudadanía urbana, sino también reflexionar sobre nuevas y más radicales formas de democracia urbana, cuestión que abordaré en la última sección del artículo.

A. LA CIUDADANÍA MODERNA: ESTADOS NACIONALES, CIUDADANOS Y DERECHOS

La ciudadanía propia de la modernidad surgió como un sistema de repartición de derechos a través del reconocimiento de la esfera pública como espacio de crítica racionalmente argumentada donde, en su lucha por ser reconocidos agentes capaces de deliberar públicamente, nacientes clases sociales discutían sobre asuntos comunes desde su condición de privados (Habermas, 1991). Aunque tal forma de ciudadanía podría asemejarse a la observada en la democracia ateniense en virtud del carácter fundante de los debates racionales en la acción política, según Michael Walzer (1989)

existe una diferencia crucial entre ambas: mientras en la modernidad la ciudadanía es conceptualizada meramente como un estatus mediante el cual los estados ejercen su soberanía territorial (modelo “imperial/liberal”, según Walzer), en la Atenas clásica el gobierno de la polis dependía de un involucramiento activo de los ciudadanos sobre los asuntos públicos, hecho que lleva al autor a concebirla como un tipo de ciudadanía “republicana”. Walzer estima que en las sociedades occidentales, donde los Estados nacionales fueron imaginados como el tipo de asociación política más civilizado y racional, la ciudadanía nacional ha sido entendida menos como “una responsabilidad, una obligación orgullosamente asumida... [que] como un estatus, un derecho o un conjunto de derechos que se disfrutaban pasivamente” (Walzer, 1989, p.216; traducción del autor). En esta sección discutiré las características principales de este estatus, mediante un breve, pero necesario, análisis de: la formación del estado moderno en tanto comunidad política dominante; la forma en que ha sido definida la membresía política sujeta al Estado moderno; y, por último, la naturaleza y el tipo de los derechos que supone dicho status.

Pensar la nación como comunidad política soberana es un fenómeno eminentemente moderno. Dicha consideración, al tiempo que socavaba los principios sobre los que descansaron formas previas de ciudadanía, implicó una redefinición de los medios represivos e ideológicos por el que los nacientes estados nacionales ejercieron su poder sobre territorios y poblaciones. Según Quentin Skinner (1989), el Estado-nación difiere de sus asociaciones políticas precedentes—ciudades-estados del periodo medieval tardío y las monarquías del absolutismo— pues se constituyó como una forma de autoridad suprema e impersonal; esto es, como un aparato de poder externo que existe independientemente de quien lo gobierna. Por su parte, Hendrik Spruyt (1994) indica que irrupción hegemónica de los Estados soberanos es fundamentalmente la expresión del triunfo de una estructura política capaz de racionalizar sus funciones a partir de una delimitación territorial de su autoridad⁵.

El Estado moderno, en consecuencia, justificó su existencia en el ejercicio de una soberanía territorial a través de medios impersonales de administración. Skinner (1989), a su vez, agrega otro elemento que resulta fundamental para entender el

⁵ Según Spruyt, el feudalismo, la Iglesia, y el Sacro Imperio Romano –a saber, los tres precursores del Estado moderno- definieron formas no territoriales para ejercer su dominio y poder. Mientras el feudalismo construyó su esfera de influencia en base a lazos de fidelidad personal entre siervos y vasallos, la Iglesia estableció una comunidad de creyentes entendidos como hermanos. El Sacro Imperio Romano, por su parte, legitimó su poder adoptando un status semi-religioso. No obstante, para Spruyt el surgimiento del Estado moderno se asocia a la conformación de un sistema de dominación política altamente eficiente donde existe una definición territorial del poder.

desarrollo de una ciudadanía nacional: la definición de un *bien común* como el objetivo primordial de su acción política. Dicha idea, señala Spruyt (1994), sugiere que, a fin de garantizar su soberanía territorial, el Estado moderno legitimó su poder mediante reivindicaciones universalistas dirigidas hacia sus sujetos. En esa línea, Michel Foucault (2003) sugerentemente pensó el Estado moderno como una forma de poder totalizante e individualizante desplegada, al igual que el cristianismo, sobre ideologías “pastorales.” El Estado nos permite ser parte de una extensa comunidad de miembros en la medida que nuestra individualidad tome “una nueva forma [y sea] sometida a un conjunto muy específico de experiencias” (Foucault, 2003, p.132, traducción del autor). En tanto matriz de individualización, el poder totalizante del Estado ha funcionado, asegura Foucault, a través del desarrollo de un conocimiento científico que analiza y clasifica, al mismo tiempo, a los sujetos como población y como individuos.

A pesar de que Foucault rara vez problematizó el concepto de ciudadanía, creo viable interpretar la naturaleza “pastoral” del Estado moderno como un modo particular de subjetivación; uno que interpela a los individuos en tanto ciudadanos. Con ello, el Estado moderno ha sido capaz de crear nuevas lealtades políticas sobre la base de una igualdad formal entre quienes ostentan credenciales de pertenencia a la comunidad política.

La irrupción del Estado moderno, en consecuencia, implicó no sólo una reconfiguración de las funciones y poderes que, hasta entonces, tal asociación política disponía, sino también una redefinición de aquello que caracterizaba el ser miembro de plenos derechos en la sociedad. Es en este contexto cuando la nación emergió como una comunidad que, al compartir intereses, objetivos y proyectos, buscaba su realización política en el Estado. Aunque tal proceso constitutivo no fue idéntico en todas las latitudes⁶, la delimitación de una comunidad nacional, sin importar cuán restrictiva o inclusiva sea ella, fue la piedra angular para concebir la emergencia de un cuerpo político soberano dotado de una serie de derechos⁷.

⁶ Ver, por ejemplo, al análisis comparativo de Rogers Brubaker (1992) sobre la ciudadanía francesa y alemana.

⁷ Sobre este punto, es interesante notar que, tal como señala Holston (2008) en sus análisis de la ciudadanía en Brasil, el modelo francés y el estadounidense desarrollados en el Siglo XVII enfrentaron de diversas formas los problemas de incorporación a la comunidad política y, con ello, el cómo distribuir derechos entre sus miembros. Mientras la primera, inspirada en el principio de membresía nacional indivisible, puede ser descrita como “inclusivamente igualitaria” (*inclusively egalitarian*)—lo que, sin embargo, no implicó una distribución equitativa de derechos—la segunda puede ser entendida como “restrictivamente igualitaria” (*restrictively egalitarian*) ya que operó mediante el ideal de exclusión preferente, a través de la cual algunos grupos—por ejemplo, negros e indígenas nacidos

La Revolución Francesa, particularmente con la Declaración de los Derechos del Hombre y el Ciudadano de 1789, contribuyó significativamente a moldear las ideas y las prácticas modernas de la ciudadanía nacional. La dimensión transformadora de la Declaración estuvo en que cada individuo, independiente de su origen social o cultural, era considerado libre desde el momento mismo de su nacimiento, así como igual en derechos frente a otros. Los derechos del hombre (libertad, propiedad, seguridad, justicia y resistencia a la opresión) asumieron el carácter de naturales e imprescriptibles y, decía la Declaración, su realización debía ser garantizada por el Estado. No obstante, según persuasivamente establece Laurent Dubois (2004), la universalización de derechos políticos conllevó una suma de problemas de materialización a la luz de dos fenómenos: primero, antiguos esclavos de las colonias Caribeñas no pudieron ejercer plenamente sus derechos ciudadanos dado que no podían crear un sistema de representación política bajo los cánones definidos por la Declaración; y segundo, en la Francia metropolitana el Estado revolucionario distinguió inicialmente dos clases de ciudadanos, uno “activo” y otro “pasivo”, quienes ejercían sus derechos políticos en diferentes modalidades: mientras primeros podían participar en política votando y siendo electos, los segundos —mujeres, niños, sirvientes y sujetos con rentas menores— estaban inhabilitados votar o ser representantes. No obstante, los dos tipos de ciudadanos estaban protegidos por las leyes de la República en virtud de otro principio propuesto por los revolucionarios: la igual dignidad de todas las personas. Este tipo de igualdad “antes de la ley” (*equality before the law*) supuso la sujeción común de todos los individuos, más allá de sus antecedentes étnicos, culturales o sociales, bajo el mismo corpus legal.

La igualdad de la ciudadanía moderna suponía, entonces, una igual capacidad de quienes participan en política de hacer uso del mismo agregado de derechos. Para Holston y Appadurai (1996), dicha noción de igualdad buscó en el liberalismo una nueva ética donde la concreción de los principios de justicia no presuponía, ni menos promovía, una concepción substantiva de lo bueno. “Más bien, ellos [los principios de justicia] permitirían a los ciudadanos perseguir sus propios fines en armonía con una libertad similar para todos” (Holston y Appadurai, 1996, p.193). La “igualdad de derechos” refirió, consecuentemente, a una igualdad de oportunidades para hacer uso

libres—fueron sistemáticamente excluidos de los derechos ciudadanos. De ahí, mientras el modelo francés buscó universalizar el status de ciudadano a la mayoría de su población diferenciando categorías específicas de miembros (los ciudadanos “pasivos” versus los “activos”), el régimen estadounidense distribuyó igualitariamente derechos de ciudadanía exclusivamente entre quienes eran considerados ciudadanos. Ver más en Holston (2008), Capítulo 2 “In/Divisible Nations”.

libremente de los derechos mediante los cuales los estados emergentes comenzaron a organizar sus comunidades políticas. Sin embargo, como los antropólogos recién mencionados señalan, la búsqueda del bien común o del bienestar general ha estado supeditado al dominio de un tipo particular de derechos: los derechos individuales. Así, la ciudadanía liberal ha sido perfectamente compatible con el fenómeno de la exclusión social.

Por más que el liberalismo haya funcionado como el sustento teórico de los estados nacionales, el advenimiento del régimen liberal de ciudadanía estuvo, no obstante, lejos de restringirse a la promoción de derechos individuales. En efecto, la historia de la ciudadanía moderna ha sido aquella lucha constante por asignar derechos a nuevos sectores de la población, proceso que provocó una diversificación de los derechos reivindicados por los ciudadanos. Bajo esta premisa, Marshall (1977) examinó el desarrollo de la ciudadanía británica mediante la identificación de tres dimensiones: la civil, la política y la social. La primera, originada en el siglo XVII, se compone de derechos básicos para la protección de la libertad individual; la segunda, nacida en el siglo XVIII, refiere a “el derecho a participar en el ejercicio del poder político, ya sea como miembro de un cuerpo investido de autoridad política o como un elector de los miembros de dicho cuerpo” (Marshall, 1977, p.78). Finalmente, los derechos sociales, desarrollados desde el siglo XIX, comprende la suma de derechos que garantizan el bienestar social y económico mínimo de acuerdo a estándares prevaletes en un momento dado. Para Marshall, los alcances de la ciudadanía moderna eran alentadores ya que, mediante la expansión de sus principios igualitarios y democratizadores, mermaría las tensiones sociales en un contexto de crecientes desigualdades sociales.

Como respuesta a la complacencia del sociólogo Británico, Michael Mann (1987) criticó fuertemente los principios teóricos así como las consecuencias políticas de su opiniones. De acuerdo a Mann, el escrutinio de Marshall contiene dos problemas principales: a) el ser un modelo “anglófilo” (*anglophile*; Mann, 1987, p.340) que utiliza una orientación evolucionista nunca declarada por el autor; b) el asumir que la sociedad industrial habría institucionalizado exitosamente la lucha de clases vía repartición masiva de derechos ciudadanos. Así, mientras para Marshall la ciudadanía es primordialmente un sistema de pacificación a través del cual el conflicto de clases podía ser eficazmente controlado, para Mann es un sistema “en tensión continua, incluso guerra, con las desigualdades de clase que genera el capitalismo” (Mann 1989, p. 339, traducción del autor); más aún si, como Mann demuestra empíricamente, otros

países industrializados llevaron a cabo políticas de ciudadanía de modos muy distintos al cuadro que, optimistamente, describió Marshall.

B. APROXIMACIONES CRÍTICAS: IGUALDAD, SOCIEDAD CIVIL Y “CIUDADANÍA DIFERENCIADA”

La refutación de Mann puede usarse como punto de partida para discutir alguna de las críticas contemporáneas al modelo liberal de ciudadanía y su, aseguran los críticos, carácter normalizador de las diferencias existentes dentro de sociedades tan diversas como desiguales. Si Mann discute cuán reaccionaria podría llegar a ser tal modo de membresía política en relación al conflicto de clases, otros intelectuales han cuestionado las paradojas e inconsistencias del proyecto liberal de ciudadanía en términos de género (Pateman, 1989) y diferencia cultural (Young, 1989; Taylor, 1992; Benhabib, 2002). En esta sección revisaré alguno de esos cuestionamientos desde dos fuentes principales: por un lado, las reflexiones filosóficas y políticas sobre la sociedad civil desde el marxismo que se derivan de su análisis del Estado como un instrumento de dominación de clase; y, por otro, las formulaciones teóricas de trabajos recientes que aventuran la creación de una “ciudadanía diferenciada” (Young, 1989). Las críticas contenidas en dichas aproximaciones iluminan las limitaciones inherentes del proyecto liberal de ciudadanía en relación al grado efectivo de igualdad que puede crear. Tal debate resulta ser esencial para mi argumento por cuanto propongo reflexionar sobre un tipo de ciudadanía mediante la cual los grupos excluidos logren alcanzar niveles substantivos de igualdad en términos económicos, culturales y políticos. Precisamente, en este punto la ciudadanía urbana puede, según argumentaré más adelante, asumir un rol sobresaliente.

LA CRÍTICA MARXISTA

La recién mencionada Declaración de los Derechos del Hombre y el Ciudadano de 1789 es la expresión más radical y consolidada de una definición universal de derechos; esto es, la de aquellos que pueden aplicarse en cualquier espacio o circunstancia histórica en virtud de la naturaleza común de los hombres. Uno de los primeros cuestionamientos a tal universalismo vino de la mano de Karl Marx en su célebre *Sobre la Cuestión Judía* (1967 [1834]). Él, el pensador alemán cuestionaba la hipótesis de Bruno Bauer respecto a la necesidad de abolir la religión para asegurar la

emancipación política de la sociedad pues, decía Bauer, las demandas confesionales eran incompatibles con los derechos del hombre. Contra eso, Marx establecía una diferencia entre la “emancipación política”, asociada a la asignación de derechos liberales-burgueses, y la “emancipación humana”, una idea poco desarrollada en este texto, pero que, posteriormente, tomaría la forma de una sociedad comunista (ver más en Marx, 1967 [1844]). De acuerdo a Marx, los hombres se liberarían “políticamente” en el Estado laico al expulsar la religión desde la esfera pública al ámbito privado. No obstante, dicho proceso resultaría insuficiente para la total emancipación de la humanidad pues la liberación política de las revoluciones burguesas, usando al Estado moderno como un instrumento de dominación de clase, estaría amparada en la fragmentación ideológica de los seres humanos en dos reinos irreconciliables: la sociedad civil y la comunidad política. Mientras la primera es el espacio fuera de la esfera política donde el hombre se desenvuelve como individuo privado, la segunda es la instancia en donde éste, dotado de una “universalidad irreal” (Marx, 1967, p.34), adquiriría una soberanía imaginaria.

Ambas dimensiones, por ende, contendrían en su interior distintos tipos de derechos destinados, respectivamente, al hombre y al ciudadano. Las agendas de transformación propuestas por el liberalismo, según Marx, eran incapaces de promover una emancipación total de la sociedad al abolir el carácter político de la sociedad civil y, con ello, engendrar un orden societal cuyos asuntos públicos estaban organizados exclusivamente por el interés común de propietarios individuales. El Estado político, para Marx, no es sino el medio de preservación de los “derechos del hombre”, a saber, los derechos de quien es miembro de la sociedad civil, aquel “hombre egoísta...separado de otros hombres y de la comunidad” (Marx, 1967, p.42). La ideología burguesa se habría estructurado principalmente por una noción del hombre entendido como a-político, privado, aislado y completamente independiente, lo cual redundó en revueltas políticas que, si bien fueron necesarias para la cristalización histórica de demandas radicales por igualdad y justicia social, nunca derribaron los soportes de la sociedad de clases.

La sociedad civil—como la esfera donde, en palabras de Marx, se realiza el “hombre egoísta” (Marx, 1967, p.42)— ocupa también una posición significativa en el trabajo de Antonio Gramsci (2004 [1929-1935]). No obstante, encontramos en él una perspectiva distinta en comparación a la del filósofo alemán, al concebir la sociedad civil ya no como el ámbito donde se desenvuelve el hombre apolítico sino como el locus donde se lleva a cabo la lucha política por la hegemonía. En su examen de la

formación del Estado, Gramsci analiza el concepto en cuestión en una perspectiva doble: por un lado, la sociedad civil referiría al contenido ético del Estado o, de otro modo, a la instancia donde los grupos dominantes instituyen hegemónicamente el consenso entre clases; por otro lado, en su reflexión sobre las clases subalternas, el político y pensador italiano utiliza el concepto de sociedad civil para dar cuenta del proceso mediante el cual la unidad histórica de las clases dominantes proviene de la relación del Estado con la sociedad civil. Para que las clases subalternas, aún localizadas en la sociedad civil, se tornen un grupo hegemónico, deben primero buscar su unidad histórica en una lucha política por el control del Estado.

Desde Gramsci podemos argüir, entonces, que la sociedad civil no se determina totalmente por la infraestructura económica ni es únicamente el reino donde hombres y mujeres organizan sus acciones colectivas en tanto propietarios individuales. Más bien, al ser el escenario donde se ejerce la hegemonía de clase, la sociedad civil parece ser un reino de disputa y conflicto; es decir, un campo dentro del cual se puede subvertir la dominación (ética, ideológica y moral) de clase. Es, en definitiva, menos la expresión de reivindicaciones individuales coherentemente orquestadas de acuerdo a fines económicos que el resultado de múltiples articulaciones de grupos heterogéneos en la búsqueda de hegemonía política y moral.

Aunque Gramsci no discute el concepto de ciudadanía como tal, su trabajo plantea una perspectiva renovadora en lo que respecta a las distinciones tradicionales sobre las cuales se ha sostenido la teoría política moderna. En particular, me refiero a la clase de dualidades que surgen de la diferenciación del ámbito público y el privado (por ejemplo, sociedad civil/Estado, derechos civiles/derechos políticos) y que, a su vez, separan los reinos de acción del hombre y el ciudadano. En este contexto, me parece que Gramsci implícitamente rechaza tal división mediante una propuesta que, si bien las distingue metodológicamente, unifica teóricamente la sociedad civil y el Estado, en la medida en que ambas se forman mutuamente: mientras el Estado ejerce la dominación de clase (coacción) sobre la sociedad civil, es precisamente en y mediante esta última donde las clases subalternas pueden transformarse en grupos dominantes según su eficacia para disputar el consenso hegemónicamente construido.

CIUDADANÍA DIFERENCIADA

Parte importante de los debates actuales sobre la ciudadanía argumentan que las formulaciones universalizadoras de derechos, sustentadas en la igualdad formal de los

ciudadanos, trajeron consigo la subordinación de la diferencia social, ya sea en términos de género, clase, raza u orientación sexual, a estructuras culturales dominantes. Siendo los grupos excluidos sistemáticamente expulsados de la esfera pública, sus demandas por reconocimiento social y cultural han sido entendidas por los grupos hegemónicos como un asunto meramente privado (Ver más en Fraser, 1990). Una de las autoras más renombradas en este debate es Iris Marion Young (1989), quien propone una “ciudadanía diferenciada” (*differentiated citizenship*) sobre la base de un diagnóstico tan provocativo como pertinente. La ciudadanía moderna, dice ella, ha asumido históricamente la universalidad desde un enfoque dual: a) como sinónimo de lo “general”; b) como el conjunto de normas iguales para todos. Estos dos sentidos de universalidad –a saber, como generalidad e igualdad de trato (*equal treatment*)— han redundando en una comprensión de la igualdad como similaridad (*sameness*), con el consecuente proceso de homogenización que confina las demandas identitarias al dominio privado. La “ciudadanía diferenciada” que plantea Marion Young surge, por ende, de la hipótesis que “los derechos y las reglas formuladas universalmente, y que por ello son ciegas a las diferencias de raza, cultura, género, edad o disparidad, perpetúan más que socavan la opresión” (Young, 1989, p. 267, traducción del autor). Para subvertir dicha paradoja, argumenta Young, se hace necesario la generación de un régimen de tratamiento diferenciado –es decir, un sistema de derechos especiales para grupos en desventaja— a fin de asegurar la inclusión total y la participación política de todos.

La dicotomía público/privado asume, en ese sentido, una posición cardinal para aquellos quienes afirman que la definición hegemónica del bien común ha minado el reconocimiento público de la diferencia, debate que durante mucho tiempo capturó la atención de las feministas (ver, por ejemplo, el sugerente trabajo de Carole Pateman [1989])⁸. Resulta posible plantear que, para estar plenamente realizadas, las identidades grupales y personales no pueden, por ende, ser tematizadas como asuntos

⁸ En opinión de Pateman (1989), cualquier escrutinio de la subyugación de las mujeres requiere un examen de la fraternidad de los hombres y, con ello, cuestionar la sociedad civil patriarcal y el contrato social que presupone. La sociedad civil, imaginada como un reino inclusivo dispuesto a aceptar a todos, fue constituida a través de la exclusión selectiva de mujeres en su expatriación hacia la esfera doméstica. Consecuentemente, agrega la autora, lo privado se ha erigido como el reino de los lazos familiares, la sujeción natural, la emoción, el amor y la pasión sexual, mientras que lo público, forjado en la sociedad civil, referiría a la esfera universal de la libertad, de la igualdad, del individualismo, la razón y la ley imparcial. De ahí que, concluya Pateman, la sociedad civil sea por definición contraria a los intereses de las mujeres al estar basada en una definición patriarcal de lo público así como en un tipo de universalidad que de ella se deduce.

privados; de aquí la significación política de los debates en torno a lo público y, más aún, de la definición de sus principios constitutivos.

Como medio para garantizar la representación social y política de las colectividades oprimidas, Young ofrece el concepto de *público heterogéneo* “el cual anima la auto-organización de grupos y las estructuras de representación grupal en la toma de decisiones” (1989, p.266). El público heterogéneo es diferente a la presión que puedan ejercer los grupos de intereses pues, asevera Young, no se orienta a cualquier colectividad de personas que elija formar una asociación, sino a los grupos sociales que, como identidades y formas de vidas amplias, han sido objeto de exclusiones sociales, políticas o culturales. Will Kymlicka (1995), sin embargo, revela algunas de las dificultades implícitamente contenidas en el planteamiento de Young – así como en otras propuestas multiculturales— al exponer una distinción entre derechos colectivos y derechos individuales. Los primeros, dice el autor, son derechos que, conferidos a colectividades y ejercidos por ellas mismas, colisionan por su naturaleza con aquellos orientados y reivindicados por los individuos. El punto crítico se encuentra cuando alguno de los derechos resultantes de políticas de tratamiento especial son, en la práctica, ejercidos por individuos, demostrando que la propuesta de Young no implica necesariamente una mejora de los derechos colectivos. En ese sentido, para que la llamada ciudadanía diferenciada promueva niveles substantivos de justicia, más que atender a cómo las colectividades hacen uso de sus derechos (ya sea como individuos, territorios o colectividades), lo que importa es saber si los derechos reivindicados se corresponden con un reclamo basado en una membresía cultural y si, más aún, algunos grupos merecen derechos especiales en términos lingüísticos, culturales o de representación política.

¿PUEDE LA CIUDADANÍA DIFERENCIADA USARSE PARA MANTENER LAS DESIGUALDADES?

Aunque Kymlicka es un tenaz partidario de una ciudadanía diferenciada, su trabajo expone decidoras preocupaciones sobre la dificultad de definir bajo qué criterios se puede establecer qué colectividades son dignas de derechos especiales. Él manifiesta dicha inquietud mediante el concepto de “restricción interna” (Kymlicka, 1995, p. 35), con el que describe aquellos casos donde la reivindicación de un derecho exclusivo, que busca proteger la tradiciones culturales de un grupo, puede ser usado para oprimir a alguno de sus miembros. Por su parte, Susan Okin (1999) desarrolla una

perspectiva mucho más radical al plantear que, dado que la mayoría de las culturas son patriarcales, la demanda por derechos culturales podría perfectamente funcionar para sojuzgar a las mujeres bajo un estatus de género no igualitario y opresivo.

La vehemente defensa de la ciudadanía diferenciada por parte de algunos autores, como si *per se* representara el mecanismo más justo para asegurar la inclusión de todos y todas en el dominio público, ha despertado numerosos cuestionamientos sobre los efectos no deseados derivados del otorgamiento diferenciado de derechos a minorías, mujeres, inmigrantes u otro tipo de colectividad discriminada.

Por ejemplo, James Holston (2011) asegura que la ciudadanía diferenciada, al legalizar las diferencias sociales, obstaculiza el derribamiento de los principios sobre los cuales se basan dichas relaciones asimétricas. Enfocándose en el desarrollo histórico del sistema legal brasileño, el antropólogo norteamericano señala que los modelos de ciudadanía orientados por políticas de discriminación positiva (*affirmative action*) son, en última instancia, conservadores pues no impugnan el fundamento mismo de la desigualdad; más bien, la aceptan, consolidan y perpetúan al organizar la diferencia social en concordancia con una jerarquía que divide legalmente a privilegiados y no privilegiados. Por su parte, Zillah Eisenstein (1988), tomando parte de los debates feministas sobre fuero maternal durante y después del embarazo, argumenta, en una misma línea, que es esencial trascender ya sea el esquema dual de similaridad/diferencia como las perspectivas que abogan por un tratamiento preferencial, ya que ambas contribuyen a la mantención de un entendimiento de los patrones de género como si éstos se fundaran en una incapacidad natural, estática e incluso ontológica de las mujeres. En su opinión, una igualdad basada en la similaridad de géneros—un enfoque que, décadas atrás, llevó a algunas feministas a considerar el embarazo una invalidez temporal asimilable a cualquier otra padecimiento del cuerpo—se torna especialmente problemático en virtud de la identidad particular del cuerpo femenino; especificidad que deviene de su capacidad reproductiva y el respectivo significado de género que conlleva. Sin embargo, Eisenstein está lejos de revindicar un sistema de trato preferente tal como, según ella, lo estipulan propuestas conservadoras puesto que podría ser usado para discriminar y, potencialmente, mantener la dominación de género sin problematizar cómo se constituyen socialmente este tipo de desigualdades.

Las reflexiones de Holston y Eisenstein son reveladoras en cuanto a los riesgos asociados la demanda de ciudadanía diferencia y políticas de reconocimiento. Como

explica Holston (2008, 2011), el análisis de Young ignora que muchos regímenes modernos de ciudadanía han, en efecto, implementado formulaciones de trato especial que no necesariamente han implicado mejoras substantivas en los grados de justicia social. En ese sentido, para Holston se torna menos relevante categorizar ahistóricamente los sistemas de ciudadanías como “ciegos” o “proclives” a la diferencia que investigar histórica y etnográficamente cómo “una ciudadanía problematiza la legalización y la igualación de las diferencias y lucha con los problemas de justicia resultantes” (Holston, 2008, p. 32, traducción del autor).

En mi opinión, la diferencia debe ser públicamente reconocida así como deben existir políticas orientadas a facilitar la representación política de los oprimidos. El despliegue de tales políticas, no obstante, no puede efectuarse a expensas de reproducir, sea a nivel societal o grupal (la “restricción interna” que nos hablaba Kymlicka), las condiciones por las cuales se dispone el sistema dominación, opresión y explotación. Si lo que está en discusión es la búsqueda de una esfera pública genuinamente democrática e inclusiva, el énfasis no debe estar puesto en la reivindicación de un ideal ahistórico de ciudadanía diferenciada como lo hace Young, sino en la creación de las condiciones políticas en las cuales los grupos excluidos puedan estar plenamente representados en el proceso político. En las páginas que siguen argumentaré porqué las nociones de derecho a la ciudad y ciudadanía urbana pueden contribuir substancialmente a dicho proyecto.

C. EL DERECHO A LA CIUDAD

Tal como argumenté en la sección precedente, las críticas a la ciudadanía moderna han cuestionado sus marcos ideológicos mediante el relevamiento de tres aspectos centrales: a) el concepto de sociedad civil y, con ello, la distinción público/privado; b) la noción de igualdad la cual, afirmaba Young, ha sido entendida como similaridad; y c) la supremacía de los derechos individuales. En esta parte discutiré otra forma de derecho, el derecho a la ciudad, según fuera entendido por Lefebvre (1996) y otros autores posteriores (Mitchell, 2003, Purcell, 2003 y Harvey 2012, entre otros), para definir conceptualmente un nuevo tipo de ciudadanía, la ciudadanía “urbana”. Dicho concepto, siguiendo a Holston y Appadurai (1996) y a Holston (2008), refiere a un emergente tipo de ciudadanía donde la ciudad, en vez de la nación, se vuelve la comunidad política preponderante y la residencia, más que la nacionalidad, emerge como el modo primario de membresía política. Para ello, partiré examinando el

derecho a la ciudad de Henri Lefebvre, trabajo que resulta fundamental para vislumbrar cómo la urbanización de la sociedad, así como la irrupción de reivindicaciones por aspectos propios de la vida urbana, llevó a la reconfiguración de los modos de entender—y de hacer política—en las ciudades.

EL DERECHO A LA CIUDAD DE HENRI LEFEBVRE

Henri Lefebvre destaca por su esfuerzo de investigar sistemáticamente lo urbano en tanto objeto de análisis desde el marxismo. Su cometido merece reconocimiento puesto que, por largo tiempo, los marxistas simplificaron la observación de la ciudad entendiéndola como un epifenómeno dependiente y derivado de la base económica⁹ (ver más en Smith, 2003). La adopción, por parte de Lefebvre, de categorías puntales del tal corriente político-teórica como “ideología” y “valor” (de uso y cambio) asumen, por eso, un enfoque radicalmente distinto comparado a desarrollos conceptuales anteriores ya que, dejando atrás las reflexiones sobre la esfera de la producción de mercancías, su interés se dirigió progresivamente al escrutinio de fenómenos asociados al advenimiento de una sociedad estructurada por la problemática urbana; es decir, una sociedad cuya fuerza estructurante ya no es la industrialización sino la urbanización (Lefebvre, 2003). De esta manera, su comprensión de la ciudad nació como un emprendimiento que buscaba generar, en un modo tan original como crítico, una aproximación marxista capaz de, por un lado, escudriñar críticamente la aparición de una sociedad urbana y, por otro, indagar sobre un nuevo marco de relaciones sociales que transforma el devenir de la política urbana.

En la teoría de Lefebvre, el derecho a la ciudad forma parte de un trabajo más amplio en torno a la emergencia de una sociedad urbana, una formación histórica que nacería del proceso de urbanización total en el que lo urbano, “una forma mental y social, la de la simultaneidad, de la conjunción, de la convergencia, del encuentro (o, mejor aún, de los encuentros)” (Lefebvre, 1996, p. 131)¹⁰, reemplazaría a la industrialización como el contenido y el significado de las relaciones sociales. Dicho fenómeno trae aparejado la total subordinación del mundo agrario y rural a las lógicas y sentidos de lo urbano, sin que, por ello, persistan asentamientos pequeños,

⁹ Ver más en la introducción de Neil Smith a la traducción inglesa de *La Revolución Urbana* de Lefebvre (2003)

¹⁰ Las extractos de *El Derecho a la Ciudad* de Lefebvre aquí citados son traducciones propias de la versión en inglés del texto (Lefebvre, 1996). La estructura de las mismas puede, por tanto, variar respecto a las ediciones en español.

homogéneos y escasamente densificados. La urbanización de la sociedad de Lefebvre no refiere, entonces, puramente a la expansión geográfica de la ciudad—aquella base morfológica en la que se despliega lo urbano—; a los cambios demográficos experimentados por las sociedades industrializadas hacia la mitad del siglo XX; o, como muchas veces se señala de forma errónea, a la total desaparición de la ruralidad.

En un contexto donde las crecientes tasas de urbanización adquieren un carácter planetario—fenómeno descrito por el filósofo francés como la “zona crítica”—, lo urbano adquiriría un carácter formativo al convertirse en una de las “fuerzas productivas” (Lefebvre, 2003, p.15) centrales del nuevo periodo dada su capacidad generativa de prácticas y representaciones. La realidad urbana naciente es, así, imaginada como un medio que modifica las relaciones sociales de producción, puesto que el espacio urbano no sólo expresaría las relaciones sociales sino que las constituiría, al tiempo que la política del espacio sería reconfigurada por la irrupción de la problemática urbana y el derecho a la ciudad.

Para delinear las dimensiones teóricas del derecho a la ciudad, Lefebvre (1996 [1967]) utiliza dos categorías marxistas—valor de uso y el valor de cambio—las que dan cuenta de la relación contradictoria de las lógicas que interactúan en la sociedad urbana. Su hipótesis contiene dos premisas: a) la ciudad y la realidad urbana, a saber, la base material y la vida urbana, han estado históricamente relacionadas al valor de uso. La ciudad, plantea, puede interpretarse como una *oeuvre*, como una obra de arte creada y apropiada por sus productores; b) sin embargo, la generalización del mundo de las mercancías resquebrajó la ciudad como obra y, con ello, su valor de uso. El avance de la industrialización llevó a que la ciudad dominada por relaciones de mercado (valor de cambio) se impusiera sobre la ciudad como creación: “la racionalidad económica y productivista busca empujar más allá de sus límites la producción de productos (objetos intercambiables con valor de cambio) mediante la supresión de la obra [de arte]” (Lefebvre, 1996, p. 132). En esta etapa de la argumentación, la demanda política de Lefebvre tiene que ver con la capacidad de realizar plenamente lo urbano como totalidad, a saber, como un modo de vida y como una base morfológica y material. Desde este punto de vista, el reestablecimiento de la ciudad en tanto obra de arte—o, en otras palabras, como producto digno de ser producido y apropiado por los habitantes—adquiere una urgencia política insoslayable. Es en virtud de tal perentoriedad que el derecho a la ciudad de Lefebvre involucra el derecho a la *apropiación* (el derecho a usar, habitar y representar el

espacio) y el derecho a la *participación* (el derecho a controlar el proceso de toma de decisiones en la producción social del espacio; ver más en Lefebvre, 2003).

Como podemos notar, la propuesta del autor está lejos de compartir el dogma marxista respecto a la primacía del trabajo como la instancia primordial donde la clase trabajadora adquieren su significación política. Dicha idea se basa en el entendido que, en una sociedad urbanizada, el cambio social puede cuajar de un tipo particular de experiencia, el habitar (*inhabitanace*), inconformada por un conjunto de acciones cotidianas en las cuales la problemática urbana se revela en toda su complejidad. La segregación urbana, en tanto proceso de expulsión de las clases populares del centro hacia la periferia, juega un rol central aquí, pues muestra vívidamente la incapacidad de las colectividades subordinadas de ejercer un poder hegemónico en la producción de los espacios urbanos. La vida cotidiana revelaría, por tanto, su carácter de clase mediante la separación de momentos y actividades diarias, fenómeno del que se extrae una consecuencia decisiva para el análisis: la estrategia urbana, entendida como una crítica radical de lo urbano, de sus ideologías y prácticas, yace fundamentalmente en una crítica a la vida cotidiana (ver más en el Capítulo 7, “Hacia una Estrategia Urbana”, Lefebvre, 2003).

Me gustaría agregar dos puntos para complementar la propuesta de Lefebvre:

(1) Para él, el derecho a la ciudad refiere también al derecho a la “centralidad urbana” el que, me atrevo a pensar, puede ser visto como otra dimensión del derecho a la participación. La ciudad moderna del capitalismo, al reunir en un mismo espacio el centro de consumo con el centro de decisión política, ha constituido una centralidad específica como espacio de poder disputado por todos quienes, vía políticas de segregación, habitan en sus márgenes. Consecuentemente, el derecho a la ciudad conlleva la creación de una estrategia urbana que busca reconstruir las centralidades urbanas, menos para retornar al corazón de la ciudad tradicional que para hacer posible una vida urbana en donde “lo ‘urbano’, lugar de encuentro y prioridad del valor de uso...encuentra su base morfológica y su realización práctico-material” (Lefebvre, 1996, p.158).

(2) Aunque Lefebvre se aleja de las perspectivas más dogmáticas del marxismo en cuanto a la relevancia política y analítica del trabajo como instancia prioritaria de movilización, él ve en la clase trabajadora—particularmente en sus acciones cotidianas desplegadas en la práctica del habitar—la principal fuerza de transformación social. Ellos, como agregación de sujetos que comparten una misma posición objetiva en las relaciones de producción, conforman el poder político que

puede luchar contra la segregación y, por tanto, realizar plenamente la sociedad urbana: “La estrategia urbana que descansa en la ciencia de la ciudad necesita apoyo social y fuerzas política para ser efectiva. No puede actuar por sí sola. No puede dejar de apoyarse en la presencia y la acción del proletariado, el único capaz de poner fin a una segregación que se dirige directamente contra él. Sólo esta clase en cuanto tal puede contribuir decisivamente a la reconstrucción de la centralidad destruida por una estrategia de segregación y reencontrada bajo la amenazadora forma de *centros de decisión*. Esto no quiere decir que el proletariado vaya, por sí solo, a hacer la sociedad urbana, sino que sin él nada es posible. Sin él, la integración carece de sentido y la desintegración, bajo la máscara y la nostalgia de la integración, continuará” (Lefebvre, 1996, p. 154, énfasis en el original).

Lefebvre sostiene aún una clara comprensión clasista del conflicto social, concepción igualmente demostrada cuando señala que las reivindicaciones de la clase obrera son *generalizables* al resto de la sociedad, pues representan los “intereses generales de la civilización y los intereses particulares de todos los grupos de habitantes, para quienes la integración y la participación se hacen obsesivas” (Lefebvre, 1996, p.179). Resulta notable cuán perspicaz fue Lefebvre en preveer que, en un contexto de urbanización acelerada, los movimientos sociales urbanos—sobre todo los del llamado “Sur Global”—comenzarían a organizarse alrededor de reivindicaciones distintas de aquellas que caracterizaron a las movilizaciones sindicales. En ese sentido, Lefebvre concibe el derecho a la ciudad como un “llamada y una exigencia” (Lefebvre, 1996, p.158) para denotar la forma que adopta la lucha de clases en una sociedad (urbana) cuyos contenidos definitorios derivan menos de la industrialización que de la globalización de la problemática urbana.

MOVIMIENTOS URBANOS Y DERECHO A LA CIUDAD: ¿DERECHO A QUÉ?

Con el fin de indagar la emergencia de una forma particular de protesta socio-política resultante de las crecientes desigualdades urbanas, en las últimas cuatro décadas científicos sociales y planificadores urbanos se han interesado fuertemente en examinar la materialización del derecho a la ciudad movilizaciones urbanas. La definición que, en esa dirección, nos entrega Manuel Castells (1983) de lo que serían los “movimientos sociales urbanos”¹¹ es una aproximación pionera hacia una nueva

¹¹ De acuerdo a Castells (1983), los movimientos sociales urbanos son todas aquellas movilizaciones territoriales orientadas hacia lo urbano que introducen el cambio social estructural y que logran

forma de manifestación política formada en y a través de los que Lefebvre llamó “sociedad urbana”.

En un contexto donde los movimientos sociales—organizados por un cuestionamiento discursivo y práctico hacia aspectos de la vida urbana como vivienda, infraestructura pública, reconocimiento cultural, mejoramiento de la calidad de vida, etc.—adquirieron una influencia decisiva en la agenda política de gobiernos nacionales, el marco de análisis de Lefebvre comenzó a llamar la atención de académicos, organizaciones de base e incluso agencias gubernamentales (ver, por ejemplo, UNESCO, 2006; Sungranyes and Mathivet eds., 2010). Como afirma sugerentemente Purcell (2002), el derecho a la ciudad se ha vuelto una suerte de slogan entre activistas e intelectuales, cuestión que ha mermado las posibilidades de analizar críticamente cómo su despliegue práctico contribuye (o no) a un proyecto de nueva y más profunda democracia urbana. David Harvey levanta un punto similar al señalar que, en términos políticos, “el derecho a la ciudad es un significante vacío” (Harvey, 2012, p. xv); es decir, su cualidad referencial depende de quienes le suministren un contenido específico, sean ellos desarrolladores privados, ocupantes ilegales de terrenos, organizaciones de base, ONGs, etc.

En el plano académico, el derecho a la ciudad ha sido usado por científicos sociales para describir una diversidad de movimientos urbanos diferentes en carácter, intereses y objetivos políticos. Por ejemplo, mientras en las ciudades del hemisferio sur se ha empleado para investigar la aparición, naturaleza y efectos movilizaciones por el derecho a la vivienda (e.g. Castillo, 2000; Ahonsi, 2002; Holston, 2008; Fawaz, 2009; Sugranyes and Mathivet, eds., 2010), en metrópolis anglo-sajonas ha servido como un marco de análisis para reflexionar sobre materias como la democratización de los espacios públicos (Mitchell 2003) o la promoción de un nuevo tipo de relaciones sociales tendientes a modificar el actual arreglo neoliberal (Purcell, 2003; Harvey, 2012). La heterogeneidad de tópicos considerados como parte de los movimientos por el derecho a la ciudad ha redundado en un problema teórico evidente: lo escurridizo que resulta especificar a qué clase derecho—o derechos, en plural—nos referimos cuando hablamos de derecho a la ciudad. Esto ha llevado a autores como Friedmann (1995) a disponer del concepto en su escrutinio de manifestaciones llevadas a cabo en espacios públicos, dando por hecho que el derecho a la ciudad implica algo bueno, deseable o apropiado para los habitantes. Con ello, el

transformar los significados urbanos. Para desarrollarse como tal, las protestas urbanas deben articular, en su praxis, tres objetivos de reivindicaciones centrales: a) el consumo colectivo; b) la cultura comunitaria; y c) la autogestión política.

autor ignora dos elementos que, a juicio de Peter Marcuse (2009), son indispensables para capturar la esencia de lo formulado por Lefebvre: a) qué tipo de derecho es el derecho a la ciudad; y b) quiénes tienen el derecho a reivindicarlo. Me enfocaré ahora sólo en el primer punto, dejando la discusión del segundo para las notas finales del texto por cuanto problematiza un aspecto directamente relacionado a los criterios de membresía de la ciudadanía urbana.

Aunque Lefebvre pensó, a riesgo de simplificar su obra, el derecho a la ciudad como el derecho a apropiarse los espacios urbanos y a participar en la toma de decisiones sobre su producción, apenas lo relacionó, usando la distinción de Marshall, el conjunto de derechos sociales, civiles y políticos que conforman el régimen moderno de ciudadanía. Algunos intelectuales contemporáneos han tratado de llenar el vacío dejado por el filósofo francés en ese aspecto, siendo David Harvey y Don Mitchell dos de ellos. David Harvey (2008, 2012), en términos generales, busca explicar en qué medida el neoliberalismo, en tanto versión contemporánea del capitalismo, descansa primariamente en la urbanización para producir, acumular y, en periodo de crisis, absorber plusvalía. El mercado de viviendas, en este contexto, juega un rol crucial al hacer posible el crecimiento continuo de las tasas de apropiación privada de capital a través de prácticas predatorias que, siendo una “forma secundaria de explotación” (Harvey, 2012, p.129), afecta particularmente a la clase trabajadora. En tal escenario, esta *acumulación por desposesión* podría ser resistida mediante movimientos urbanos de raigambre clasista y anticapitalista que reivindiquen el derecho a la ciudad.

Dejando atrás su condición de significante vacío, el derecho a la ciudad adquiriría un carácter revolucionario en la medida que sea entendido como un derecho colectivo de quienes construyen materialmente la ciudad y de quienes “facilitan la reproducción de la vida cotidiana: empleadas domésticas y maestros de escuela, albañiles y reparadores del metro, plomeros y electricistas...” (Harvey, 2012, p.137). Harvey, al igual que Lefebvre, sostiene que el derecho a la ciudad no es, en absoluto, un derecho a lo ya instaurado, a las formas existentes, a la ciudad constituida, sino a lo se forjará con la construcción de una nueva vida urbana. El derecho a la ciudad de Harvey es, entonces, “el derecho a reconstruir y recrear la ciudad como un cuerpo político socialista” (Harvey, 2012, p.138), lo que supone una crítica a la urbanización capitalista por ser ella el medio de reproducción de la acumulación capitalista.

Para llegar a esta formulación, Harvey, en un artículo publicado en la revista *New Left Review* (Harvey, 2008), definió inicialmente el derecho a la ciudad como un tipo de derecho humano, posición implícitamente rectificada su libro más reciente, *Ciudades Rebeldes* (2012). Aunque el marco general de ambas publicaciones es prácticamente el mismo, resulta interesante constatar que en este último trabajo, el argumento basado en la teoría de los derechos humanos es utilizado sólo para contextualizar la relevancia de las narrativas fundadas en un lenguaje de derechos en los discursos políticos de la actualidad. Permítanme mostrar dos párrafos provenientes de los textos mencionados a fin de ilustrar la progresión de las reflexiones de Harvey sobre el derecho a la ciudad iniciada con una reivindicación por los derechos humanos, y culminada con una defensa por los derechos colectivos.

Quiero explorar aquí otro tipo de *derecho humano*, el derecho a la ciudad... un derecho común antes que individual, ya que esta transformación [el derecho a cambiarnos a nosotros mismos cambiando la ciudad] depende inevitablemente del ejercicio de un poder colectivo para remodelar los procesos de urbanización” (2008, p. 23, énfasis agregado por el autor).

Aquí quiero explorar otro *derecho colectivo*, el derecho a la ciudad... un derecho más *colectivo* que individual, ya que la reinención de la ciudad depende inevitablemente del ejercicio de un poder colectivo abre el proceso de urbanización (2012, p. 3-4. énfasis agregado por el autor).

El giro conceptual de Harvey es tan apreciable como necesario, pues el marco analítico que se desprende de la teoría y las definiciones de los derechos humanos olvida uno de los elementos centrales del derecho a la ciudad, según fuera definido por Lefebvre: el emanar no de nuestra condición humana universal, sino de prácticas transformativas llevadas a cabo en la vida cotidiana. Es loable, también, que Harvey retome la perspectiva crítica del concepto en términos de lucha clases, ya que la ambigüedad que caracteriza al derecho a la ciudad puede ser usado para implementar agendas claramente conservadoras y antidemocráticas. Sin embargo, aún persiste en

él una falta de precisión respecto a cómo movilizaciones por el derecho a la ciudad, al estar indiscutiblemente ligadas a la reivindicación de derechos, se inmiscuyen en una discusión más amplia sobre asuntos de ciudadanía. Para Harvey, la demanda de derechos queda reducida a una posición instrumental y estratégica según la forma en que la lucha de clases se desenvuelve en el neoliberalismo. En lo personal, coincido con él sobre el componente inherentemente clasista de los movimientos urbanos que combaten la acumulación por desposesión, así como en su comprensión del derecho a la ciudad como un derecho colectivo más que individual; insistir en este punto parece ser pertinente e imperioso, toda vez que una de las estrategias de clase del neoliberalismo consiste en promover ideológicamente la hegemonía de los derechos del individuo. No obstante, al ver la ciudadanía como un estatus legal fijo e invariable, la visión de Harvey opaca nuestra capacidad de explicar en qué medida las protestas por el derecho a la ciudad podrían reconfigurar modelos de ciudadanía tal como, por ejemplo, ilustra Holston (2008) para el caso brasileño.

La conceptualización del derecho a la ciudad de Don Mitchell (2003) resulta ser un tanto más prometedora, al señalar la necesidad de entenderlo en relación a un arreglo más amplio de derechos sociales. Así, Mitchell expande el derecho a la ciudad a esferas que trascienden la problemática habitacional bajo el argumento que el desarrollo de ese derecho depende de cómo el espacio público está hegemoníamente orientado para excluir a vastos segmentos de la población. Para discutir “la relación entre exclusión social, derechos sociales y justicia social en el espacio público Norteamericano” (Mitchell, 2003, p.5), Don Mitchell ofrece varios ejemplos en los que grupos marginalizados pudieron producir, en distintas formas, espacios públicos y, junto a ello, apropiárselos mediante la demanda de derechos específicos. En contraste con Lefebvre, Mitchell propone una discusión sobre *derechos*, en plural. Inspirado en el trabajo de Iris Marion Young, Mitchell concibe los derechos como relaciones entre prácticas sociales más que como declaraciones pasivas y, con ello, como un ideal que nos permite medir el comportamiento del Estado y el capital. Para él, los derechos ofrecen un marco político en el que se pueden organizar y alcanzar las reivindicaciones sociales en la medida en que proveen un conjunto de instrucciones sobre cómo opera el poder.

D. CIUDADANÍA URBANA

En *Seeking Spatial Justice*, Edward Soja (2010) señala que la contribución teórica y política del derecho a la ciudad de Lefebvre está en que reestablece el fundamento urbano de la búsqueda de justicia, democracia y derechos ciudadanos: “Después de siglos en los que el Estado nacional definió la ciudadanía y los derechos humanos, la ciudad es vista nuevamente como un espacio específico y un lugar de beneficio social y económico—un punto central para el funcionamiento del poder y las jerarquías sociales—y, con ello, un potente campo de batalla para las luchas por mayor democracia, igualdad y justicia” (Soja, 2010, p. 96). A pesar de que Soja no presenta un debate extendido sobre ciudadanía, su análisis demuestra implícitamente que la importancia del pensamiento de Lefebvre se relaciona a la construcción de una nueva ciudadanía urbana que, al cuestionar el dominio del modelo nacional, plantee radicales e igualitarias formulaciones de apropiación espacial y participación política.

Pero, ¿en qué consiste la ciudadanía urbana? ¿Cómo podría ser ésta conceptualizada? Dos aspectos pueden iluminar dichas interrogaciones: a) la escala geográfica en que opera dicha ciudadanía; b) el criterio de membresía que definen quiénes están incluidos o, en su defecto, excluidos. Se debe tener en cuenta que estos puntos vienen a complementar el problema discutido anteriormente—el tipo de derechos sobre los que se construye la ciudadanía urbana—puesto que, según ilustraré mediante datos empíricos provistos por dos antropólogos (Holston, 2008; Das, 2011), la demanda y el ejercicio de derechos a la ciudad se torna, en algunos casos, condición necesaria para la emergencia de nuevas formas de ciudadanía.

LA CIUDAD COMO UNA COMUNIDAD POLÍTICA

De acuerdo a Holston y Appadurai (1996), la expansión urbana que observamos a finales del siglo XX ha hecho de la ciudad una arena estratégica para reconstruir la noción de ciudadanía, así como para expandirla hacia nuevas bases sociales. Dado que la urbanización vino acompañada con la persistencia, sino el aumento, de las desigualdades sociales, ambos autores postulan que el crecimiento urbano ha contribuido a la irrupción de movilizaciones de masas que, especialmente en países en vías de desarrollo, luchan por inclusión social mediante la reivindicación de derechos a la ciudad. En este contexto, la ciudadanía urbana tiene como punto de partida el considerar la ciudad la comunidad política primordial (Holston, 2008).

Como expliqué anteriormente, la urbanización de la sociedad descrita magistralmente por Lefebvre implica que el espacio urbano adquiere un poder generativo capaz de constituir nuevas relaciones sociales. En estudios recientes, James Holston (2008) y Veena Das (2011) dan cuenta del carácter formativo de lo urbano mediante el análisis etnográfico de movimientos sociales por la vivienda que han traído consigo una transformación de los modos que las clases populares entienden la ciudadanía. De tal manera, ambos antropólogos muestran etnográficamente lo que Lefebvre esclareció teóricamente cinco décadas atrás: que la vida urbana en sí misma posibilita la formación de un tipo de política que, engendrada a través de demandas por el derecho a la ciudad, revitaliza la dimensión política de la ciudad.

James Holston (2008) plantea que la suma de prácticas realizadas por habitantes de clase trabajadora de la periferia de São Paulo—la autoconstrucción de barrios y casas; la lucha por legitimar la propiedad residencial; y la búsqueda de reconocimiento como constructores de ciudad—han generado a nueva ciudadanía urbana basada en la creación de una esfera alternativa de participación. Esta *ciudadanía insurgente*, como él la denomina, se opone al antiguo modelo de derechos laborales y tratamiento preferencial que surgió en el gobierno populista de Getulio Vargas ya que “implica un proyecto particular de justicia social y promueve una imaginación democrática específica, una centrada en igualación y no en diferenciación” (Holston, 2008, p.249). Por su parte, Veena Das, en un estudio sobre los ocupantes ilegales en Noida—un distrito periférico de Delhi, India—indica que la reconceptualización de la ciudadanía se vincula menos a la aparición de nuevos mecanismos de distribución de derechos que a la forma en que los pobres urbanos conciben y ejercen derechos. El interés de Das está en elucidar la manera en que se evoca la noción de derechos en residentes ilegales quienes, sosteniendo una promesa incumplida por parte del Estado, articulan su protesta mediante la demanda de estos derechos vulnerados. La ciudadanía, sugiere la autora, es por esto una “reivindicación más que un estatus” (Das, 2011, p.320) puesto que su reclamación no está determinada por procedimientos legales o formales sino, más bien, por la exigencia de derechos mediante los cuales los habitantes de asentamientos irregulares, a pesar de su condición de ilegalidad, buscan justificar la provisión de protección legal.

RESIDENCIA Y DERECHOS A LA CIUDAD

Más allá de las diferencias existentes entre las formulaciones (más o menos explícitas) sobre la ciudadanía urbana, los autores recién citados parecen coincidir en el criterio que dicha modalidad de membresía política utiliza para demarcar un límite que distinga quiénes podrían ser considerados ciudadanos urbanos y quiénes no. El residir en la ciudad, más que el pertenecer a la nación, surge aquí como el elemento definitorio que dota a los sujetos de derechos a la ciudad. Una vez más, el trabajo de Lefebvre es imprescindible para dimensionar la política del habitar; aquélla donde la problemática urbana se exhibiría a sí misma en prácticas cotidianas orquestada una segregación de clases, haciendo de la vida cotidiana—y, con ello, al acto de habitar—una instancia cargada de un carácter político transformativo. La relevancia sociológica y política del residir queda de manifiesto cuando se constata cómo de la demanda por recursos asociados a aspectos de la vida urbana genera ya sea una ciudadanía insurgente (Holston, 2008) o un cambio en la manera en que los individuos significan socialmente la ciudadanía (Das, 2011). En estas pesquisas etnográficas, los derechos, al ser contingentes al acto de habitar, son pensados menos como estructuras fijas acotadas a marcos jurídicos que como arreglos reivindicatorios que cruzan las estructuras institucionales. La ciudadanía está, en consecuencia, sujeta a una evaluación y reinterpretación constante que emerge de los procesos de negociación entre los activistas y el Estado.

Asumiendo que la ciudadanía urbana opera sobre la base de comprender la residencia como el criterio fundante de membresía, creo esencial problematizar cuán restrictivo o inclusivo es este sistema regulatorio en término de los derechos distribuidos entre los habitantes urbanos. Lo que pretendo plantear aquí es, siguiendo la reflexión de Marcuse (2009), la siempre compleja pregunta respecto a quiénes deben tener el derecho a la ciudad y, junto a ello, reflexionar hasta qué punto la residencia como tal permite la conformación de un tipo de ciudadanía cuyo cometido se dispone eficazmente hacia lo que, pienso, debe orientarse: la profundización de la democracia urbana. ¿Todos los habitantes de la ciudad, independiente de su condición de clase, raza, etc., tienen los mismos derechos a la ciudad? O, para ponerlo de modo normativo, ¿debería un poblador de un asentamiento informal o un empleado precarizado de la economía terciaria reivindicar y ejercer los mismos derechos que el propietario de una gran empresa multinacional?

El problema de la inclusividad está de alguna manera expresado en Lefebvre cuando propone una comprensión clasista del derecho a la ciudad. Según él, este derecho debe ser ejercido esencialmente por la clase trabajadora para así romper con las condiciones de segregación, aislamiento y exclusión social. Los casos empíricos aquí presentado (Mitchell, 2003; Holston, 2008; Das, 2011) pueden, en ese sentido, servir para expandir la propuesta investigativa iniciada por Lefebvre pues relatan cómo distintas expresiones de protestas por el derecho a la ciudad—impulsadas y ejecutadas por los pobres de la ciudad así como otros grupos padeciendo otras formas de subordinación—han propiciado la difusión de derechos de ciudadanía a poblaciones marginalizadas. Tomando en consideración que los trabajos de dichos autores describen procesos políticos donde los residentes se involucran tenazmente en asuntos de ciudadanía mediante la demanda de derechos a la ciudad, podría argumentarse que la ciudadanía urbana depende menos del estatus de sus miembros que de su participación activa en la esfera pública. Podría ser, revisitando la obra de Walzer (1989), una clase de ciudadanía *republicana* opuesta al modo *imperial/liberal*; o, adaptando la distinción ofrecida por Holston y Appadurai (1996), una ciudadanía cuya dimensión substantiva prevalece sobre la formal. Resulta peliagudo, entonces, construir una noción de ciudadanía urbana desde, por ejemplo, el argumento inicial de Harvey—esto es, el derecho a la ciudad como un tipo de derecho humano—porque ello implicaría conceder un carácter ontológico y trascendental a los derechos como si existieran antes de su ejercicio. De ser así, la ciudadanía urbana estaría confinada a ser un mero estatus el que, aunque fácilmente extensible entre los individuos, desconocería la naturaleza política de algunas acciones de la vida cotidiana.

E. CONCLUSIONES

La propuesta aquí planteada concibe la ciudadanía urbana, primeramente, como resultado de la realización de prácticas sociales—ejecutadas, en un sentido lefebvriano, en una cotidianeidad creativa—que establecen no sólo el tipo de derechos que se distribuirán entre los ciudadanos, sino además quiénes podrán ejercerlos. La idea desarrollada por Holston bajo el concepto de *contributor rights* (Holston 2008) es sugerente pues, afirma el antropólogo estadounidense, los habitantes urbanos legitiman sus demandas por el derecho a la ciudad sobre la base de sus contribuciones a la ciudad, sea en términos de urbanización de barrios o autoconstrucción de viviendas. Así, la ciudadanía urbana referiría a un tipo de membresía política

subyacente a la reivindicación y al ejercicio del derecho a la ciudad el cual, como derecho colectivo, estaría directamente orientado a la promoción constante de mejoras substantivas en los niveles de justicia social. En este punto, la pesquisa de Don Mitchell (2003) resulta útil para una comprensión práctica de la ciudadanía urbana según reconozcamos el carácter relacional del derecho a la ciudad respecto a otros derechos sociales. Con ello, comenzaríamos a hablar de los “derechos”, en plural, a la ciudad.

Dentro de este contexto, la residencia y el habitar como criterios general de membresía, debieran redefinirse. Lefebvre deja entrever que el habitar se materializa a través de acciones transformativas dirigidas a la profundización de los grados de igualdad y justicia social de nuestras ciudades. Ello implica que la residencia, como categoría abstracta, es vacía y carente de sentido si no se despliega en la praxis. Es aquí donde, justamente, yace la política del habitar de Lefebvre: el derecho a la ciudad se constituye y se vuelve políticamente relevante según la vida cotidiana sea criticada, cuestionada y puesta en tensión. Por tanto, la ciudadanía urbana debiera entenderse como una práctica, una reivindicación o reclamo (*claim*, usando la terminología de Veena Das) que descansa en la exigencia y el ejercicio constante de derechos a la ciudad—servicios, infraestructura, acceso a espacios públicos, mejor calidad de vida, participación en la toma de decisiones, etc.—por el cual la sociedades urbanas pueden promover lo que, justamente, el proyecto liberal-moderno de ciudadanía fue incapaz de asegurar: la inclusión y representación de los desposeídos.

La aproximación de Harvey al neoliberalismo es, en este contexto, decidora, al observar el derecho a la ciudad como una herramienta para aquellos quienes, sin importar su nacionalidad, género o estatus legal, contribuyen a la producción y reproducción de la vida urbana, pero que, a raíz de sus condiciones de existencia, no pueden disfrutar del conjunto de recursos y atributos socialmente disponibles. La residencia es, de tal modo, transformativa según lleve a la articulación de movimientos sociales que busquen impugnar las relaciones de clases.

Entender la ciudadanía urbana como una “reivindicación” no supone, sin embargo, un rechazo tajante a su consideración como un estatus. Una objeción de ese tipo impediría pensarla como un mecanismo alternativo de distribución de derechos. Más bien, lo que intento plantear es que, en un contexto donde la sociedad se urbaniza progresivamente, la dimensión substantiva de la ciudadanía (Holston y Appadurai, 1996) adquiriría una remozada significación política. La membresía formal a la comunidad política, aunque no totalmente erradicada, estaría ahora subordinada a la

realización de prácticas sociales y políticas orientada a reproducir, pero también a cuestionar social y materialmente lo cotidiano. Como un ejercicio constante de derechos que buscan crear nuevas y más democráticas relaciones sociales, la ciudadanía urbana se diferencia de la “ciudadanía diferenciada” de Iris Marion Young y otros pues, desde mi punto de vista, lo que está en juego no es ni la legalización la diferencia ni el establecimiento de derechos especiales para los excluidos. Holston, Eisenstein y Okin ya han señalado convincentemente cuán peligroso pueden ser los regímenes de tratamiento especial al constituir sistemas legales que, en último término, no rompen, sino mantienen los fundamentos mismos de la desigualdad. Lo que está en disputa, al contrario, es la construcción de una nueva esfera pública donde, dado el carácter clasista de la organización de la vida urbana, quiénes hacen ciudad—ya sea materialmente mediante su trabajo o por medio de acciones que facilitan su funcionamiento cotidiano—puedan verdaderamente decidir su destino.

REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

AHONSI, B. (2002). Popular shaping of metropolitan form and processes in Nigeria: glimpses and interpretations from an informed Lagosian. En Okwui Enwesor et. al., (Eds.). *Under Siege. Four African Cities: Freetown, Johannesburg, Kinshasa, Lagos* (pp. 129-151). Ostfildern-Ruit: Hatje Cants Publishers.

BENHABIB, S. (2002). *The claims of culture: Equality and diversity in the Global Era*. New Jersey: Princeton University Press.

BRUBAKER, R. (1992). *Citizenship and Nationhood in France and Germany*. Cambridge: Harvard University Press.

CASTELLS, M. (1983). *The City and the Grassroots. A Cross-Cultural Theory of Urban Social Movements*. Berkeley: University of California Press.

CASTILLO, J. M. (2000). *Urbanisms of the Informal: Spatial Transformations in the Urban Fringe of Mexico City*. Harvard University.

DAS, V. (2011). State, citizenship, and the urban poor. *Citizenship Studies*, 15(3-4), 319-333.

DUBOIS, L. (2004). *A Colony of Citizens: Revolution & Slave emancipations in the French Caribbean, 1787-1804*. Chapel Hill: University of North Carolina Press.

EISENSTEIN, Z. (1988). *The Female Body and the Law*. Berkeley: University of California Press.

FAWAZ, M. (2009). Neoliberal Urbanity and the Right to the City: A View from Beirut's Periphery. *Development and Change*, 40(5), 827-852.

FRASER, N. (1990). Rethinking the Public Sphere: A Contribution to the Critique of Actually Existing Democracy. *Social Text*, (25/26), 56-80.

FRIEDMANN, J. (1995). The right to the city. *Society and Nature*, 1(1),71-84.

FOUCAULT, M. (2003 [1982]). The subject and Power. E P. Rabinow & N. Rose (eds.). *The Essential Foucault. Selections from essential works of Foucault, 1954-1984* (pp. 126-144). New York: The New Press.

GRAMSCI, A. (2004). *Antología*. México DF: Editorial Siglo XXI.

HABERMAS, J. (1991). *The Structural Transformation of the Public Sphere. An inquiry into a Category of Bourgeois*. Boston: MIT Press

HARVEY, D. (2008). The Right to the City. *New Left Review*, (53), 23–40.

_____ (2012). *Rebel Cities: From the Right to the City to the Urban Revolution*. New York: Verso.

HOLSTON, J. (2008). *Insurgent citizenship. Disjunctions of democracy and modernity in Brazil*. New Jersey: Princeton University Press.

_____ (2011). Contesting privilege with right: the transformation of differentiated citizenship in Brazil. *Citizenship Studies*, 15(3-4), 335–352.

HOLSTON, J., & APPADURAI, A. (1996). Cities and Citizenship. *Public Culture*, 8(2), 187–204.

KYMLICKA, W. (1995). *Multicultural Citizenship*. Oxford: Oxford University Press.

LEFEBVRE, H. (1996). *Writings on Cities* (1 edition.). Cambridge, Mass, USA: Wiley-Blackwell

_____ (2003). *The urban revolution*. Minneapolis: University of Minnesota Press.

MANN, M. (1987). Ruling Class Strategies and Citizenship. *Sociology*, 21(3), 339–354.

MARSHALL, T.H. (1977). *Class, Citizenship, and Social Development*. Chicago: University of Chicago Press.

MARX, K. (1978). On the Jewish Question. En Robert C. Tucker (Ed.). *The Marx-Engels Reader* (pp. 26-52). New York: Norton.

_____ (1978). Economic and Philosophic Manuscripts of 1844. *The Marx-Engels Reader* (pp. 66-125). New York: Norton.

MARCUSE, P. (2009). From critical urban theory to the right to the city. *City*, 13(2-3), 185–197.

MITCHELL, D. (2003). *The Right to the City. Social Justice and the Fight for Public Space*. New York: The Guilford Press.

OKIN, S. (1999). Is Multiculturalism Bad for Women? En Susan Okin, et. al. (Eds.) *Is Multiculturalism Bad for Women?* (pp. 8-24). Princeton: Princeton University Press.

PATEMAN, C. (1989). *The Disorder of Women*. Stanford: Stanford University Press.

PURCELL, M. (2002). Excavating Lefebvre: The right to the city and its urban politics of the inhabitant. *GeoJournal*, 58(2-3), 99–108.

_____ (2003). Citizenship and the right to the global city: reimagining the capitalist world order. *International Journal of Urban and Regional Research*, 27(3), 564–590.

SKINNER, Q. (1989). The State. En Terrance Ball, James Fall, Russell L. Hanson (Eds.). *Political Innovation and Conceptual Change* (pp. 90-131). Cambridge: University Press

SOJA, E. (2010) *Seeking spatial justice: Globalization and Community*. Minneapolis: University of Minnesota Press.

SPRYUT, H. (1994). *The sovereign state and its competitors: an analysis of system change*. Princeton: Princeton University Press.

SUNGRANYES, A. & MATHIVET, C. eds. (2010) *Cities for all: Proposals and Experiences towards the Right to the City*. Santiago: Habitat International Coalition (HIC).

TAYLOR, C. (1992). Politics of recognition. En Taylor, C., & Gutmann, A. *Multiculturalism and "The Politics of Recognition": An Essay with Commentary* (1st Edition, pp. 25-73). Princeton, N.J: Princeton University Press.

UNESCO. (2006). *International Public Debates. Urban Policies and the Right to the City*. Paris: UNESCO.

UN-HABITAT. (2012). *State of Latin American and Caribbean Cities 2012. Toward a new urban transition*. Nairobi: UN-Habitat

WALZER, M. (1989). Citizenship. En Terrance Ball, James Fall, Russell L. Hanson (Eds.). *Political Innovation and Conceptual Change* (pp. 211-219). Cambridge: University Press.

YOUNG, I. M. (1989). Polity and Group Difference: A Critique of the Ideal of Universal Citizenship. *Ethics*, 99(2), 250–274.

HENRI LEFEBVRE Y EL MOVIMIENTO DE POBLADORES EN CHILE: ANÁLISIS DE UN DESENCUENTRO

Alexis Cortés¹²

Si bien Chile puede ser considerado un epicentro de producción intelectual sobre la cuestión social urbana en América Latina, principalmente por la marcante presencia del movimiento de pobladores y por servir de laboratorio para la reflexión de escuelas como la Teoría de la Marginalidad (Vekemans & Silva, 1969), la Urbanización Dependiente (Quijano, 1967) y la de los Movimientos Sociales Urbanos (Castells, 2008 [1972]), la recepción del pensamiento de Henri Lefebvre ha sido tardía, incompleta e indirecta.

Así como en el resto del mundo, la recepción del pensamiento de Lefebvre ha sido tardía, porque sólo recientemente se han venido recuperando sus diferentes contribuciones teóricas, principalmente urbanas. Ha sido con la renovación del debate urbano, por las nuevas formas de resistencias a la neoliberalización de las ciudades, que la obra de Lefebvre ha cobrado una nueva atención entre los intelectuales y activistas que reivindican el “derecho a la ciudad” (Plyushteva, 2009; Purcell, 2003). Ha sido incompleta, porque esta recuperación ha sido selectiva y parcial, se han recuperado algunos aspectos de su obra, sin necesariamente acompañar su presentación con una reflexión que sitúe sus contribuciones en el marco integral de su producción intelectual. Algunos analistas establecen al menos cuatro momentos en el análisis de su obra: el marxismo, la vida cotidiana, la ciudad y la producción del espacio y el Estado (Machado, 2009). Y finalmente, esta recepción ha sido indirecta, pues ha sido mediada positivamente por la reinterpretación y recuperación que algunos autores, como David Harvey (2008), han hecho de algunos de sus conceptos y de manera negativa, particularmente en los 70, por la crítica que Manuel Castells le dedicó en *La Cuestión Urbana* (2008), una de las obras de mayor impacto en el campo de los estudios urbanos.

¹² Doctor en Sociología por el Instituto de Estudos Sociais e Políticos (IESP-UERJ) y académico del Departamento de Sociología de la Universidad Alberto Hurtado. Contacto: cortes.alexis@gmail.com.

Si bien es probable que los nuevos esfuerzos reflexivos sobre la cuestión social urbana permitan revertir la presencia marginal o derechamente la ausencia que Henri Lefebvre ha tenido en el campo de estudios del movimiento de pobladores en Chile; no deja de ser en sí misma sumamente llamativa la existencia de este desencuentro entre la trayectoria de un movimiento social tan significativo para la historia popular chilena como el de los pobladores y uno de los pensadores que más contribuyó a la politización del espacio social. Precisamente esa es la preocupación de este artículo, el análisis del desencuentro entre el movimiento de pobladores y la obra de Henri Lefebvre.

Carlos Machado (2009), uno de los principales comentaristas de Lefebvre en Brasil, al intentar explicar por qué la izquierda de ese país no lo incluía entre sus lecturas canónicas, aventuraba dos hipótesis. Primero, su expulsión del Partido Comunista Francés (57/58), sus críticas a la Unión Soviética y su visión heterodoxa del marxismo (Lefebvre, 1966) obstaculizaron su recepción entre los intelectuales ligados a la izquierda tradicional y, segundo, el hecho de que la izquierda alternativa, en los años 70 estuviese más preocupada en cómo organizar un levantamiento armado para derribar a la dictadura militar, alejaron al filósofo francés de la órbita de interés de los intelectuales de este sector; postergando así su recepción hasta una generación más contemporánea, pero que ha formado un campo significativo de estudio de su obra.

Aunque parte de estas hipótesis puedan ser aplicadas para explicar el desencuentro con Lefebvre en Chile, mi propuesta es comprenderlo a partir de las propias dinámicas del campo de estudios del movimiento de pobladores, siendo una de ellas el sesgo anti-espacial de sus lecturas (Sabatini, 1981). Por tanto, será necesario realizar una breve revisión de las principales teorías que han hecho de la acción colectiva de estos actores urbanos su principal objeto de estudio, con ello espero no sólo analizar las razones de esta ausencia, como explorar la potencial reversión de esta tendencia a partir de la apropiación que algunos movimientos sociales vienen realizando del concepto de Derecho a la Ciudad.

EL CAMPO DE ESTUDIOS DEL MOVIMIENTO DE POBLADORES

El despliegue de la trayectoria del movimiento de pobladores no ha sido homogénea, desde su inicio reconocido, la toma de terrenos de La Victoria en 1957, ha vivido momentos de auge mediante irrupciones como las Tomas (mostrando su punto más alto durante los primeros años de la década de 70) o con las protestas populares que

en la década del 80 desafiaron a la Dictadura Militar; pero también ha experimentado momentos de desmovilización, perdiendo casi toda visibilidad, tal como ocurrió tras el Golpe de Estado, cuando sus dirigentes fueron perseguidos y sus organizaciones prohibidas o cuando, tras el retorno de la democracia, una política de vivienda ambiciosa satisfizo en parte su principal demanda (la casa) y donde además se privilegió una transición que prescindía del protagonismo de los sectores populares que habían contribuido a la derrota de la dictadura. Las ciencias sociales acompañaron estos ciclos con interpretaciones que oscilaron entre el optimismo/pesimismo y el ineditismo/réquiem del movimiento de pobladores. Algunas tomas, en la década de los 90 en Peñalolén, pero sobre todo la consolidación de orgánicas que se identifican con la trayectoria histórica del movimiento de pobladores, sea a través de la Organizaciones de Deudores Habitacionales como de nuevas generaciones de “Sin Casas”, han reinstalado el tópico poblacional en la arena política, permitiendo que una nueva camada de científicos sociales incorporen en sus agendas de investigación la vigencia del movimiento de pobladores.

¿Cuáles han sido las principales perspectivas teóricas que han animado el campo de estudios poblacionales?, ¿cómo se relacionó este campo con la propuesta urbana de Henri Lefebvre?, ¿qué diálogos posibles se pueden establecer entre la trayectoria del movimiento y la perspectiva teórica lefebvriana?

LA MARGINALIDAD

Entre los años 60 y 70 se desarrollaron dos grandes vertientes de la teoría de la marginalidad: la versión culturalista y la versión estructuralista (económica). La primera bebió de algunos elementos de la Escuela de Chicago y sobre todo del concepto de cultura de la pobreza de Oscar Lewis (1961) y la segunda fue una lectura heterodoxa de conceptos marxistas en diálogo con las teorías de la dependencia.

El gran teórico de la marginalidad culturalista en Chile fue el sacerdote jesuita Roger Vekemans, fundador del departamento de sociología de la UC, quien desde DESAL, tuvo el mérito de constituir uno de los primeros esfuerzos sistemáticos de comprensión de la cuestión urbana en América Latina (Lezama, 2002).

La idea de marginalidad es inseparable de la idea de desarrollo, en el caso de la lectura culturalista, ella es comprendida como un obstáculo para el mismo (Germani, 1973). Los marginales, es decir, los pobres urbanos de las ciudades serían portadores de una cultura transportada en la migración desde el campo a la ciudad, que les

impide adaptarse adecuadamente a los requerimientos de la vida moderna. Las barriadas (poblaciones, callampas o favelas) son vistas como prolongaciones del campo en la urbe y el poblador es visto como un excluido que necesita aprender a salir de la marginalidad (mediante la Promoción Popular) para no ser manipulado por proyectos rupturistas. Por lo mismo, el elemento más destacable de esta teoría es su profundo tono de advertencia. Vekemans decía que las migraciones ponen al marginal frente a una vitrina llena de productos necesarios para la vida moderna, pero sin poder de compra, siendo enfático: es necesario hacer algo antes que esa vitrina explote.

La mayor parte de las premisas de esta teoría fueron desmitificadas (Giusti, 1973; Perlman, 1977), convirtiéndola en una especie de prejuicio teóricamente elaborado, sin embargo, su influencia en la vida pública fue extraordinaria, sobre todo durante el gobierno de Frei, por la propia filiación demócratacristiana de Vekemans. Pero, a mi juicio, esta teoría tuvo una influencia no esperada en el movimiento de pobladores y en su reconocimiento político (por ende, de su ciudadanía). Si bien, cuando llegó Vekemans a Chile ya se había producido el acontecimiento al que se le ha atribuido el origen del Movimiento de Pobladores, la Toma de Terrenos de la Población La Victoria (30 de octubre de 1957), el movimiento de pobladores estaba lejos de ser una realidad, pero al asumir como un hecho la amenaza que los marginales representaban por su poder disruptor, fueron tomadas una serie de medidas que contribuyeron, probablemente de manera involuntaria a consolidarlo: la promoción popular estimuló la creación de Juntas de Vecinos, Centros de Madres, se formaron técnicos especializados en el trabajo poblacional y sobre todo se transformó a las poblaciones en un espacio de disputa política de primer orden.

La versión estructuralista de la marginalidad (Nun, 2001; Quijano, 1967) comprenderá la existencia de esta última como un elemento interno del capitalismo, es decir, la marginalidad no es un obstáculo para el desarrollo capitalismo, sino un producto de su desarrollo. El capitalismo dependiente genera un sector afuncional, o sea, marginal para la acumulación capitalista: la masa o polo marginal. Particularmente para Quijano, - quien, de entre los autores materialistas, fue el que desarrolló una visión más espacial para interpretar la marginalidad - el proceso de "marginalización social" es producto de un conjunto de condiciones históricas dadas por la implementación de una industrialización dependiente y organizada de forma monopólica dentro de una estructura socioeconómica que combina desiguales niveles y relaciones de producción, en otras palabras, la marginalización es producto de una

urbanización dependiente. La marginalización consiste en la diferenciación creciente de segmentos de la clase obrera que ocupan posiciones precarias e inestables en el mercado de trabajo, las cuales no tienen significación para la acumulación capitalista. Quien sufre la marginalización tendría una existencia por la pauperización social, económica y cultural y sus ocupaciones serían apenas refugios destinados a la sobrevivencia. Así, se deja de hablar de marginales para comprenderlos como marginalizados y al mismo tiempo, al asociar su existencia a las operaciones del propio capitalismo, se da un paso determinante en la politización de la cuestión urbana, lo que ganará sistematicidad cuando la lectura de los Movimientos Sociales Urbanos producida desde el CIDU, incorpore las contribuciones de Quijano y Nun, otorgándole a los pobladores un papel central en la lucha de clases chilena.

MOVIMIENTOS SOCIALES URBANOS: EL CIDU

Un grupo de investigadores agrupados en el Centro Interdisciplinario de Desarrollo Urbano de la Pontificia Universidad Católica de Chile se dio la tarea de comprender y teorizar al actor popular que, durante el gobierno de la Unidad Popular, adquirió centralidad en la coyuntura política de principios de los 70 (CIDU, 1972). Las poblaciones, gracias a la al significativo incremento de su movilización desde finales de los años 60, producido por la generalización de las tomas de terreno como principal acción colectiva del movimiento y a la coincidencia de tres estrategias diferentes de disputa del campo poblacional: la demócratacristiana, la izquierda obrera y la izquierda revolucionaria, en determinados momentos tendrá más importancia que incluso el movimiento sindical.

¿Cuál era la novedad político-social de este movimiento para la lucha de clases? Criticando a la teoría de la marginalidad como una ideología que buscaba justificar la acción demócratacristiana en las poblaciones y extendiendo la crítica a la izquierda obrera, por ser apenas una respuesta electoral en el campo poblacional al desafío DC, estos investigadores comprenderán a los “campamentos” como una experiencia única de lucha política y organización urbana, representando una fuente de transformación diversificada (por la acción en diferentes frentes simultáneos: vivienda, alimentación, justicia) que además generaba novedosas formas de “poder popular”, o sea la capacidad de proponer una institucionalidad alternativa a la vigente.

Un elemento que debe ser destacado es la simbiosis de estas interpretaciones con la estrategia poblacional del MIR y sus organizaciones populares. Lo que, por un

lado, supuso una sobrevaloración de las experiencias dirigidas por este movimiento, en particular, de sus campamentos modelos (micro-comunidades revolucionarias) y un descuido de otras experiencias significativas para el movimiento por estar asociadas a estrategias más moderadas. El hecho de que prácticamente nunca se mencione en sus trabajos la experiencia de La Victoria, que anticipó buena parte del repertorio generalizado en los 70, es prueba de ello (Cortés, 2014).

Ahora, ¿cuál es la presencia de Lefebvre en estos debates? Llama la atención que hasta este punto del estado de las artes en la cuestión urbana en Chile y América Latina su presencia es prácticamente nula. En el caso de la marginalidad culturalista, algunos de sus presupuestos venían siendo trabajados antes de la divulgación de la propuesta del filósofo francés en materia urbana. Pero, en el caso de Quijano y los autores del CIDU y principalmente de Castells, no se puede atribuir esta ausencia al desconocimiento. Manuel Castells conocía muy bien su obra desde su época de estudiante y era parte del Comité de Redacción de la Revista que organizó Henri Lefebvre como un nuevo marco de reflexión sobre lo urbano, a saber *Espaces et Sociétés*, y en ella, desde 1972 en adelante, colaboraron además autores como Aníbal Quijano, Milton Santos, Franz Vaderschueren con textos que en muchos casos ya habían sido publicados en español por la Revista EURE. Por lo demás, desde el punto de vista temático Lefebvre proponía una lectura novedosa de lo urbano desde una perspectiva heterodoxamente marxista (1971a) que sin duda establecía puentes de diálogo con la reflexión latinoamericana, al situar la crisis de la realidad y virtualidad urbana en el centro del desarrollo capitalista – la consecuencia, la urbanización, se vuelve más importante que la causa, la industrialización – (1971b) politizando el espacio: el espacio no es neutro ideológicamente, en tanto, es un producto de las contradicciones sociales (1970).

Ahora, es posible que en la gran influencia que tuvo Castells en el estudio del Movimiento de Pobladores se encuentre la pista para comprender la ausencia de Lefebvre en los debates chilenos. La trayectoria de Castells y el movimiento de pobladores, no sólo por el papel que jugó este autor en el CIDU, sino sobre todo porque el concepto de Movimientos Sociales Urbanos, una de las categorías que más impacto tuvo sobre la cuestión urbana, durante mucho tiempo quedó asociada a la experiencia desarrollada por los pobladores chilenos durante el gobierno de Salvador Allende como una especie de realización histórica de las potencialidades implícitas en la categoría.

De hecho, el período de trabajo en Chile de Manuel Castells coincide con la elaboración de *La Cuestión Urbana*, publicada originalmente en 1972, obra en la que este autor desarrolla su intento más ambicioso de comprensión de lo urbano desde una perspectiva materialista antagónica a la de Lefebvre. Al reinterpretar la problemática urbana desde el materialismo dialéctico, Castells tomó como punto de partida el estudio de las formas espaciales a partir de la estructura social de base, o sea, el modo de producción capitalista y los procesos y unidades de reproducción social de la fuerza de trabajo. Con ello, emprendió una crítica descarnada contra lo que consideraba como un conjunto de teorías sociológicas idealistas sobre lo urbano, tanto en su versión de derecha, la Escuela de Chicago, como en su versión de izquierda, Henri Lefebvre.

Aunque Castells reconoce en el filósofo francés uno de los más grandes teóricos de marxismo contemporáneo, lo acusa de traicionar su punto de partida que tenía por objeto analizar en términos marxista el fenómeno urbano, al desembocar más bien en una teorización urbanística de la problemática marxista. La sociedad urbana es definida así por un contenido cultural, es un modo de vida, que virtualmente puede ser generalizado como forma única tanto del capitalismo como del socialismo. La consecuencia de esta formulación para Castells, es que la lucha urbana termina por ser más importante que la propia lucha de clases y lo urbano como fuerza productiva termina por reemplazar la teoría de los modos de producción, invirtiendo la problemática materialista. En sus palabras:

Todo el problema está aquí: el término urbano (lo mismo que en la “cultura urbana”) no es inocente; sugiere la hipótesis de una producción del contenido social (lo urbano) por una forma trans-histórica (la ciudad) y, más al fondo, expresa toda una concepción general de la producción de las relaciones sociales, es decir, en definitiva, una teoría del cambio social, una *teoría de la revolución*. Porque “lo urbano” no es solamente una utopía libertaria; tiene un contenido relativamente preciso en el pensamiento de Lefebvre: se trata de la *centralidad*, o mejor aún, de la *simultaneidad*, de la *agrupación*. En el espacio urbano, lo que es característico es “que siempre pasa algo”, que

es el lugar donde domina lo efímero, más allá de la represión. Pero este “urbano”, que no es, por tanto, otra cosa que la espontaneidad creadora liberada, está *producido* no por el espacio ni por el tiempo, sino por una *forma* que, ni objeto, ni sujeto, se define ante todo por la dialéctica de la centralidad o de su negación (la segregación, la dispersión, la periferia). (Castells, 2008, pp. 110–111)

En contraste, para Castells, lo urbano más que un objeto teórico es un objeto ideológico, por lo que su crítica a la sociología urbana toma la forma de una crítica a la ideología urbana que estaría oculta en la práctica de las clases dominantes para reproducir la fuerza de trabajo y las relaciones sociales de producción. El desarrollo de esta ideología urbana estaría asociado al culturalismo, es decir, a la reproducción del mito de la cultura urbana o a la concepción que considera que existe un sistema específico de relaciones sociales y actitudes que configuran un cuadro ecológico determinado (la ciudad). Para Castells, en cambio, no existe teoría del espacio separada de una teoría social general, la teorización del espacio como tal no es sino una derivación y especificación de una teoría de la estructura social, a partir de la cual se pueden explicar las características de las formas sociales y espaciales. Tomando como referencias teóricas el marxismo estructural de Althusser y Poulantzas, Manuel Castells afirmará que el proceso que estructura el espacio en las sociedades capitalistas es la reproducción de la fuerza de trabajo, siendo que las prácticas urbanas connotan la articulación de este proceso con el conjunto de la estructura social. El sistema urbano corresponde, por lo tanto, a la articulación específica de las instancias de una estructura social en el interior de una unidad espacial de reproducción de la fuerza de trabajo.

Ahora bien, el pensamiento urbano de Manuel Castells y más específicamente la idea de Movimientos Sociales Urbanos experimentaron una serie de metamorfosis entre comienzos de los 70 y los años 80, de una manera incluso contradictoria. Siendo que este proceso fue especialmente sensible a los debates del marxismo estructuralista, transitando por la novedad del eurocomunismo, hasta llegar a la incorporación en su definición las concepciones de Alain Touraine (1989) sobre los Nuevos Movimientos Sociales. De esta manera, en la obra de Castells no existe sólo una definición de Movimientos Urbanos, en un primer momento los define como una

nueva forma de la lucha de clases, luego como una de las principales vías al socialismo democrático (1980), hasta considerarlos como utopías reactivas, confundiendo su definición con la concepción culturalista de los movimientos sociales de Touraine (Castells, 1986). Esta revisión que Castells realizó de su propia obra, de manera sintética, incorporando el elemento cultural a su matriz de análisis, precisamente lo que lo llevaba a criticar a Lefebvre, no significó asimismo una reconsideración de la contribución lefebvriana a la cuestión urbana.

EL CAMPO DE ESTUDIOS DEL MOVIMIENTO DE POBLADORES DURANTE LA DICTADURA

Si bien inicialmente el campo de estudios del movimiento de pobladores, una vez iniciada la dictadura, se desvaneció con el desmantelamiento que el régimen militar realizó de la estructura organizacional de los pobladores: persiguiendo y asesinando sus dirigentes, interviniendo o eliminando sus organizaciones y modificando radicalmente la lógica de demanda hacia el Estado; una vez que la oposición consiguió recomponerse a principios de los años 80, los pobladores adquirieron un protagonismo inesperado al organizar las protestas más radicales contra La Dictadura. De esta manera, con la reconstrucción del movimiento de pobladores, las ciencias sociales rápidamente se volcaron a la comprensión del papel que este sujeto jugaría en la derrota del régimen y en la recuperación de la democracia. De esta manera, se configuraron, a grandes rasgos, tres lecturas sobre los pobladores: la comunitarista, la anti-movimiento social y la espacialista.

La lectura comunitarista veía en las Organizaciones Económicas Populares (Razeto, Klenner, Ramírez, & Urmeneta, 1990) animadas por los pobladores para sobrevivir a la crisis económica, no sólo una forma de recomposición de las solidaridades como un repertorio que era portador de embriones democráticos que anticipaban la conquista de la democracia, mediante la creación de una nueva cultura ciudadana en las poblaciones, sin la antigua intermediación de los partidos políticos (Pozo, 1987), abriendo, en sus vertientes más optimistas, nuevas perspectivas para un proyecto socialista (Kriés, 1983), pero, en sus vertientes más escépticas, sembrando dudas sobre su capacidad de proyección en tanto movimiento social (Baño, 1985).

Precisamente, en una clave extremadamente escéptica, un grupo de investigadores aplicó los conceptos y métodos de Alain Touraine para el estudio de los (Nuevos) Movimientos Sociales, llegando a la conclusión de que el Movimiento de Pobladores no correspondía a un movimiento social, sino más bien a un anti-

movimiento (Dubet, Tironi, Espinoza, & Valenzuela, 1989). En las palabras del sociólogo francés: : “Si me lo permiten, en mi vocabulario diría que no constituye propiamente un movimiento social, sino un movimiento histórico, donde el tema no es manejar los recursos de una sociedad, de un tipo societal, sino manejar el proceso de transformación social cuyo agente central no es una clase dirigente, sino el Estado” (Touraine, 1987, p. 221). El movimiento de pobladores era, para Touraine, un movimiento social imposible, inclinado a la fragmentación y a la desintegración, incapaz, por tanto, de cuestionar los contenidos culturales de la sociedad. Utilizando el método de “intervención sociológica”, o sea, un análisis del autoanálisis que un movimiento colectivo realiza sobre sí con la intermediación de los investigadores, autores como Eugenio Tironi, Eduardo Valenzuela y Vicente Espinoza buscaban determinar si los pobladores eran un movimiento social (una acción colectiva conflictiva por el control social de los modelos culturales) o histórico (su objetivo no es controlar o transformar el sistema de dominación social, sino pasar de un tipo de sociedad a otro) y así ponderar el papel de este actor en la transición democrática.

Como alternativa a la lectura comunitarista y a la del anti-movimiento social, paulatinamente se esbozará una interpretación que otorgará al espacio un papel central en la comprensión del Movimiento de Pobladores. Sin duda, esta lectura responde a una insatisfacción intelectual con las anteriores visiones, pero sin llegar a ser una polémica de confrontación directa, pues no se propone una definición alternativa del movimiento social, pero se le toma como un hecho, destacando su papel en la construcción de una ciudad democrática (Rodríguez, 1983). La acción de los pobladores territorializaría la política, constituyendo formas de poder local y permitiendo contrarrestar la tendencia a la segregación social de las políticas urbanas de la dictadura (Espinoza, Rodríguez, & Rosenfeld, 1986). A pesar de su tendencia aparente a la discontinuidad y a la irrupción desconectada, la trayectoria histórica de los pobladores permite definirlos como productores populares del espacio urbano (Espinoza, 1988). Así los comprende Vicente Espinoza, en uno de los textos más influyentes sobre este tema: *Para una historia de los pobres de la ciudad*. En esta obra, Espinoza rastrea los orígenes del movimiento hasta comienzos del siglo XX, vinculando manifestaciones tan dispares como las organizaciones de arrendatarios y las tomas de terrenos. Definiendo así la constitución del grupo social a partir de sus propia acción histórica, a través del análisis de coyunturas de eventos específicos de producción del espacio urbano que alteraban las pautas tradicionales de ordenamiento institucional y territorial.

Bernarda Gallardo (1986), autora ligada institucionalmente a FLACSO y que compartía varios elementos de la lectura comunitarista, también desarrollará una interpretación que atribuye al espacio-población, la condición de lugar de pugna en torno a la definición del ser social del poblador. Para esta autora, es la población la que crea al poblador. Este espacio condiciona el comportamiento y las conciencias de sus habitantes en los principios de la organización de la ciudad. Así, son las contradicciones que instala la actual ciudad, con una concepción del espacio como lugar de disputa social, lo que le otorga la importancia al fenómeno poblacional y lo que permite avanzar en la comprensión del conflicto social que él expresa. Es la apropiación del espacio urbano lo que compromete la definición misma de la identidad del poblador. Lo que resulta revelador para nuestra exposición, es que los planteamientos de Gallardo son realizados recuperando de manera casi inédita la tradición teórica de Lefebvre. La especificidad de lo poblacional está dada por la significación espacial del fenómeno. La población es el primer nexo con los problemas de la ciudad y de la relación del espacio urbano con la dinámica social. Los barrios populares ejemplifican la estructuración del espacio de la ciudad por parte del régimen, los pobladores son definidos como enemigos internos y son segregados para distanciarlos de los centros de poder y para controlarlos. Aunque, generando diferentes formas de resistencia, pues el espacio es susceptible de contrapoder, mediante la apropiación y el establecimiento de territorios liberados (como en las protestas). La segregación promovida por la dictadura genera el efecto no esperado de estimular la constitución de una organicidad basada en lo territorial, apareciendo formas de solidaridad que cimentan el proceso de constitución de una identidad poblacional de carácter comunitario.

Si bien las lecturas espacialistas sólo ganaron fuerza dentro del campo en la década siguiente, pues la mayor parte de la influencia teórica fue concentrada por Alain Touraine, quien en cierta manera substituyó la centralidad que tuvo a comienzos de los 70 Manuel Castells, los debates propuestos por estos autores, establecieron un marco de discusión propicio para la incorporación de la perspectiva lefebvrina en la cuestión poblacional. Y no sólo eso, además las contribuciones de Bernardo Gallardo teniendo como referencia la obra de Lefebvre, la convirtieron tardíamente en la precursora de la divulgación positiva de su obra intelectual en el campo.

LOS POBLADORES Y EL DERECHO A LA CIUDAD

A comienzos de este siglo, dos autores Francisco Sabatini y Guillermo Wormald (2004) se preguntaron por lo que quedaba de las movilizaciones por el derecho a la vivienda en Chile y buscaron nuevos elementos de novedad en las luchas populares urbanas de Santiago. Para ellos, existía una brecha entre el discurso transformador de los dirigentes de los pobladores en las décadas pasadas y la motivación de las bases del movimiento, que no aspiraban a la transformación social, sino que simplemente se adaptaban racionalmente al mecanismo más efectivo para conseguir una casa: la toma de terrenos. La participación popular del movimiento de pobladores se reduce a algo meramente instrumental, carente de sentido transformador, por lo que es necesario buscar nuevas alternativas de lucha con un mayor potencial para trascenderlas. Así conflictos de oposición a la instalación de vertederos de basuras en la proximidad a una población, son vistas por estos autores como portadoras de semillas de cambio más significativas que las movilizaciones de los 60, pues las nuevas movilizaciones presentarían formas de ciudadanías con un programa de movilización más autónomo frente al Estado, pues se centraría en la idea de “calidad de vida” y en el derecho a la ciudad. Aunque esta concepción es cuestionable, pues no considera que el propio movimiento de pobladores históricamente ha definido sus luchas como algo “más grande que una casa”, no deja de ser interesante la consolidación del concepto “derecho a la ciudad” para referirse a las nuevas luchas urbanas.

En este sentido, la comprensión actual del movimiento de pobladores concibe la variable espacio como un factor constituyente y no apenas como una contradicción secundaria. Pero además, los propios movimientos sociales se han apropiado del concepto de “derecho a la ciudad” para definir sus aspiraciones; convirtiendo así el concepto en una “categoría de lucha urbana” (Burgos, 2012). La autoidentificación del movimiento con un concepto acuñado por Lefebvre se constituye como una de las más potentes garantías para estimular la recuperación de su pensamiento y para revertir el desencuentro que hasta ahora ha primado. Si bien ese proceso, sin duda, establece nuevos desafíos analíticos, también viene alimentando una nueva “imaginación sociológica” de la lucha en la ciudad que ha sido tremendamente fructífera para los estudios urbanos y para la renovación discursiva de los movimientos sociales de la ciudad.

Y así ha quedado en evidencia en los recientes esfuerzos de teorización de las reivindicaciones vecinales y de politización de los estudios urbanos (Casgrain &

Janoschka, 2013). Particularmente en Santiago, la aparición del Movimiento de Pobladores en Lucha (MPL, 2011) ha significado una renovación del campo de estudios de la cuestión poblacional, por los procesos de subjetivización política de lo popular que ha implicado (Angelcos, 2010) y por la recuperación de un repertorio de luchas sociales que se creían desaparecidas. En todos estos esfuerzos, la categoría de “derecho a la ciudad”, así como otras nociones lefebvrianas de producción del espacio, han auxiliado a activistas y analistas para comprender las formas de resistencia popular a la mercantilización de urbes chilenas (Mathivet & Pulgar, 2011).

Hoy cuando el Movimiento de Pobladores chileno busca recuperar su centralidad en el contexto de las luchas sociales, el desencuentro que ha prevalecido con Henri Lefebvre parece haber llegado a su fin. Repensar este movimiento sin recurrir a su contribución teórica parece actualmente un despropósito. Por lo demás, un movimiento que ha contribuido de manera tan determinante a darle forma a una ciudad como Santiago de Chile, desafiando las lógicas mercantiles y el autoritarismo público, proponiendo nuevas formas de urbanización y de apropiación espacial y que además ha sabido reinventarse a lo largo de sus ciclos de movilización, sólo puede ganar en el encuentro con la tradición reflexiva de este postergado autor.

REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

ANGELCOS, N. (2010). La estructuración de la subjetividad popular y el problema de la política. *Revista de Psicología*, 19(2), 55–78.

BAÑO, R. (1985). *Lo Social y lo Político, un dilema clave del Movimiento Popular*. Santiago: FLACSO.

BURGOS, M. B. (2012). Favela: uma forma de luta pelo direito à cidade. In M. A. da S. Mello, L. A. Machado da Silva, L. de L. Freire, & S. S. Simões (Eds.), *Favelas Cariocas: ontem e hoje* (pp. 373–391). Rio de Janeiro: Garamond.

CASGRAIN, A., & Janoschka, M. (2013). Gentrificación y resistencia en las ciudades latinoamericanas. El ejemplo de Santiago de Chile. *Andamios*, 10(22), 19–44.

CASTELLS, M. (1980). *Cidade, Democracia e Socialismo: A experiência das associações de vizinhos de Madri*. Rio de Janeiro: Paz e Terra.

_____ (1986). *La Ciudad y las masas: Sociología de los movimientos sociales urbanos*. Madrid: Alianza Editorial.

_____ (2008). *La Cuestión Urbana*. México: Siglo Veintiuno Editores.

CIDU. (1972). Reivindicación Urbana y Lucha Política: Los campamentos de pobladores en Santiago de Chile. *EURE*, 2(6), 55–82.

CORTÉS, A. (2014). El movimiento de pobladores chilenos y la población La Victoria: ejemplaridad, movimientos sociales y el derecho a la ciudad. *EURE (Santiago)*, 40(119), 239–260.

DUBET, F., TIRONI, E., ESPINOZA, V., & VALENZUELA, E. (1989). *Pobladores: luttés sociales et démocratie au Chile*. Paris: L'Harmattan.

ESPINOZA, V. (1988). *Para una Historia de los Pobres de la Ciudad*. Santiago: Ediciones SUR.

ESPINOZA, V., RODRÍGUEZ, A., & ROSENFELD, A. (1986). Poder Local, Pobladores y Democracia. *Proposiciones*, 12, 55–65.

GALLARDO, B. (1986). Espacio Urbano y Mundo Poblacional, (88), 1–101.

_____ (1973). *El Concepto de Marginalidad: Significado, raíces históricas y cuestiones teóricas, con particular referencia a la marginalidad urbana*. Buenos Aires: Nueva Visión.

GIUSTI, J. (1973). *Organización y Participación Popular en Chile: El mito del "hombre marginal."* Santiago de Chile - Buenos Aires: FLACSO.

HARVEY, D. (2008). El derecho a la ciudad. *New Left Review*, (53), 23–39.

KRIÉS, R. (1983). Confiar en sí mismos. Las organizaciones de Base en Chile. *Nueva Sociedad*, (64), 39–46.

LEFEBVRE, H. (1966). *Sociologie de Marx*. Paris: Presses Universitaires de France.

_____ (1970). Réflexions sur la politique de l'espace. *Espaces et Sociétés*, (1), 3–12.

_____ (1971a). Engels et l'utopie. *Espaces et Sociétés*, (4), 3–9.

_____ (1971b). La ville et l'urbain. *Espaces et Sociétés*, (2), 3–7.

LEWIS, O. (1961). *Antropología de la Pobreza: cinco familias*. México: Fondo de Cultura Económica.

LEZAMA, J. L. (2002). *Teoría Social, Espacio y Ciudad*. México: Colegio de México.

MACHADO, C. R. (2009). Momentos da obra de Henri Lefebvre: uma apresentação. *AMBIENTE & EDUCAÇÃO - Revista de Educação Ambiental*, 13(1), 83–95.

MATHIVET, C., & PULGAR, C. (2011). El Movimiento de Pobladores en Lucha: los habitantes construyen un lugar para vivir en Santiago de Chile. In A. Sungrayes & C. Mathivet (Eds.), *Ciudades para tod@s: por el derecho a la ciudad, propuestas y experiencias*. Santiago: Habitat International Coalition.

MPL. (2011). *Siete y Cuatro: El retorno de los pobladores*. Santiago: Quimantú.

NUN, J. (2001). *Marginalidad y Exclusión Social*. Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica.

PERLMAN, J. (1977). *O Mito da Marginalidade: Favelas e Política no Rio de Janeiro*. Rio de Janeiro: Paz e Terra.

PLYUSHTEVA, A. (2009). The right to the city and the struggles over public citizenship: exploring the links. *The Urban Reinventors Online Journal*, (3), 1–17.

POZO, H. (Ed.). (1987). *Espacio y Poder: Los Pobladores*. Santiago: FLACSO.

PURCELL, M. (2003). Citizenship and the right to the global city: reimagining the capitalist world order. *International Journal of Urban and Regional Research*, 27(3), 564–590.

QUIJANO, A. (1967). *Dependencia, Cambio Social y Urbanización en Latinoamérica*. Santiago: División de Asuntos Sociales CEPAL.

RAZETO, L., KLENNER, A., RAMÍREZ, A., & URMENETA, R. (1990). *Las Organizaciones Económicas Populares, 1973-1990*. Santiago: PET.

RODRÍGUEZ, A. (1983). *Por una ciudad democrática*. Santiago: SUR.

SABATINI, F. (1981). La dimensión ambiental de la pobreza urbana en las teorías latinoamericanas de la marginalidad. *EURE*, 8(23), 53–67.

SABATINI, F., & WORMALD, G. (2004). La guerra de la basura de Santiago: desde el derecho a la vivienda al derecho a la ciudad. *EURE*, XXX(91), 67–86.

TOURAINÉ, A. (1987). La Centralidad de los Marginales. *Proposiciones*, 14, 214–224.

_____ (1989). *Palavra e Sangue: Política e Sociedade na América Latina*. Campinas: Editora da UNICAMP/Trajectoria Cultural.

VEKEMANS, R., & SILVA, I. (1969). El Concepto de Marginalidad. In DESAL (Ed.), *Marginalidad en América Latina: un ensayo de diagnóstico* (pp. 15–63). Santiago: Herder.

DE LA TEORÍA URBANA A LA CRÍTICA DEL CAPITALISMO

Rodrigo Barros¹³

LA CIUDAD EN LA HISTORIA

Para muchos entusiastas, teóricos y críticos de la problemática urbana existen al menos dos maneras de utilizar la palabra “ciudad”: como sustantivo o como adjetivo. Es una distinción un tanto poética si se quiere, pero resulta efectiva para el análisis y para acercarse a una definición del concepto que sea provechosa.

Entre los que podríamos denominar *expertos* (sic) de esta problemática, llámense arquitectos, urbanistas, sociólogos u otros profesionales e ideólogos de la producción del espacio, existe cierto consenso en que la ciudad es un sustantivo; un objeto al que se puede atribuir una serie de contenidos dependiendo del contexto histórico y cultural. Para el capitalismo la ciudad es ese contenedor (o medio) y durante el desarrollo de su modo de producción lo ha cargado con su principal materia prima, la mercancía. A través de la producción del espacio urbano, y utilizando la ciudad como unidad básica de reproducción, el capitalismo logra *fixar* esa mercancía transformándola en el aglutinante de su estructura social. Por otra parte, y bajo lo que podríamos calificar en términos históricos como una *mirada moderna*, la ciudad es más bien un proceso, una forma de denominar un cierto tipo de relación social y organización del espacio que se construye a partir de contradicciones y la necesidad de superar esas contradicciones, a partir del encuentro entre diferentes *formas de lo humano* y la capacidad de transformar esas diferencias en el motor del progreso social. En ese sentido la ciudad es un adjetivo, pero también una potencia porque ese “ideal” de relación social está todavía en juego; la *ciudad* se realizará cuando se ponga fin a la prehistoria del condicionamiento (Attila Kotanyi, Raoul Vaneigem. 1999), cuando se realice la comunidad humana.

Creo que Lefebvre adhiere a ese ideal cuando proclama la necesidad de “cambiar la ciudad, cambiar la vida!”. En ese eslogan está contenido quizás uno de los

¹³ *Medicins Sans Frontiers*, Afganistán. Arquitecto (Universidad de Valparaíso). Contacto: rodrigoebarrros@gmail.com.

aspectos más importantes de su programa político (Goonewardena, 2011), porque cuando habla de cambiar la vida (la vida cotidiana) está también hablando de las relaciones sociales que condiciona el capitalismo, y por lo tanto del modo de producción y la forma política y económica que lo sustenta. Para Lefebvre esa vida cotidiana está hoy determinada en gran parte por las ciudades que tenemos, por lo que sería impensable cambiar la una o la otra sin cambiarlas a ambas¹⁴. De ahí que el grueso de su obra, prolífica y ecléctica, este centrada en la problemática urbana y la vida cotidiana, y que vea en estas un vía o incluso un acceso directo a los elementos fundamentales que conforman el aparato político, económico, social e ideológico del capitalismo. En Lefebvre es difícil encontrar una distinción, en el sentido de entender como formas separadas y autónomas, entre los aspectos privados del habitar, o del orden cotidiano, y los aspectos más globales o generales que refieren a la organización social, las instituciones, el Estado, etc. Para él lo urbano se presenta justamente como una *mediación* entre ellos, entre esas dos escalas de aproximación a lo humano. Pero en nuestra sociedad ese nivel de mediación que representa lo urbano está en peligro de disolverse entre los otros dos niveles o escalas: el progreso tecnológico y la industrialización han llevado a un racionalismo universal que amenaza con suprimir las particularidades, y al mismo tiempo el espacio de esas particularidades se ha estandarizado y parcelado para satisfacer la lógica individualista de la empresa privada (Schimid, 2013). Cuando una sociedad está completamente urbanizada es justamente ese nivel de mediación el que se pierde. En la teoría de Lefebvre es un punto de partida obligatorio entender que, de hecho, en nuestra época el alcance de la urbanización es total:

Comenzaré con la siguiente hipótesis: la sociedad ha sido completamente urbanizada. Esta hipótesis implica una definición: una sociedad urbana es una sociedad que resulta de un proceso de completa urbanización. Esta urbanización es virtual hoy, pero se volverá real en el futuro (Lefebvre, 2003).

¹⁴ Digo en “gran parte” porque sería absurdo, y Lefebvre está lejos de pensar eso también, que todo está determinado por el espacio en el capitalismo. Es un delirio en que suelen caer los arquitectos y diseñadores urbanos que los lleva a una posición autoritaria e ilusoria respecto al poder real que tiene el espacio proyectado y construido.

Lo que Lefebvre hace con esto es proponer una nueva forma de referirse a la sociedad contemporánea, una que actualice las condiciones materiales y exprese de manera más adecuada las relaciones sociales, la forma económica y sobre todo la nueva *dimensión* que adquiere la sociedad industrial en el capitalismo maduro: “La producción industrial, después de un cierto crecimiento, produce la urbanización, permite las condiciones y abre las posibilidades de esta... La problemática se desplaza y se convierte en problemática del desarrollo urbano” (Lefebvre, 1976). En su teoría, de hecho, industrialización y urbanización son dos partes de un mismo proceso. Y tenemos razones de sobra para pensar que su predicción respecto a esta “revolución urbana”, la consolidación de esta nueva forma social que describe, ya no es solo virtual, si no que completamente real.

No ha pasado poco tiempo desde que Lefebvre escribiera esas líneas, y pareciera que cada vez tenemos más herramientas para validar su hipótesis. Este nuevo proceso, que también se ha denominado más recientemente como “urbanización planetaria” (Brenner, 2013), permite observar con nuevas (o más afiladas) herramientas el modo a través del cual el capitalismo avanza territorialmente subsumiendo zonas que hasta hace algunos siglos, o incluso décadas, podrían haber sido consideradas como pre-capitalistas, tanto en la ciudad como en el campo. Consideración que no solo se expresa en términos materiales, del espacio físico construido, sino que también por medio de las sutilezas y abstracciones de la hegemonía ideológica que establece el capitalismo a través de los procesos de industrialización y urbanización.

Antes que Lefebvre, Gordon Child (1930) y posteriormente Lewis Mumford continuando su legado, también describieron este proceso: “Este libro comienza con una ciudad que ha sido, simbólicamente, el mundo: termina con un mundo que se ha vuelto, en varios aspectos prácticos, una ciudad” (Mumford, 1961). Esto da cuenta de que ya en la primera mitad del siglo existía cierta conciencia respecto al modo en que progresaba la lógica capitalista de ocupación y producción del espacio. Lo que resulta interesante de estas observaciones es que permiten rastrear e identificar desde distintos puntos de vista el mismo fenómeno, constatando la legitimidad de las tesis que Lefebvre unos años después sistematizaría.

Mumford también se pregunta por el destino del planeta y habla sobre la posibilidad de que la tierra se transforme en un vasto terreno urbano¹⁵, y plantea

¹⁵ Aunque la pesadilla distópica que algunos tenían y siguen teniendo imagina ese mundo completamente urbanizado como una extensión infinita de carreteras y edificios, es decir una forma explícita de entender la urbanización planetaria como un espacio con las características de las ciudades

también la necesidad de entender la naturaleza histórica de la ciudad, de distinguir entre sus funciones originales, aquellas que han emergido *de* ella y aquellas que podrían seguir siendo empujadas a más (1961). Aunque las coincidencias y continuidades son innegables, para Mumford la revolución urbana está ligada al proceso histórico por el que el hombre pasó, primero, de habitar villorrios y aldeas pequeñas en que la división del trabajo era todavía básica y la economía era fundamentalmente agrícola, a vivir en ciudades que poco a poco se transformaron en centros de interés comercial, cultural y religioso. El segundo momento de esa revolución es justamente la consolidación de esos centros urbanos; lo que ocurrió con la aparición de las ciudades es que muchas de las funciones que estaban antes esparcidas por el territorio de manera des-organizada convergieron en un área limitada; grandes masas fueron movilizadas y empaquetadas a presión detrás de las paredes de la ciudad (1961). Podemos superponer a esta lectura histórica otra capa que permita entender el progreso de la ciudad desde las formas sociales y no de sus configuraciones espaciales: la ciudad como orden político/militar en la Grecia antigua, la ciudad como orden religioso en el medioevo y la ciudad como reproducción de fuerza de trabajo en la revolución industrial, el capitalismo. Se puede observar aquí también el proceso de concentración (o acumulación) descrito por Mumford en otros términos, y que en esa última fase del capitalismo, de hecho, se consolida. Lo importante es destacar que ambos puntos de vista dan cuenta de un mismo proceso social; no es coincidencia que históricamente se haya pasado de una economía feudal a una capitalista, al mismo tiempo que se pasó de una sociedad fundamentalmente rural y agrícola a una urbana e industrializada.

Este proceso a través del cual la ciudad fue creciendo y apoderándose paulatinamente del territorio, no necesariamente por medio de la expansión de sus muros perimetrales si no que sobre todo por medio del proceso de concentración de actividades políticas, sociales y culturales, Lefebvre lo calificó como una “implosión” de lo urbano¹⁶. A esta etapa de implosión se sigue una de “explosión”, propia del periodo en que la industrialización se termina de consolidar como principal medio para el proceso de acumulación capitalista; la ciudad se expande para ocupar

modernas que se extiende por todo el territorio, lo cierto es que no necesariamente es esa la forma que adopta. Lo urbano tiene que ver con aspectos mucho más sutiles de ocupación física e ideológica. Un buen ejemplo de eso es la literatura de J.G. Ballard.

¹⁶ Lewis Mumford, antes que Lefebvre, también definió proceso y momento histórico similar utilizando el mismo concepto, lo cual da para preguntarse si el concepto provino originalmente de Mumford o de la física como escribe en “La Revolución Urbana”. No sería raro en todo caso considerando el historial de casos similares en los que se involucró. Véase por ejemplo la controversia con la Internacional Situacionista.

territorios hasta ahora ajenos, aparecen las carreteras, los suburbios, las ciudades satélite, etc. Se hace necesario llegar a lugares más recónditos en busca de mejores yacimientos de materias primas, y de la misma forma se hace necesario reubicar a la gente que estaba hasta ahora concentrada en sectores ahora privilegiados de la ciudad y a los que todavía migraban desde el campo. Es además vital mejorar la conectividad entre cada una de estas partes para garantizar el funcionamiento del nuevo territorio proyectado.

Con este par de categorías “implosión/explosión” Lefebvre pretende dar cuenta del proceso de transformación que origina la sociedad urbana. Esa sociedad urbana ya en su prehistoria (los inicios de la industrialización) tenía una clara noción de lo que se estaba viviendo y lo que estaba por venir: “Al observar nuestras inmensas ciudades expandirse cada día y casi cada hora, engullir año tras año nuevas colonias de inmigrantes y extender sus tentáculos, como pulpos gigantes, sobre el espacio que las rodea; se siente una especie de estremecimiento, como si se presenciaran los síntomas de alguna extraña enfermedad social” (Reclus, 1895). La imagen del pulpo que utiliza Eliséé Reclus es particularmente coherente con la idea que tiene Lefebvre del modo en que las ciudades están creciendo e interactuando con el entorno. Por otra parte, esa “extraña enfermedad social”, de la que habla con una consciente ingenuidad, sintoniza también de manera perfecta con lo que ya varios venían constatando en política y filosofía (Marx, Engels), pero también en la literatura y la poesía (Goethe, Baudelaire) respecto al estilo de vida que había generado esta nueva forma de la ciudad que pivotea en la industrialización hacia la sociedad urbana; el nuevo individuo que traía consigo la modernidad. La ciudad se vuelve un caldo de cultivo de *cuestiones* no solo económicas y sociales sino que también espirituales e individuales. Y al mismo tiempo, dado el grado de concentración de potencialidades humanas y diferencias culturales, la ciudad se vuelve también una peculiar combinación de control y creatividad, de expresión y represión, de tensión y liberación (Mumford, 1961). Marshall Berman en “Todo lo sólido se desvanece en el aire” (frase tomada de Marx con la que sintetiza la condición de la modernidad) describe con bastante elocuencia, un buen número de referentes y casos de estudio como la ciudad concentró estas contradicciones. Señala también como durante el siglo XX, durante el mismo periodo en que la ciudad comenzaba a explotar, “el proceso de modernización se expande para ocupar virtualmente todo el mundo” (1988). Las coincidencias, de nuevo, no son casuales.

Hacia el final del siglo XIX ya se empezaba a configurar una suerte de teoría respecto a lo urbano que hacia converger a varias disciplinas, desde las más técnicas e

ingenieriles a las más filosóficas o humanistas. Quizás el primero en sistematizar gran parte de la problemática y voluntades respecto al tema fue Ildefonso Cerdá, que acuñó el término “urbanización” y cargó la práctica y disciplina del urbanismo de un contenido ético. Para él, el diseño urbano tenía como fin último el bien estar de los ciudadanos, y debía garantizar y fomentar el desarrollo individual y colectivo. Para Cerdá el ámbito de acción de esa disciplina era la ciudad, que desde entonces concentró la atención como *el* centro gravitacional de la teoría urbana.

LÍMITES Y POSIBILIDADES DE LA TEORÍA URBANA

Para Lefebvre hay sin embargo un vacío en la teoría urbana que se expresa como una falta o límite de lenguaje, como un problema epistemológico e ideológico. Lo que nos propone con su teoría es justamente superar estos límites reconociendo nuevas contradicciones en la esfera cultural, y linkeando al mismo tiempo la problemática urbana al proceso de reproducción de fuerza de trabajo (Stanek, 2011).

Por una parte el límite epistemológico se expresa en esa tradición, malthusiana en su visión mecánica y geométrica del progreso, que pone el foco de atención en la ciudad misma como objeto funcional al que podían aplicársele una serie de operaciones de ajuste para facilitar su buen desarrollo¹⁷. Así, por ejemplo, para los expertos de la ciudad el problema de “los pobres” se resuelve diseñando urbanizaciones, ciudades satélite, accesibilidad y viviendas sociales donde ubicar o reubicar a los desposeídos. Lugares que, históricamente se ha demostrado se transforman rápidamente en ghettos aislados donde se concentra a presión la fuerza de trabajo. La epítome de esta visión maquinista y objetual de la ciudad es quizás la carta de Atenas del CIAM que en 1933 definió la “ciudad funcional” como: vivir, trabajar y recrearse, tres funciones básicas vinculadas a través del transporte, la cuarta función. Es curioso que incluso estos intentos modernos por “socializar” la ciudad estuvieran atravesados tan fuertemente por la ideología de la separación que estructura socialmente al capitalismo. La ciudad es entonces, bajo esta visión, una unidad estructural con la que se puede jugar y experimentar formalmente hasta dar con las soluciones para la vida cotidiana. Frente a esto ha habido gran cantidad de propuestas y teorías a lo largo del siglo XX, empezando por los pioneros de la intervención y teoría urbana Haussmann y Cerdá, pasando por los fundadores de la

¹⁷ Podríamos decir que de la misma forma en que algunos postulan que los problemas estructurales del capitalismo se puede resolver haciendo algunos ajustes en la manera que lo Estados lo “administran”, o quizás en algunos aspectos particulares de su estructura económica, etc.

Escuela de Chicago Ernst Burgess y Robert Park, el urbanismo del movimiento moderno, y personajes más derechamente más nefastos como Roberto Moses en Nueva York¹⁸, algunas propuestas posmodernas de planeamiento e intervención urbana, y las tendencias más “integrales” basadas en el estudio fenomenológico de la ciudad hasta el “urbanismo ecológico”. Pero más allá de las diferencias disciplinares y políticas, y la gran cantidad de propuestas y proyectos, existe un consenso: la problemática urbana se concentra en la ciudad, concebida como unidad básica de análisis, como un tipo de asentamiento con características específicas (magnitud, densidad, diversidad social, etc.), que la vuelven cualitativamente diferente del mundo social de la *no-ciudad*, que está ubicado físicamente “más allá” o “afuera” de ellas (Brenner, 2013). La distinción clásica entre lo rural y lo urbano, el campo y la ciudad, propia de periodos pre-capitalistas y pre-industriales, pese a las diferencias sustanciales en las estructuras sociales y el modo de producción al que están vinculados, se mantiene igual, impidiendo *ver* que aquella “cosa” que llamamos “ciudad” es (en realidad) el resultado de un “proceso” que llamamos “urbanización” (Harvey, 1996), y que esa urbanización abarca hoy, a la mano del desarrollo del capitalismo, la totalidad del planeta.

El principal problema con esto es que enmascara las relaciones sociales (de clase y de poder) que se dan en las ciudades impidiendo observar las complejidades y efectos que tienen sobre la construcción del espacio urbano. La práctica del urbanismo se vuelve una disciplina restringida por una serie de categorías que están definidas bajo los parámetros del capitalismo, que opera con el mismo set de herramientas con que opera el capitalismo al producir plus valor o reproducir fuerza de trabajo. Se podría decir que estas categorías con las que se define la ciudad, lo urbano y el proceso de urbanización, se presentan como una ideología¹⁹: para el capitalismo la

¹⁸ Roberto Moses durante buena parte de la primera mitad del siglo XX encabezó en Estados Unidos y en particular en Nueva York gran parte de los proyectos urbanos que pretendían dar una nueva forma a las ciudades. Influenciado principalmente por los criterios LeCorbuseanos de planificación proyecto y construyo en Brooklyn, por ejemplo, una serie de carreteras, que conectaban sectores “importantes” de la ciudad, que arrasaron con barrios enteros dividiendo lo que eran hasta ese momento unidades sociales y culturales bastante establecidas de comunidades afroamericanas, latinas y judías.

¹⁹ La relación entre la Internacional Situacionista y Henri Lefebvre fue corta pero intensa. Algunos de los situacionistas, en particular Guy Debord, mostraron un interés temprano en varios de los conceptos que Lefebvre desarrollo durante los años 50 en torno a los problemas del espacio y la vida cotidiana. Lo que Lefebvre llamó “momentos” representan una suerte de pre-historia de lo que más tarde Guy Debord y compañía transformarían en la “creación de situaciones” que dio nombre a su Internacional. Otro antecedente no menor, que da cuenta de esta relación, es que Guy Debord y Raoul Vaneigem fueron presentados por el mismo Lefebvre, quien mantenía una relación con ambos por separado y pensó que sería provechoso contactarlos. Lamentablemente la relación, que durante algunos años fue profundamente provechosa para ambas partes, terminó en pésimas condiciones luego de un conflicto

ciudad es también una forma de reproducción, y al mismo tiempo la ciudad reproduce la lógica de las relaciones sociales del capitalismo. En otras palabras este límite epistemológico es una expresión de la estructura ideológica que sostiene el grueso de la teoría urbana.

La Internacional Situacionista, que tuvo en sus inicios un vínculo cercano con las teorías e ideas de Lefebvre, iría un poco más allá y diría que el urbanismo mismo (como disciplina y sistematización de lo urbano) es la ideología del capitalismo: “el desarrollo del medio urbano es la educación capitalista del espacio... representa la elección de una cierta materialización de lo posible, excluyendo las demás” (1999). Entenderlo de esta forma permite, por lo pronto, tener una visión más coherente de la complejidad del concepto, y entender a su vez la disciplina urbana no solo como una práctica objetiva y de origen *natural*.

Lefebvre estaría de acuerdo con la IS (al menos en el grueso de sus críticas), primero porque entiende que hay una falta de lenguaje en la aproximación clásica a la problemática urbana que no logra ponerse a la altura de los alcances reales del capitalismo, y segundo porque entiende, como buen marxista, que el proceso de reproducción del capitalismo tiene como columna vertebral la ideología. Y en ese sentido la (re)producción del espacio capitalista no es una excepción. El objetivo central de Lefebvre frente a esto es afilar la teoría urbana para que pueda hacer frente de manera consistente a los problemas que se originan y convergen en la ciudad en tanto expresión del aparato ideológico del capital; es decir poder volver la crítica y teoría urbana en una *praxis*. Praxis en el sentido de la práctica y ejercicio de la vida cotidiana, como un punto de partida y de llegada del materialismo dialéctico: para Lefebvre la vida cotidiana es el terreno fértil para las demás construcciones sociales (Goonewardena, 2011). Aquí nuevamente puede resultar ilustrativo establecer un vínculo con la teoría de la IS, que veía en la “construcción de situaciones” el eje central de su programa²⁰. En esto el carácter marxista de la teoría, tanto de la IS como de

que nunca logró aclararse respecto a la “propiedad intelectual” de un texto que, supuestamente, habría sido escrito en conjunto, pero que años más tarde Lefebvre se adjudicaría como propio (<http://rocbo.lautre.net/poleis/is/is12/106.html>). A pesar de esto las influencias son claras, y se puede comprobar cómo, además de este primer impulso que significó Lefebvre para la IS, lo que el filósofo y sociólogo marxista hizo en gran medida (en particular en obras como “La producción del espacio”) fue dar continuidad a una serie de ideas sobre la vida cotidiana y el urbanismo, que los situacionistas promovieron en sus 10 años de existencia. Para más antecedentes se puede consultar la entrevista publicada por el sitio “Not Bored” donde Lefebvre se refiere específicamente a su relación con los situacionistas: <http://notbored.org/lefebvre-interview.html>.

²⁰ Esta dialéctica fue desarrollada por Lefebvre durante toda su obra y desde los inicios, incluso antes de dedicarse a los temas específicos de la vida cotidiana y la producción del espacio.

Lefebvre, respecto a la problemática urbana es evidente. Sus vínculos y comunicación, por lo demás, son innegables.

En términos concretos lo que Lefebvre propone frente a estos dos aspectos o “momentos” del mismo problema es; por una parte una serie de nuevas categorías que den cuenta y amplíen el lenguaje con el que se construye la crítica (partiendo por su definición básica de “sociedad urbana”, para luego elaborar otras como “tejido urbano”, “vida cotidiana”, “producción del espacio”, “derecho a la ciudad”, etc.); y por otra propone que esta crítica este fundada en una dialéctica materialista que tiene características bastante particulares, heredadas de la filosofía de Hegel y la praxis de Marx pero condimentada con elementos de la poética de Nietzsche (Goonewardena, 2011).

Esta dialéctica, que es uno de los temas centrales de la obra de Lefebvre²¹, pone el acento en *tres momentos* de la producción del espacio: la primera triada compuesta por la “práctica espacial”, la “representación del espacio” y los “espacios de representación”, y la segunda por el espacio “percibido”, “concebido” y el “vivido” (Lefebvre, 2013). Estos dos sets de triadas tienen como objetivo dar con el núcleo duro de la producción del espacio, que a su vez se presenta como un proceso en tres niveles simultáneos: primero de producción material, luego de producción de conocimiento, y tercero como producción de significado. Lo que a Lefebvre le interesa no es “el espacio en sí mismo” o el orden de los objetos en ese espacio, si no que la producción práctica, mental y simbólica de relaciones entre esos “objetos”, el espacio entendido como actividad, como tejido de múltiples capas de conexiones que están continuamente produciéndose y reproduciéndose (Schimd, 2013). Y esto requiere, por tanto, “reconsiderar la dialéctica como irreductible a una contradicción primigenia... para Lefebvre una contradicción dialéctica no puede reducirse a una oposición que es suprimida/elevada/superada (en el sentido de Hegel) si no que más bien debe ser comprendida como una relación tripartita” (Stanek y Schimd, 2011). De la misma forma, podemos observar que para Marx lo que define al capitalismo es la relación social que se establece entre las mercancías alienadas del trabajo del hombre, y no las mercancías *en sí mismas*. Esta tesis, descrita por Marx en el primer capítulo del tomo I de “El Capital” (Marx, 2002) y que fuera luego actualizada por Guy Debord en su libro “La sociedad del Espectáculo” (2005) observando que esa relación era ahora entre *representaciones* (y no solo “imágenes” como la posmodernidad entendió), es quizás

²¹ No dejan en todo caso de ser fenómenos interesantes en tanto expresan, no la gravedad de los desastres naturales y su poder, sino más bien la catástrofe social que significa el capitalismo: frente a la adversidad quedan expuestas todas las profundas debilidades y desigualdades de nuestra sociedad.

uno de los aspectos más importantes y estructurantes de la crítica a la economía política del capitalismo.

La coincidencia o continuidad que establece Lefebvre con esta tesis no es casual. Para él es fundamental entender el espacio como algo producido no por una serie de elementos que operan de manera aislada y específica, sino más bien como una red compleja de relaciones que sostiene una estructura social general. Para eso, y *por* eso, utiliza una dialéctica, que a su vez tiene un núcleo marxista y por lo tanto fundamentalmente anti-capitalista, como una herramienta de análisis y crítica que no reduce la heterogeneidad subyacente a la estructura social a sus fenómenos y procesos particulares. Hay en todo esto, sin duda, un esfuerzo por acercarse a lo que Lukacs llamaría una “perspectiva de la totalidad”. Para el filósofo húngaro la concepción dialéctica de la realidad, “que se aleja en apariencia de la realidad inmediata y que construye esa realidad de una manera en apariencia ‘no científica’, es, de hecho, el único método que puede captar y reproducir la realidad en el plano del pensamiento... La totalidad concreta es, pues, la categoría auténtica de la realidad” (Lucaks, 2008). Y en Lefebvre esa *totalidad* tiene la característica particular de ser entendida desde 3 de los conceptos principales de su teoría: lo cotidiano, lo urbano y el Estado. Es decir tres niveles de realidad socio-espacial: el nivel global del Estado/Capital con sus expresiones abstractas y universales de orden social, el nivel medio de lo urbano como mediación, y el nivel particular de la vida cotidiana (Lefebvre, 2003). Para Lefebvre es el nivel del par Estado/Capital, por medio de su estructura ideológica, el que se proyecta a la fuerza sobre *lo urbano* para luego trasladarse a nivel de la vida cotidiana, condicionando así lo cotidiano a la hegemonía global del capital. Esto da cuenta, por una parte, de la relación de poder oculta en la construcción del espacio social, y por otra, de la relevancia política de *lo urbano* como espacio de mediación. Es el nivel donde el slogan “cambiar la ciudad, cambiar la vida” tiene su posibilidad de realización: una revolución es solo posible si el nivel de lo cotidiano y el nivel de lo histórico pueden interactuar. Esta es probablemente una de las contribuciones centrales de Lefebvre a la izquierda revolucionaria y el pensamiento radical, porque como bien observa Kanishka Goonewardena “no puede haber una revolución socialista sin una revolución urbana, ni una revolución urbana sin una revolución socialista, y ninguna de las dos sin una revolución de la vida cotidiana” (2011).

REVOLUCIÓN DE LA VIDA COTIDIANA

La vida cotidiana es para Lefebvre tanto un punto de partida como un fin, y ve en la crítica a esta una oportunidad de criticar la totalidad de la hegemonía social, política y económica que sostiene al capitalismo. Una operación que podría caracterizarse como “de abajo hacia arriba”. En ese sentido, en el ámbito del ejercicio político, conceptos como el de “autogestión” tienen especial relevancia en la teoría de Lefebvre. Para él es una de las expresiones más concretas y significativas de la *praxis* que mencionábamos antes. Vale la pena entonces preguntarse por la forma concreta que adquiere esa *praxis*, el modo que tiene de manifestarse en lo urbano, y también por los alcances y características de esa autogestión que reivindica.

¿Cómo se expresa la crítica al urbanismo y su control hegemónico sobre la vida cotidiana? Uno está tentado a pensar que quizás la expresión más concreta de esa crítica es el quiebre radical y *físico* con alguno de los elementos centrales del capital, por ejemplo la circulación de mercancías; la ciudad para el capital es funcional solo cuando permite el movimiento constante de las fuerzas de trabajo y las mercancías de tal manera que no se interrumpa el proceso de creación de plus valor, acumulación y la re-producción de esas mismas fuerza de trabajo. Lo que más explícitamente rompe con esa circulación, y de manera más efectiva y pirotécnica quizás, es la barricada que se levanta en la protesta social, en periodos de huelgas parciales o generales. Es algo así como el único momento en que la ciudad condicionada por la ideología del urbanismo se pone en pausa y se mira a sí misma con un ojo crítico. Podríamos pensar en los escenarios catastróficos que surgen de los desastres naturales, pero ahí los factores de acción son otros, ajenos a la voluntad de las personas que habitan la ciudad (o porque no decirlo, de la clase trabajadora)²². Los situacionistas, colegas de Lefebvre, como ya lo hemos señalado, en el entusiasmo por las luchas urbanas, sin duda apostarían por ese camino y ampliarían la capacidad crítica de la barricada a la huelga general misma, la insurrección a la que eso puede conducir, al control obrero de los medios de producción y a la eventual autogestión generalizada que ese control puede generar. Después de todo se trata de cambiar la vida cotidiana y el condicionamiento generalizado que impone la lógica capitalista de ocupación del espacio. Pero si esa expresión resulta un tanto “extrema y peligrosa” para algunos, podemos pensar en

²² “... es necesario *invertir la tendencia dominante* que va hacia la fragmentación, la separación, la desintegración, tendencia subordinada a un centro o a un poder centralizado y formalizada por el saber que actúa en nombre del poder” (Lefebvre, 2013)

otras experiencias que de un modo menos agresivo, pero no por eso efectivo, han logrado transformarse en reductos para el ejercicio de la autogestión. Por supuesto con todas las limitaciones propias que una minoría activa puede tener en el contexto de una ciudad donde predomina la lógica del *nivel global* del estado/capital. En ese sentido podemos nombrar el caso emblemático de las okupas y los centros sociales que desde los 70-80 vienen constituyéndose tanto en una alternativa cultural como en una fuerza social que empuja lento pero firme a contrapelo de las lógicas y leyes estandarizadoras de la ciudad. O quizás los movimientos de “guerrilla” y huertos urbanos que nacieron en los 80, que hoy están considerablemente esparcidos por el mundo, y que se han transformado casi en una moda o tendencia de ocupación de espacios residuales en la ciudad. Más allá de los evidentes límites políticos que esas prácticas conllevan, es cierto que plantean algunas preguntas respecto al modo en que se ocupa la ciudad, la propiedad privada y la relación que tenemos, por ejemplo, con nuestro sustento básico: la comida. En formatos más artísticos podemos pensar en el surrealismo, COBRA, el movimiento Fluxus, el Observatorio Nómada Stalker, o incluso el *street art* de Banksy. Pero también están los Movimientos de Trabajadores Sin Tierra en Brasil, los Deudores Habitacionales en Chile, Los Piqueteros en Argentina, etc. que están derechamente relacionados con movimientos sociales de trabajadores y en algunos casos perspectivas revolucionarias. O casos históricos emblemáticos como los consejos obreros de la revolución rusa, mayo del 68 o los cordones industriales de Chile en los 70. Todas expresiones que con más o menos resultados expresan la necesidad de cuestionar (y revolucionar) el espacio urbano del capital, sus modos de producción, la explotación del territorio, y con ello la *totalidad* de la vida cotidiana.

Ahora, en un ámbito más académico, vale la pena mencionar el trabajo que está realizando hace algunos años el Graduate School of Design (GSD) de la Universidad de Harvard y en particular el “Urban Theory Lab” (UTL) dirigido por Neil Brenner, quienes se han hecho cargo de algunas de las tesis más importantes de Lefebvre respecto a la sociedad urbana y lo han extendido a lo que llaman una “teoría urbana sin afuera”. Para el Urban Theory Lab es vital poder encontrar herramientas que permitan superar ese límite epistemológico en que está atrapada la teoría urbana desde sus inicios; la distinción urbano/no-urbano, ciudad/no-ciudad. En el contexto de la urbanización planetaria la pregunta de “¿hasta dónde llega la ciudad?” se pone en crisis cuando pensamos en el alcance de las redes de comunicación, ya sean carreteras, vías marítimas o por aire, conexiones satelitales u otros, y la manera que tienen de abarcar casi la totalidad del territorio del planeta. Mediante el uso de diversos modo

de comprensión (conceptual, metodológico, histórico, político-económico, representacional) y ventanas analíticas (científico social, cartográficas, literarias y cinemáticas) pretenden articular los elementos que componen un modo radicalmente distinto de entender la problemática de la teoría e investigación urbana, y más generalmente, de conceptualizar la huella y operatividad de los procesos urbanos sobre el paisaje del planeta (Brenner, 2013). Ya han publicado algunos libros donde concentran estas teorías y que representan un avance y contribución consistente al desarrollo de la teoría crítica de Lefebvre, quien, a pesar de ser un eje central, no es el único que informa el trabajo del laboratorio. Es necesario, de todas maneras, revisar y pensar críticamente estas nuevas propuestas y sus alcances en los términos de lo que aquí se propone como el núcleo duro de la teoría lefebvriana.

Con todo esto cabe preguntarse ¿Cuál es el Lefebvre del que queremos reapropiarnos? O mejor dicho ¿Para qué queremos reapropiarnos de su teoría?

Dado el carácter ecléctico y heterodoxo (aunque nunca escueto ni carente de convicción) de su obra no ha sido difícil para todo tipo de interesados en el tema “ciudad” usar algunos de sus conceptos y tesis de maneras que claramente al propio Lefebvre no habrían caído muy bien. Desde la primera oleada de interés que suscitó la traducción de varios de sus libros más importantes en los años 70, pasando por las recuperaciones posmodernas de los 80, hasta la más explícitas reapropiaciones burguesas de la actualidad, por ejemplo la del concepto de “derecho a la ciudad” por parte del Banco Mundial (Merrifield, 2011), no es un error afirmar que la mayoría de estas han sido parciales o bien completamente falsas. En general (en el caso de las teorías posmodernas sobre la ciudad es más que evidente) se tiende a poner la teoría de Lefebvre en el contexto de una problemática casi puramente académica y disciplinar, como si los problemas de la ciudad, esos problemas a los que Lefebvre clavó los colmillos de la crítica radical, fueran solo alcanzables a través de la retórica y abstracción conceptual. Hay en eso un afán (quizás inconsciente pero con el mismo resultado nefasto) de des-radicalizar una teoría que en su centro tiene un carácter intencionalmente radical, de protesta incluso: lo que Lefebvre hace a través de sus propuestas es ampliar la crítica general al capitalismo, ese es su fin último. En un autor que refiere constantemente a la dialéctica materialista, a la historia, a Marx, Hegel, la revolución, y que es crítico del Estado, del Capital, de la ideología y la burocracia es imposible pensar otra cosa. Quizás la utilización de algunos conceptos de Heidegger, su cercanía con Nietzsche o la amplitud de temas que abarca su obra le jugaron en contra. Quizás ese es justamente su fuerte. Sea como sea no podemos

culparlo por eso. Porque lo que realmente importa no es si Lefebvre fue o no consistente a lo largo de su carrera, si existe o no una continuidad total en su obra, si fue lo suficientemente marxista o lo suficientemente dialéctico. Lo que interesa de Lefebvre es poder extraer de su teoría todo aquello que nos permita enfrentar la realidad actual con mejores herramientas de análisis y de crítica, que facilite el trabajo que significa hacer de esa crítica una praxis que, como él llamó, pueda revolucionar la vida cotidiana y la ciudad. Hay razones para pensar que Lefebvre habría estado de acuerdo con esto. Para él si un concepto ya no tenía la fuerza y la capacidad de ser útil en la crítica, había que abandonarlo, regalárselo al enemigo. En ese sentido su teoría guarda el potencial de transformarse en una herramienta política, una herramienta de crítica al capitalismo. Esa política tiene lugar en la vida cotidiana y debe apuntar siempre al encuentro que tan rotundamente niega la lógica de la separación del capital⁹. La política del encuentro “nos obliga a encontrarnos con nosotros mismos, concretamente, junto a los demás: no consiste en la reclamación fácil y abstracta de algo que está a nuestro alrededor y que ya es nuestro” (Merrifield, 2011).

Si hay un Lefebvre del que podemos reapropiarnos, ese debería ser el Lefebvre rebelde y revolucionario, el Lefebvre que quiere dismantelar el aparato ideológico del Estado/Capital por medio de la reapropiación y autogestión de la ciudad misma. Y esa reapropiación debiera tener como objetivo darle sustento y cuerpo a nuestra conciencia de la ciudad, a la ciudad que es adjetivo, ideal de la comunidad humana. Debiera permitirnos vislumbrar el modo en que podemos empezar a construir las ciudades que queremos, a darle sentido a nuestra historia. Cualquier otro Lefebvre que se recupere solo contribuirá a la reproducción de más falta de significado y a la profundización de las contradicciones del capitalismo, no su superación.

REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

BERMAN, Marshall (1988) *All that is solid melts into thin air*, USA: Penguin.

BRENNER, Neil (2013) *Introducción: Urban Theory Without an Outside*. En BRENNER, Neil (Ed.), *Implosions/Explosions, Towards a Study of Planetary Urbanization* (2013). Berlin: Jovis.

DEBORD, Guy (2005) *La sociedad del espectáculo*. Valencia: Pre-Textos.

GOONEWARDENA, Kanishka (2011) "Henri Lefebvre y la revolución de la vida cotidiana, la ciudad y el Estado", *Revista Urban: Espectros de Lefebvre*, N02, año 2011. Madrid: DUyOT.

HARVEY, David (1996) *Cities or Urbanization*. En BRENNER, Neil (Ed.), *Implosions/Explosions, Towards a Study of Planetary Urbanization* (2013). Berlin: Jovis.

KOTANYI, Attila & VANEIGEM, Raoul (1961) *Programa elemental para la oficina de Urbanismo Unitario*. En *Internacional situacionista, vol. I: La realización del arte* (1999). Madrid: Literatura Gris.

LEFEBVRE, Henri (1975) *El derecho a la ciudad*. Barcelona. Península.

_____ (1989) *Dissolving City, Planetary Metamorphosis*. En BRENNER, Neil (Ed.), *Implosions/Explosions, Towards a Study of Planetary Urbanization* (2013). Berlin: Jovis.

_____ (2003) *The Urban Revolution*. Minneapolis: University of Minnesota Press.

_____ (2013) *La producción del espacio*. Barcelona: Capitán Swing.

LUKACS, Györgi (2008) *Historia y Conciencia de Clase*. Santiago: Quimantú.

MARX, Carlos (2002) *El Capital: Tomo 1 – Volumen 1*. Madrid: Siglo XXI.

MERRIFIELD, Andy (2011) "El derecho a la ciudad y más allá: notas sobre una reconceptualización lefebvriana", *Revista Urban: Espectros de Lefebvre*, N02, año 2011. Madrid: DUyOT.

RECLUS, Elisée (1985) *La evolución de las ciudades*. Bruselas: Bélgica.

SCHIMD, Christian (2006) *Networks, Borders, Differences: Towards a Theory of the Urban*. En BRENNER, Neil (Ed.), *Implosions/Explosions, Towards a Study of Planetary Urbanization* (2013). Berlin: Jovis.

STANEK, Lukasz & SCHIMD, Christian (2011) "Teoría, no método: Henri Lefebvre, investigación y diseño urbanos en la actualidad", *Revista Urban: Espectros de Lefebvre*, N02, año 2011. Madrid: DUyOT.

LA PRODUCCIÓN SOCIAL DE LA ARQUITECTURA EN LEFEBVRE

Patricio De Stefani²³

INTRODUCCIÓN

El impacto de la teoría de la producción social del espacio, que Henri Lefebvre expusiera más de cuarenta años atrás, sobre las ciencias sociales y particularmente sobre la arquitectura y el urbanismo no ha logrado aún ser dimensionado y se encuentra todavía lejos de ser asimilada dentro de estos campos disciplinares. Pretendo centrarme particularmente en las implicaciones que esta teoría tiene para la disciplina y la práctica de la arquitectura.

De manera más bien regular, Lefebvre nos recuerda que no hay conocimiento posible sin la crítica del conocimiento mismo, y que dicha crítica debe ser siempre una crítica del mundo existente. En consecuencia, su visión sobre la arquitectura y la actividad de los arquitectos se construye sobre una crítica radical y desmitificadora, que apuntaba a exponer las raíces materiales y objetivas de su producción bajo los requerimientos abstractos del capital, abriendo así la posibilidad a un hábitat humano que supere ese estado de cosas, restaurando al cuerpo humano como productor consciente de su propio espacio.

A mi parecer, hay dos transformaciones ontológicas²⁴ clave que nos permiten comprender la teoría de la producción del espacio de Lefebvre, y que al mismo tiempo definen la base epistemológica de su trabajo. La primera tiene que ver con la ontologización marxiana de la producción humana, es decir, una concepción de la historia en que la práctica de la producción de la vida material coincide con la constitución de los seres humanos en cuanto tales. La segunda, consecuencia del anterior, es que el espacio es una relación social y no simplemente un objeto o un

²³ Universidad Tecnológica Metropolitana (UTEM, Chile). Contacto: destefi.patricio@gmail.com.

²⁴ En su edición sobre "La producción del espacio", Bo Grönlund (1993) conceptualiza dos transformaciones ontológicas del concepto de espacio en Lefebvre. La primera, conceptual, consiste en la triada de lo vivido, lo percibido y lo concebido, y la segunda, histórica, en el espacio absoluto, abstracto, y diferencial.

soporte de relaciones sociales. Bajo esta perspectiva, el espacio sería un momento de la práctica social que es la objetivación, y su conocimiento sería inseparable de la praxis del trabajo como el modo de ser específicamente humano.

El espacio social, y la arquitectura en particular, son para Lefebvre la condición y el resultado del intercambio orgánico (de energía y materia) entre los seres humanos y su medio circundante. Este intercambio, el trabajo humano, es la práctica social efectiva y constitutiva tanto de los seres humanos como de su medio. Bajo esta lógica, no es que los seres humanos transformen la naturaleza por medio de su trabajo –como si fueran entidades preexistentes–, sino que el acto mismo de la transformación produce a ambos términos. Siguiendo a Hegel y Marx, para Lefebvre la actividad humana es propiamente el ser de los humanos. Ni los seres humanos ni su medio preceden a su relación, sino que es precisamente la modalidad material, social e histórica de dicha relación la que los constituye en cuanto tales.

Sobre estas premisas, propongo a continuación una lectura histórica sobre el proceso de abstracción del espacio teorizado por Lefebvre, un proceso en el que la arquitectura es subordinada –de manera cada vez más eficiente– a los requerimientos de producción, circulación y acumulación de capital durante el surgimiento de la sociedad burguesa. Posteriormente me detendré en la función social que la arquitectura ocupa en el capitalismo y sus implicaciones políticas. El interés radica no sólo en determinar diversos modos de relación entre espacio, arquitectura y capital, sino en demostrar su interdependencia interna y estructural de manera de vislumbrar una posibilidad efectiva para la transformación de dicha relación –y no apelar meramente a la retórica bienintencionada o a ideales éticos, tan comunes en el discurso de la arquitectura. Sólo comprendiendo hasta qué punto el capital está integrado en la producción social de la arquitectura, una manera de desafiar esta relación puede ser pensada.

LA EMERGENCIA DEL ESPACIO ABSTRACTO

La investigación histórica sobre el espacio y su producción condujo a Lefebvre a la conclusión de que los primeros indicios de un espacio abstracto “realmente existente” se encontraban en la Europa medieval del siglo XII (Lefebvre, 1991, p. 263). Bajo esta periodización, lo que precede a la abstracción del espacio es el espacio absoluto de la antigüedad, que era político-religioso y experimentado como divino, simbólico y trascendente.

La emergencia del espacio abstracto fue correlativa con el proceso de abstracción del trabajo humano, o aquel período que, desde Smith y Marx, es conocido como acumulación previa (Smith, 2007, p. 175), o primitiva u originaria (Marx, 2011, p. 786). En un intento por llenar los vacíos en la teoría de Marx, Lefebvre (1991) inicia un análisis de la larga transición desde el espacio absoluto y simbólico de las sociedades griega y romana hacia el espacio relativo o histórico de la acumulación originaria. Este proceso corresponde a la transición histórica del feudalismo al capitalismo, lo que significó el despojo de los productores directos (principalmente campesinos) de sus medios de producción y subsistencia (principalmente tierras) y su posterior transformación de siervos en trabajadores libres o asalariados (Marx, 2011, p. 786). Lefebvre (1991) caracteriza a este período a partir del creciente dominio del “efecto urbano” durante los siglos XV y XVI: “La mediación histórica entre el espacio medieval (o feudal) y el espacio capitalista que fue el resultado de la acumulación se encuentra en el espacio urbano –el espacio de los ‘sistemas urbanos’ que se establecieron durante la transición” (p. 268).

A medida que la ciudad medieval –desarrollada a través del comercio– dio paso a redes de intercambio cada vez mayores, culminando en vastos sistemas urbanos que abarcan toda Europa y las colonias de América, la ciudad alcanzó su máxima expresión y unidad durante el Renacimiento (Lefebvre, 1991, p. 271). Paradójicamente, este proceso coincidió con la destrucción de la ciudad amurallada por la proliferación de las redes urbanas y las guerras. Más tarde, en el siglo XVIII, el surgimiento del Estado moderno sellaría el destino de ésta forma de ciudad mediante la creación de un espacio urbano universal.

Siguiendo a Marx, Lefebvre (1991) critica a los economistas e historiadores burgueses por su creencia apologética en que esta transición histórica se podría haber logrado sin grandes conflictos, oponiendo un “pacífico” desarrollo económico a la violenta destrucción de las guerras. El hecho es que la acumulación primitiva fue llevada a cabo sobre la destrucción de toda forma previa de producción. A partir del siglo XVI, las guerras –libradas sobre nuevos territorios abiertos a potenciales inversiones– asumieron un rol económico, dado que permitieron el progresivo desarrollo de las fuerzas productivas, expandiendo, por lo tanto, la acumulación a través del colonialismo y, más tarde, el imperialismo. Para Lefebvre (1991), hay una correlación entre la violencia necesaria para implementar las exigencias espacio-temporales de la circulación de mercancías y el creciente desarrollo urbano: “El

espacio y el tiempo se urbanizaron –en otras palabras, el tiempo y el espacio de las mercancías y los comerciantes se hizo predominante” (p. 277).

Paralelo e integral al rol de la violencia en el proceso de acumulación fue la creación y la institución del Estado burgués. En el relato de Lefebvre, el espacio de la acumulación fue la “cuna” del Estado. El Estado-nación moderno es entendido como un marco que garantiza que los intereses de la clase dominante (burguesía) prevalezcan. Lefebvre (1991) nos alerta sobre el peligro de teorías liberales (“bien común”) y autoritarias (“voluntad general”) del Estado, que no logran comprenderlo como un *marco espacial* que procede de acuerdo al llamado principio de *soberanía y unificación*, pero que, al mismo tiempo, recurre a la fragmentación violenta del espacio con el fin de controlarlo.

¿En qué sentido preciso entonces podemos hablar de espacio abstracto o abstracción del espacio? ¿Cuáles son sus rasgos característicos? El sentido dado aquí a la noción de abstracción debe ser cuidadosamente examinado. Lefebvre tiene en mente un concepto análogo al de *trabajo abstracto* –es decir, una abstracción que existe como una relación social:

El espacio *abstracto* sólo puede aprehenderse abstractamente mediante un pensamiento que *separa* la lógica de la dialéctica, que *reduce* las contradicciones a la coherencia (...) Este mismo espacio corresponde a la ampliación de la práctica (social) que engendra redes cada vez más vastas y densas por la superficie terrestre y por debajo y por encima de ella. Pero se corresponde también con el trabajo abstracto (...) Ese trabajo abstracto no tiene nada de abstracción mental, ni de abstracción científica en sentido epistemológico (...) Tiene una existencia *social* como el valor de cambio y la forma del valor en sí mismo. (Lefebvre, 2013, p. 343)

Una abstracción real o concreta es, entonces, algo muy distinto de una abstracción conceptual. Marx pretendió demostrar que las abstracciones concretas son productos históricos y, al mismo tiempo, la base objetiva sobre la que se construyen las abstracciones mentales (o ideologías) –por ejemplo, el concepto general de *trabajo* en

la economía política clásica. Tal y como Sohn-Rethel (1978) afirma, hablar de una abstracción que es concreta parecería una contradicción lógica, por lo que este concepto sólo tiene sentido desde una realidad constituida a partir de contradicciones sociales reales y una concepción dialéctica que permita comprender dichas contradicciones.

Si la abstracción del trabajo se caracteriza por la reducción de las formas concretas del trabajo al dominio indiferenciado del trabajo en general, entonces la abstracción del espacio se identifica con la reducción de los lugares concretos y particulares al ámbito homogéneo de un “espacio universal” –es decir, la res extensa cartesiana (Lefebvre, 1991, pp. 296-97). Sin embargo, Lefebvre (1991) cuestiona esta aparente homogeneidad del espacio abstracto: “el espacio abstracto no es homogéneo, sino que simplemente tiene la homogeneidad por su meta, su orientación, su ‘objetivo’ (...) Pero en sí es multiforme” (p. 287). De hecho, uno de sus objetivos centrales fue delinear una “teoría del espacio contradictorio” –un espacio que produce contradicciones y al mismo tiempo es producido por las contradicciones del capitalismo. Como Stanek (2011) señala, para Lefebvre el espacio es a la vez concreto y abstracto, heterogéneo y homogéneo. Es sólo en el capitalismo que este último aspecto comienza a predominar cada vez más sobre el primero:

La oposición paradigmática (...) entre el cambio y el uso, entre los circuitos globales y los lugares específicos de producción y consumo, se torna aquí en contradicción dialéctica y se espacializa. El espacio así definido posee un carácter *abstracto* y *concreto*: abstracto en la medida en que no tiene existencia sino por la intercambiabilidad de todas las partes que lo componen; concreto en tanto que es socialmente real y está localizado como tal. Se trata, pues, de un espacio *homogéneo* y sin embargo *fragmentado*. (Lefebvre, 2013, p. 375)

Para Lefebvre, el hecho de que el espacio moderno se presente como homogéneo, objetivo, neutral, técnico o científico, es una señal de que sus contradicciones han sido “ocultadas” de manera ideológica –al igual que Marx vio la forma en que el mercado se presenta a sí mismo como la realización de un fetichismo que enmascarara sus propias

contradicciones. Por lo tanto, el espacio abstracto es un espacio *falso-pero-real*, un espacio fetiche, que se ve a sí mismo como una cosa formal y autónoma, independiente de cualquier contenido social –es decir, como un objeto vacío, puramente visual y empírico, transparente y legible, coherente y unificado.

Dado que el espacio es a la vez un producto de las relaciones sociales y el productor de ellas, un doble conjunto de características pueden ser distinguidas: como producto, es cuantitativo y cualitativo, abstracto y concreto, homogéneo y fragmentado. Como productor (o instrumento), el espacio abstracto posee dos funciones principales: es un medio de intercambio (para el mercado y la clase capitalista) y un instrumento político (para el Estado y la clase burocrática) –es “el espacio en que se despliegan las estrategias” (Lefebvre, 2013, p. 343).

En consecuencia, el proceso de abstracción del espacio –su transformación para servir al propósito de la acumulación originaria de capital, y más tarde de su expansión hacia el mercado mundial a través de la exponencial urbanización del mundo– establece las condiciones para la progresiva abstracción de la arquitectura, primero a través de la industria de la construcción en relación a los cambios globales en la producción, y más tarde en las teorías modernas de las vanguardias artísticas y arquitectónicas, que reflejaron esta realidad y cuyas concepciones influyeron de manera decisiva en la producción del espacio durante el siglo XX.

LA ABSTRACCIÓN DE LA ARQUITECTURA Y SUS LÍMITES EN EL CAPITALISMO

La contradicción central del espacio abstracto es que es (o aspira a ser) al mismo tiempo *homogéneo* y *fragmentado* –universal, pero implacablemente subdividido. Debe tenerse en cuenta que estas no son propiedades formales intrínsecas al espacio, sino más bien el resultado de una práctica espacial –una práctica que produce el espacio, literalmente, homogeneizando y fragmentándolo (Lefebvre, 1972, p. 42). Lefebvre señala algunas de estas conclusiones a partir de sus primeros análisis del urbanismo francés de los *grands ensembles* (conjuntos habitacionales) y las *villes nouvelles* –como Mourenx al sur de Francia– durante los años 50 y 60. Estos análisis criticaron la abstracción de la planificación urbana administrada por el Estado, y plantearon el problema de “la contradicción entre la racionalidad abstracta del urbanismo y la racionalidad concreta de las prácticas de habitar” (Staneek, 2011, p. 145), o dicho de otra manera, entre la lógica abstracta y cuantitativa de espacio capitalista frente al espacio cotidiano de las personas. En palabras de Lefebvre (2011):

En Mourenx, la modernidad me abre sus páginas (...) Leo los temores que la modernidad puede llegar a despertar: la abstracción que pisotea la vida cotidiana – el análisis debilitante que divide, corta en pedazos, separa – la síntesis ilusoria que ha perdido toda capacidad de reconstruir algo activo – las estructuras fosilizadas, impotentes para producir o reproducir cualquier cosa viviente, aunque sigan siendo capaces de suprimirlo (...) Por un lado, la tendencia a la totalización y la “integración” (...) no nos deja ver lo desarticulado que se está volviendo todo. Por otro lado, la fragmentación de la vida cotidiana (...) nos impide darnos cuenta de que la unificación se impone desde arriba, y que se están eliminando todas las diferencias originarias. La verdad se encuentra en el movimiento de totalización y fragmentación como un todo. Esta es la verdad que leemos en aquel texto oscuro y legible: la nueva ciudad. (pp. 119-20-21)

El espacio social siempre ha sido el producto de la actividad humana, pero la conciencia de que ha entrado de lleno en la producción de mercancías, sólo surge en los albores del mercado mundial, durante la Primera Guerra Mundial (Lefebvre, 1991). Los artistas y arquitectos de las vanguardias promovieron la idea de que el arte y la arquitectura debían *producir* un nuevo espacio y no simplemente representar o reproducir el espacio existente (de Solà-Morales, 2003, pp. 169-173). Debido a su condición “práctica”, las contradicciones en la arquitectura fueron más pronunciadas que en el resto de las artes. Bajo la dirección de Hannes Meyer, por ejemplo, la Bauhaus proclamó liderar una revolución anti-burguesa en el diseño mediante la fusión de los requisitos funcionales del Estado capitalista con una ideología proletaria (Lefebvre, 1991, p. 304). El resultado sería, como afirma (Stanek, 2011), que “los nuevos procedimientos de la planificación y los nuevos sistemas de representación del espacio introducidos por las vanguardias arquitectónicas fueron esenciales para el desarrollo del capitalismo” (p. 148).

El paralelo que Lefebvre establece entre trabajo abstracto y espacio abstracto le llevó a rastrear el momento histórico específico en el que el concepto moderno de espacio comenzó a ser formulado sobre la base objetiva de las nuevas relaciones de producción impuestas por el capitalismo moderno (Stanek, 2011, p. 146). Con el surgimiento de la Bauhaus, luego de la derrota de la revolución alemana y el establecimiento de la República de Weimar en la década de 1920, los artistas y arquitectos de la vanguardia formularon un concepto universal de espacio y establecieron una relación directa entre industria y desarrollo arquitectónico y urbano (Lefebvre, 1991, p. 124). A pesar de que el espacio ha sido objeto de la filosofía y la ciencia desde la antigüedad, su conciencia como un problema estético y práctico sólo data de la segunda mitad del siglo XIX. Como Morales (1969, p. 140) afirma, Hegel fue uno de los primeros en pensar la arquitectura específicamente como el arte de encerrar el espacio (Hegel, 1975, p. 633). La influencia que la psicología experimental –Stumpf y la *Gestaltpsychologie*, por ejemplo– tuvo en historiadores del arte como Semper, Schmarsow, Riegl, Fiedler y Wölfflin (Vischer, Fiedler, Wölfflin, Goller, Hildebrand, & Schmarsow, 1994) se reflejó en sus respectivas teorías que enfatizaban un enfoque formalista y visualista del arte y la arquitectura, principalmente influenciado por el kantismo (Montaner 2002, pp. 24-30; Stanek 2011, p. 147).²⁵ Según Stanek (2011), la crítica de Lefebvre (1991) al concepto de “espacio arquitectónico” entendido como “esencia” de la arquitectura (Schmarsow) o su característica específica (Zevi, 1981), tuvo como objetivo mostrar que el concepto de espacio trabajado por los psicólogos, los historiadores del arte, y más tarde los pintores y arquitectos, era fetichista (ideológico) desde sus comienzos. Efectivamente, este concepto no fue más que la manifestación –invertida en la teoría– de las contradicciones reales de la producción (social) del espacio y la ciudad. Por ende, al definir el espacio como un vacío neutral pre-existente a la espera de ser “ocupado” por las prácticas sociales (Zevi 1981; Giedion 1980), los arquitectos oscurecieron el proceso real de producción de la arquitectura bajo el capitalismo²⁶.

A un nivel estratégico, el espacio abstracto parece ser desplegado simultáneamente desde “arriba” (el Estado) y desde “abajo” (la producción y el mercado). Ambas fuerzas movilizan el espacio de una manera contradictoria, fragmentándolo para fines de intercambio y gestión, para luego unir las piezas a la

²⁵ He revisado estas teorías tempranas del espacio y su influencia en la teoría de la arquitectura moderna, ver (De Stefani 2009).

²⁶ Para una crítica desarrollada hacia este concepto de espacio desde la disciplina arquitectónica, ver (Morales 1969; Suárez 1986; Borchers 1968).

fuerza. Según Lefebvre (1991) lo que esta contradicción revela es que este espacio es un instrumento homogeneizador en lugar de ser homogéneo en sí mismo. No logra conseguir la homogeneidad y la totalización que predica.

Una vez que el espacio abstracto se abrió camino en la teoría arquitectónica y fue levantado como su principal grito de guerra, los arquitectos modernos desarrollaron nuevas formas de representar su trabajo –por ejemplo, vistas axonométricas, diagramas funcionales y solares, etc. Sin embargo, este nuevo “código” es derivado de un espacio concebido como categoría mental –es decir, de las representaciones de la filosofía, la lógica y las ciencias empíricas. Por ende, la práctica arquitectónica abordó las contradicciones sociales reduciéndolas y ocultándolas bajo la “bandera del positivismo” (Lefebvre, 1991, p. 308). La noción, supuestamente específica y evidente, de un “espacio arquitectónico” sirvió para abstraer y separar aun más el espacio de las relaciones sociales reales que lo producen. Bajo esta concepción, el arquitecto se presenta a sí mismo como un “productor del espacio”. Sin embargo, la abstracción implicada en las proyecciones y planos arquitectónicos nunca se reconoce como tal, sino que se asumen en estricta correspondencia con la “realidad empírica” – paradójicamente negando su propio carácter abstracto como una representación del espacio entre otras. Como Lefebvre (2000) afirma:

El arquitecto no puede, como fácilmente tiende a creer, localizar su pensamiento y sus percepciones sobre la mesa de dibujo, visualizar las cosas (necesidades, funciones, objetos) proyectándolas. Confunde proyección y proyecto en una idealidad confusa que él cree que es “real” (...) El papel a la mano, a la vista del dibujante, es tan blanco como es plano: Él lo cree neutral. Cree que este espacio neutral, que recibe pasivamente las marcas de su lápiz, corresponde al espacio neutral que está en el exterior, que recibe las cosas, punto por punto, lugar por lugar. En cuanto al “plan”, no se queda inocentemente sólo en el papel. En el terreno, la retroexcavadora realiza los “planes”. (p. 191)

El espacio concreto que resulta de este proceso implica reducciones en varios niveles. La reducción de la forma a la figura (del volumen a la superficie), por ejemplo, es una señal clara de la violencia que estos procedimientos imponen al espacio social –que está lleno de diferencias y particularidades locales, y es a menudo indistinguible de las prácticas que tienen lugar en él. Se trata de un espacio mental que puede parecer geoméricamente consistente, pero que no logra llegar hasta la realidad (perceptual y social) de los cuerpos, por lo tanto, un espacio idealizado e “incompleto”. Es un espacio altamente abstracto ya que es concebido más en consonancia con una “idea” o “representación” que con la propia realidad, se trata de un espacio “literalmente aplanado, confinado a una superficie, a un sólo plano” (Lefebvre, 1991, p. 313). Como consecuencia, todos los elementos arquitectónicos se reducen sistemáticamente a este esquema mental, “El muro se redujo a una superficie y ésta, a su vez, a una membrana transparente (...) La materia ya no sería sino una envoltura del espacio” (Lefebvre, 2013, p. 339). Los términos retóricos en que este hecho fue formulado como la “superación de la división entre el interior y el exterior”, fueron utilizados para ocultar los procedimientos reduccionistas con los que se llevó a cabo. Paradójicamente, esta “nueva transparencia” ocultaba su verdadero propósito: oscurecer las contradicciones de la producción del espacio y hacerlas aparecer como claras y legibles; por ende, esta nueva tectónica era transparente sólo en apariencia. A partir de esta idea, un nuevo formalismo autorreferencial comenzó a surgir durante la época de las vanguardias – por ejemplo, el neoplasticismo holandés y ciertas tendencias del constructivismo soviético–y que fetichizó aún más el concepto de espacio al concebirlo como el resultado de la experimentación formal abstracta.

Lo que puede concluirse de estas críticas es la puesta en marcha de un “círculo vicioso” ideológico: primero, el arquitecto tergiversa la realidad al reducirla a una abstracción vacía que se hace pasar por concreta y evidente, y luego, proyecta sobre la realidad un objeto concebido a partir de esta distorsión inicial (Elden, 2004, p. 189). El resultado es una realidad “invertida” que fomenta aún más equívocos teóricos. Sin embargo, esta concepción inicial no es más que la “teorización” de una realidad fetichizada que, evidentemente, es anterior y supera los ámbitos de la disciplina arquitectónica. Así, Lefebvre (2013) desnaturaliza el espacio arquitectónico al mostrarlo simplemente como el resultado histórico de la imposición de una clase social sobre otra:

La parte de espacio otorgada al arquitecto (...) nada tiene de inocente: está al servicio de tácticas y estrategias particulares; no es sino el espacio del modo de producción dominante, el espacio del capitalismo, administrado por la burguesía. Consiste en “lotes” y se organiza represivamente en función de los puntos fuertes de los alrededores. (p. 393)

El idealismo y la utopía de la arquitectura moderna poseen su reverso en los procedimientos reales y efectivos de la producción del espacio. La ilusión del arquitecto como maestro y productor de un espacio prístino y autónomo se desmorona tan pronto como la arquitectura se entiende como producto de las relaciones sociales. ¿Cuáles son las consecuencias sociales del desarrollo de este tipo de espacialidad en el capitalismo? Si la arquitectura ha encarnado el espacio que el capitalismo ha generado ¿Cuál ha sido su lugar y función específica al interior de las fuerzas sociales que han dado forma al mundo desde el siglo XVIII?

LA ARQUITECTURA COMO MEDIO DE PRODUCCIÓN

Una de las primeras cosas que distingue el concepto de espacio introducido por Lefebvre del resto de las ciencias –que en mayor o menor grado lo han tomado como objeto de estudio– es su inseparabilidad con el concepto de producción: el espacio es siempre un producto social, por lo que, paradójicamente, “el concepto de espacio no está en el espacio” (Lefebvre, 1991, p. 299). El espacio como una abstracción vacía y homogénea, como vacío o volumen neutral, es reemplazado por la noción de espacio social. Este carácter le da una función fundamental dentro de la sociedad: no sólo es un producto social, sino una condición básica para la producción misma, es “a la vez resultado y causa, producto y productor” (Lefebvre, 1991, p. 142). Si la producción es lo que da a la idea de espacio su significado social, la propia actividad productiva, a saber, la práctica social del trabajo, está en el núcleo de la comprensión del espacio social: es la praxis humana la que constituye la raíz de nuestro entorno humano objetivo. Por consiguiente, la producción posee al mismo tiempo un sentido amplio (producción material de la vida) y uno acotado (producción de bienes manufacturados). Siguiendo el concepto desde Hegel a Marx y Engels, Lefebvre nota cómo éste posee incluso una mayor universalidad que la noción de trabajo. Sin

embargo, al mismo tiempo, es un concepto concreto, ya que sólo tiene sentido en la medida en que nos podemos preguntar “qué se produce” y “cómo se produce”: la producción es, entonces, una abstracción concreta o sensible (Lefebvre 1991, p. 69; Marx 1859, p. 113). La producción va más allá de la fabricación de bienes manufacturados, ya que incluye la producción y reproducción de relaciones sociales (Fine 2001, 448).

Como sabemos, los *medios de producción* corresponden a las condiciones necesarias para la puesta en marcha del proceso productivo (Marx, 2011, pp. 200-201). Estos apuntan a diferentes dimensiones del proceso productivo: la actividad del trabajador, junto a su ritmo, es la fuerza motriz de la producción; los instrumentos y la tecnología (incluyendo el conocimiento y las técnicas) son una extensión de esta fuerza; y las materias primas son el objeto trabajado y transformado en producto por la actividad humana. Instrumentos tales como las herramientas manuales, máquinas, equipos, técnicas, métodos, y similares, sirven directamente en el proceso de producción, mientras que otro tipo de *instrumentos universales* –a menudo no considerados como tales– se utilizan indirectamente como el lugar en que el proceso se lleva a cabo, y cuya condición previa es la existencia de la naturaleza (biosfera) como tal:

Una vez más nos encontramos con que la tierra es un instrumento universal de este tipo, ya que proporciona una legitimación activa para el trabajador y un campo de trabajo para la actividad. Entre los instrumentos que son el resultado del trabajo anterior, y que también pertenecen a esta categoría, encontramos talleres, canales, caminos, etc. (Marx, 2011, p. 201)

Podemos pensar a la arquitectura, entonces, dentro de esta categoría general de *instrumento universal*. ¿Se limita simplemente a las fábricas y talleres? No. Obviamente, el trabajo productivo –trabajo que produce valores de uso– no sucede sólo en las fábricas, sino que las oficinas e instalaciones de todo tipo deben ser también incluidas. Sin embargo, el papel que juega la arquitectura como medio de producción es más amplio. La arquitectura es a la vez un medio de subsistencia y de producción, incluso si no sirve a este último fin directamente, por ejemplo, como medio de reproducción de la fuerza de trabajo en los asentamientos de vivienda. A

este respecto, Lefebvre (1991) expande el concepto marxiano de producción para incluir no sólo las cosas en el espacio, sino al espacio mismo como el más general de los productos humanos (p. 219), y ya que los productos pueden ser también medios o instrumentos, el espacio también es la “más general de las herramientas” (p. 289).

En un sentido acotado, la arquitectura sólo sirve indirectamente en la producción como el lugar del proceso de trabajo. Sin embargo, el espacio social de la ciudad y la arquitectura han tenido históricamente un papel activo en dicho proceso. Para Lefebvre “la producción del espacio” es también un concepto que tiene un origen histórico determinado. Representa una nueva etapa (global) en el desarrollo del capitalismo en que la inversión en el espacio (sector inmobiliario) ha ido ganando cada vez más terreno a la inversión en la producción industrial clásica. Lefebvre (1991) sitúa esta transición como la consecuencia de un “salto cualitativo” en las fuerzas productivas de la sociedad, comenzando a partir del siglo XX (pp. 357-358). Este “salto adelante” de la tecnología, el conocimiento, la relación con la naturaleza y la organización del trabajo, ha abierto el camino para un desplazamiento desde la simple producción de cosas en el espacio (mercancías) a la producción del propio espacio como una mercancía de vastas proporciones (Lefebvre, 1991, pp. 62-63). ¿Cómo y por qué esta importante revolución de las fuerzas productivas no se vio limitada por las relaciones de propiedad existentes y su superestructura (el Estado)?

Una posible respuesta tendría que ver con el llamado *circuito secundario del capital*,²⁷ “un circuito que corre paralelo al de la producción industrial, que sirve al mercado de bienes no durables, o al menos a aquellos que son menos durables que los edificios” (Lefebvre, 2003, p. 159). Este cambio se introduce, entre otras cosas, para hacer frente al estancamiento del circuito primario:

En esas condiciones tiene lugar un proceso “económico” que ya no responde a la economía política clásica y que altera las suposiciones de los economistas. Lo “inmobiliario” (junto con la “construcción”) deja de ser un circuito secundario, una rama anexa y rezagada del capitalismo industrial y financiero (...) El capitalismo ha tomado posesión del suelo; lo ha movilizadado de tal modo que el sector pasa a

²⁷ Este circuito no debe ser confundido con aquel examinado por Marx en la Parte I del Volumen II de El Capital (capital dinerario, capital-mercancía, y los circuitos del capital productivo).

ser central. Al tratarse de un sector nuevo se ve menos sometido a las diferentes trabas, saturaciones y dificultades que frenan las industrias tradicionales. El capital, pues, se precipita en la producción del espacio, abandonando la producción de tipo clásico referida a los medios de producción (máquinas) y bienes consumo. Este proceso se acelera al menor indicio de repliegue en los sectores “clásicos”. (Lefebvre, 2013, p. 369)

Siguiendo las ideas de Marx y Lefebvre, David Harvey (1985, p. 6; 2006, pp. 232-35) introdujo la idea de un *entorno construido* para la producción y otro para el consumo – con las categorías de *capital fijo* de tipo independiente (fábricas, oficinas, talleres, etc.) y la de *fondo de consumo* (electrodomésticos, muebles, automóviles, casas, edificios, calles, etc.). A pesar de las objeciones que se han hecho a la reducción de Harvey del espacio social a la noción limitada de “entorno construido” (Gottdiener 1985, pp. 185-86), esta categorización permite una mejor comprensión del rol de la arquitectura en la producción del espacio. En éste, pareciera inequívoco que la arquitectura es una forma de capital fijo (tipo independiente) o de fondo de consumo, sin embargo, la primera definición requiere una mayor aclaración.

En el segundo volumen de “El Capital”, Marx introduce las categorías de *capital fijo* y *capital circulante* con el fin de entender los problemas asociados a la circulación de capitales en el proceso de producción, mientras que los conceptos de *capital constante* y *capital variable* los desarrolló para estudiar la producción de plusvalía (Harvey, 2006, pp. 207-8). Marx (2008) fue enfático en demostrar que estas dos categorías son relativas a la función específica realizada por estos factores de la producción, y no propiedades de sí mismos; no coinciden precisamente con el carácter inmóvil o móvil de las mercancías: “Una casa, por ejemplo, cuando está funcionando como local de trabajo, es parte constitutiva fija del capital productivo; cuando lo hace como vivienda no es en absoluto forma del capital” (p. 246). Esto nos lleva de nuevo al problema del espacio abstracto. Si la arquitectura puede ser parte de los circuitos de capital, ya sea directamente (capital fijo) o indirectamente (fondo de consumo), ¿ocurre su proceso de abstracción de la misma manera en estos dos casos? A primera vista, no. Sólo la arquitectura que es capital fijo se encuentra restringida a los

requerimientos espacio-temporales de la producción. Sin embargo, la arquitectura a menudo puede ser al mismo tiempo un medio de producción y un medio de consumo:

No es necesariamente el caso de que el capital fijo es capital que, en todos sus aspectos, no sirve para el consumo individual, sino sólo para la producción. Una casa puede servir tanto para la producción como para el consumo; del mismo modo todos los vehículos, un barco y una camioneta, pueden servir para excursiones recreativas, así como medios de transporte; una calle como medio de comunicación para la producción adecuada, así como para pasear, etc. (Marx, 1973, p. 368).

Este doble aspecto fue dramáticamente acentuado por la arquitectura moderna. Un ejemplo concreto es la conexión entre las técnicas de gestión científica (taylorismo) y la arquitectura realizada por Christine Frederick (1923). A la manera de un funcionalismo *avant la lettre*, Frederick propuso una “agrupación eficiente” para un plan de una cocina moderna en la que todos los equipos se organizan de acuerdo con un orden secuencial del proceso de cocina para así ahorrar tiempo, imitando el modelo de la cadena de montaje popularizado por Henry Ford. Bajo la supervisión de Ernst May, la arquitecta austríaca Margarete Schütte-Lihotzky aplicó este modelo a varios proyectos de vivienda social en Frankfurt en la década de 1920. Este tipo de estudios se hizo común en la Bauhaus. La gestión o administración científica implicó la racionalización del proceso productivo y el disciplinamiento de la fuerza de trabajo. Junto con la subdivisión de este proceso en tareas simples y repetitivas, la arquitectura fue subdividida en sus diferentes funciones, reflejando la nueva división técnica del trabajo. La arquitectura comenzó así a ser progresivamente un producto cada vez más estandarizado, derivado de un proceso productivo cada vez más racionalizado.

A medida que la lógica abstracta del capital sale de la esfera de la producción y comienza a determinar todos los aspectos de la vida humana en los espacios cotidianos de la ciudad (con la ayuda de la arquitectura moderna), una lucha constante y constituyente se desarrolla “entre los intereses organizados en torno a un espacio social, como el sitio de los valores de uso sociales y el despliegue de relaciones comunitarias en el espacio, y en torno al espacio abstracto como el espacio del

desarrollo inmobiliario y la administración pública –la articulación conjunta entre los modos económicos y políticos de la dominación” (Gottdiener, 1985, p. 163). Como veremos, esta lucha es más compleja que el modelo marxista simplificado de la lucha de clases derivado de la contradicción entre el capital (burguesía), el trabajo (proletariado) y la tierra (terratenientes). En consecuencia, la cuestión del rol de los arquitectos en este proceso es crucial para entender la dimensión política de la arquitectura.

Tanto para Lefebvre (1991, 324n11) como para geógrafos como Edward Soja (1996), si la teoría marxista clásica de la transición de un modo de producción a otro no es suficiente para explicar la supervivencia del capitalismo, se debe a la indiferencia histórica y discursiva hacia el concepto de tierra (y por ende, el de espacio social) –una de las claves de la fórmula trinitaria de Marx²⁸. La noción marxista clásica de las contradicciones sociales (esencialmente temporales) entre las fuerzas productivas y las relaciones de producción, entre base y superestructura, o en términos generales, entre transformación y conservación, que bajo el capitalismo son aparentemente superadas, se extrapolan desde el nivel de las mercancías en el espacio a la mercantilización del espacio en su conjunto (Lefebvre, 1991, pp. 62, 357). Esto significa que la única manera en que las instituciones burguesas han logrado desarrollar las fuerzas productivas sin cambiar sustancialmente las relaciones de producción (y de propiedad) ha sido desplazando las contradicciones temporales y las crisis hacia el ámbito espacial como una forma de “arreglo espacial” (Harvey, 1985, pp. 51-59).

Lefebvre sugiere que el paso de la producción clásica a la producción del espacio es lo que ha permitido que las relaciones de producción puedan ser reproducidas a través del tiempo y el espacio en lugar de ser fundamentalmente transformadas (Lefebvre 1991, p. 325; 2003, pp. 20-21). Al expandir geográficamente el mercado a través de la inversión en urbanización y exportaciones de capital, el capitalismo ha sido capaz de superar temporalmente su tendencia intrínseca hacia la sobreproducción y sobreacumulación, y por tanto aplazar las crisis (Harvey, 1985, pp. 8-10, 55-56). Este hecho se confirma, por ejemplo, en la función que los medios de transporte y comunicación han desempeñado en el capitalismo. Los capitalistas están interesados en reducir el tiempo de producción, intercambio y consumo a fin de

²⁸ Esta es la expansión de Marx sobre su modelo inicial del modo de producción capitalista (capital-trabajo) para incluir un tercer elemento, la tierra. La fórmula trinitaria comprende la tierra, el capital, y el trabajo. Lo que en su forma dineraria corresponde a: renta, ganancia, y salario. Y en su forma de clase: terratenientes, burguesía, y proletariado. Ver (Marx, 2009, p. 1037)

realizar ganancia en el menor tiempo posible. Para reducir los costos de circulación de las mercancías –y por tanto el tiempo de rotación del capital²⁹– las tecnologías de transporte deben revolucionarse permanentemente, deben aumentar continuamente su velocidad y reducir su costo (Harvey, 1985, p. 36). Siguiendo las ideas de Marx (1973, p. 330), Harvey (1985) explica cómo los requerimientos temporales de la circulación de capital tienden a “aniquilar el espacio por medio del tiempo” (p. 37) –es decir, reducir las barreras espaciales a la circulación y así reducir el tiempo de producción e intercambio. Sin embargo, una gran contradicción surge cuando la única manera de hacerlo es, precisamente, mediante la expansión de la producción del espacio en la forma de la infraestructura requerida por los nuevos medios de transporte. Así, para Harvey (1985), la tendencia a superar las barreras espaciales mediante la producción de nuevas y mejores infraestructuras se convierte en el último obstáculo: “el espacio sólo puede superarse a través de la producción del espacio” (p. 60). El capitalismo debe entonces necesariamente “destruir una parte de sí mismo para sobrevivir” (p. 60) y así abrir nuevos canales para una mayor acumulación.

Además de esta contradicción central, Harvey identifica una tensión entre las fuerzas de la acumulación que tienden hacia la concentración de capital en la forma de vastos centros urbanos, y aquellas que tienden hacia la dispersión y la fragmentación. El primer caso es consecuencia de la creciente racionalización de la producción y la innovación tecnológica que permite liberar a la industria del anclaje a las fuentes directas de energía y materias primas y así reducir los costos derivados del comercio a largas distancias (Harvey, 1985, p. 40). El segundo, surge de la naturaleza auto-expansiva del capital que tiende necesariamente hacia el intercambio universal en el contexto de un mercado mundial e interconectado. Por lo tanto, la *concentración* actúa como medio de racionalizar y reducir el tiempo de rotación del capital mediante la superación de las barreras espaciales y las distancias, mientras que la *dispersión* geográfica procede por expansión de los mercados, revolucionando constantemente el paisaje urbano (Harvey, 1985, pp. 41-42). Los espacios humanos y la arquitectura se convierten así de forma simultánea en las condiciones y las barreras a la acumulación de capital:

El paisaje geográfico producido y constituido por
capital fijo e inmóvil [entorno construido] es a la vez la

²⁹ El tiempo de rotación del capital corresponde al tiempo de producción más el tiempo de circulación, ver (Harvey 1985, p. 36; Marx 1956, p. 90).

joya que corona el pasado del desarrollo capitalista y una prisión que inhibe el ulterior progreso de la acumulación precisamente porque crea barreras espaciales donde antes no había ninguna. (Harvey, 1985, p. 43)

Por lo tanto, las contradicciones temporales no son simplemente transferidas al espacio. La compleja dinámica espacio-temporal del capitalismo genera contradicciones a partir del espacio mismo, que no necesariamente se derivan de las temporales (Lefebvre, 2003, p. 19; 1991, pp. 331, 333). Por lo tanto, al hablar de una “teoría de las centralidades”, Lefebvre (1991) distingue entre las contradicciones *en* el espacio (históricas) y las contradicciones *del* espacio (p. 334).

Uno de los conceptos fundamentales para entender las contradicciones espaciales es el de *renta del suelo*. Marx (2009) definió la renta, en general, como “la forma económica específica, autónoma, de la propiedad de la tierra sobre la base del modo capitalista de producción” (p. 804). Según Gottdiener (1985), para Marx la renta es un “retorno a un factor de producción (la tierra o el suelo)” (p. 162), que no se corresponde con sus propiedades naturales o intrínsecas, sino con la manera en que las relaciones de propiedad privada funcionan al interior de una sociedad de clases. Más específicamente, Harvey (1985) define la renta monopólica (suelo urbano) como “el cobro realizado a través del poder monopólico sobre la tierra y los recursos conferido por la institución de la propiedad privada” (p. 63).

Con respecto a este problema, los arquitectos modernos intentaron “liberarse” de las restricciones específicas del suelo, elevando los volúmenes edificados por encima de éste sobre lo que se conoce como pilotes (pilares), reforzando así la preservación de la declarada autonomía del nuevo espacio (Jameson, 1998, p. 30). Los arquitectos han desarrollado desde entonces diversas estrategias formales que, a pesar de los pretextos, tenían como objetivo final ocultar las limitaciones impuestas por la propiedad privada del espacio y la renta del suelo.

LA ARQUITECTURA COMO IDEOLOGÍA OBJETIVA

Si nos atenemos a las tesis de Lefebvre, no tenemos más remedio que aceptar que *la arquitectura es un producto social*. Sin embargo, no es la mera invención de un

individuo o grupos de individuos. No sólo es socialmente producida, sino que es la condición básica de su propio proceso de producción.

La arquitectura es a la vez un producto de fuerzas materiales e ideológicas. Pero sería demasiado simple declarar que es el producto de la ideología de los arquitectos. Por el contrario, lo que el problema parece plantear es un proceso de *doble ocultación*, una que es práctica y materialmente real (intercambio mercantil), y otra que refleja esta realidad en el pensamiento, reforzándola, instituyéndola y naturalizándola. Esta doble ocultación de las relaciones de explotación (o relaciones de clase) afirma efectivamente la reproducción continua de sus condiciones materiales, asegurando la posición de la clase dominante y su control sobre la división del trabajo y el producto social.

La arquitectura se encuentra en un lugar extraño respecto a esta estructura social. Por un lado, es producto y condición del sustento de la vida y el trabajo humanos –y como tal, está sujeta al fetichismo de la sociedad burguesa, bajo el cual se presenta como un objeto pasivo, neutral y puramente visual-espacial. Por el otro, es producida en concordancia con esta misma “realidad ilusoria” o fetichista que las instituciones y las industrias de la construcción internalizan en sus ideologías y representaciones, impactando así de nuevo sobre la producción material. Un edificio o intervención urbana oculta el hecho de que es la objetivación de relaciones sociales, y su propio diseño reproduce y oscurece este hecho. Por lo tanto, el dilema está lejos de ser entre verdad o falsedad. La ideología no tiene su origen en la mente de los individuos, sino en sus relaciones sociales reales. En consecuencia, no puede entenderse simplemente como algo “impuesto” por instituciones superestructurales como el Estado, los medios de comunicación, las escuelas o universidades, sino que se deriva a partir de la forma básica en que la producción y el intercambio se organizan en el modo de producción capitalista. Este es justamente el terreno crucial en el que debe confrontarse, y no sólo al nivel de las “ideas”. Para ello, es fundamental no prestar mucha atención a los discursos ideológicos de la arquitectura, que actúan como soluciones imaginarias de contradicciones sociales reales o, como Tafuri señalara, como “fórmulas que ocultan el problema tras cortinas de humo estético” (Tafuri y Sherer, 1995, p. 47). Por su parte, Lefebvre (1976) descarta la eficacia social de la llamada superestructura cultural (filosofía, religión, estética, etc.) argumentando que las ideologías “prácticas”, que no se presentan como tales, son generalmente las más funcionales al sistema –por supuesto, se refiere al fetichismo de la mercancía (p. 12). Así, para Lefebvre (2013) el espacio no es simplemente el producto de la ideología:

¿Acaso el espacio suscita también una falsa conciencia?
¿Una ideología –o ideologías–? Podemos afirmar que el espacio abstracto, tomado junto con las fuerzas que operan en él, algunas de las cuales lo mantienen mientras otras lo modifican, implica efectos de falsa conciencia e ideología. Fetichizado, reductor de posibilidades, encubridor de los conflictos y las diferencias mediante la ilusión de la coherencia y la transparencia, el espacio abstracto opera ideológicamente. No deriva de una falsa conciencia o de una ideología, sino de una práctica. El mismo engendra su propia adulteración. (p. 423-24)

Tanto Lefebvre (1991, p. 54) como Allen (1999, p. 102) reconocen que no existe una correspondencia simple entre arquitectura y política, no existe una arquitectura intrínsecamente fascista o socialista, ni una arquitectura liberadora o represiva en sí misma. La arquitectura no puede ser ni política en sí misma, ni puede serlo a causa de sus usos políticos cambiantes. Pensar la arquitectura en términos de la “proyección” de una ideología en el espacio no sólo es desorientador sino que contribuye a una comprensión limitada y parcial de su dimensión política, reforzando así su rol establecido en el capitalismo.

El hecho de que la arquitectura es objetivamente política desde un comienzo es innegable, pero necesariamente nos hace preguntarnos ¿cómo es política? ¿en qué términos? La declaración “es política” es problemática precisamente por estas razones, y es necesario aclararla de la manera más sintética posible. La arquitectura es tanto el resultado de, como la condición de las prácticas sociales, la vida social y la producción social. La práctica social es en sí misma política, ya que es un conjunto de relaciones sociales que organiza los individuos y grupos con el fin de producir la vida material. La arquitectura es la condición previa para que esto ocurra, y, al mismo tiempo, un resultado directo de la misma, por lo que controla y limita la forma en que estas prácticas funcionan y son organizadas. Se deduce entonces, que la acción política de la arquitectura reside tanto en la forma en que se produce como en la forma en que se estructura y articula esa misma producción, ya sea directa o indirectamente –como medio de producción o medio de consumo. Por lo tanto, la acción política del

arquitecto depende en gran medida de las condiciones materiales en las que se encuentra, que lo preceden y exceden su buena o mala voluntad y, por ende, su respuesta es limitada –aunque no agotada– por dichas condiciones, entre las que se incluyen las relaciones de producción, de propiedad y de clase.

Esta definición implica la refutación de tres mitos: primero, que la arquitectura puede ser política en sí misma, aislada de la práctica social que la produce; segundo, que puede ser política sólo a través de su interpretación o utilización política; y tercero, que es la proyección o reflejo de algún sistema político o ideología –lo que deriva en la tautología de una “arquitectura política”.

Si las bases de un nuevo espacio y arquitectura ya están presentes –en una forma alienada y fetichizada– dentro de la sociedad actual, entonces, se trataría de ‘liberar’ ese potencial de la dominación de la división del trabajo y la propiedad privada capitalista. La tarea entonces, sería descubrir en la producción actual de la arquitectura, en su práctica concreta, las semillas reprimidas de una nueva práctica arquitectónica, que será llamada a desafiar la producción capitalista del espacio y al mismo tiempo preparar el terreno para un nuevo espacio social, uno que no podrá fallar en transformar radicalmente las relaciones sociales, y viceversa.

REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

ALLEN, S. (1999). *Points + Lines: Diagrams and Projects for the City*. New York, NY: Princeton Architectural Press.

BORCHERS, J. (1968). *Institución Arquitectónica*. Santiago: Andrés Bello.

DE SOLÀ-MORALES, I. (2003). *Inscripciones*. Barcelona: Gustavo Gili.

DE STEFANI, P. Reflexiones sobre los Conceptos de Espacio y Lugar en la Arquitectura del Siglo XX. *DU&P* (16).

ELDEN, S. (2004). *Understanding Henri Lefebvre: Theory and the Possible*. London: Continuum.

FINE, B. (2001). Production. En T. Bottomore (Ed.), *Dictionary of Marxist Thought* (pp. 447-448). Oxford: Blackwell Publishers.

FREDERICK, C. (1923). *Household Engineering: Scientific Management in the Home*. Chicago: American School of Home Economics.

GIEDION, S. (1980). *Space, Time and Architecture: The Growth of a New Tradition*. Cambridge, MA: Harvard University Press.

GOTTDIENER, M. (1985). *The Social Production of Urban Space*. Austin, TX: University of Texas Press.

GRÖNLUND, B. (1993). *Lefebvre's Ontological Transformation(s) of Space*. Stockholm: Nordplan.

HARVEY, D. (2006). *The Limits to Capital*. London: Verso.

_____ (1985). *The Urbanization of Capital*. Oxford: Basil Blackwell Ltd.

HEGEL, G. W. (1975). *Aesthetics: Lectures on Fine Art (Volume II)* . (T. M. Knox, Trans.) Oxford: Oxford University Press.

JAMESON, F. (1998). *The Cultural Turn: Selected Writings on the Postmodern 1983-1988*. London: Verso.

LEFEBVRE, H. (1972). *Espacio y Política: El Derecho a la Ciudad II*. Barcelona: Península.

_____ (2011). *Introduction to Modernity: Twelve Preludes September 1959–May 1961*. London: Verso.

_____ (2013). *La Producción del Espacio*. (E. M. Gutiérrez, Trad.) Madrid: Capitán Swing.

_____ (1991). *The Production of Space*. (D. Nicholson-Smith, Trad.) Oxford: Blackwell Publishing Ltd.

_____ (1976). *The Survival of Capitalism: Reproduction of the Relations of Production*. (F. Bryant, Trad.) Minneapolis: University of Minnesota Press.

_____ (2003). *The Urban Revolution*. (R. Bononno, Trad.) Minneapolis: University of Minnesota Press.

_____ (2000). *Writings on Cities*. (E. Kofman, & E. Lebas, Eds.) Oxford: Blackwell Publishers.

LIERNUR, F., & TAFURI, M. (1983). Programa de Estudios Históricos de la Construcción del Habitar: Entrevista a Manfredo Tafuri. *Revista Materiales* (3), 7-22.

MARX, K. (2011). *Capital: A Critique of Political Economy (Volume I)*. (S. M. Aveling, Trad.) Mineola, NY: Dover Publications Inc.

_____ (1956). *Capital: A Critique of Political Economy (Volume II)*. Moscow: Progress Publishers. Marxists Internet Archive.

_____ (2008). *El Capital: Crítica de la Economía Política (Tomo II / Vol. 4)*. (P. Scaron, Trad.) Mexico: Siglo XXI.

_____ (2009). *El Capital: Crítica de la Economía Política (Tomo III / Vol. 8)*. (L. Mames, Trad.) Mexico: Siglo XXI.

_____ (1973). *Grundrisse der Kritik der Politischen Ökonomie*. (M. Nicolaus, Trans.) Penguin. Marxists Internet Archive.

MONTANER, J. M. (2002). *Arquitectura y Crítica*. Barcelona: Gustavo Gili.

MORALES, J. R. (1969). La Concepción Espacial de la Arquitectura. En J. R. Morales, *Arquitectónica: Sobre la idea y el sentido de la arquitectura*. Santiago: Universidad de Chile.

SMITH, A. (2007). *An Inquiry into the Nature and Causes of the Wealth of Nations*. Petersfield: Harriman House Ltd.

SOHN-RETHEL, A. (1978). *Intellectual and Manual Labour: A Critique of Epistemology*. London: The Macmillan Press Ltd.

SOJA, E. W. (1996). *Thirdspace. Journeys to Los Angeles and Other Real-and-Imagined Places*. London: Blackwell Publishers.

STANEK, Ł. (2011). *Henri Lefebvre on Space: Architecture, Urban Research, and the Production of Theory*. Minneapolis, MN: University of Minnesota Press.

SUÁREZ, I. (1986). *La refutación del Espacio como Sustancia de la Arquitectura*. Santiago: Escuela de Arquitectura de la Pontificia Universidad Católica de Chile.

TAFURI, M., y SHERER, D. (1995). A Search for Paradigms: Project, Truth, Artifice. *Assemblage* (28), 46-69.

VISCHER, R., FIEDLER, C., WÖLFFLIN, H., GOLLER, A., HILDEBRAND, A., & SCHMARSOW, A. (1994). *Empathy, Form, and Space: Problems in German Aesthetics, 1873-1893*. Santa Monica, CA: J. Paul Getty Trust Publications.

ZEVI, B. (1981). *Saber ver la Arquitectura: Ensayo sobre la Interpretación Espacial de la Arquitectura*. Barcelona: Poseidon.

LA DINÁMICA ESPACIO/TERRITORIAL EN EL ESTUDIO DE LAS CLASES SOCIALES

Oswaldo Blanco³⁰

A. ESTRUCTURAS DE CLASES SOCIALES DESDE UNA PERSPECTIVA TERRITORIAL

El espacio geográfico es tanto el lugar donde se obtienen los recursos, como el lugar de producción, distribución, intercambio y consumo de los productos del trabajo humano (Sánchez, 1991). La satisfacción de las necesidades vitales más básicas (alimentación, abrigo y protección del entorno) llevó a la humanidad –tanto en sus ejemplares individuales como en sus agentes colectivos– a una lucha por la supervivencia expresada básicamente en la lucha y composición constante del, por y en el espacio. Se lucha tanto con el espacio (para obtener de él recursos y productos del trabajo humano), así como también por y a través de él. La humanidad fue disponiendo de una práctica ligada, por una parte, a la disposición de un espacio geográfico del cual obtener los recursos físicos (espacio de recursos), así como también de un espacio geográfico que terminó siendo soporte, medio y factor de su vida y de sus relaciones sociales (ibíd.).

En este proceso, la humanidad no sólo fue ampliando su conocimiento y dominio sobre el medio geográfico, sino que con ello también fue conformando las estructuras sociales mismas. La especificidad del sistema global capitalista implica tanto una manipulación del territorio con el objeto de la creación y acumulación de valor, así como también la conformación de una formación social histórica y geográfica con características particulares. De esta forma, el paso de la reproducción simple a la reproducción ampliada –el proceso de renovación constante de toda la producción social capitalista en volumen creciente (Marx, 2010)– no puede logarse sin un soporte social que tiene al espacio como factor esencial.

El trabajo humano abstracto –lo que Marx definía como relación entre humanidad y naturaleza³¹– genera valor y con ello la posibilidad de satisfacción de

³⁰ Dr. © en Sociología por la Universidad Alberto Hurtado. Becario Conicyt 2012-2015. Magíster en Ciencias Sociales por la U. de Chile y Sociólogo por la U. Arcis. Contacto: oblanco4@gmail.com.

necesidades, pero también genera excedente e instituciones que regulan su apropiación. El espacio físico y natural se transformó en espacio social. A esta altura aparece un punto importante de nuestro argumento: *lo que se acumula es el valor que resulta excedente. A su vez, éste siempre querrá ser apropiado por alguien (individuos, grupos), apareciendo relaciones de poder y dominación –estructuras sociales– que regulan su acumulación en manos de unos pocos individuos.* La aparición de la reproducción ampliada y la acumulación capitalista implica la aparición de un grupo social (una clase social) que pretende apropiarse el excedente y legitimar dicha apropiación. Los mecanismos de apropiación sobre el excedente que la humanidad ha creado a partir de valorizar por medio del trabajo los elementos sacados de la tierra han generado mecanismos sociales de apropiación, mecanismos sociales de dominio de un grupo de personas sobre otras. Todo este argumento nos permite señalar la *íntima conexión entre la dimensión territorial y la estructura social*: la estructura social es el conjunto de mecanismos de trabajo (creación de valor), acumulación, apropiación y regulación de la apropiación del excedente. La estructura social se articula a través de una forma de división social del trabajo basada en una división jerárquica de poder y dominación que produce y reproduce estas dinámicas a lo largo del tiempo y del espacio.

A partir de ello, podemos señalar la hipótesis de que *la producción social del espacio es una clave fundamental para entender la conformación de las estructuras de clases sociales.* Visto desde una perspectiva de largo aliento, la proletarianización de gran parte de la población humana ha sido producto de un extenso proceso de construcción y articulación de mercados a nivel local, regional y global que permitieron la acumulación social ampliada, proceso que ha durado siglos. Tal y como nos recuerda Wallerstein, el mercado no es simplemente el lugar donde se encuentra el productor inicial y el consumidor final, sino que es una red dispersa en el espacio que se ha ido articulando a lo largo del tiempo. Esto es particularmente cierto en la actual economía capitalista de alcance global. Para que ello se lograra debió ocurrir una serie de acoplamientos sociales y políticos a escala geográfica global, estableciendo una sucesión de cadenas de mercancías que fueron dibujando una trayectoria geográfica que hoy se nos muestra con una lógica de centro-periferia (Wallerstein, 2012). Estas cadenas de circulación y órbitas de mercancías físicas, inmateriales, así como de

³¹ Citamos esto con el objeto de hacer notar la profunda dimensión territorial del trabajo humano abstracto presente a lo largo de la historia: “El trabajo es, en primer término, un proceso entre la naturaleza y el hombre, proceso que éste realiza, regula y controla mediante su propia acción su intercambio de materias con la naturaleza” (Marx, 2001: 130).

fuerza de trabajo, han significado una división global del trabajo geográficamente funcional y jerárquica, generando una polarización entre el centro y las zonas periféricas de la economía mundial, tanto a niveles distributivos (niveles reales de ingresos y calidad de vida) como en los escenarios de acumulación de capital (ibíd.). Las diferencias entre regiones existentes previamente por razones ecológicas o históricas fueron reforzadas, exageradas y consolidadas institucionalmente. Para Wallerstein, esta creación del mercado mundial implicó un conjunto de reglas o restricciones resultantes de la compleja interacción de cuatro importantes conjuntos de instituciones³²: 1) Estados vinculados entre sí por un sistema interestatal que determina una soberanía sobre su territorio, pero que, a su vez, establece una red de dependencia y jerarquización entre estados fuertes y débiles; 2) Naciones o componentes étnico-culturales en difícil e incierta relación con los primeros; 3) clases sociales en tanto perfiles ocupacionales y posibilidades de oportunidades de obtención de recursos; 4) unidades domésticas ligadas a la reproducción de la especie en tanto participación de múltiples formas de trabajos y obtención de ingresos para la subsistencia y el cuidado (ibíd.).

La producción del espacio está íntimamente ligada a la estructuración de la división global de la acumulación y del trabajo, incorporando las cuatro instituciones recién mencionadas en un proceso que es, al mismo tiempo, productivo y reproductivo. Esta producción social del espacio equivale a sostener la tesis de que *la especie humana convirtió al espacio en un factor productivo al servicio de su propia reproducción*. No obstante, hay que agregar el hecho de que el proceso no representa las mismas dinámicas para toda la población humana, por tanto, hay una dinámica desigual que tiene que ver con que la producción y reproducción del sistema social y de la especie humana están atravesadas por la desigualdad geográfica.

Vale decir, la producción y reproducción no es geográficamente homogénea: surge entonces la pregunta respecto de cuáles son las características específicas de la creación productiva del espacio en el modo de producción capitalista y cuáles son los agentes y procesos que entran en escena y se disputan los excedentes y beneficios. Una teorización interesante al respecto, a mi juicio, la podemos encontrar en la obra de Henri Lefebvre, cuestión que procederemos a profundizar.

³² Veremos a continuación que Lefebvre también incorpora estos elementos en su propia conceptualización.

B. LA TEORÍA DE LA SOCIEDAD URBANA DE H. LEFEBVRE Y LOS NIVELES G–M–P: PRODUCCIÓN Y REPRODUCCIÓN SOCIAL

Abordaremos aquí lo desarrollado por Lefebvre en el capítulo 4 de su obra *“La revolución urbana”*, donde expone tres niveles generales que se yuxtaponen en el análisis del espacio. Se trata de una clasificación de 3 elementos “sincrónicos” que permiten a Lefebvre descomponer diferentes capas sociales: un nivel *global* (G), un nivel *mixto* (M) y un nivel *privado* (P).

El *primer nivel* G guarda relación con el ámbito de ejercicio del poder: “el Estado como voluntad y representación” (Lefebvre, 1972: 85). El principio de voluntad del poder de Estado implica el conjunto de estrategias políticas que posee el Estado y los hombres que detentan dicho poder. A su vez, en este nivel G hay un principio de representación, en el cual los hombres de Estado poseen consciente o inconscientemente una concepción determinada del espacio que opera como límites dentro del cual se desarrollan las estrategias y sus lógicas de acción. Estas lógicas de acción de las estrategias políticas son descritas por Lefebvre como “lógicas de clase”, “ya que generalmente consisten en una estrategia llevada a sus últimas consecuencias”, donde los instrumentos ideológicos y científicos muestran patrones mediante los cuales se toman decisiones respecto de “la distribución de los recursos, de los ingresos, del ‘valor’ creado por el trabajo productivo (es decir, por la plusvalía)” (ibíd.).

Este nivel G es el más abstracto, involucrando al mercado de capital y la política del espacio (ibíd.: 86). Este nivel social e ideológico se proyecta en el territorio, construyendo edificios, monumentos, proyectos urbanos de gran envergadura. En suma, construyendo ciudades. A su vez, se proyecta también en el territorio no construido erigiendo carreteras, autopistas, organizando el tráfico y el sistema de transportes, estableciendo el tejido urbano y los espacios neutros, estableciendo políticas sobre la naturaleza, etc. (ibíd.). Por todo ello, este nivel implica unas “lógicas” que no necesariamente involucran acciones explícitamente claras, pero sí se trata de acciones sistematizadas desplegadas en el espacio/territorio. Entre otras cosas, *estas lógicas de las estrategias políticas implican una organización del mercado y, por tanto, de la división social del trabajo*. El telón de fondo de esta lógica del nivel G implica una labor del Estado como agente organizador del desarrollo desigual de regiones y/o ciudades hacia el equilibrio y homogeneidad global de su territorio.

El *segundo nivel* es el mixto (M), mediador o intermediario, dimensión de la “ciudad” en el sentido corriente del término (Lefebvre, op.cit: 87). Este nivel es el escenario de lucha, la ciudad misma, donde se despliega “la unidad característica de la realidad social, la agrupación: formas-funciones-estructuras” (ibíd.). Es el nivel de la ciudad como resto y en cuanto tal, lugar que da cuenta de dobles funciones “en” la ciudad y “de” la ciudad (ibíd.: 87). Podemos decir que el nivel de las estructuras de clases se asienta “en” la ciudad, siendo a su vez una manera de comprensión “de” la ciudad urbana propiamente tal. En este nivel, el espacio se muestra en una doble constitución: es producto social, pero también determina a lo social mismo.

Por su parte, el *tercer nivel* es el privado (P), el de la cotidianidad del *habitar* humano. Según Lefebvre, el nivel P continuamente está siendo asechado por el nivel G en el escenario de la ciudad misma (M). El más claro ejemplo de ello es la interpelación del “habitar” a convertirse en un “hábitat”, momento en que el poder lo domestica: “el lugar de habitación se ha erigido desde arriba; aplicación de un espacio global homogéneo y cuantitativo, obligación de lo “vivido” a dejarse encerrar en cajas, celdas o ‘máquinas de habitar’” (ibíd.: 88).

Una vez presentado los tres niveles, podemos comenzar a desarrollar algunas ideas fundamentales. Comienzo un primer argumento señalando que un *enfoque de estructuras de clases en sociedades urbanas* no debe centrarse sólo en la forma en que la economía política regula la acumulación y distribución de recursos (nivel G), así como tampoco una simple clasificación del mercado laboral de las ciudades empíricamente existentes (nivel M). Más bien, *un enfoque de las estructuras urbanas de clases sociales deben pensarse a partir de la forma en que se entrecruzan los niveles G–M–P*. Por una parte, se trata de establecer cómo la lógica estatal capitalista de la producción del espacio y la planificación es un proceso instrumental que va desde lo global a lo privado, desde G hasta P, para fundar una “*estructura de oportunidades*” para el despliegue concebido, disciplinado y producido del habitar³³. Por otra parte, se trata también de entender cómo el habitar mismo está sujeto a las oportunidades de

³³ La estructura de clases es una trama de relaciones de poder, explotación y dominación. Las estructuras de clases, al remitir a fenómenos de coherencia estructural dadas por relaciones de poder, representan formas desigualmente distribuidas para el acceso a “oportunidades”. A propósito de esto último (las oportunidades), hago extensible lo señalado por Filgueira a propósito de la estratificación: “Todo sistema de estratificación social puede ser visto como una ‘estructura de oportunidades’ o, lo que es lo mismo, como una distribución de oportunidades para el acceso a posiciones sociales diferencialmente evaluadas. Naturalmente, la estructura de oportunidades no es estática. Cambia con el tiempo y varía en un mismo tiempo entre diferentes países o sociedades. Tales cambios tienen importantes efectos sobre las chances diferenciales de movilidad social de los miembros de la sociedad y sobre las divisiones de clase, así como sobre el ámbito de las relaciones interpersonales, institucionales y políticas” (Filgueira, 2001: 19).

las estructuras de clases, pero sólo como “condiciones de partida” que no determinan en lo absoluto los procesos de apropiación subjetiva y política propios de este nivel P. Así, una política del habitar posee un sustento relacionado con el antagonismo clasista.

En segundo lugar, la exposición de Lefebvre en torno a los niveles G, M y P nos da a entender que, de alguna forma, el nivel G siempre intenta influenciar en el nivel P. En lo que es quizás una de sus enseñanzas más conocidas (el poder intenta reducir al *hábitat* el *habitar* mismo), para Lefebvre el *discurso urbanista* es la versión ideológica del nivel G, cuya crítica “deberá tener un doble aspecto: crítica de las ideología urbanísticas y crítica de las prácticas urbanísticas (como prácticas principales reductoras y estrategias de clase)”. La burocratización urbana funcionalista es señalada por Lefebvre como “segregación generalizada” de la cotidianidad, “la de los momentos de la vida y la de las actividades. La orientación crítica se compone de la crítica de los objetos y sujetos y de la crítica de los sectores y ámbitos. Al mostrar cómo vive la gente, la crítica de la vida cotidiana levanta acta de acusación contra las estrategias que conducen a este resultado” (Lefebvre, 1972: 145). Por tanto, la crítica a las operaciones del nivel G sobre el espacio en su nivel M y sobre la subjetividad en el nivel P son fundamentales para toda propuesta política y académica. Esto en especial porque la lógica de invasión de G sobre P se da en el nivel M bajo las formas de constricciones estructurales y sistémicas del orden social sobre la vida y el habitar agencial. El nivel G no sólo pretende producir el espacio y distribuir los movimientos de las unidades, sino que quiere también forzar un disciplinamiento tal que permita reducir y articular la lógica del habitar (P) a las necesidades y requerimientos productivos impuestos y planificados desde dicho nivel G. Al someter al espacio mismo, los poderes políticos y económicos –vale decir, burocracia y burguesía dominante– buscan disciplinar el habitar, sometiendo las lógicas afectivas y reproductivas de la especie humana a las necesidades de reproducción en el tiempo del sistema capitalista.

Por ello, *los análisis de las estructuras urbanas de clases son relevantes, pues permiten, por una parte, dar cuenta del ejercicio de disciplinamiento y configuración proyectada por el poder económico y político (nivel G) sobre determinado territorio (M) y las modalidades particulares de existencia (P)*. Por otro lado, los análisis de las estructuras urbanas de clases sociales permiten entender las *condiciones objetivas que se dan en y llegan a ser característicos de M*. Si la ciudad no es otra cosa que el emplazamiento territorial del mercado (como en Weber), entonces *podemos*

identificar a las estructuras de clases sociales como configuraciones geográficas objetivas de acceso a bienes, recursos y riqueza para el despliegue de los procesos subjetivos propios del habitar (P).

Para demostrar esto volvamos a la tesis principal que nos preocupa por ahora: la forma en que Lefebvre visualiza el espacio urbano como aquello atravesado por los niveles G-M-P. El entrecruzamiento de los niveles permite plantear a las estructuras urbanas de clases sociales como aquellos fenómenos relacionados a elementos abstracto-globales, intermedios y privados (G-M-P). En otras palabras, la estructura de clases no es una simple clasificación de ocupaciones del mercado laboral –es decir, no se reduce a un análisis estático del mercado laboral situado en M–, sino que se trata de una doble construcción. Por una parte, implica la forma en que se dividen y distribuyen (desde G hacia M) los grupos, funciones y tipos de capital alrededor del espacio social. Pero, por otro lado, dichas lógicas distributivas de bienes, servicios y oportunidades afectan la vida misma, condicionando las estrategias de reproducción y existencia que se despliegan en el nivel P. En suma, *la condición de interpenetración de G-M-P obliga a una teoría de estructura de clases a atravesar los distintos niveles de análisis que van desde lo productivo (económico-político) hasta lo reproductivo (socio-cultural).*

Avancemos un poco más y señalemos que esta interseccionalidad de los ámbitos productivos y reproductivos que está detrás de la interrelación de los niveles G-M-P no se da en abstracto ni de forma alejada de espacio alguno. Por el contrario, la profunda relación entre lo productivo y lo reproductivo, se expresa materialmente en el espacio. Esto es expresamente señalado por Henri Lefebvre en *“La producción del espacio”*, donde la interpenetración entre los ámbitos productivo y reproductivo va estructurando en el espacio tres niveles fuertemente entrelazados: “(1) el de la reproducción biológica (la familia); (2) el de la reproducción de la fuerza de trabajo (la clase obrera como tal); y (3) el de la reproducción de las relaciones sociales de producción, es decir, las relaciones constitutivas de la sociedad capitalista” (Lefebvre, 2013: 91). Si nos fijamos bien, Lefebvre está reproduciendo aquí la lógica de los niveles G-M-P que había desarrollado en *“La revolución urbana”*: la reproducción biológica o familiar es una dimensión muy ligada al plano privado (P), la reproducción de la fuerza de trabajo la podemos ubicar en el plano M, mientras que la reproducción de las relaciones sociales de producción constitutivas de la sociedad capitalista está obviamente en el nivel global (G). Para Lefebvre, un espacio social producido y disciplinado entrelaza los niveles G-M-P. Tal y como ya lo he señalado, las lógicas

inseparables de la producción y reproducción se remiten y refuerzan mutuamente en el espacio: “la división del trabajo repercute en la familia y la sostiene; inversamente, la organización familiar interfiere en la división del trabajo” (ibíd.: 91).

Lo anterior nos lleva a pensar no sólo en que estos niveles se encuentran completamente entrelazados. Para Lefebvre, el espacio físico es el lugar del entrecruzamiento de dimensiones productivas y reproductivas, con sus consiguientes representaciones a niveles simbólicos abstractos. Allí se distribuirían y asignarían los lugares apropiados a las relaciones sociales de tipo biofisiológico entre los sexos, las edades y la específica organización familiar, así como las relaciones de producción dadas por la división del trabajo y su organización y, por tanto, a las funciones sociales jerarquizadas (ibíd.). Por ello, el espacio de la ciudad (M) es la llave que nos permite entrar a los niveles G y P. Dicho de otra forma, *la estructura de clases urbana se dibuja en el nivel M, pero nos permite entrar de lleno a las profundas dimensiones del nivel global y privado.*

C. LO URBANO COMO ESPACIO DIFERENCIAL: ESTRUCTURAS CENTRADAS Y DESCENTRADAS.

De lo dicho hasta aquí tenemos que el espacio geográfico mixto (M) se constituye como condición, medio y producto de la reproducción de la sociedad en su totalidad, englobando varias escalas espacio-temporales y diferentes niveles de realidad. El nivel M de la ciudad en sí misma es el escenario donde convergen las dos fuerzas antagónicas que expresan la lucha de clases mismas: el nivel del aparato y del poder (G) y el nivel de los cuerpos y la reproducción de la especie (P). De esta forma, una teoría de estructura de clases en la sociedad urbana desborda la mera clasificación del mercado de trabajo, alcanzando niveles de la producción y reproducción humana. Además, la configuración de estas mutuas determinaciones de los niveles G-M-P cambia según las condiciones concretas de cómo la realidad social se va estructurando a partir de la variabilidad geográfica e histórica.

El trabajo de Lefebvre sobre la sociedad urbana contribuye a esbozar una teoría del encadenamiento espacial de los procesos de división del trabajo, acumulación, apropiación y dominación social distribuidos sobre la faz de la economía-mundo y la división global del trabajo en términos de centro-periferia. En términos más precisos, *una estructura de clases no puede pensarse como una forma estática en el suelo geográfico e histórico, sino que cuenta con lógicas de dislocación de cada elemento en sí*

mismo. Esto permite pensar la estructuración global del capitalismo como un proceso donde se pueden distribuir y movilizar –según necesidades funcionales propias del sistema– la provisión de mercancías y de fuerza de trabajo desde y hacia distintos puntos geográficos. En los términos de Lefebvre, ello implica que el carácter de la sociedad urbana es la de un “espacio diferencial”, a la vez *isotópico*, *heterotópico* y *utópico*, un espacio que está y estará siempre al mismo tiempo *centrado* y *poli-centrado* (Lefebvre, 1972; 2013). El espacio capitalista produce y reproduce lo que Harvey bautizará como “desarrollo geográficamente desigual”, el cual posee tendencias simultáneas hacia la homogeneización, la fragmentación y la jerarquización. Tal y como el propio Lefebvre señala, el *topos* de la sociedad urbana es diferencial y permite “la superación de [la oposición entre] lo cerrado y lo abierto, de lo inmediato y lo mediato, del orden cercano y del orden lejano, para lograr una *realidad diferencial* en la que los términos ya no se separan, sino que se convierten en diferencias inmanentes (...) Ningún lugar urbano, a pesar de los esfuerzos de homogeneización realizados con la ayuda de la técnica, a pesar de la configuración de arbitrarias isotopías (es decir, de separaciones y segregaciones), es idéntico a otro” (Lefebvre, 1972: 47).

Las estructuras de clases sociales urbanas serían entonces una red de órbitas (des)centradas, pero que lejos de percibir sólo las fugas y desestructuraciones, se pueden estudiar también a partir de advertir cierta tendencia a la coherencia estructural geográficamente situada. Es decir, la forma de lo “urbano” abarca, reuniéndolas, las múltiples diferencias: en tanto espacio diferencial, lo urbano es el punto de reunión de las diferencias. Tal y como señala Lefebvre: “quien dice ‘diferencia’ dice relaciones y, por tanto, proximidad-relaciones percibidas y concebidas, y, también, inserción en un orden espacio-temporal doble: cercano y lejano” (Lefebvre, 1972: 139). Lo urbano no sólo es el lugar de la heteropía, del lugar-otro, de lo lejano, sino también de la isotopía. Por tanto, lo urbano es una forma pura: el punto de encuentro, el lugar de una congregación, la simultaneidad (ibíd.: 125). Dicho en otros términos, en un primer momento Lefebvre señala que *lo urbano tiene una tendencia a la “centralidad” llevada a cabo desde el poder del Estado* (ibíd.). Esto está completamente relacionado con la idea que Lefebvre tiene del habitar (nivel P), el cual remite a una fijación en el momento es que es hegemonizada y disciplinada por el poder (nivel G), transformándolo en “hábitat”. Lefebvre no sólo reivindica el habitar como aspiración humana fundamental, sino también como un proyecto político tendiente a un espacio no proyectable ni disciplinado por la urbanización tecnocrática,

esto es, un espacio flexible, apropiable, tanto a escala de la vida privada como a escala de la vida pública, de la aglomeración y del paisaje.

Esto nos permite sostener dos conceptos esenciales para nuestra empresa teórica relativa a las estructuras urbanas/geográficas de clases sociales. Primero, la articulación de una teoría de estructura de clases sociales con un enfoque espacial nos remite a una lógica de poder global –nivel G– como operación que busca hegemonizar la vida humana misma, es decir, al habitar (P). Tal y como ya se ha señalado, el nivel privado P queda sujeto al poder global G, por tanto, es disciplinado y manipulado a partir de sus propios intereses. Eso implica que el nivel del habitar, al ser reducido a un mero construir (el hábitat), fija la vida de personas y grupos a un lugar geográfico determinado. En los términos de lo urbano, esto tiene su correlato en la tendencia a la *centralidad* de la sociedad urbana de congregar en un mismo lugar las tendencias dispersas, siendo el poder del Estado (G) el encargado de llevar a cabo esta lógica. En otras palabras –y aquí viene nuestra tesis relativa a la estructura de clases–, existen significativos grupos humanos que viven, nacen y mueren en un mismo suelo territorial, así como también acceden a niveles de inclusión/exclusión en el acceso a bienes, servicios y activos sociales fijos y determinados. De este modo, el poder G obliga a muchas personas –analizables en sus tendencias y características clasistas– a permanecer sujetas a un mismo suelo durante una significativa parte de su vida (o, peor aún, durante toda su vida). Esta ordenación está regida bajo los intereses de la industrialización (Lefebvre, 1972: 100) y, por lo mismo, pueden ser analizadas desde la perspectiva de estructuras de clases. Vale decir, es posible que un análisis de clases permita identificar cuáles son las clases o grupos sociales que poseen esta cualidad de *fijación* al suelo geográfico y a las condiciones de vida que esta posición trae consigo.

Pero, a su vez, aquí podemos plantear una tesis complementaria. No sólo el poder G fija al suelo al nivel P, reduciendo el habitar a la construcción ordenada y planificada y fijamente sujeta a la tierra. Por el contrario, incluso la movilidad residencial puede convertirse en movilidad profesional si la planificación del nivel G así lo estima conveniente (ibíd.). Todo el espacio debe transformarse si así lo estima conveniente el nivel G y eso implica también el vaivén de movimientos de *fijación* y *dislocación* de los grupos humanos. Estos dos movimientos fundamentales de las estructuras de clases están ligados a la forma en que el sistema de la economía global capitalista dispone del (y es acosada por) el espacio.

Ello permite dar cuenta del proceso en el cual, en primer lugar, se configuran estructuras geográficamente situadas en una determinada escala geográfica, para

luego, en segundo lugar, mostrar al mismo tiempo un descentramiento geográfico de tales estructuras clasistas. Esto tiene su correlato en la forma en que Lefebvre define la segunda tendencia de la sociedad urbana (la primera es la ya señalada tendencia a la centralidad). Esta segunda propiedad es la tendencia a la *poli-centralidad*, vale decir, “a la omni-centralidad, a la ruptura del centro, a la *disgregación*, tendencia orientable, ya sea a la constitución de *diferentes centros* (aunque análogos, eventualmente complementarios), ya sea hacia la *dispersión* y la *segregación*” (ibíd.: 126: cursivas más O.B.).

Permítaseme señalar aquí que la delineación del sistema económico capitalista global bajo las narrativas del imperialismo, de la apropiación/usurpación de los recursos naturales o, inclusive, de la propia metáfora centro-periferia, no pueden entenderse estáticamente. Aquí hay a lo menos dos cuestiones: primero, que actualmente vivimos un proceso de reconfiguración de las relaciones entre los viejos centros y periferias, donde la recomposición de la economía capitalista incluye tanto al centro como a la periferia en su interdependencia (Lechuga, 2014: 9). Pero, a su vez, la condición de hegemonía-subordinación entre el centro y la periferia no puede entenderse simplemente como relación lineal, sino más bien de forma dinámica, donde el marco de dominación global opera como un telón de fondo donde también se despliegan condiciones económicas y sociopolíticas internas. El (re)establecimiento constante del sistema económico global no altera el hecho que sigan existiendo luchas de clases a nivel interno de cada país.

Volviendo a lo que estábamos señalando, el momento de la “fijación” remite al hecho de que las estructuras de clases están enmarcadas en el suelo territorial: orbitan en torno y dentro de una determinada escala geográfica de acuerdo a las lógicas económico-productivas locales o extranjeras que operan en dicho nivel local. Pero no sólo eso: también estas estructuras de clases fijan pautas de distribución y de acceso a bienes, servicios y activos sociales que aseguran cierto nivel de oportunidades para la reproducción de la vida propia de los miembros de determinada clase y la de los suyos. De esta manera, indican cuestiones relativas al nivel P: formas particulares de habitar determinadas por constricciones de clase y que dan cuenta de niveles de consumo, endeudamiento y otros aspectos ligados a la reproducción de la familia, la participación social, entre otros.

Por su parte, el momento de la *dislocación* implica que las estructuras de clases no sólo poseen una lógica de fijación que las erige firmemente sobre el suelo de determinada escala geográfica, sino que también se desarticulan en términos

geográficos ciertas partes de ellas. En términos prácticos, determinados grupos poseen la capacidad de no permanecer fijos dentro de cierto límite territorial, vale decir, de reestructurar sus movimientos hacia afuera de la órbita dada por los límites geográficos iniciales. Con ello, se generan procesos migratorios o bien de alcance y abarcamiento de escalas geográficas mayores, integrando a otras lógicas de distribución y acceso a bienes, servicios y activos sociales presentes en otras regiones, ya sea al interior de un mismo territorio nacional, así como en el extranjero.

Por tanto, el espacio es descentrado y orbitan en torno a él niveles y dimensiones, cada uno a sus propios ritmos, los cuales, a su vez, pueden estar conectados con elementos provenientes de otras órbitas. Es posible señalar una tesis derivada de estas ideas, a saber: *las "estructuras de clases" no sólo no son estáticas, sino que tampoco son únicas, pues no existe "la" estructura de clases homogéneamente distribuida por el tiempo y espacio.* Las estructuras urbanas de clases sociales existen *diferencialmente* en el espacio. De este modo, *lejos de hablar de rígidas estructuras de clases situadas en el suelo geográfico, postulamos aquí la existencia de movimientos de fijación y dislocación de las estructuras urbanas de clases geográficamente situadas.* De una rigurosa concepción estructuralista –caracterizada por la atemporalidad diacrónica y la indiferencia geográfica sincrónica– nos movemos hacia una visión de (des)acoplamiento geográfico de las clases sociales. La conformación del sistema de la economía mundial capitalista implica que una determinada estructura de clases geográficamente situada posee una capacidad de acoplamiento territorial, desmontándose en alguna de sus partes (clases). Dicho elemento posee la capacidad de movilidad geográfica y/o ensamblaje con una estructura de clases externa. Este desacoplamiento no es necesario reducirlo a prácticas migratorias o bien en términos de movilidad residencial (que son casos posibles de esta idea, pero no los únicos). Más bien, *la idea de fijación y dislocación de las estructuras de clases remite, simplemente, a la posibilidad de la participación de una misma clase o grupo social dentro de dos o más estructuras de clases geográficamente situadas, con las dinámicas que ello trae consigo.* Esto hace que las estructuras de clases se acoplen y desacoplen hacia el interior y exterior de un determinado territorio o escala geográfica, conformando alineaciones de poder, regulación y distribución que a la vez tienden a tanto a la territorialidad como a la desterritorialización.

Esta hipótesis es ya en sí misma una forma diferente de plantear el estudio de las estructuras de clases y la desigualdad social. Si se revisa la significativa producción bibliográfica en Chile y América Latina se observa que, más allá de los conocimientos y

avances alcanzados, en la mayor parte de las investigaciones existe el supuesto (invisible) de que estos procesos se dan de forma homogénea al interior de un mismo país, cayendo continuamente en análisis a niveles de “promedio nacional” bajo el supuesto de la homogeneidad geográfica interna (Méndez & Bilbao, 2007). Diversos estudios realizados se desenvuelven entre metáforas tales como la “estructura de clases en Chile”, la “estratificación social en América Latina”, o bien se concentran en la aplicación de modelos de medición clasista provenientes de otras realidades geográfica e históricamente emplazadas (por ejemplo, los esquemas de Goldthorpe han sido muy aplicados en Chile por diferentes investigaciones). Pese a los significativos avances alcanzados hasta ahora, no existen investigaciones que den cuenta de la distribución geográfica de las estructuras clasistas al interior de un país o región. Tampoco sabemos si la posible variabilidad geográfica de las estructuras de clases afecta de la misma forma a hombres, mujeres y etnias en cuanto a la distribución y acceso a bienes, servicios y oportunidades de vida. Es decir, no sabemos si hombres, mujeres y personas pertenecientes a etnias y/o razas se insertan de igual forma en las estructuras de clases geográficamente distribuidas (y sus consiguientes accesos a oportunidades). Se abre aquí una serie de interrogantes: por ejemplo, cuando se habla de estructura de clases o la estratificación social de un país determinado, ¿se está infiriendo que la totalidad de zonas geográficas que lo componen está atravesada por una misma y “universal” estructura de clases o sistema de estratificación social? Si ello es así, ¿esto implica iguales procesos distributivos entre las clases y grupos a lo largo de todo el territorio nacional? ¿Acaso no hay una desigualdad geográfica entre centros con sus particulares dinámicas productivas dentro de un mismo país y, por ende, una desigualdad geográfica en la estructura social misma y en las oportunidades de acceso a bienes y servicios? Estas preguntas simplemente no aparecen en la agenda investigativa si no se problematiza la relación entre el factor territorial y las estructuras de clases. Es más, se puede agregar a ello el hecho que la dinámica de fijación/dislocación permite estudiar las formas en que un determinado grupo o clase social entra en relación con otras clases que conforman su estructura, pero también puede mantener relación con las oportunidades de vida características de otras estructuras situadas en coordenadas geográficas lejanas. Esta dimensión espacial implica que las estructuras de clases sociales son desmontables geográficamente, lo cual permite estudiar diferentes patrones de desigualdad social, donde unos grupos poseen características propiamente locales, mientras que otros grupos características más nacionales (o, inclusive, globales). Fundamentalmente, esto

involucra –tal y como recién fue señalado– no sólo fenómenos de movilidad residencial o migratoria, sino también que determinadas clases sociales que muestran un patrón de acceso a bienes, servicios y/u oportunidades geográficamente dinámico. Vale decir, se trata de pensar tanto a nivel de las características estructurales de clases y oportunidades de vida como de dislocación territorial física (residencial, migracional, etc.).

D. LA REGIONALIDAD Y LA VISIBILIZACIÓN CLASISTA DE LA BUROCRACIA

De lo dicho anteriormente respecto de la realidad urbana como aquello que apunta, al mismo tiempo, a la centralidad y a la policentralidad, es posible obtener algunas consecuencias significativas. Señalé recién lo problemático que es pensar la existencia de algo así como “una” estructura de clases en Chile o “un” sistema de estratificación social para América Latina, etc. Más bien, lo que hay es *una red de estructuras de clases, con sus propios centros, pero que muestran también poli-centralidad geográfica en sus lógicas y órbitas de acumulación, regulación y distribución.*

También señalé que una manera de concebir una estructura de clases urbana tiene que ver con identificar los niveles sociales involucrados, lo que atraviesa tanto el ámbito productivo como el reproductivo. Todo ello en concordancia con la interpenetración entre los niveles G–M–P de Lefebvre. He señalado también que las estructuras de clases se encuentran geográficamente fijas y dislocadas, cuestión deducida de las cualidades diferenciales del espacio urbano lefebvriano (centralidad y poli-centralidad). Avancemos ahora un paso más para explicar cuáles son los agentes que determinan este doble movimiento de la fijación y dislocación de las estructuras de clases sociales.

Para ello, comenzaré explicando el importante concepto de “*regionalidad*” de David Harvey. Este concepto remite al proceso en el cual se configuran de forma relativamente estable unas redes de intercambios geográficamente situadas durante un determinado período de tiempo (Harvey, 2006; 2007a). Dentro de un determinado territorio, entran en juego dinámicas de acumulación y regulación, vale decir, de poder económico y poder político. Harvey define por regionalidad a “las inversiones en el ambiente construido [que] efectivamente definen espacios regionales para la circulación del capital. Dentro de esos espacios, la producción, la distribución, el intercambio, el consumo, el abastecimiento, la demanda (particularmente para la fuerza de trabajo), la lucha de clases, la cultura y los estilos de vida están juntos dentro

de un sistema abierto que, sin embargo, exhibe algún tipo de “coherencia estructurada” ” (Harvey, 2006: 42). Vale decir, la regionalidad es el proceso molecular de reterritorialización caracterizado por “economías regionales que consiguen durante un tiempo cierto grado de coherencia estructural en la producción, distribución, intercambio y consumo” (ibíd.: 88).

Se trata entonces de aquello que Lefebvre llama la tendencia a la *centralidad* de las sociedades urbanas. La regionalidad es una forma de centralidad espacial y de organización molecular de procesos de tipo económico, político y social. La lógica capitalista y las dinámicas sociopolíticas apuntan –algunas veces de forma clara y evidente, mientras que otras de manera confusa y hasta contradictoria– hacia la fijación y canalización del desorden dentro de la organización institucional de determinados límites político-administrativos. Ello no se puede reducir a límites físicos muy cerrados: esta coherencia regional se da en el seno de la economía global y las dinámicas de centros y periferias (por tanto, poli-céntrica), lo que implica un enfoque relacional entre lo local y la economía mundial, donde la ciudad o región es el resultado de las conexiones y vinculaciones entre agentes situados en diferentes geografías (Jacobs, 1986). Sin embargo, pese a este dinamismo de entrada y salida, estas dinámicas logran establecerse como geográficamente situadas, es decir, logran conformar una red de órbitas territorialmente delimitadas que contienen elementos provenientes de una diversidad de dinámicas, formando una cierta coherencia organizada. Esta órbita de elementos materiales y simbólicos, productivos y reproductivos, delimita límites espacio/territoriales, aunque cada uno de estos diferentes elementos no orbitan de la misma forma y a la misma intensidad.

Pero el concepto de regionalidad permite hacer otra observación. Así como Lefebvre le asigna al nivel G un papel central en la tendencia urbana a la centralidad y a la lógica de colonización de los niveles M y P, David Harvey sostendrá también la importancia de la burocracia estatal en el proceso de la regionalidad. Es decir, en ambos autores la burocracia estatal es la clase manipuladora por excelencia: busca incesantemente producir y disciplinar a la ciudad, al mercado y al habitar. En el caso de la regionalidad de Harvey, mientras la lógica de la burguesía tiende hacia la expansión (desterritorialización), la lógica de la burocracia estatal es la que busca establecerse en el territorio mismo.

Como puede observarse, la dinámica de los procesos geográficos de la acumulación capitalista necesita de la distinción entre las lógicas “territorial” (política) y “capitalista” (económica), entendiendo cómo ambas se combinan de forma

compleja y a veces hasta contradictoriamente. Según Harvey, se puede observar la lógica capitalista desterritorializada, la cual “opera en un continuo espacio-temporal sin límites”, así como también es posible distinguir la lógica territorial o propiamente política, la cual desarrolla su accionar “en un espacio segmentado territorialmente”, donde los actores políticos –al menos en las democracias– desarrollan su acción “en un lapso temporal dictado por determinados ciclos electorales” (Harvey, 2007a: 40). Se trata entonces de dos lógicas “ideales” de persecución de fines y de uso del tiempo y del espacio que se complementan y entrelazan contradictoriamente, sin llegar a reducir la explicación sólo a una de ellas. Es decir, el desarrollo del sistema capitalista se conjuga con una perspectiva institucionalista que lo aterriza de forma más menos firme al suelo. La acumulación de capital mediante las operaciones de mercado de bienes y de trabajo, así como los mecanismos que fijan los precios de las mercancías, sólo se pueden desarrollar en el marco de ciertas estructuras institucionales, tales como leyes, propiedad privada, contratos y seguridad monetaria (ibíd.: 81-83). Esta tesis está emparentada con el desarrollo de la teoría weberiana que ve a la ciudad como el elemento clave para la conjugación de las actividades económicas y las operaciones políticas y de conservación pacífica de la convivencia social (Weber, 2008). De esta manera, el mercado no es una abstracción controlada por procesos metafísicos tales como la “mano invisible”. Por el contrario, el mercado se encuentra geográficamente instituido como consecuencia de unas relaciones sociales producidas por fuerzas y luchas entre grupos y clases sociales que conviven en el interior de un determinado territorio.

Se puede decir que el nivel M de Lefebvre es el mercado en tanto espacio producido y disciplinado por la burocracia residente en el nivel G. El capitalismo no es sólo el orden social de la burguesía capitalista, sino también de la burocracia política pues ambos producen y disciplinan el espacio mismo. Con ello, se reproducen formas de acumulación progresivas y coherentes, aunque de manera geográficamente desigual. Esto trae como conclusión obvia el que *en una estructura de clases no sólo encontremos grupos tales como la burguesía y el proletariado, sino también a la burocracia*. De este modo, una estructura de clases no es una mera clasificación de ocupaciones o división social del trabajo, sino una red de *acumulación, regulación y distribución* del poder que estructura una determinada sociedad³⁴. Como señala

³⁴ Si se analizan los *esquemas de clases* de Erik O. Wright y John Goldthorpe, curiosamente no se observan lugares que discriminen y aíslen a las clases burocráticas ligadas al Estado. La clasificación marxista de Wright y la neoweberiana de Goldthorpe se remiten a clasificaciones relacionadas al ámbito productivo de las explotaciones múltiples y las posiciones contradictorias (Wright, 1994), así

Lefebvre, la burocracia entra en la lucha por la (re)producción del espacio, lo que es igual a decir que es protagonista en el proceso de sostenimiento espacio-temporal del sistema capitalista. Las estructuras de clases y los mecanismos de reproducción del poder social (y, por tanto, del espacio mismo) están lejos de ser una posición por fuera o en un lugar separado del sistema. Es decir, la burocracia toma parte activa del proceso social al gestionar los mecanismos de regulación de la acumulación y distribución de la riqueza “en” y “por” el espacio que ella controla. De esta manera, la regulación técnico-política de los procesos económicos y sociales lleva consigo una institucionalización y acomodamiento del aparato del Estado a dinámicas económicas y sociales desarrolladas en tales escalas geográficas político-administrativas³⁵. De esta manera, el concepto de regionalidad implica que la importancia clasista de la burocracia de Estado está asignada a partir de que su interés se encuentra en el freno y regulación al flujo expansionista de la burguesía y del capital (Harvey, 2007a; 2007b; 2010).

Ahora bien, una regionalidad comprende una estructura de clases geográficamente situada que orbita dentro de sus límites, sin perjuicio de que algunos sectores o grupos de estas estructuras clasistas desarrollen dinámicas de acumulación, regulación o distribución propias de otras zonas geográficas (lo que hemos denominado como el fenómeno de la dislocación). En una regionalidad determinada, lo que ocurre “en cuanto a la dinámica *interna* y a las relaciones *externas* [de esta coherencia regional] *depende de la estructura de clase que se establece y de las alianzas de clase en torno a las cuestiones de gobierno*” (Harvey, op.cit: 89; cursivas mías O.B.). De esta manera, los procesos moleculares de acumulación, regulación y distribución siempre poseen una lógica de poder regional (es decir, de regionalidad) que es siempre informal y porosa, aunque siempre posible de identificar. Toda regionalidad tiene como un factor fundamental a las estructuras de clases sociales, con su juego dinámico de naturaleza económica, política y social. Las estructuras de clases, en tanto mecanismos con dinámicas de fijación y dislocación, implican ellas mismas

como al mercado del trabajo reestructurado por la vía de los tipos de contrato y remuneraciones (Goldthorpe, 2010). No hay un tratamiento específico de clase para este grupo, aunque en uno de sus primeros textos más conocidos Wright desarrolló profundamente el problema de la burocracia, el poder político y las luchas de clases (Wright, 1983). Como fuese, ninguna de estas dos perspectivas busca explicar la forma en que un territorio se estructura una división social del trabajo con unos mecanismos jurídico-burocráticos de poder que regulen la acumulación y distribución de la riqueza.

³⁵ Se podría pensar en la *escuela francesa de la regulación*, para quienes el régimen de acumulación y distribución de la riqueza, así como de explotación sobre la fuerza de trabajo, se encuentran regulados por arreglos institucionales (Boyer, 2007). Sin embargo, la principal crítica que se le ha realizado a este enfoque es que sigue dejando en una posición subordinada al espacio, visto principalmente como efecto de los procesos económicos y socio-políticos (Rosales, op.cit: 136).

una red de intereses y necesidades que definen la dinámica interna de una determinada regionalidad, así como las relaciones entre ésta y el exterior.

E. RETERRITORIALIZACIÓN Y DESTERRITORIALIZACIÓN CAPITALISTA

Llamaremos *reterritorialización/desterritorialización* a los dos movimientos que caracterizan el constante proceso de producción del espacio dentro del modo de producción capitalista (Soja, 2008). El movimiento de la producción del espacio no es nunca unilineal: desde el centro hacia la periferia o desde un punto inicial a otro final. Más bien, lo que hay son procesos de *implosión* y *explosión* en la escala de las ciudades, dando cuenta de la transformación del espacio urbano tanto desde afuera hacia adentro, como desde adentro hacia afuera. La forma en que Lefebvre trabaja esta idea en ciertos pasajes de su obra nos indica que es posible articularlas con los procesos de conformación del mercado global y la división centro-periferia donde, por una parte, existe una división funcional de la producción, pero en un marcado proceso de problematización de la especialización de lo local. Para Lefebvre, la industria capitalista “se ha revelado, efectivamente, como siendo la “no ciudad” y la “anticiudad”. Se ha ido implantando ahí donde encontraba los recursos que requería, a saber, las fuentes de energía, de materias primas, de mano de obra, pero ha perjudicado las ciudades en el sentido más estricto y fuerte del término, destruyéndolas y disolviéndolas” (Lefebvre, 1976: 67).

La *desterritorialización* hace referencia a la creciente debilidad que caracteriza a los vínculos con el lugar, es decir, con las comunidades y culturas definidas territorialmente que abarcan desde los lugares hogares, los barrios, el pueblo y la ciudad Soja, op.cit: 223). Ello alcanza hasta las metrópolis, las regiones y las comunidades contemporáneas basadas en las identidades nacionales dadas por la pertenencia al Estado Nación. Al mismo tiempo, también se ha desarrollado un proceso de *reterritorialización* que ha creado nuevas formas y combinaciones de identidad territorial y espacialidad social que, si bien no reemplazan a las anteriores, están produciendo geografías humanas que son diferentes y más complejas que aquellas que conocimos en el pasado (ibíd.: 224).

La *desterritorialización*, sin ser un fenómeno reducible a aspectos económicos, también muestra su faceta en este nivel. En efecto, la expansión geográfica capitalista permitiría el despliegue de estrategias de acumulación relacionadas con desarrollos geográficos desiguales en constante reordenamiento y reestructuración (Harvey,

2007a; 2007b; 2010). Junto con la producción de regionalidad reterritorializante y con sus dinámicas moleculares, el capitalismo es capaz también de abrirse y desterritorializarse. Sin embargo, esta desterritorialización no es una fuerza expansionista uniforme: lejos de un territorio homogéneamente estratificado, el capitalismo tiende a producir la desigualdad geográfica, explotando y acrecentando las asimetrías surgidas por las relaciones espaciales de intercambio (Harvey, 2006; 2007a; 2007b; 2010). La riqueza de ciertos territorios aumenta a expensas de la situación de otros y ello se debe a la distribución desigual de recursos naturales, así como a la elevación de la concentración de riqueza y poder de determinados lugares generada por las relaciones asimétricas de intercambio.

Harvey denomina como “solución espacio-temporal” a la dinámica del sistema capitalista que contempla tanto una pausa temporal (de ralentización de la dinámica de acumulación) como la expansión geográfica que busca agilizar el dinamismo de capital ocioso. Un concepto clave es el de la “sobreacumulación”, que en la economía política marxista ha sido identificado como el fenómeno principal de las actuales crisis del sistema capitalista que se han venido desarrollando desde el 2008 hasta hoy³⁶. Harvey define al concepto de la sobreacumulación como un fenómeno inherente a la dinámica del capitalismo: indica el detenimiento del flujo y, por tanto, la crisis de acumulación misma (Harvey, 2010). Es decir, la sobreacumulación que se da en una determinada “regionalidad” implica la existencia de un exceso de fuerza de trabajo (desempleo creciente) y de excedentes de capital, esto es, un exceso de mercancías en el mercado de las que es imposible deshacerse sin pérdidas, volviéndose capacidad productiva ociosa y/o excedentes de capital monetario sin salida en inversiones productivas y rentables (Harvey, 2007a: 79-110; 2010). Lo importante es que para saltar el obstáculo de la sobreacumulación, el sistema capitalista realiza operaciones expansivas de territorio, transformando las relaciones sociales y de poder, así como también desarrollando mercados cada vez más artificiales tanto en los ámbitos de los bienes materiales, los afectos humanos y los instrumentos financieros de los mercados de capitales. En los términos de Lefebvre, la sobreacumulación es una política del espacio que apunta a la creación de mercados en el nivel M a partir de que en el nivel G se explotan (e inventan) necesidades reproductivas a nivel P. En nuestros términos, la sobreacumulación es el punto muerto de la fijación, el cual dará un salto dialéctico a la

³⁶ Cuando señalamos la tendencia desterritorializante de la burguesía no sólo a la facción industrial, sino que también debe incluirse al sector comercial y financiero.

dislocación y desmembramiento mismo de la estructura de clases geográficamente situada.

La solución expansiva le permite al sistema superar las contradicciones internas propias de la regionalidad de la acumulación de capital y la crisis que éstas generan. Dicho proceso de expansión y reorganización geográfica permite al sistema encontrar lugares donde hacer inversiones en infraestructuras materiales y sociales de mediana y larga duración: transportes y comunicaciones, enseñanza e investigación, creación de nuevos mercados con nuevas capacidades de consumo y de producción, entre las principales. De este modo, todo intercambio de bienes y servicios –incluido el intercambio de fuerza de trabajo– supone cambios permanentes de ubicación. Vale decir, la red de movimientos espaciales que generan una geografía particular caracterizada por divisiones territoriales y espaciales del trabajo (por ejemplo, la especialización y los recursos naturales), siempre necesitan, en un momento dado de la acumulación, salir a buscar territorios para asegurar excedentes de capital y de fuerza de trabajo. Lo importante entonces es que, tarde o temprano, encerrados en las geografías particulares de las regionalidades estos excedentes de capital y de fuerza de trabajo no podrán ser reabsorbidos productivamente, necesitando emigrar para continuar la lógica del flujo.

F. CONCLUSIONES: SOBRE LAS ESTRUCTURAS URBANAS DE CLASES SOCIALES

El presente artículo ha sido un intento por esbozar un marco teórico, utilizando algunos aportes de Lefebvre, Harvey y otros, para el estudio de las estructuras de clases sociales en el seno de la división geográfica de la economía global-local. La división espacial centro-periferia no puede ser vista estáticamente, sino más bien como una dinámica de redefinición de lugares, funciones y jerarquías en una trama de interdependencia, para lo cual donde debemos realizar un esfuerzo para delinear las lógicas espaciales de las estructuras de clases.

Es posible señalar algunas conclusiones sobre el concepto de estructura urbana de clases sociales, sin pretender en lo absoluto dar por cerrado el debate. Lo primero a decir es que una estructura de clase implica una división en grupos de la población de una región geográfica determinada según las recompensas materiales percibidas (oportunidades), las cuales responden a relaciones de poder económico y político en el seno de las dinámicas de producción, acumulación, regulación y distribución de la riqueza. Una estructura de clases es una expresión de las fuerzas sociales geográfica e

históricamente situadas, siendo un elemento que orbita conjuntamente (pero no a los mismos ritmos e intensidades) con elementos heterogéneos de tipo económico, político y social. La distribución desigual de estos elementos entre sí y entre las clases mismas, dibujan los límites espacio/territoriales que dan forma a una determinada regionalidad.

Por otra parte, *una estructura urbana de clases remite a criterios ligados a los factores de la propiedad de medios de producción, los grados de calificación de la fuerza de trabajo, la organización (gestión) de la producción y el poder burocrático estatal.* Toda estructura clasista está objetivamente determinada por la posición ocupada en un espacio dado por las relaciones de poder, de producción y de intercambio de bienes y servicios, denotando grupos y las relaciones entre éstos dadas en torno a recursos materiales y simbólicos. Estas posiciones y relaciones son ocupadas y reproducidas por los individuos y sus familias.

De acuerdo con lo anterior, las estructuras de clases remiten a aspectos topológicos y relacionales. La posición ocupada dentro de la estructura de clases está dada por el tipo de trabajo desempeñado. No obstante, siendo el trabajo la categoría central y más clásica del enfoque de clases sociales, es fundamental que todo investigador se prevenga de reducir la estructura de clases a una simple clasificación del mercado laboral. En los términos de los niveles G-M-P, se trata de ver a las estructuras urbanas de clases sociales como una red dispuesta en el nivel M, pero con efectos y mutuas determinaciones tanto con el nivel G como con el nivel P. Por ello, un análisis de las estructuras de clases en las sociedades urbanas, siendo una clasificación, va más allá de eso: se trata de una visión de la sociedad desde el punto de vista de la red de grupos que, al relacionarse entre sí desde sus distintas posiciones y lugares, desempeñan la producción y reproducción material y simbólica de la sociedad misma. Las clases sociales indican posiciones dentro del mercado y las relaciones de producción que permiten a los individuos obtener recursos, bienes y/o servicios, por tanto, representan formas desigualmente distribuidas para el acceso a oportunidades. Esto significa el mantenimiento de sí mismo y de los suyos, por lo tanto, el aspecto económico-productivo es innegable, pero también el reproductivo de la propia especie. En los términos de Lefebvre, las estructuras de clases tienen consecuencias que van más allá de los límites del mercado laboral (nivel M) y de las relaciones económicas y políticas (G), alcanzando el plano de las acciones ligadas al nivel del habitar (P), tales como la subsistencia, el cuidado familiar, el consumo, endeudamiento y otras. Esto último implica diferentes formas de integración en las

estructuras de clases por parte de hombres, mujeres y personas pertenecientes a etnias, etc.

Por último, en cuanto al hecho de que ciertos grupos o clases sociales despliegan dinámicas de acumulación, regulación o distribución en más de una regionalidad, toda estructura de clases se encuentra, al mismo tiempo, geográficamente situada y dislocada (fijación y dislocación de las estructuras de clases sociales). La cualidad de la dislocación de ciertos grupos pertenecientes a una determinada estructura de clases tiene relación con la propia lógica expansiva capitalista. En efecto, el sistema capitalista es también intrínsecamente expansionista, tanto en sus vertientes productivas, mercantiles y financieras. Las crisis en una región determinada se superan saliendo a otro territorio para integrarlo al sistema, cambiando de paso la morfología geográfica del conjunto. En este juego de fijación y dislocación geográfica, las estructuras de clases dejan de ser pensadas como emplazadas únicamente en límites territorialmente definidos, para acoplar parte de ellas –es decir, para que ciertos grupos o clases se acoplen– en órbitas de acumulación, regulación y distribución de capital, mercancías y personas, formando fenómenos de articulación y desarticulación de estructuras clasistas en distintos niveles geográficos.

Por último, a la lógica desterritorializante propia de las dinámicas del capital productivo, mercantil y financiero, se suma la importancia de darle una condición de clase a la burocracia estatal, entendida como el agente encargado de la territorialización del capital. Esto último, es un elemento no detectado por los teóricos más importantes de los enfoques de clases sociales, siendo uno de los aportes que proporciona la mirada de las estructuras de clases desde una lógica espacial, tal y como se intentó desarrollar en el presente texto.

REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

BOYER, R. (2007) *Crisis y regímenes de crecimiento. Una introducción a la teoría de la regulación*, Miño y Dávila, Buenos Aires.

FILGUEIRA, C. (2001) *La actualidad de viejas temáticas: sobre los estudios de clase, estratificación y movilidad social en América Latina*, CEPAL, Santiago de Chile.

GOLDTHORPE, J. (2010) *De la Sociología: números, narrativas e integración de la investigación y la teoría*, CIS, Madrid.

HARVEY, D. (2006) "Los espacios del capitalismo global", Conferencia pronunciada en la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad de Buenos Aires.

_____ (2007a) *El nuevo imperialismo*, Akal, Madrid.

_____ (2007b) *Espacios del capital. Hacia una geografía crítica*, Akal, Madrid.

_____ (2010) *El enigma del capital y las crisis del capitalismo*, Akal, Madrid.

JACOBS, J. (1986) *Las ciudades y la riqueza de las naciones: principios de la vida económica*, Ariel, Madrid.

LECHUGA, J. (2014) "Apuntes para una teoría de la acumulación", *Trayectorias*, Año 16, No. 38, Enero-Junio, UANL-México, pp. 3-20.

LEFEBVRE, H. (1972) *La revolución urbana*, Alianza, Madrid.

_____ (1976) *Espacio y política. El derecho a la ciudad II*, Península, Barcelona.

_____ (2013) *La producción del espacio*, Capitán Swing, Madrid.

MARX, K. (2001): *El Capital*, Tomo I, FCE, México.

_____ (2010) *El Capital*, Tomo II, FCE, México.

MÉNDEZ, Ma. L. & A. Bilbao (2007) "La variable regional/territorial en los estudios de estratificación social", Documento de trabajo, Proyecto Fondecyt 1060225.

ROSALES, R. (2006) "Geografía económica", en *Tratado de Geografía Humana*, D. Hiernaux & A. Lindón (comp.), Anthropos-UAM, México, pp. 129-146.

SÁNCHEZ, J. (1991) *Economía, espacio y sociedad*, Siglo XXI, Barcelona.

SOJA, E. (2008) *Postmetrópolis. Estudios críticos sobre las ciudades y las regiones*, Traficante de sueños, Madrid.

WALLERSTEIN, I. (2012) *El capitalismo histórico*, siglo XXI, Madrid.

WEBER, M. (2008) *Economía y Sociedad*, FCE, México.

WRIGHT, E. O. (1983) *Clase, crisis y Estado*, Siglo XXI, Madrid.

_____ (1994): *Clases*, Siglo XXI, Madrid.

LA MONUMENTALIDAD DE LO URBANO EN LA CIUDAD DEL SIGLO XXI

Laura Elena Zuluaga Fernández³⁷

Las contradicciones de lo urbano se multiplican a medida que la expansión demográfica y capital se hace mundial. No obstante, son estas incoherencias las que incentivan el avance de nuevas reflexiones urbanas que se preocupan más por el habitar y van más allá del simple hábitat. Ahora bien, la concentración de población en las ciudades así como el vigor de los paradigmas políticos y económicos, rezagos de un urbanismo *fordo-keynesio-corbusiano*³⁸ integrado a la globalización neoliberal, han sido inductores en la planificación y transformación de la forma urbana, predisponiendo así las identidades e interacciones sociales.

Precisamente, Lefebvre (1976) genera su crítica frente al fenómeno de segregación y las desigualdades sociales, como resultantes de la organización del espacio en las sociedades capitalistas difundido en la sectorización espacial encaminada por el movimiento moderno. Esto es, la distribución de funciones en el territorio, que como mercancía rígida, estandarizan y homogenizan el espacio, marcando una división jerárquica que limita el acceso diferenciado entre clases sociales y coarta la sociabilidad. Por otro lado, las nuevas estructuras productivas, industriales y de servicios, con capital global y trabajo local, se caracterizan por su carácter incluyente y excluyente, puesto que pueden generar valor en cualquier lugar del mundo, pero a su vez subestiman o prescinden de sectores sociales o territoriales (Borja & Castells, 1997).

En efecto, la ambigüedad de la realidad urbana establece un desarrollo difuso y discontinuo en el territorio urbano-regional, que revela la migración recurrente de las clases menos favorecidas y exhibe grandes muestras de desigualdad, tanto en las

³⁷ Arquitecta. Universidad Nacional de Colombia, sede Medellín. Máster Diseño Urbano. Arte, ciudad y sociedad. Universitat de Barcelona. Contacto: lauzuluf@gmail.com.

³⁸ Concepto utilizado por Ascher para describir la simplicidad del planteamiento urbano funcional, como una estructura sectorizada y jerárquica, según la cual el espacio se adapta a la producción y al consumo de masas. Dicho espacio se ve representado en las vías rápidas, centros comerciales o zonas industriales y a su vez materializa 'el estado de bienestar', representado en los equipamientos, la vivienda e infraestructuras de servicio (Ascher, 2004).

zonas urbanas como en las zonas rurales más profundas. Si bien, ahora se trata más de una globalización que procura alcanzar mercados, en cambio de conquistar países, mientras que impone a los ciudadanos, adaptarse a una ideología neoliberal en acatamiento del consumo. Justamente son estos modelos, como diría Lefebvre (1978), los que confunden la dinámica de la fiesta urbana con el consumo barato de la transacción, sometiendo el espacio bajo la *racionalidad de empresa* que perjudica así, el tejido asociativo.

Por supuesto, este desacierto es cada vez más crítico, cuando al cambiar a una escala mayor, requerida según la operación, no se tiene en cuenta el impacto profundo que puede ejercer sobre las actividades de la vida cotidiana en los espacios locales. Los mismos se ven afectados por la intervención bursátil de los economistas urbanos, que sacan provecho de cada metro cuadrado de tierra para el desarrollo de proyectos ambiciosos y que en vez de valorizar la vida urbana, en cambio la guetizan o gentrifican de una manera más tajante o recurrente.

Para ilustrar mejor, hoy se encuentran ciudades que, como vitrinas, se abren y se exponen al mundo omitiendo su realidad interna, su identidad, sus habitantes. Se pueden observar nuevos modelos publicitarios de transformación urbana, que basados en nuevas categorías, le adicionan a la ciudad un adjetivo³⁹ para poder posicionarla en un ranking mundial excluyente, exigente, degradante y canjeador de identidad. *La ciudad inteligente, la ciudad creativa, la ciudad innovadora, la ciudad universitaria o la ciudad turística*, son estos eslóganes los que se convierten en engaños cuando dichos adjetivos se manipulan desde la única intención del mercado con beneficio para unos pocos. Ahora, el que recorre se convierte en espectador (que es función del consumidor) y el residente, expulsado, se convierte en una pieza más de las estrategias público-políticas en beneficio del 'estado-empresa', que dirigiendo el fenómeno urbano, rezagan del papel central que debe tener todo ciudadano frente a la estructuración y significación de su ciudad.

Por lo que se refiere al tejido urbano, entendemos que es en él donde se hace evidente la base económica, social y cultural de la sociedad. Ciertamente hoy por hoy, éste se ve descompuesto y transfigurado por dichas dinámicas de la economía global y la tecnología, dado que a menudo disponen de la sociedad como 'hipervínculo de transacción' y omiten la escala inmediata del uso y del habitar. Más aún, en muchos casos, el espacio público tiende a ser manipulado por dicha ideología, puesto que se

³⁹ En relación ver artículo de Borja en (Ciudades inteligentes o cursilería interesada, 2014) o de Echeverri (Ciudad espectáculo, 2014).

acomoda a las nuevas reclamaciones sociales presentando nuevas 'propuestas estratégicas de ocio' disfrazando sus intenciones mercantiles con seductoras propuestas para la 'calidad de vida' de los habitantes. En contraste, generan nuevos signos de venta que se apropian del placer, él que se debería generar por la cultura o por el *valor de uso*, y lo convierten ahora en *valor de cambio*. De ahí que se advierta como el espacio público se resquebraja, se privatiza y su disolución genera una insuficiencia de conectividad física-social que causa marginalización. Además, se presenta un aumento de espacios abandonados por el empobrecimiento cultural, tematizándose a su vez por el marketing para la venta de una imagen virtual sin noción de lugar. Por ende, como lo menciona Brandão (2011), cuando el espacio se convierte en *producto transaccional*, pierde su propia identidad o su emisión simbólica y deja de representar y ser parte de la comunidad.

En particular, son estos condicionantes los que inducen a una sociedad más heterogénea e individualizada, generando empobrecimiento del espacio público relacional. Éste a su vez, se privatiza y se conforma con el diseño de entornos artificiales. En otras palabras, la ciudad resulta mal cohesionada y se deshace el tejido social cargando el espacio de una *violencia eruptiva* (Lefebvre, 2013). Escribía Calvino (2011, pág. 15): "las ciudades son un conjunto de muchas cosas: memorias, deseos, signos de un lenguaje; son lugares de trueque, como explican todos los libros de economía, pero estos trueques no son solo de mercancías, sino también trueques de palabras, de deseos, de recuerdos". Con todo, si la textura⁴⁰ no se percibe, ni se concibe, ni se vive por los ciudadanos puesto que se impone por el consumismo bajo la *racionalidad de la empresa*, dichas memorias e identidades se relegarán, reduciendo la calidad y haciendo más efímera la obra por excelencia de la humanidad: la ciudad.

LA OBRA URBANA

Dicho lo anterior, como representación y constituyente del orden social y cultural, el espacio público es el elemento central de desarrollo. Es allí donde tiene su origen y destino los flujos de comunicación, donde interactúan y se manifiestan los ciudadanos, y donde se dan las relaciones entre el poder, el capital y la sociedad urbana. A saber, es "el espacio principal del urbanismo, de la cultura urbana [...]. Es un espacio físico, simbólico y político" (Borja & Muxí, 2001, pág. 18). Explicaba Lefebvre (1976) (1978)

⁴⁰ Define Lefebvre (2013) que la textura es un extenso conjunto de redes, tramas y edificaciones que en su contexto dan lugar a una práctica espacial determinada por ella: a un uso colectivo e individual.

(2013) que la especificidad de la ciudad se encuentra, o se construye, en un nivel intermedio entre el *orden próximo* (nivel de la mediación, de reproducción y propiedad) y el *orden lejano* (nivel superior que proyecta y prescribe sobre el plano de la vida inmediata). Con notoriedad, es el espacio público ese soporte de intercambio de productos, servicios e ideas; no sólo porque es allí donde se manifiesta el civismo, la apropiación, la identidad y la cohesión, sino también porque es en este espacio que la sociedad desigual y contradictoria expresa sus conflictos, revelando las fragmentaciones físicas, las discontinuidades, el abandono y las inaccesibilidades. En suma, la ciudad como mediación se vuelve el escenario y su síntesis es el espacio público (Ibíd.) (Borja & Muxí, 2001).

Llegados a este punto, y siguiendo el pensamiento de Lefebvre (1978), la reflexión urbana se debe enfocar, pues, en el uso, en el habitar, como una forma de hacer ciudad que distingue y destaca la diversidad de sus partes, entretejiendo una trama global como conquista permanente. Propiedades, que en contraste a la *racionalidad de la empresa* —anteriormente mencionada—, orientan su valor no desde tipos, prototipos o dinámicas privatizadoras y/o reguladoras, sino desde la configuración lúdica del espacio, suscitando aprecio, orgullo e identidad con lo construido. En sus palabras, una *racionalidad urbana* que apunte a entender “la ciudad como obra, en el sentido de una obra de arte” (1976, pág. 66). Es a través de este modo que se permite inferir las mutaciones sociales, dando derecho a la vida urbana transformada y renovada, en un constante proceso de *feedback* como práctica social, dando más riqueza espacial a las mismas relaciones sociales (Ascher, 2004).

De la misma manera, el desarrollo del espacio en los proyectos urbanos no se debe concebir a partir de una condición jerárquica, un orden estratificado de espacios independientes unos de otros o en tiempos acotados, sí en cambio, por su condición de urbanidad, deben conducir a la interdependencia entre varias escalas y tiempos, estableciendo relaciones de complementariedad, simultaneidad e interdependencia, que despliega una actuación significativa de intercambio a lo largo del territorio, tanto a nivel físico como social. En realidad, la implicación actual de la escala mundial transfigurada nos lleva a observar la preeminencia del espacio “en todos los niveles, en todas las escalas y sus conexiones” (Lefebvre, 2013, pág. 441).

A lo mejor, lo anterior nos permite deducir que la *racionalidad urbana* enfoca su mirada a través de las cualidades transfuncionales, transculturales, y quizás también, ‘transescalares’, donde se entiende el espacio urbano como parte integral de una red o de una secuencia, a diferencia de distinguirlo como un elemento aislado o

segregado. Desde esta perspectiva, se materializa claramente la *morfología sensible y social* como red de intercambio y uso, o como una “infraestructura de integración y retribución social” (Borja & Muxí, 2001, pág. 68) donde cada parte fluye de la siguiente en una interrelación a cualquier nivel y dirección, causándole significación a la vida cotidiana de los ciudadanos. En concreto, exponía Lefebvre (1976, pág. 19) que “el derecho a la ciudad significa por tanto la constitución o reconstitución de una unidad espacio-temporal, de una unión, en vez de una fragmentación”. Es decir, que a partir de la *racionalidad urbana* se concibe el espacio “como instrumento y objetivo, como medio y meta” (Lefebvre, 2013, pág. 440), lo que a su vez favorece la accesibilidad ecuánime y promueve la condición de centralidad, garantizando el *derecho a la ciudad*.

De manera puntual, me refiero a la condición de centralidad, como la misma materialidad del hecho urbano, puesto que como pauta a cualquier escala, promueve la vida urbana y la interacción de la comunidad en el uso pleno del espacio y el tiempo (se entiende aquí, el *valor del uso*). Es esta cualidad, en conjugación con la accesibilidad⁴¹, la que permite reforzar la estructura de la ciudad en una continuidad física y simbólica, motivando “nuevas relaciones dinámicas, más allá de las tradicionales centro-periferia” (Gutiérrez, 2006, pág. 27), lo que favorece la mezcla social en todas las áreas y además permite la distribución equitativa de las actividades y los niveles de servicio. Cosa distinta de esto, son las centralidades que se remiten a los centros de decisión e información⁴², ya que son manejados a ultranza como generadores únicos de plusvalía (se entiende aquí, el *valor del cambio*), lo que los lleva a convertirse en “elementos rígidos y paralizadores” del entorno urbano (Borja & Muxí, 2001, pág. 47). Dicho de otro modo, son reductores del espacio complejo, en un simple núcleo funcional-económico —“lugar de consumo y consumo de lugar” (Lefebvre, 1978, pág. 153)—, que tarde o temprano fragmenta y destruye su entorno. Además, estos tienden a generar barreras de segregación, que llevan a la autodestrucción y a la marginalización de su borde, convirtiéndolo en un límite exclusivo, esterilizado y dominado.

⁴¹ La accesibilidad es ciertamente dependiente de la distribución y diversidad de las centralidades del ámbito territorial, así como de la calidad urbana y de las oportunidades de formación u ocupación. De ahí que la movilidad que apuesta por la visibilidad de diferentes lugares dentro de la red, a partir de la accesibilidad, es fundamental para la inclusión, apropiación y dinamización de los espacios públicos (Miralles-Guasch, 2002). De tal forma, por más que la movilidad sea necesaria para la interrelación, son las centralidades esenciales para darle “valor ciudadano a las infraestructuras” (Borja & Muxí, 2001, pág. 9).

⁴² Centros de la ciudad neocapitalista.

Hecha la observación anterior, es claro que el espacio público se convierte en el objetivo clave para la obra de la *racionalidad urbana*, puesto que como elemento articulador del tejido urbano regional, tanto física como simbólicamente, “se concilia como creador de centralidad y potenciador de una movilidad integradora” (Portas, 2007, pág. 252). Hay que mencionar además, que la perdurabilidad y el potencial de los centros transformados en la red global se demuestran en su capacidad de vínculo del carácter urbano y a la vez en su diferenciación frente a otros centros. Esta idea desarrollada a partir de la *racionalidad urbana*, orientada hacia las necesidades sociales, permite proliferar su carácter distintivo, ayudando a equilibrar y “articular la función y el significado en el conjunto del territorio” (Castells, 2010).

“Aquí el derecho de la ciudad se convierte en el derecho a la centralidad, a no ser marginado de la forma urbana” (Lefebvre, 1972). En tal sentido, la centralidad renovada, que permite el carácter transformador del momento lúdico y de lo imprevisible, se convierte en un lugar significativo para la integración, la multifuncionalidad e incluso la diferencia; un conjunto de cualidades de lo urbano remitidas a varios centros que dan la posibilidad de incluir, intercambiar y ciertamente pertenecer. Visiblemente esta transformación del “hacer ciudad sobre la ciudad” (Borja & Muxí, 2001, pág. 46), convertido en una *centralidad lúdica* (como obra urbana), es demostrativa de lo urbano, ya que sitúa “la apropiación por encima de la dominación” (Lefebvre, 1978, pág. 156).

ESPACIO PÚBLICO DE CALIDAD

Por todo lo anterior, es cierto que toda área del contexto urbano tiene potencialidad de ser centralidad. Además, son esas particularidades que permiten entender la centralidad como un espacio de calidad, puesto que brindan mecanismos para que allí se inscriban las interacciones de la sociedad urbana, permitiendo la apropiación y el disfrute. Como referencia a esto, Borja & Muxí (2001) manifiestan que la calidad del espacio no apunta a la homogenización ni mucho menos a la excepción, en cambio sí a la integración y a la diferenciación. Esta es reconocible en la imagen propia que tiene cada grupo de habitantes dentro de un conjunto de partes complementarias, no omitiendo diferencias, pero sí, encontrando señales notables de unidad y equidad. Es decir, constituye un reconocimiento que beneficia las peculiaridades de cada territorio

generando orgullo por lo concebido, y que no se especifica según la estandarización mercantil global⁴³.

A causa de esto, para que el espacio público sea estructurante de las diversas realidades y promueva la interacción, éste debe cumplir con requisitos de calidad y ciertas cualidades formales, que correspondan a las necesidades de los utilizadores y brinde condiciones para realizar múltiples actividades. En consecuencia, se deduce que el diseño de un espacio debe ser equitativo, coherente, flexible y sustentable, tanto en sus materiales como en la diversidad de formas y funciones, condiciones que justifican la técnica y la estética (Brandão, Carrelo, & Águas, 2002). Sin embargo, cabe señalar que la *calidad* del espacio no puede remitirse tan solo a la *constructividad* del diseño. Ciertamente, la *calidad* se encuentra en un sentido más profundo que se manifiesta en “la idea de un espacio social elaborado, complejo y logrado, en una palabra *apropiado*, y no tan solo *dominado* por la técnica y por el influjo político, lo que correría parejo con ‘cambiar la vida’” (Lefebvre, 1976, pág. 131). Dicho de otro modo, la *calidad* del espacio se mide por las relaciones que se dan en él, en la integración cultural, en la duración de las actividades en el exterior, en la intensidad y diversidad de los usuarios, incluso en la expresión y en la trascendencia emotiva que puede llegar generar a la población, su identificación simbólica (Brandão et al.) (Gehl, 2009) (Borja & Muxí, 2001) Si bien, conviene aclarar que no se debe prescindir en el espacio de “la dimensión estética como prueba de calidad urbana [... puesto que,] la estética del espacio público, es ética” (Ibíd., pág. 78).

Al respecto, es en la configuración y construcción de centralidades, o en los espacios de significación para un grupo social, que se deben asegurar los medios, canales y agentes para que las experiencias colectivas e individuales se representen e identifiquen en la estética de su propio espacio (Brandão, 2011). Lo anterior no quiere decir que la participación ciudadana se limita a ejercicios de seguimiento y al aval de ‘políticas públicas urbanas’; antes bien, debe la participación ciudadana ser fundamental en la toma efectiva de decisiones e intervenciones para la regeneración y urbanidad de los espacios, ya que llenarán de vida y significación los lugares, y por ende aseguran la dinámica de la misma centralidad (Lefebvre, 2013).

De esa manera, exponiendo métodos e instrumentos fortalecidos, al igual que temas y materiales de las nuevas dinámicas en curso, se han presentado nuevos enfoques que generan una relación directa con la comunidad, los profesionales y las

⁴³ En referencia a esto, siguiendo reflexiones de Lefebvre (1976), podríamos decir que la *sociedad industrial* homogeneiza y en cambio, la *sociedad urbana* diferencia.

instituciones. Entre algunas de estas gestiones, se presenta el *placemaking* como concepto o herramienta práctica que busca la mejora de un barrio, ciudad o región, a partir de una visión colectiva sustentada en una estrategia de implementación a corto plazo (Barrientos, 2014). Tenemos pues este método, que con colaboraciones interdisciplinarias y diversas asociaciones, se formaliza la transformación como “el arte y la ciencia del desarrollo de espacio público que atraen a la gente” (Ibíd.), lo que permite construir comunidad, reuniendo a las personas y creando identidad local⁴⁴. En esta reflexión, se contribuyó con algunos criterios generales que dan un cuerpo metodológico para el diseño, caracterización, reconocimiento o la evaluación de los diversos espacios públicos. Se presenta pues, cuatro atributos claves: actividad, acceso, sociabilidad y confort, que en suma con sus respectivos valores intangibles e indicadores perceptibles (ver figura 1), permiten entender el espacio en relación directa con las apropiaciones que se dan en él, demostrando así las carencias, las potencialidades espaciales y el grado de calidad que algunos lugares experimentan.

Por ejemplo, comprendiendo estos atributos vemos que: la actividad y la diversidad de usos, brindan una dinámica más multicultural; el acceso se convierte en requisito vital para ser parte de esas actividades inclusivas fomentando a su vez el uso de todos los modos de transporte; el confort permite realizar dichas actividades dando condiciones de permanecer; y finalmente, la sociabilidad se remite a la interacción, a la diversidad de usuarios, a la identidad colectiva y la imagen significativa propia que se tiene del lugar. Por tanto, se infiere, según la articulación integral de estas características, como la concesión y configuración del espacio, puede permitir un uso cualificado que provoque cierto grado de apropiación; o por el contrario, como la disposición rígida, excluyente y arbitraria, puede condicionar las relaciones sociales.

⁴⁴ Para más ampliación del tema, explorar el sitio web y el blog de la organización: Project for Public Spaces: <http://www.pps.org/>



Figura 1. Tabla de valores e indicadores de calidad del espacio. Fuente: (Brandão, La imagen de la ciudad. Estrategias de identidad y comunicación, 2011), adaptado de PPS (Project for Public Spaces)

MONUMENTALIDAD

Sobre la base de las consideraciones anteriores, podemos entender que la concepción de lo urbano tiende hacia la apropiación o la reapropiación del espacio. Esto es, que “supone la asunción de la ciudad, como obra, como valor de goce, de disfrute, como belleza y como creación colectiva de los ciudadanos” (Lefebvre, 2013, pág. 23). Pues bien, es de este proceso de construcción de las diversas apropiaciones del espacio, establecidas por la vida cotidiana, que se genera la identidad de los lugares y se manifiesta en una *imagen común* proveniente de algunas normas de grupo y de la misma conducta pública que se da en el entorno (Brandão, 2011). Esta imagen común, no es más que la *imagen ambiental* compleja y rica, que reúne las distintas percepciones sobre el entorno según su: “legibilidad: identidad, distinción como cosa; estructura: identidad en la relación de los artefactos entre ellos y con el observador; y, significado: identidad como elemento distintivo, relativo a referencias” (Ibíd., pág. 50) (Lynch, 1998). En breve, esta apuesta por el valor de identidad reconstruye el espacio en un complejo proceso de descubrimiento, producción y creación, relacionando este último con la trascendencia de la obra y su monumentalidad (Lefebvre, 2013).

Particularmente, las señales de diferenciación y significación que pueden brindar las centralidades en la idea de conectar la actividad con la memoria o conectar los flujos con los lugares, confieren una identidad visual en una escala monumental (Brandão, 2011) (Castells, 2010). Es por esto que se entiende aquí, en primer lugar, el aspecto monumental, como el adjetivo que se impone de sí mismo por la escala global del espacio urbano, dado que su tamaño notable lo demuestra imponente.

Por otro lado, en un sentido más profundo, vemos que etimológicamente *monumental* viene del latín *monumentalis*, compuesto por las raíces: *men-* que expresa mente, advertir, mostrar, y *mon-* que señala la causa, lo que hace que una cosa sea lo que es. Asimismo, generalmente hablando, *men-* /*mon-* anuncian lo que es grande, elevado, visible, manifiesto y a la par lo que sirve para distinguir, para mostrar, para denotar. Simultáneamente *monumentalis*, se compone del sufijo *al* (relativo a, en relación o pertenencia) y el sufijo *mentum* (medio, instrumento o resultado). De ahí, que *monumento* se manifieste como medio para el recuerdo o la memoria de cualquier cosa, con una patente significación duradera; y en suma, *monumental* sea perteneciente a este medio (la obra pública), que es producido para advertir o para revivir. En este sentido, la monumentalidad de la obra urbana se distingue en el lugar que el pueblo ocupa, concibe, modifica y en el que reconoce su historia común, que en este caso, se origina a partir del conjunto de prácticas reapropiadas o también, por la misma tradición del *valor de uso*.

La complejidad de esta obra monumental se descubre, pues, “Como una obra musical [... que] no tiene un significado o significados [*sic.*] sino un *horizonte de sentido*: una multiplicidad definida e indefinida, una jerarquía cambiante, de modo que un sentido u otro pueden pasar a un primer plano en un momento dado, por y para la acción” (Lefebvre, 2013, pág. 264).

Ahora bien, no se refiere aquí esta noción de recuerdo con la del monumento impuesto o represivo que se implanta en un momento definido para recordar ciertos hechos concretos o para colonizar u oprimir. Así, por ejemplo, se observa cómo bajo la *racionalidad de la empresa* predomina la monumentalidad de la edificación arquitectónica, sobreponiendo el hábitat al habitar. De hecho, “la edificación tiene una función, forma, una estructura, pero no reúne todos los momentos formales, funcionales y estructurales de la práctica social” (Ibíd., pág. 265); lo que quiere decir, un espacio formal repleto de símbolos pero sin tiempo, lo que lleva a una contemplación pasiva y a la pérdida de significación. En la mayoría de los casos, estos

inmuebles se remiten a equipamientos institucionales y corporativos —un claro ejemplo son los rascacielos como puntos individuales y excéntricos en el paisaje—, que se alzan demostrando una imagen dominante que como objeto de poder, se insertan en el tejido urbano prescindiendo del espacio social; más aún, se convierten en monumentos para cualquier sitio y/o para ningún lugar.

Para comprender mejor, son las anteriores características las que instalan el monumento como un producto que no podrá llegar a tener la condición monumental, ya que, por su condición de consumo, o quizá su estandarización, se limita solo a responder temporalmente sin precisión para la identidad o el recuerdo. Incluso podríamos pensar que se convierten más en un foco publicitario que un foco de apropiación; quiere decir, destinado más a los espectadores (turistas o consumidores por ejemplo) que a los ciudadanos (los usuarios). Caso contrario, cuando creado colectivamente como obra, recupera la cualidad monumental que constituye el espacio social en su complejidad, memoria y singularidad. Es por esto que si la obra es la ciudad, su cualificación se da en su uso, en su orgullo y en su diversidad, no en su homogenización, ni en la transacción de los modelos idílicos, que se venden para plasmar ‘núcleos urbanos categóricos’ de un posicionamiento global.

Entre otras disposiciones, para ilustrar, la monumentalidad no se remite a llenar de objetos aislados y desmedidos el espacio, sino a llenar de identidad los sitios, a partir de la “posesión y la gestión colectiva del espacio mediante una intervención constante de los ‘interesados’ con sus múltiples, diversos y contradictorios intereses” (Lefebvre, 2013, pág. 450). De ahí que esta cualidad se mantenga siempre abierta a complejas posibilidades, permitiendo expandir el confín para suscitar sus propios símbolos y recuerdos en el tiempo. Alcanzando así, la monumentalización de su espacio.

Resumiendo, la monumentalidad es la cualidad, el carácter o el aspecto esencial de la ciudad que se debe perseguir, entendiendo la ciudad como una obra de arte (Borja & Muxí, 2001) (Lefebvre, 1978) (Castells, 2010). En tal sentido, la monumentalidad no es solo un hecho estético o formal, son los actos de la práctica social que pasan por el fenómeno de apropiación e identidad. Más aún, es cuando la *realidad practico-sensible* se concibe como una obra de arte, elaborada por una voluntad y por un pensamiento colectivo. Evidentemente, “la monumentalidad y la identidad de cada tejido urbano es una exigencia social” (Borja & Muxí, 2001, pág. 121). Por lo tanto, no hay que indicar que los espacios monumentales son las edificaciones arquitectónicas predominantes con espacios amplificados que dan una

sensación sublime, antes bien, se debe entender que el espacio monumental es cuando y donde el pueblo se expresa, se reconoce, evoluciona, se diferencia.

CONCLUSIÓN

En resumen, se debe recordar que cuando se concibe el espacio, entendiendo la ciudad como obra de arte, se promueve el desarrollo y la producción del espacio social en conjunto como una obra colectiva. Quiere decir, que no se domina la forma, sino en cambio se adecua a su contenido, a su *materia practico-sensible*, la sociedad urbana. Por esto, no se debe plantear la concepción de la ciudad desde la disposición de producto del mercado, sino como obra que en conjunto (o red) refuerza su monumentalidad. En concreto, Lefebvre expone: “la obra es valor de uso y el producto valor de cambio” (Lefebvre, 1978, pág. 18). Para ser más específicos, se señala que es la obra la que posee un carácter único, pues “porta el sello del sujeto [...] y la de un momento irrepetible”; mientras que la esencia del producto, empleado para ser repetitivo, lleva a “provocar la reproducción automática de las relaciones sociales” (Lefebvre, 2013, pág. 451). En tal caso, “el espacio se convierte en el reto principal de las luchas y acciones que apuntan hacia un objetivo”: la reapropiación y repolitización del espacio urbano, así como la representación del ciudadano (Ibíd., pág. 440).

Siguiendo esto, la *revolución urbana* nos exige nuevas formas de proyectar, de proceder y, sobre todo, se remite a la actuación conjunta con las fuerzas sociales y políticas, o en los términos de Lefebvre, con la acción de la clase obrera. Puesto que “cuando la clase obrera calla, cuando no actúa y no puede cumplir lo que la teoría define como su misión histórica, faltan entonces el ‘sujeto’ y el ‘objeto’” para la producción y la apropiación del espacio (Lefebvre, 1978, pág. 133). Es en esta idea de uso de la ciudad, que se da el *placer* y el *prestigio* de lo urbano, exteriorizándose en el espacio público.

Pues bien, si la revolución urbana solo se lleva a cabo con la práctica social, que a su vez se pone de manifiesto en la forma urbana, podríamos decir que hoy en día, se ven algunas iniciativas conectadas con este fin, a partir de numerosos proyectos urbanos, nuevas conceptualizaciones, participaciones y reivindicaciones sociales⁴⁵.

⁴⁵ Haciendo la salvedad, Lefebvre recuerda que estas reformas urbanas tienen un alcance revolucionario, pero que sin embargo se debería hablar de *revolución urbana* con ciertas reservas puesto que, si no hay socialismo, estas transformaciones permanecerán en la superficie. A la vez menciona “solo el pueblo puede dar la [verdadera] realización de la sociedad urbana, destruyendo la ideología del consumo” (Lefebvre, 1978, pág. 168).

Estas se despliegan para responder al desafío de las problemáticas antes mencionadas modificando el espacio ante sus necesidades y posibilidades. Por eso, aunque el diseño formal no es la herramienta 'salvadora' para todos los problemas (ni mucho menos), su papel sí debe apuntar a la creación de espacios multifuncionales que valoricen los contextos a intervenir, con asociación al tejido que lo delimita, permitiendo la flexibilidad e innovación. Características que se han de demostrar en el entorno inmediato, enfocadas a las diversas escalas y renglones de la ciudadanía, reafirmando su calidad entendida en todos los niveles, como una buena práctica de urbanidad en la continuidad de lo urbano.

En este sentido, si se entiende lo *urbano*, según el pensamiento de Lefebvre, como "un campo de tensiones muy complejo, [...] una virtualidad, un posible-imposible que busca lo realizado, una presencia-ausencia siempre renovada, siempre exigente" (1972, pág. 38) o de igual forma, como una "realidad social compuesta por relaciones a concebir, a construir o reconstruir [...] y que] no pueden prescindir de una base *práctico-sensible*, de una morfología [la ciudad]" (1978, pág. 67), se podría entonces decir, que al concebir un espacio público de calidad, se está apostando por lo urbano, ya que las relaciones contradictorias reflejadas en el espacio dan lugar a la transformación a partir de una 'sorpresa renovada'. Se convierte así, en una innovación espacial vinculada a una adecuada comprensión del espacio social.

Dicho lo anterior, se comprende que donde hay condición de calidad (lo que apunta a la monumentalidad) existe o se conforma la centralidad, y es por este carácter central, que se favorecen y permiten las relaciones en el espacio público, lo que a la vez, en reciprocidad, permite percibir, consolidar y generar nuevas identidades de los 'sitios', transformándoles en 'lugares'⁴⁶. O sea, se procura una innovación que va hacia la monumentalidad de la obra, impulsado por la *racionalidad urbana*.

De tal manera, en vista que este escenario complejo presenta un desafío urbanístico, político y cultural detallado en un contexto urbano extenso, se genera la necesidad de un abordaje interdisciplinario en el sentido de la urbanidad. Dice Bohigas (2004) que desde esta perspectiva de urbanidad se promueven (...) los valores individuales y colectivos de la sociedad actual a través de la confluencia, la flexibilidad y la superposición de funciones, fomentando un espacio adecuado para la

⁴⁶ Partiendo de la consideración de Valera en el prólogo de *La imagen de la ciudad. Estrategias de identidad y comunicación*, (2011, págs. 11-13), se entiende el *lugar* como el espacio que adopta una carga simbólica a partir de los vínculos y significados sociales que se desarrollan en o por él.

representación conflictiva propia de la ciudad; la compactación espacial y representativa; y la legibilidad de los itinerarios y de los elementos significativos.

Son entonces consideraciones en construcción que se van aportando a partir de la interdisciplinaria, pero sobre todo se van complementando, sin ser estrategias de juicio, ni contenedoras de últimas soluciones. Es una síntesis que se remite al día a día, que se despliega a partir de la *utopía urbana*, donde la sociedad urbana es libre de su ocio, de su placer, donde se hace manifiesto su derecho de uso, el derecho de apropiación a la ciudad reconstruida, como habitantes cívicos que transforman realmente la urbanización en civilidad.

En suma, el espacio público de calidad es la materialidad de la sociedad y la representación física de la ciudad que hay que reconstruir, reapropiarse y gozarse. Debido a su cualidad central, se vuelve red en extensión por el territorio, y a partir de su calidad (valorada en la apropiación) se logra convertir en el espacio por excelencia del reconocimiento de la sociedad urbana. Dicen Borja & Muxí (2001, pág. 16) que el derecho de centralidad y de movilidad deben ser universal, en todas las escalas, para que sea una 'ciudad democrática'. Por esto, se infiere el papel trascendental del espacio público de calidad, puesto que como elemento articulador del tejido urbano, concede el *derecho a la ciudad* que deben tener todos los ciudadanos (*Ibíd.*) (Lefebvre, 1978). Cabe señalar, en palabras de Borja & Muxí (2001, pág. 47), que "la calidad del espacio público es el valor esencial de la ciudad, [... puesto que] un espacio público de calidad no es cuestión de lujo, es cuestión de justicia social".

Para terminar y recalcar, la monumentalidad no solo se limita a las características de la ciudad en una estética concurrente. Ésta en cambio dispone de la obra como lugar de apropiación, encontrándole un sentido de pertenencia como bien común. En otras palabras, la calidad del espacio se pone en valor a partir de su apropiación y es esto lo que lo vuelve monumental.

En cuanto a todas estas reflexiones, hoy más que nunca, el territorio puede sufrir una metamorfosis que apunte rotundamente a la obra de arte o a la perennidad del producto mercantil. Los cambios tecnológicos, la movilidad, los efectos ambientales, la población global, la resiliencia urbana, entre otros sucesos, pueden llevar a cambios severos en la gobernanza y el funcionamiento del cotidiano. ¿Será que apenas estamos comenzando la revolución urbana o la estaremos postergando más?

REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

AA.VV. (2011). *El atlas de las mundializaciones*. (F. Mondiplo, Ed.) Valencia, España: Le monde diplomatique en español - UNED.

AA.VV. (2014). *El atlas de las metrópolis*. (F. Mondiplo, Ed.) Valencia, España: Le monde diplomatique en español - UNED.

ASCHER, F. (2004). *Los nuevos principios del urbanismo*. (M. H. Díaz, Trad.) Madrid, España: Alianza Editorial, S.A. (Trabajo original publicado en 2001).

BARRIENTOS, N. (2 de Mayo de 2014). *¿Qué es el Placemaking?* Recuperado el 25 de Mayo de 2014, de sitio Web Plataforma Urbana:

BOHIGAS, O. (2004). *Contra la incontinencia urbana. Reconsideración moral de la arquitectura y la ciudad*. Barcelona, España: Electa.

BORJA, J. (21 de Marzo de 2014). *Ciudades inteligentes o cursilería interesada*. Recuperado el 20 de Abril de 2014, de sitio web Plataforma Urbana.

BORJA, J., & CASTELLS, M. (1997). *Local y global. La gestión de las ciudades en la era de la información* (4ª ed.). Madrid, España: Grupo Santillana de Ediciones, S.A.

BORJA, J., & MUXÍ, Z. (2001). *L'espai públic: Ciutat i ciutadania*. Barcelona, España: Diputació de Barcelona.

BRANDÃO, P. (2011). *La imagen de la ciudad. Estrategias de identidad y comunicación*. Barcelona, España: Publicacions i edicions de la Universitat de Barcelona.

BRANDÃO, P., Carrelo, M., & Águas, S. (2002). *O chão da cidade. Guia da avaliação do design de espaço público*. Lisboa, Portugal: Centro Português de Design.

CALVINO, I. (2011). *La ciudades invisibles* (20ª ed.). (A. Bernárdez, Trad.) Madrid, España: Ediciones Siruela (Trabajo original publicado en 1972).

CASTELLS, M. (27 de Abril de 2010). *Espacios públicos en la sociedad informacional*. Recuperado el 23 de Noviembre de 2013, de sitio Web Carajillo de la ciudad. Revista digital del programa en gestión de la ciudad de la Universitat Oberta de Catalunya.

ECHEVERRI, A. (21 de Abril de 2014). *Ciudad espectáculo*. Recuperado el 27 de Abril de 2014, de sitio web El Colombiano.

GEHL, J. (2009). *La humanización del espacio urbano* (5ª ed.). (M. T. Valcarce, Trad.) Barcelona, España: Editorial Reverté, S.A. (Trabajo original publicado en 1971).

GUTIÉRREZ, V. (2006). *El Proyecto urbano en España: Génesis y desarrollo de un urbanismo de los arquitectos*. Sevilla, España: Universidad de Sevilla.

LEFEBVRE, H. (1972). *La revolución urbana*. (M. Nolla, Trad.) Madrid, España: Alianza Editorial (Trabajo original publicado en 1970).

_____ (1976). *Espacio y política. El derecho a la ciudad, II*. (J. M. Garcia, Trad.) Barcelona, España: Ediciones Península (Trabajo original publicado en 1972).

_____ (1978). *El derecho a la ciudad* (4ª ed.). (J. G. Pueyo, Trad.) Barcelona, España: Ediciones Península (Trabajo original publicado en 1968).

_____ (2013). *La producción del espacio*. (E. M. Gutiérrez, Trad.) Madrid, España: Capital Swing (Trabajo original publicado en 1974).

LYNCH, K. (1998). *La imagen de la ciudad*. (E. L. Revol, Trad.) Barcelona, España: Editorial Gustavo Gili, S.L. (Trabajo original publicado en 1960).

MIRALLES-GUASCH, C. (2002). *Ciudad y transporte. El binomio imperfecto*. Barcelona, España: Editorial Ariel, S.A.

PORTAS, N. (2007). *A cidade como arquitectura* (2ª ed.). Lisboa, Portugal: Livros Horizonte (Trabajo original publicado en 1969).

ZULUAGA, L. (2013). *La vía especializada, en la cohesión urbana. El caso de la vía arterial Eixo norte/sul - Lisboa y la Ronda de Dalt - Barcelona*. Tesis de maestría no publicada, Universitat de Barcelona, Barcelona, España.

IMPRESIONES DE LO COTIDIANO EN EL DISCURSO DE LOS HABITANTES DE FLORIANÓPOLIS, BRASIL

Aline Bogoni Costa⁴⁷
Dulce Helena Penna Soares⁴⁸

En este capítulo presentamos un estudio acerca de lo cotidiano de los habitantes de Florianópolis, ciudad ubicada al Sur de Brasil. La discusión se dará a través del análisis de datos de encuesta, colectados y reunidos en un reportaje periodístico conmemorativo a los 287 años de la referida ciudad, en un periódico de tiraje estadual. En la ocasión, fue preguntado a los habitantes: “¿Cuál es su lugar predilecto en Florianópolis?”. Partiendo de la lectura de Henri Lefebvre y del contenido de la encuesta publicada, identificamos seis referencias centrales a las vivencias cotidianas en los espacios de la ciudad, las cuales serán presentadas y discutidas a lo largo de este texto.

Nuestro interés, con este estudio, fue investigar aspectos de lo cotidiano del habitante de Florianópolis, en la manera como expresan sus relaciones con la ciudad, visto que, al describir sus “locales predilectos”, dejan emerger cuestiones vinculadas a la propia constitución de la subjetividad. Nuestra elección por Florianópolis se ampara en las particularidades de esta ciudad, al mismo tiempo provinciana y moderna, donde conviven estas dos características, a veces conflictivas, a veces complementarias entre sí. Además, la referida ciudad es reconocida, nacional e internacionalmente, por congregar condiciones de calidad de vida y por sus atractivos turísticos. Pero, ¿cómo los habitantes referencian sus lugares al habitar los espacios urbanos de ese lugar? En las descripciones analizadas, encontramos algunas similitudes, pero no consensos, cada interlocutor la comprende de modo muy particular y, por eso, tratamos los hallazgos de este estudio con el término “impresiones”.

⁴⁷ Universidade Federal de Santa Catarina, Florianópolis, Brasil. Contacto: aline_bogoni@yahoo.com.br.

⁴⁸ Universidade Federal de Santa Catarina, Florianópolis, Brasil. Contacto: dulcepenna@terra.com.br.

Dividimos este capítulo, didácticamente, en cuatro partes. En la primera, traemos la base teórica, procurando situar al lector en las nociones de cotidianidad y de ciudad en la contemporaneidad, teniendo por fundamento la comprensión lefebvrea, y presentamos una breve contextualización histórica y de aspectos actuales, acerca de la ciudad objeto de este estudio: Florianópolis. En segundo y tercer momento, describimos los procedimientos metodológicos adoptados y detallamos los hallazgos de la investigación, respectivamente. Finalizando, en la cuarta parte, presentamos algunas consideraciones y cuestiones generales acerca del estudio realizado.

A. BASE TEÓRICA. VIDA COTIDIANA, LO COTIDIANO Y COTIDIANIDAD EN HENRI LEFEBVRE

¿Vida cotidiana, lo cotidiano y cotidianidad quieren decir lo mismo? ¿Qué significan estas nociones? Estos términos, especialmente “vida cotidiana” y “lo cotidiano”, son tratados, por veces, como sinónimos, sin embargo no quieren decir lo mismo. Buscamos aclararlos y comprenderlos a partir de la lectura de Lefebvre (1977).

La noción de cotidiano, según Lefebvre, se construye con el advenimiento de la sociedad moderna. Anterior a este momento, el autor utiliza la denominación de vida cotidiana, comprendida como una repetición de gestos y costumbres, vivida con cierta constancia y unidad, aunque hubiese ciclos. Un ejemplo es el sentimiento de lo sagrado, que se hacía presente en prácticamente todos los aspectos de la vida antes de la sociedad moderna, así como la ausencia de separaciones entre lo “simple” y lo “elevado”, lo “sagrado” y lo “profano” (Barreira, 2009).

Lo cotidiano, a partir de la sociedad moderna, pasa a ser entendido como una dimensión de la vida social, que acontece en la relación de los seres humanos con las cosas y de los seres humanos entre sí, relaciones éstas más complejas, diversas y mutables que los modos de la vida cotidiana. Esa transición entre la vida cotidiana y lo cotidiano no puede ser entendida, sin embargo, como una ruptura, pues algunas culturas todavía viven este pasaje y otras, de cierto modo, se mantienen muy cercanas a la vida cotidiana, como por ejemplo las sociedades más aisladas. Inicialmente, de acuerdo a Nasser (2011), lo cotidiano estaba asociado al carácter activo y creativo de la clase trabajadora y, poco a poco, se promovió cierto alejamiento de lo que no era central a la actividad productiva (como la creatividad, el arte, la filosofía), favoreciendo y perpetuando el modo de producción vigente y ciñendo al ser humano de su totalidad social.

En la segunda mitad del siglo XX, la consolidación de la sociedad moderna favoreció que la noción de lo cotidiano se distanciase cada vez más del creativo y filosófico, pues la clase operaria pasó a tener dificultad de reconocerse en el trabajo, pasando a perder su papel social y político en favor de la ampliación de las camadas medias (Lacombe, 2007; Barreira, 2009). En ese contexto, emerge la noción de cotidianidad que, a su vez, referencia el aspecto repetitivo, la homogeneización y la fragmentación de la vida moderna, siendo la degradación de la vida cotidiana (Barreira, 2009).

La crítica a la vida cotidiana está en su apropiación posible cuando se vive la alienación capitalista de lo cotidiano, construyéndose la cotidianidad (Lefebvre, 1977). El autor piensa la cotidianidad a partir de la relación dialéctica entre tres dimensiones que interactúan, o se contradicen, o se niegan: el trabajo, la familia y el ocio (Lefebvre, 1977; Lacombe, 2007). Semejante relación se modifica rápida y negativamente en la contemporaneidad, en el sentido de que el trabajo es el elemento para acumular capital, lo que muchas veces ocurre por medio de un proceso alienado, sin creatividad e inaccesible al trabajador; la familia y el ocio son para cuando no se está haciendo nada, siendo que la familia puede ser motivo para que se trabaje más y, el ocio, una forma de recompensa eventual por un período trabajado. En ese sentido, interrogamos: si los proyectos de vida que posibilitan la realización humana envuelven tanto trabajo, como familia y ocio, ¿qué ocurre cuando el trabajo alienador conduce, reduce y modifica las relaciones humanas con la “familia” y con el “ocio”? De cierta forma, podemos decir que las tres dimensiones están en conflicto con el propio ser humano en su cotidianidad en la contemporaneidad y, por veces, somos tomados por la cotidianidad.

Sin embargo, hay momentos en la cotidianidad en que el comportamiento humano es diferenciado, lo que Lefebvre denomina de Teoría de los Momentos, donde es posible enajenarse de lo cotidiano y, las tres dimensiones de la vida (trabajo, familia y ocio) se relacionan de modo cercano y armónico. En esos momentos diferenciados, podemos vivir el ocio, la fiesta, el conocimiento, alejando de lo que nos condiciona y emergiendo de nuestra alienación, siendo contestada, de esa forma, la cotidianidad (Lefebvre, 1977; Lacombe, 2007; Barreira, 2009).

En resumen, podemos comprender lo cotidiano como la vida del hombre moderno, a quien aquí llamamos hombre contemporáneo, en la interacción dialéctica de las tres dimensiones: trabajo, familia y ocio. Cuando esta relación no está en “equilibrio”, por ejemplo en el trabajo alienador tenido como centro de la vida, tenemos la cotidianidad, la fragmentación de la experiencia cotidiana. Para el autor la

noción de cotidianidad alcanza consistencia si consideramos las contradicciones del proceso histórico, pues “lo cotidiano no tiene sentido distinto del proceso histórico que lo produce [...] no hay reproducción sin una cierta producción de relaciones sociales, no hay cotidianidad sin historia” (Martins, 1996, p.54).

Y, ¿cómo lo cotidiano es entendido en el sentido común? Al buscar la definición en el diccionario, el término es descrito, ampliamente, como aquello de cada día, que se hace todos los días, lo que ocurre habitualmente (Ferreira, 2009). En esa comprensión, lo cotidiano sería la vida de todos los días, construida a partir de los hábitos que permanecen y de las transformaciones en los modos de relación. Martins (2000) afirma, sin embargo, que la comprensión de lo cotidiano no está solamente en lo que vemos, sino en lo que está escondido o camuflado en la vida social:

[...] lo cotidiano no es meramente lo residual, como pensaban los filósofos, sino más bien la mediación que edifica las grandes construcciones históricas, que llevan enfrente la humanización del hombre. La historia es vivida y, en primera instancia, descifrada en lo cotidiano. En ese sentido, de ninguna manera lo cotidiano puede ser confundido con las rutinas y banalidades de todos los días, como hacen muchos investigadores, historiadores y sociólogos, que se tardan en los detalles y formalidades insignificantes de la vida, imaginando con eso rescatar el sentido profundo de la subjetividad del hombre común (p.142, traducción nuestra).

En una de sus clases, José de Souza Martins contó haber cuestionado a un colega acerca de lo que sería lo cotidiano y éste le respondió: “¡Es eso!”, dirigiéndose, sin más palabras, hacia el horizonte. Ese “¡es eso!” significa la imposibilidad de delimitar empíricamente el objeto de estudio, siendo que lo cotidiano es, al mismo tiempo, todo y nada, a partir de la historicidad y que lo relevante está también en lo ínfimo, porque es justamente en él que la historia se desvenda y se oculta (Martins, 1996; Pais, 2013). La recuperación de lo cotidiano en su dimensión pragmática, a partir de la lectura lefebvriana, considera que la vida de todo día va más allá de lo que vemos en ella, acontece en lo banal, en el sentido común, en lo elemental y en lo contradictorio (Pais, 2013).

LO COTIDIANO Y LA CIUDAD CONTEMPORÁNEA

El estudio de la ciudad y de lo urbano⁴⁹, a partir de la teoría lefebvriana, ha encontrado afiliaciones en diversas áreas del conocimiento, como por ejemplo la Sociología, la Geografía y la Psicología. El autor buscó entender la experiencia cotidiana en la ciudad por medio de lo vivido, adentrándose⁵⁰ en los modos de organización de la vida y en las representaciones que enmascaran y modifican estos modos de organización. Vemos, en sus obras, la ambigüedad y los opuestos coexistiendo mientras aspectos centrales para comprender la dinámica de lo cotidiano, en las narraciones sobre la ciudad y lo urbano tratan, al mismo tiempo, de drama, comedia, constancia, frustración e incertidumbre (Lefebvre, 1977).

En la contemporaneidad, lo cotidiano en las ciudades se constituye con elementos del modo de producción capitalista y de sus contradicciones, así como del conjunto de modificaciones en las relaciones de los sujetos con el espacio urbano, permeadas por conflictos insolubles, como la exposición urbana, los clivajes sociales, las políticas urbanas vinculadas a la lógica del mercado y del capital. Vemos, de ese modo, las ciudades en construcción a partir del contexto histórico-cultural, así como fue con las ciudades griegas y romanas de la antigüedad, con las ciudades de la Edad Media y con las ciudades capitalistas industriales. Sin embargo, empleamos la liquidez a esa mirada, visto a la ingeniosidad y rapidez de los cambios contemporáneos, que guían las tramas de lo cotidiano de las personas, las relaciones entre los sujetos y la praxis social (Véras, 2000; Souza, 2009; Corso & Silva, 2009).

Pensando de esa manera, la ciudad contemporánea no puede ser entendida, simplemente, como una forma evolucionada o degradada de la ciudad moderna, sino como un nuevo objeto de estudio. Hubo sí un cambio de la forma del “tiempo” en esa transición, en que fueron consolidándose nuevas maneras de habitar y producir. Como obra de un contexto histórico, es inestabilidad y mudanza, da continuamente lugar a situaciones críticas con soluciones transitorias a sus propios problemas. “*Es sede de*

⁴⁹ Comúnmente vemos los términos ciudad y urbano tratados como sinónimos, pero, ¿será que ellos tienen el mismo significado? Las nociones de “ciudad” y “urbano” son elementos correlativos, pero no sinónimas. La noción de ciudad tiene relación con la organización espacial, la forma, un conjunto de elementos ordenados. Lo urbano tiene origen en el Latín *urbanus* que significa “perteneciente a la ciudad”, o sea, aquello que está relacionado con la vida en la ciudad y con las personas que la habitan, se vincula al tipo de sociedad, a la expresión de ideas, éticas, valores, estética; se realiza como praxis en la ciudad, a través de las actividades políticas económicas y culturales, reuniendo todos los elementos de la vida social (Lefebvre, 1991a). Procuramos considerar estas distinciones a lo largo de este texto.

⁵⁰ La mayor parte de su construcción teórico-empírica referente a lo cotidiano ocurrió mientras trabajaba como conductor de taxi en París.

continuos microcambios, y los problemas de las partes de la ciudad más antiguas se repiten en las de construcciones más recientes” (Secchi, 1999, p.154).

Concordamos con Carlos (2007), al comprender la ciudad por medio del análisis de lo cotidiano como práctica socio espacial, o sea, la ciudad es el espacio donde se desarrolla y gana sentido lo cotidiano. El espacio se construye como nivel determinante que aclara lo vivido, en la medida en que la sociedad lo produce y, en esta condición, se apropia de él y lo domina, dialécticamente. Comprendemos, conforme Kuhnen & Silveira (2008), que la apropiación del espacio y de los elementos que lo configuran permite a las personas crear o captar significados, simbolizando e interactuando con ellos, incorporándolos a su propia identidad. De la misma forma, situaciones simples de lo cotidiano posibilitan comprender el funcionamiento de lo urbano en lo que se refiere a problemas mayores, tales como las relaciones entre grupos, los servicios urbanos, el papel del barrio en la vida de la comunidad.

En ese contexto, la vida en la ciudad acontece históricamente, por medio del día a día entre el ir y venir del trabajo, las relaciones que las personas establecen entre sí y con el lugar, los momentos de ocio, las referencias y recuerdos de la familia. La ciudad, por así decirlo, es un retrato siempre en construcción y en movimiento de lo cotidiano de muchas personas. Si, por ejemplo, una cámara fotográfica fuera fijada en una determinada calle para retratarla, instantánea y diariamente, en el período de un año, ciertamente, al final de ese tiempo, tendríamos una nueva calle, con cambios no solamente en la estructura (construcciones, fachadas), sino que también serían percibidos nuevos detalles de la relación de las personas con lo urbano, sea en los modismos y tendencias que se construyeron, sea en la forma como acontece la aglomeración y lo que llama la atención de las personas a lo largo del recorrido.

BREVE CONTEXTUALIZACIÓN ACERCA DE LA CIUDAD DE FLORIANÓPOLIS

En términos históricos, la Isla de Santa Catarina, posteriormente denominada de Nossa Senhora do Desterro (1961), es referenciada como núcleo del proceso de ocupación del Sur de Brasil y como punto militar estratégico de la corona portuguesa, debido a la localización geográfica, estando prácticamente a medio camino entre Rio de Janeiro y Buenos Aires, que en la época eran las dos mayores ciudades del litoral de América del Sur (Makowiecky & Filho, 2005).

Motivaciones políticas y económicas favorecieron la creación de la Capitanía de la Isla de Santa Catarina, en 1738, con el más expresivo conjunto defensivo del litoral Sur. Eso favoreció la ocupación poblacional, especialmente por colonizadores de la Isla portuguesa de los Açores (alrededor de 6.000 mil personas) que se fijaron en el núcleo central, fundando diversos poblados en el interior de la Isla y en el litoral de la región continental (Makowiecky & Filho, 2005).

En 1823, Desterro pasó a ser la Capital de la Provincia de Santa Catarina, y creció rápidamente con inversiones federales, lo que promovió mejorías en el puerto, construcción de edificios públicos y obras urbanas. Con la República (1889), ocurrieron conflictos para la toma de poder, siendo que llegaron a Desterro la 2ª Revuelta Armada, originaria de la Marina de Rio de Janeiro, y la Revolución Federalista, de Rio Grande do Sul. Sin embargo, las fuerzas presidenciales, en la época de Floriano Peixoto⁵¹, fueron victoriosas y, simpatizantes del gobierno, cambiaron el nombre de Desterro a Florianópolis; que significa “ciudad de Floriano”, en homenaje al presidente (PMF, 2013).

Mientras las principales capitales brasileñas vivían un proceso intenso de transformación, volviéndose metrópolis en la primera mitad del siglo pasado, Florianópolis, como consecuencia de su condición económica, tenía poca expresión en el contexto estadual y nacional. La ciudad aún mantuvo un relativo crecimiento urbano, entre las décadas de 1930 y 1950, gracias al crecimiento de las funciones político-administrativas y, también, debido a la ampliación geográfica de su territorio. Sin embargo, un sentimiento de inferioridad con relación a las otras capitales del país estaba presente, evidenciado en la búsqueda de los gobernantes por ampliar su alcance geográfico (por ejemplo la incorporación del área continental a la ciudad, región actualmente conocida como barrio Estreito) y al valor dado por los habitantes a la inexpresiva relevancia de la ciudad en el anuario de estadísticas brasileño (Agostinho, 2008).

En la década de 1950, la población en general y los representantes políticos vivían el auge de su inquietud con relación al lento crecimiento de Florianópolis, el pensamiento en el futuro de la ciudad fue una construcción cultural importante de esa época, vehiculizada por medios de comunicación, en discursos e imágenes que movían lo cotidiano. En el escenario político, hasta la segunda mitad de la década de 1950, los alcaldes eran nombrados por los gobernadores del Estado, que durante largo período

⁵¹ Militar y político brasileño, siendo el segundo presidente del país después de la declaración de la República, en el período de 1891 a 1894.

estuvieron vinculados a un grupo específico de personas en el poder, al nombre de una familia, como si fuera, de cierto modo, una monarquía. Con el cambio de escenario, en que más personas tuvieron acceso a las decisiones políticas, se logró cambiar la capital del Estado hacia una ciudad del interior, como una manera de retomar la idea de crecimiento, desvinculándola de Florianópolis, donde no se alcanzó lo esperado. El movimiento de permanencia hizo que el Estado iniciase un proceso de cambios en los años siguientes, intentando alejarla del estancamiento y del retraso. En ese momento, la idea de fortalecer el turismo apareció fuertemente, lo que perdura hasta hoy (Agostinho, 2008).

El transporte y el comercio por vía marítima, por otro lado, siempre dificultaron el desarrollo local, marcaron y marcan los espacios urbanos de la ciudad de Florianópolis, del siglo XIX hasta nuestros días. El proceso de modernización en los transportes fue acelerado en la década de 1930, con los incentivos al transporte vial venidos de la política de integración nacional, haciendo que, hasta 1970 prácticamente desapareciera el sistema de transportes marítimos en Florianópolis, con la desactivación del puerto en 1964. Sin embargo, la ciudad poseía, en esa época, pocas y precarias carreteras uniéndolas con las capitales de los estados vecinos y con el interior del Estado de Santa Catarina. Florianópolis vivía cierta condición de aislamiento (Agostinho Faccio, 1997).

Superar las limitaciones geográficas fue y continua siendo un gran desafío para Florianópolis. Especialmente a partir del año de 1970, ocurrieron inversiones intensivas del Estado en la cuestión viaria, resultando en la expansión y valoración inmobiliaria, que, a su vez, alteraron la ocupación territorial de la ciudad, redefiniendo mapas por clases sociales y moviendo cierta desigualdad social por medio de la segregación espacial (Makowiecki, 1999; Agostinho, 2008). También fueron realizados aterramientos, los cuales modificaron significativamente el paisaje urbano local, sumado a vías rápidas como formas de expresión de la modernidad idealizada por las élites políticas y por la clase media de Florianópolis. Este nuevo paisaje, aunque agradase a gran parte de la población, provocó cierto temor y crítica a la urbanización, que asemejaba a la ciudad de Florianópolis con otras más desarrolladas de Brasil, como por ejemplo São Paulo (Agostinho, 1997/2008). Una consecuencia de tal expansión fue el desplazamiento poblacional en dirección al área continental, hacia los municipios vecinos de São José, Palhoça y Biguaçu, en un proceso que prácticamente extinguió los límites visibles entre estos municipios (Agostinho, 2008). Este

aglomerado urbano con expansión periférica cambió el escenario local, tanto en el sentido geográfico como social.

La modernización de Florianópolis en las últimas décadas del siglo pasado alteró substancialmente la arquitectura local, con proyectos de modernos edificios dando lugar a diversas construcciones seculares. Las exigencias del tránsito obligaron a la construcción de dos nuevos puentes, Colombo Machado Salles y Pedro Ivo Campos. La expansión urbana saltó del centro histórico hacia los balnearios a partir de la década del 70', creciendo rápidamente en la década del 80' y volviéndose referencia turística nacional e internacional a partir de ese entonces (Makowiecki, 2012).

En términos geográficos, Florianópolis se ubica al Este en la parte litoral del Estado de Santa Catarina, siendo bañada por el Océano Atlántico en 97,23% de su territorio. El área total del municipio, comprendiendo la parte continental y la Isla, es de 675,409 km². Conforme al censo del Instituto Brasileiro de Geografia e Estatística⁵² (IBGE) de 2010, Florianópolis actualmente posee 89 barrios y 12 distritos.

Aunque muchas características de los Açores prevalezcan hasta hoy, la ciudad de Florianópolis de los siglos XXI y XX continúa viviendo inmensas transformaciones culturales debido al crecimiento poblacional expresivo, que trae consigo largos cambios económicos y sociales. Su población, en 1970, era de 115.547 habitantes, y en 2010, el último censo registró 421.240, representando un aumento de 365%. La ciudad de São Paulo, una de las mayores metrópolis mundiales, que atrae migrantes de todo Brasil creció 87% en el mismo período. Es importante considerar aún que la región metropolitana compuesta por Florianópolis y las ciudades vecinas comportan más de 1 millón de habitantes (IBGE, 2010).

Con ese crecimiento, Florianópolis ha llamado la atención en aspectos referentes a la urbanidad, como las dificultades de ampliación de los medios de transportes urbanos, la necesidad de manutención de los espacios públicos, el aumento poco planeado de la construcción civil y, también, de aquello que la ciudad tiene y puede ofrecer a sus habitantes. Acerca de eso, Massimo Canevacci, antropólogo italiano, estudioso de los contextos urbanos, después de residir en la ciudad durante dos años, problematiza:

La ciudad hasta puede ser la capital del surf y de las bellas
playas, pero necesita mejorar la infraestructura con
urgencia (...) Aquí no existe un proyecto arquitectónico

⁵² Este instituto es responsable por la mayoría de los censos de Brasil.

que acompañe la naturaleza. Todo es lindo, naturalmente, pero solo eso (...) Es necesario también pensar en el diseño estético. En el contexto actual, la ciudad industrial se quedó en el pasado para dar lugar a la metrópoli comunicacional, el policentrismo ahora es el eje, o sea: hoy, el consumo, la comunicación y la cultura tienen más relevancia que solamente la producción (...) En Florianópolis, si llueve, no hay más nada que hacer. ¿Qué cultura consumir? (Macário, 2012, párrafo. 2 y 3).

Es necesario considerar aún que Florianópolis es considerada como referencia en el Índice de Desarrollo Humano⁵³ (IDH) entre las capitales brasileñas, y está clasificada como la tercera mejor para vivir entre todas las ciudades del país. Estos aspectos, asociados especialmente a sus bellezas naturales, han atraído la atención de todo el mundo, tanto en el sentido de ser una posibilidad para vivir y pasar las vacaciones, como para ser sede de grandes eventos (Diário Catarinense, 2013). Sin embargo, así como otras ciudades mundiales “desarrolladas” y con alto IDH, hay muchas desigualdades y dificultades sociales por superar.

La cuestión del desarrollo turístico y del ocio de alto padrón llama nuestra atención, debido a la transformación de los espacios urbanos en “lugares de consumo” y de prevalencia de los intereses privados. De cierto modo, hemos visto espacios que deberían ser públicos siendo segregados y privatizados, como por ejemplo las construcciones irregulares o “pseudo-regularizadas” próximas a las áreas de marina, los condominios cerrados que reservan el ambiente urbano a pocas personas, los emprendimientos hoteleros en locales privilegiados, la vista al mar que agrega valor a los inmuebles, entre otros. Aún cuanto a los aspectos inmobiliarios, vemos, en sus alrededores, la construcción de emprendimientos comerciales, algunos realizados en locales de preservación ambiental, como es el caso de conocidos shoppings centers de la ciudad. En ese contexto, la vida en la ciudad y la cultura tienden a ser transformadas en mercancía, en valor de cambio; la ciudad se vuelve una fortaleza con muros de resistencia al acceso de todos.

⁵³ El Índice de Desarrollo Humano (IDH) es una medida comparativa usada para clasificar los países por su grado de "desarrollo humano". La estadística es compuesta a partir de datos de expectativa de vida al nacer, educación y PIB (PPC) *per cápita* (como un indicador del padrón de vida) recogidos a nivel nacional. Cada año, los países miembros de la ONU son clasificados de acuerdo a esas medidas. El IDH también es usado por organizaciones locales o empresas para medir el desarrollo de entidades subnacionales como estados, ciudades, aldeas, etc.

Pero, al fin y al cabo, ¿cómo los habitantes de Florianópolis referencian su ciudad? Un poco de lo que cada habitante es para la ciudad, podría ser una respuesta, ya que la ciudad es construida por las relaciones cotidianas de quienes viven en ella, la transforman y son transformados por ella. Por eso, para entender lo cotidiano de los habitantes de Florianópolis serán analizadas las hablas de ellos sobre su experiencia en la ciudad.

B. CONSIDERACIONES ACERCA DEL MÉTODO ADOPTADO

La ciudad de Florianópolis es nuestro objeto de estudio desde 2010, con la investigación de las representaciones y relaciones de los jubilados con el espacio urbano. La publicación del cuaderno Floripa 287, en el Periódico Diário Catarinense, el 23 de marzo de 2013, nos llamó la atención por su contenido, que presentó las declaraciones acerca de las imágenes escogidas por habitantes de la ciudad, que eligieron los lugares más significativos del espacio urbano (Santos, 2013).

PARTICIPANTES

En el reportaje periodístico fueron entrevistadas 284 personas, siendo 269 habitantes locales y 15 visitantes. Consideramos, en este estudio, solamente habitantes locales (269), siendo 201 hombres y 68 mujeres, residentes en diversas regiones de la ciudad y con edades que varían entre 10 y 101 años, con un promedio general de edad de 48 años. Además de la heterogeneidad de edades, se verificaron 157 profesiones y/o ocupaciones diferentes entre los encuestados y 62 barrios diferentes de residencia, siendo que hay 89 barrios catalogados en la ciudad de Florianópolis, conforme el censo del IBGE de 2010.

PROCEDIMIENTOS ADOPTADOS

Las informaciones fueron recolectadas mediante pesquisa documental en el Periódico Diário Catarinense, como se especificó anteriormente. El uso de documentos en pesquisa cualitativa en las Ciencias Humanas y Sociales posibilita ampliar el entendimiento de objetos cuya comprensión necesita contextualización histórica y favorece a la observación del proceso de maduración o de evolución de sujetos, grupos,

conceptos, conocimientos, comportamientos, mentalidades, prácticas, entre otros (Cellard, 2008; Sá-Silva, Almeida & Guindani, 2009; Pimentel, 2013).

Nuestra intención, con este estudio, no fue generalizar sus hallazgos como si lo cotidiano en Florianópolis fuese de una manera o de otra, sino presentar “impresiones” detenidas a partir del material analizado. El análisis de las informaciones ocurrió en las etapas siguientes:

1ª) organizamos las declaraciones, que fueron digitadas en la herramienta Excel, del Sistema Operacional Office. Los datos fueron dispuestos individualmente, una línea para cada encuestado entre los 269, y 7 columnas conteniendo: región citada, nombre del encuestado, edad, sexo, profesión y/o ocupación, barrio de residencia y declaraciones;

2ª) realizamos lecturas recurrentes de las declaraciones, objetivando la aproximación de los discursos. A lo largo de esas lecturas, algunos trechos de las hablas de cada encuestado fueron destacadas y/o caracterizadas por palabras, a partir de su repetición, reiteración, ambivalencias o contradicciones. Estos trechos destacados y/o caracterizados fundaron indicadores acerca de lo cotidiano en Florianópolis. Por ejemplo, las personas que hicieron referencia a locales históricos como siendo los predilectos, tuvieron sus declaraciones señaladas con la expresión “locales históricos”.

3ª) paralelamente, realizamos el análisis del contenido de todas las declaraciones utilizando el software de análisis de textos IRAMUTEQ⁵⁴ (Camargo & Justo, 2013), cuando organizamos el cuerpo de texto en seis grupos, conforme a las regiones de la ciudad citadas en la materia periodística. En esa etapa, fue posible verificar las clases de textos que más se repitieron en las declaraciones. Buscamos trabajar el análisis en un movimiento dinámico, pues en la etapa de las lecturas recurrentes, la atención del investigador está imbricada, y, por eso, adoptamos el software IRAMUTEQ como forma de verificar si los aspectos centrales de los contenidos habían sido contemplados y, también, para llamarnos la atención acerca de lo que no habíamos percibido en las lecturas.

4ª) las etapas 2ª (indicadores) y 3ª (clases de textos) permitieron identificar, por similitud de contenido, las referencias centrales del discurso del habitante de

⁵⁴ El IRAMUTEQ es un *software* gratuito y desarrollado bajo la lógica de la *open source*, licenciado por GNU GPL (v2). (...) Este programa informático viabiliza diferentes tipos de análisis de datos textuales, desde aquellas bien simples, como la lexicografía básica (cálculo de frecuencia de palabras), hasta análisis multivariados (clasificación jerárquica descendente, análisis de similitud). Él organiza la distribución del vocabulario de forma fácilmente comprensible y visualmente clara (análisis de similitud y nube de palabras) (Camargo & Justo, 2013, p.515).

Florianópolis acerca de sus locales preferidos y expresiones vinculadas al cotidiano en la ciudad. Fueron seis las referencias identificadas, las cuales serán descritas en seguida.

C.IMPRESIONES DE LO COTIDIANO DEL HABITANTE DE FLORIANÓPOLIS

“¿Cuál es su lugar predilecto en Florianópolis?” fue una demanda periodística y eso es un primer aspecto a considerar. De cierta manera, presentar una demanda para publicación en medios de amplia circulación y sin anonimato, puede ser algo relevante a quien responde. “¿Qué esperan que yo les diga?” y “¿qué irán pensar de lo que yo diga?” ciertamente fueron cuestiones consideradas por los encuestados. Sin embargo, por más que una persona sea solicitada a hablar sobre algo y para alguien, lo que es dicho siempre será una elección personal. ¿Por qué escoger hablar de la propia casa? ¿Por qué hablar de los recuerdos y no del presente? ¿Por qué la nostalgia y el romanticismo al hablar de la ciudad? Diversos otros cuestionamientos se construyeron al analizar las hablas de los participantes y, de esos, gran parte se quedará sin ser descifrado, pues, en la pesquisa documental, no hay una aproximación con el sujeto, como sería en una entrevista psicológica, por ejemplo.

Al final, ¿qué encontramos en las hablas de los 269 participantes de la encuesta? El análisis de las declaraciones nos permitió identificar seis referencias centrales a los espacios de la ciudad. Tales referencias aparecieron 590 veces en el total de las declaraciones analizadas y representan un recorte de lo que los participantes de la encuesta buscan cotidianamente en las relaciones con la ciudad de Florianópolis. La intención de ese recorte no es generalizar y/o reducir entendimientos, sino de pensar y describir las referencias identificadas como correlacionadas e interdependientes para la comprensión de lo cotidiano de los habitantes de Florianópolis.

A continuación, describimos y discutimos acerca de cada una de esas referencias, ilustrando⁵⁵ con algunas declaraciones de los participantes:

A) ESPACIOS PARA EL OCIO Y LA GASTRONOMÍA.

⁵⁵ Buscamos ilustrar nuestros hallazgos con partes de las declaraciones dadas por los participantes a la encuesta del periódico. Optamos por abreviar el nombre de todos, al final de la citación, para evitar exposiciones. Sin embargo, resaltamos que la identificación del habitante es completa en el material analizado.

Se refiere a los espacios caracterizados por posibilitar el descanso, el ocio y la gastronomía, como frecuentar restaurantes, bares, cafés, clubes de danza, etc. Esta referencia fue identificada en prácticamente la mitad de los discursos de los participantes, siendo repetida por 209 veces, una vez que cada entrevistado puede volver al tema varias veces.

La feria libre del barrio Itaguaçu es como cromoterapia. Como vivo en el barrio, siempre voy en bicicleta. Es para relajarse, intercambiar conocimientos, entender de sustentabilidad y conocer la procedencia de lo que se está consumiendo. Y la vista es linda, con las gaviotas a fondo, como en las obras de mi inolvidable amigo Hassis. (L.P, directora de eventos, 50 años, vive en el barrio Coqueiros).

El trabajo y el ocio en la contemporaneidad son concebidos en la forma de productos, teniendo el primero cierta primacía en relación al segundo, pues ocio es, muchas veces, comprendido como una recompensa por el trabajo o una necesidad para neutralizar la fatiga de la vida moderna (Lefebvre, 1991b). La ideología capitalista se señoreó de ese modo de comprensión del ocio y pasó a administrar el espacio, tomándolo como referencia de planeamiento urbano (una industria del ocio, como trata Lefebvre, 2006). Así, resorts, parques, locales para la práctica deportiva y otros pensados para el ocio, son, en la gran mayoría, referencias para el consumo donde se pretende transformar el espacio en lugares de algunos o de muchos, conforme se procura democratizar o limitar el acceso a tales relaciones. “Lo que más me gusta es un *happy hour* con profesores, colegas de la universidad y alumnos en algún bar del barrio la Trindade⁵⁶ [...] (C.G., profesor, 58 años, vive en el barrio Ingleses).

La región Norte de la Isla de Florianópolis fue bastante citada por los participantes como espacio para el ocio y la gastronomía, en especial el barrio de Jurerê Internacional. El local es conocido nacional e internacionalmente por el planeamiento urbano y las suntuosas construcciones, siendo frecuentado por personas famosas de todo el mundo en fiestas lujosas. En 2009, el periódico norteamericano *The New York Times* publicó una materia con foto del barrio Jurerê Internacional denominada: “El lugar para estar: Florianópolis, Brasil” (Sherwood, 2009), comparando el local con Ibiza y Miami, referenciando las fiestas y la idea de paraíso, sin ninguna contextualización de problemas urbano-sociales.

⁵⁶ Barrio donde se ubica la universidad, y por esa razón es repleta de bares y restaurantes.

Los espacios para el ocio están comúnmente asociados a la gastronomía y al consumo (Lefebvre, 2006). Las playas para el turismo de sol; las montañas para el camping, para el senderismo y la escalada; los ríos y cascadas para deportes radicales; los desiertos para expediciones.

Me gusta mucho el espacio de arte y cultura en el restaurante X. Tiene buena música, tapas sabrosas y bebida bien helada, además de los aperitivos de berberecho y camarón. Voy unas dos o tres veces al mes. Además de que la calle donde está ubicado se volvió un boulevard, quedó fantástico. (H. C, jefe de cocina, 44 años, vive en la Playa de Santinho –subrayado del autor).

Los discursos de los participantes acerca de Florianópolis reiteraron la comprensión de los espacios urbanos a partir del ocio de consumo⁵⁷, haciéndose percibir dualidades y ambigüedades en los modos y cotidiano en la ciudad.

B) ESPACIOS QUE PERMITAN EL CONTACTO CON LA NATURALEZA.

Se refieren a la búsqueda por espacios urbanos naturales como playas, senderos, parques abiertos, etc. Estos lugares fueron referenciados en todas las regiones citadas, sin embargo verificamos mayores designaciones a las regiones Este y Sur, tratándose de locales con balnearios muy conocidos y visitados por habitantes y turistas. En el Este, la región de Lagoa da Conceição con las playas de Joaquina, Barra da Lagoa, Playa Brava y Playa Mole y, al Sur, Campeche y Pantano do Sul. Esta referencia apareció 129 veces en las hablas.

Sé que va a parecer cliché, pero es eso, la Lagoa da Conceição es el mejor lugar para estar. Tiene todo, tú ves el mar, la laguna, las dunas, vas hacia Barra, Joaquina y Mole, es fantástico. Particularmente, me gusta mucho pescar saliendo del canal de la Barra. Aquí tengo todo en un único lugar y la calidad de vida es incomparable. (A. O., jefe de cocina, 54 años, vive en el barrio de la Barra da Lagoa).

Se verificó, comúnmente, que residentes en regiones más urbanizadas, como en el centro y continente, hacen referencia a la búsqueda por locales que presenten la naturaleza más preservada, trayendo en sus hablas la búsqueda por calidad de vida. “Desde niño siempre soñé con los atardeceres en la playa de Itaguaçu. El mar, las piedras a moldurarlo, los árboles y la brisa soplando, nada más. Todo el ambiente acogedor que el romanticismo exige. Maravilla de la naturaleza” (R.A, periodista, 72 años, vive en el barrio Estreito). “Me encanta cabalgar junto a la naturaleza con mi

⁵⁷ Ocio utilizado para consumir, no para descansar.

familia en el barrio Rio Vermelho. Es un local donde olvidamos todo tipo de estrés y charlamos sobre todo, pues el ambiente es divino” (E.M, empresario, 43 años, vive en el Centro de la ciudad).

Florianópolis, en el mismo modelo de transformación de las ciudades occidentales (Lefebvre, 1999), se vuelve cada vez más el medio donde la naturaleza dominante es, a su vez, dominada. Hace cerca de 50 años, los contornos de los espacios centrales de Florianópolis eran bordeados por el mar y, actualmente, tras los aterramientos y las construcciones cada vez más verticales, el escenario se modificó y se volvió profundamente artificial. Un ejemplo de eso es la Bahía Norte de 1960, donde estaban los balnearios de Muller, de Fora y de São Luiz, con una extensión de arena de cerca de 30 metros y que dejaron de existir con el aterramiento para la construcción de la Avenida Beira Mar Norte. Lo que quedó del mar en esta Bahía, hoy, es el local con las aguas más contaminadas de Florianópolis, donde son invertidos millones en el intento de recuperación y revitalización (Rovai, 2012).

La naturaleza no es un elemento pasivo de la producción humana, se modifica en la construcción histórica de la humanidad, en un proceso de *laboratorio* permanente, en que el ser humano también se transforma. La ciudad, vista a partir del capital, como lugar de la fuerza productiva, permite la concentración de saberes, de técnicas y de los propios medios de producción, donde también se manifiestan los conflictos entre la naturaleza y la sociedad (Lefebvre, 1999).

Las regiones Este y Sur, referenciadas con mayor énfasis por sus aspectos naturales, son lugares donde el debate sobre preservación y construcción civil es frecuente, pautado por las edificaciones clandestinas, al establecer límites para construir y las disputas por terrenos sin escrituración pública. En las dos últimas décadas, especialmente, tales regiones pasaron a tener mayor visibilidad nacional e internacional, atrayendo nuevos habitantes y visitantes, lo que cambió el modo de vida en estos lugares y trajo a la luz las discusiones, también, acerca del crecimiento poblacional desordenado (Lopes, Espíndola & Nodari, 2013).

C) ESPACIOS PARA ENCONTRAR PERSONAS.

Se refieren a lugares que favorecen la conversación con amigos, el encuentro con colegas de trabajo y estudios, estar en locales con mayor circulación de gente. Esta referencia fue identificada 77 veces en las declaraciones.

El lugar que más me gusta es la esquina entre la calle Felipe Schmidt y la Trajano. Es donde todavía encuentro amigos antiguos. Siempre hay gente de mi edad por ahí, es donde nosotros conseguimos parar para una charla y reírnos un poco. (D.A.B, jubilado, 82 años, vive en el barrio Estreito).

Esta referencia apareció vinculada, especialmente, a las regiones central y continental, que son locales muy poblados, con comercio desarrollado, donde residen y circulan muchas personas por su trabajo. Estos lugares traen la idea de estar de pasaje o de deber cumplido, de cierto modo, dan a entender que las actividades obligatorias son realizadas y, posteriormente, como si fuera una gratificación, es posible estar de cháchara.

En ese contexto, nos cuestionamos: ¿Por qué lo social parece estar en segundo plano en lo cotidiano del habitante de Florianópolis? Para Simmel (2005), los modos de vida del hombre urbano son acompañados de cierta impersonalidad y dificultad de relacionarse con las personas a su vuelta, como una forma de preservación individual a lo que no es propio y conocido a uno mismo en el espacio urbano. Al mismo tiempo en que hay una mayor aproximación corporal y que las personas se “tropiezan”, estas no se identifican; al mismo tiempo en que hay una vida social activa, la impersonalidad toma espacio poco a poco.

Florianópolis, a partir de las hablas de muchos de sus habitantes, especialmente de aquellos nacidos hace cincuenta años o más, vive un período de transición: no es ciudad grande, ni pequeña; muchos se conocen, sin embargo, no siempre se reconocen. Uno de los aspectos relevantes para esa transición y cambios en los modos de vida es el expresivo crecimiento demográfico en corto espacio de tiempo, citado en el inicio de este texto.

Las relaciones con lo urbano existentes en el pasado, en que las plazas eran vistas como espacios de encuentro y de manifestaciones políticas, hoy son raras y reservadas a eventos especiales. Hubo cambios, también, en los frecuentadores de estos espacios, limitándose, cada vez más, a los niños y a los ancianos por disfrutar de algún tiempo libre (Walter, 2013).

D) ESPACIOS HISTÓRICOS DE LA CIUDAD.

Se refieren a los espacios históricos y/o lugares que mantienen la cultura local. Normalmente, son locales conocidos y con atractivos turísticos. En este grupo, fueron ampliamente nombrados la Plaza XV, el Mercado Público, el Puente Hercílio Luz y los

museos, así como barrios históricos como Santo Antônio de Lisboa y Sambaqui. Esta referencia fue identificada 90 veces en las hablas analizadas. “Un punto simbólico de la ciudad es la esquina entre la Plaza XV, la Catedral y el Museo Cruz e Sousa. Sintetiza Florianópolis y me marca como la esquina más bonita de Santa Catarina (V.L, funcionario público, 52 años, vive en el Centro).

Florianópolis, tras la baja de la actividad portuaria, mantuvo parte de su acervo histórico, urbano y arquitectónico vinculado a los modelos portuarios (Adams, 2002). El crecimiento urbano de la ciudad se organizó a partir de la Plaza XV y de la Catedral Metropolitana, que siguiendo la línea del mar, fueron referenciales físicos y centralizaron en sus alrededores el comercio. Otro marco para la estructuración urbana central fue la construcción del Puente Hercílio Luz, en 1926, uniendo isla y continente, pues, en su dirección, se expandieron las dos calles más conocidas en la ciudad: Felipe Schmidt y Conselheiro Mafra.

Empecé a trabajar con 15 años en la Librería Lunardelli. Desde esa época yo iba a descansar en la Plaza XV, porque quedaba muy cerca de mi trabajo. Hoy sigo yendo mucho, para leer el periódico o para quedarme observando a las personas, principalmente a los turistas. Me gusta verlos corriendo alrededor de la higuera, buscando algún tipo de suerte (S.M.M, empresario, 46 años, vive en el Centro).

Los barrios de Santo Antônio de Lisboa y Sambaqui son locales que recibieron las primeras poblaciones de la isla y conservan la arquitectura y la cultura de los Açores, por eso, generalmente son destinos de quienes pasan por la ciudad y fueron espacios bastante valorados en las declaraciones de los encuestados.

E) ESPACIOS DE LA PROPIA CASA COMO REFERENCIA.

La citación de la residencia apareció en las hablas en el sentido de mirar hacia la ciudad desde su casa, de la apreciación de su casa como lugar preferido en la ciudad y hacer mención a la propia casa como referencia en la ciudad. Esta referencia apareció 54 veces en las declaraciones analizadas. “Mi lugar preferido es mi casa. Ella fue construida por mi marido, cada rinconcito tiene un poco de él. Yo nací, me crié, estudié y me casé aquí en el barrio Monte Serrat” (M.L. C. G., jubilada, 74 años, vive en el Monte Serrat).

La ciudad corresponde a uno de los más profundos y ancestrales deseos del hombre: el habitar, la necesidad de tener un lugar y el “modo como estamos en un lugar”. Solo el ser humano habita y necesita edificar su casa como el lugar físico de su

habitar. Habitar quiere decir estar en casa, en un lugar determinado, estar enraizado en él y pertenecer a él, modificándolo y siendo modificado por lo que ocurre en él. La casa es el lugar que más elementos, sentidos y significados trae a la persona acerca de su habitar, por eso, algunos identificaron sus residencias como los locales preferidos en la ciudad de Florianópolis y es común que las personas traigan la figura de sus casas al hablar sobre la ciudad.

La ciudad contemporánea es, por su naturaleza, inestable y mutable a todo tiempo, pasando por situaciones críticas y soluciones transitorias a sus propios problemas. Como espacio micro, una casa se asemeja a la ciudad: es pensada para una familia, que se subdivide cuando los hijos se casan, que pasa a tener otros núcleos cuando alguien muere; que es reformada, ampliada o disminuida conforme a una necesidad; que puede ser transformada en un lugar de comercio, pasando a tener significado para otras personas. De la misma forma en la ciudad, las transformaciones ocurren a todo tiempo (Secchi, 1999), pues es una extensión de cada persona, de cada cuerpo (Lefebvre, 1991a).

F) ESPACIOS DEL CONTEXTO DE LA HISTORIA DE VIDA PERSONAL Y FAMILIAR Y DEL TRABAJO.

Aparecen en referencias a la historia personal y familiar, al trabajo, a los recuerdos del pasado, etc. En este grupo, hay el simbolismo de que estar en la ciudad es estar en el lugar de la persona, siendo que la ciudad es percibida como parte de la vida cotidiana. Esta referencia fue identificada 31 veces en las declaraciones analizadas.

El caserón de la Asociación del barrio del Sambaqui fue como un abrigo para mí. Fue allá que jugué fútbol cuando niño, que fueron instalados los primeros teléfonos de Florianópolis y donde mis hijos participaron de los movimientos de Boi-de-Mamão⁵⁸. Frecuento hace 30 años y ya fue mi taller, hice exposiciones y, actualmente, hay artesanías y tejederas. (E. A., artista plástico, 57 años, vive en Sambaqui).

Florianópolis es percibida, por algunos de sus habitantes, mucho más por los recuerdos que por las posibilidades de ser participante en su construcción en el presente y en el futuro. El hablar a partir de recuerdos puede ser leído como una

⁵⁸ El boi-de-mamão es una expresiva manifestación folclórica que ocurre en el Estado de Santa Catarina, Brasil, siendo escenificado principalmente en la región del litoral. Tiene su origen en los juguetes con el buey hechas en los Açores, y su primer registro con este nombre en Santa Catarina registrado el 1840. Se trata de un auto en tono cómico, pero con un elemento central dramático: la muerte y la resurrección del buey.

mediación reveladora de las contradicciones históricas de los seres humanos en sus relaciones con lo urbano, antes percibido como obra y, hoy, como producto.

D. CONSIDERACIONES POSIBLES.

Los espacios urbanos retratan las interacciones entre la ciudad y las personas que en ella habitan, representando también los modos de vida y lo que pasa en lo cotidiano de todos. Las referencias centrales identificadas en este estudio y el diálogo teórico propuesto nos permitieron la construcción de algunas reflexiones acerca de lo cotidiano del habitante de Florianópolis, presentadas en los párrafos siguientes.

La primera reflexión que traemos hace referencia al cotidiano y al espacio urbano, en el cual se percibió la búsqueda por nuevas posibilidades de interacción con la ciudad, como por ejemplo las hablas sobre el contacto con la naturaleza, sobre los locales históricos y sobre el contexto de vida individual. También, esta búsqueda fue mencionada por aquellas personas que presentaron sus referencias en lugares distantes del trabajo o de la residencia, donde más tiempo permanecen. Tal búsqueda puede ser extendida a muchas otras ciudades en el mundo, en vista de las transformaciones diarias en los espacios urbanos y cierta angustia sentida por las personas que las viven, siendo por ellas comprendidas o no. Tener un lugar de encuentro e identificación consigo mismo, se vuelve desafiante en medio de la vida contemporánea.

En esa línea de pensamiento, Secchi (1999) afirma que la separación se ha traducido en un principio orientador del urbanismo. Tratándose de la realidad de Florianópolis, no hay una unidad urbana, hay, sí, muchas pequeñas ciudades independientes de cierta forma, dentro de ella misma. Es el caso de los barrios Ingleses y Jurerê, barrios con características propias que difieren de la ciudad como un todo. Hay otros barrios que se caracterizan por la falta de prácticamente todo, incluyendo las condiciones mínimas de vida. Ambas realidades, demuestran la falta de unidad en la ciudad. De la misma forma, otro aspecto simbólico de esta separación es la expansión de la construcción civil sin límites, que modifica, a todo tiempo, los paisajes urbanos y da una apariencia de fragmentación de los espacios. En la mirada del habitante de Florianópolis esta separación parece estar acompañada de cierta nostalgia, por el empobrecimiento de lo que se ve, ciñendo los intentos de interacción con los espacios urbanos, en una búsqueda por hacerse presente y participante.

Nuestra segunda reflexión trata de la reproducción del espacio en lo cotidiano que también llama la atención, entendiéndose por reproducción de las relaciones capitalistas como proceso no natural, lleno de contradicciones y distanciado de los conflictos de la realidad. Lo cotidiano se da en un espacio que es producto y condición para la producción, favoreciendo el capitalismo como dominador de las relaciones (Lefebvre, 2006). En las hablas analizadas, la relación de reproducción y ciudad como valor de cambio aparece con evidencia, especialmente por las referencias a los locales de consumo y gastronomía, donde, de cierta forma, se puede decir que el placer es comprado. En la contramano, los espacios públicos, que podrían congregarse para el ocio, parecen estar lejos del ideal esperado por el habitante de Florianópolis. La ciudad del espectáculo (Lefebvre, 2006) pasa a ser reducida a la venta de estilos de vida y de ocio. Nos queda la impresión de que hay una otra ciudad no descubierta todavía, basada en valores intangibles de la conversa entre amigos en una plaza cualquiera, de caminar en un parque, mirar un paisaje o disfrutar, simplemente, de sus bellas playas.

Lo cotidiano en los espacios urbanos de Florianópolis aparece multifacético e idealizado, con grandes contrastes sociales y culturales, que se funden con la prosperidad pregonada para incentivar el turismo. La velocidad de la información y los cambios continuos en las ciudades alejan a las personas de su apreciación, imponiendo imágenes y escenas estáticas, en lugar de las descubiertas del transeúnte. Eso ocurre al habitante de Florianópolis, que, por veces, trae en su discurso la ausencia del contacto con lo urbano en sí. Por veces, nos quedó la impresión de que la ciudad es idealizada, a partir de deseos individuales y no de lo que ella tiene y es realmente. Así, concordamos con Martins (1998), la “vida de todo el día se volvió el refugio de los escépticos, se volvió igualmente el punto de referencia de las nuevas esperanzas de la sociedad. El nuevo héroe de la vida es el hombre común inmerso en lo cotidiano” (p.2, traducción nuestra).

Por fin, queda la impresión de que la vida cotidiana en Florianópolis se constituye, al mismo tiempo, de la pluralidad de los deseos de sus habitantes y de la convergencia de intereses que camuflan el actuar; de la recomposición de las referencias históricas y del distanciamiento de las identificaciones con la ciudad; de la búsqueda por estar cerca y de la fugacidad de los encuentros...Y, por ser la ciudad un retrato siempre en construcción y en movimiento, a todo tiempo cambian las formas de las personas al reconocerse y representar lo cotidiano a partir de ella.

REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

ADAMS, B. (2002). *Preservação Urbana: Gestão e Resgate de Uma História*. Florianópolis: Editora UFSC.

AGOSTINHO, M. da G. (1997). *O Estado e a transformação do espaço urbano: a expansão do Estado nas décadas de 60 e 70 e os impactos no espaço urbano de Florianópolis*. Tesis de maestría no publicada, Universidade Federal de Santa Catarina, Florianópolis, Brasil.

AGOSTINHO, M. da G. (2008). *Espaço público urbano e cidadania nas cidades contemporâneas: o caso do Parque da Luz em Florianópolis/SC*. Tesis doctoral no publicada, Universidade Federal de Santa Catarina, Florianópolis, Brasil.

BARREIRA, M. R. A. (2009). *Henri Lefebvre: a crítica da vida cotidiana na experiência da modernidade*. Tesis doctoral no publicada, Instituto de Psicologia, Universidade do Estado do Rio de Janeiro, Rio de Janeiro.

CELLARD, A. (2008). A análise documental. *En: J. Poupart; J.P. Deslau-Riers; L.H. Groulx; A. Lapemère; R. Mayer; A.P. Pires (org.), Pesquisa qualitativa: enfoques epistemológicos e metodológicos (pp.139-154)*. Petrópolis, Rio de Janeiro: Editora Vozes.

CAMARGO, B.V. & JUSTO, A. M. (2013). IRAMUTEQ: um software gratuito para análise de dados textuais. *Temas em Psicologia, 21(2)*, 513-518.

CARLOS, A. F. A. (2007). *O Espaço Urbano: novos escritos sobre a cidade*. São Paulo: Labur Edições.

CORSO, A. M. & SILVA, M. R. (2009). As representações sobre trabalho de professores que atuam no PROEJA: da representação moral do trabalho ao trabalho como autorrealização. *Revista Trabalho & Educação, 18(1)*, 107-122.

DIÁRIO CATARINENSE. (2013). *Florianópolis tem o terceiro melhor IDH do Brasil, de acordo com ranking da ONU*.

FERREIRA, A. B. de H. (2009). *Dicionário Aurélioda Língua Portuguesa*. Rio de Janeiro: Positivo.

INSTITUTO BRASILEIRO DE GEOGRAFIA E ESTATÍSTICA-IBGE. (2010). *Banco de Dados Agregados –Censo 2010*. Sistema IBGE de Recuperação Automática SIDRA. Recuperado em 15 de junho de 2013, de www.ibge.gov.br/sidra.

KUHNEN, A. & SILVEIRA, S. M. da. (2008). Como crianças percebem, idealizam e realizam o lugar onde moram. *Revista de Psicologia USP*. São Paulo, 19(3).

LACOMBE, M. S. M. (2007). Os fundamentos marxistas de uma sociologia do cotidiano. *Revista Outubro*, 17(1), 145-172.

_____ (1977). *Critique de la vie vie quotidienne*. Vol.1. Paris: L'Arche Éditeur.

_____ (1991a). *O Direito à Cidade*. São Paulo: Ed. Moraes.

_____ (1991b). *Vida cotidiana no mundo moderno*. São Paulo: Ed. Ática.

_____ (1999). *A cidade do capital*. (M. H. R. Ramos & M. Jamur, Trans.). Rio de Janeiro: DP&A.

_____ (2006). *A produção do Espaço*. (D. B. Pereira & S. Martins, Trans.) Do original: *La production de l'espace*. 4e, éd. Paris: Éditions Anthropos.

LOPES, A.R.S., ESPÍNDOLA, M. A. & NODARI, E. S. (2013). Uma análise histórica e ambiental do deslocamento da “pedra” do Morro da Mariquinha -Florianópolis (SC). *Revista Latino-Americana de História*, 2(8), 115-125.

MACÁRIO, C. (2012). *Antropólogo italiano Massimo Canevacci criticou o conservadorismo de Florianópolis*. Jornal Notícias do Dia On line.

MAKOWIECKY, S. (1999). *A cidade de Florianópolis: memória, imagem, território e imaginário urbano*. Tesis de maestría no publicada, Universidade Moderna de Lisboa, Lisboa, Portugal.

_____ (2012). *A representação da cidade de Florianópolis na visão dos artistas plásticos*. Florianópolis: DIOESC-Diretoria da Imprensa Oficial e Editora de Santa Catarina.

MAKOWIECKY, S., & FILHO, A.A.C. (2005). *Florianópolis: conjuntos históricos urbanos tombados*. Revista de pesquisa CEART.

MARTINS, J. de S. (1996). *Henri Lefebvre e o retorno à dialética*. São Paulo: Hucitec.

_____ (1998). O senso comum e a vida cotidiana. *Tempo Social*, 10(1), 1-8.

_____ (2000). *A Sociabilidade do Homem Simples. Cotidiano e História na Modernidade Anômala*. São Paulo: Ed. Hucitec.

NASSER, A. C. A. (2011). A noção lefebvriana de cotidiano em um estudo sobre albergados na cidade de São Paulo. *35ª Reunião Anual da Anpocs*. MR-17 –Vinte anos sem Henri Lefebvre.

PAIS, J. M. (2013). Sociologia da Vida Cotidiana. *Jornada Internacional –A atualidade da sociologia enraizada de José de Souza Martins*. 19 de novembro de 2013. Programa de Pós Graduação em Sociologia da Universidade de São Paulo, São Paulo.

PIMENTEL, A. do S. (2013). Pesquisa qualitativa da violência psicológica: um instrumento de análise da linguagem. *Revista Contextos Clínicos Unisinos*, 6(1), 15-24.

PREFEITURAMUNICIPALDEFLORIANÓPOLIS–PMF. (2013). *História de Florianópolis*.

ROVAI, G.(2012). *Antes de ser aterrada, Baía Norte, em Florianópolis, tinha águas limpas próprias para o banho*.

SANTOS, C. (2013, 23 de março). Floripa 287: no aniversário de Florianópolis, moradores e visitantes revelam suas paisagens e locais prediletos. *Jornal Diário Catarinense, Caderno Especial*, 52 p.

SÁ-SILVA, J. R., ALMEIDA, C. D. de & GUINDANI, J.F. (2009). Pesquisa documental: pistas teóricas e metodológicas. *Revista Brasileira de História & Ciências Sociais*, 1(1), 1-15.

SECCHI, B. (1999). Ciudad moderna, ciudad contemporanea y sus futuros. In. A. M. Ramos (Org.) (2004). *Lo urbano en 20 autores contemporâneos*. Barcelona: Edicions UPC, pp. 145-158.

SHERWOOD, S. (2009). *The Place to Be: Florianópolis, Brazil*. New York Times.

SIMMEL, G. (2005). As grandes cidades e a vida do espírito. *Mana*, 11(2), 577-591.

SOUZA, C.B.G. (2009). A contribuição de Henri Lefebvre para reflexão do espaço urbano da Amazônia. *Confins*, 5(1), 1-10.

VÉRAS, M. P. B. (2000). *Trocando olhares: uma introdução à construção sociológica da cidade*. São Paulo: Studio Nobel.

WALTER, C.N.B. (2013). Entre a proximidade e a distância: a sociabilidade e a impessoalidade na vivência do urbano. *Revista E-Metropolis*, 12(4), 38-43.

SUBVIRTIENDO EL ORDEN EN EL ESPACIO Y EN EL TIEMPO: LA GEOGRAFÍA HISTÓRICA DE LAS CONTRACULTURAS ESPACIALES

Luis Fernando De Matheus e Silva⁵⁹

El principal objetivo de este texto es examinar críticamente el surgimiento y la diseminación – en diferentes momentos de la geografía histórica del capitalismo – de experiencias puntuales de organización social y producción espacial “alternativas” que aquí son denominadas “contraculturas espaciales”. Para colaborar con su construcción teórica y conceptual, así como para problematizar la praxis de los experimentos de este tipo que han sido materializados en el espacio a lo largo de la historia, serán incorporadas algunas de las ideas que fueran tomadas de la obra de Henri Lefebvre, en especial aquellas presentadas por él en el libro *La Revolución Urbana*, friccionándolas con determinados conceptos y teorías provenientes de otros pensadores vinculados a la tradición marxista, entre los cuales se destaca el geógrafo británico David Harvey y su noción de utopismo dialéctico desarrollado en el libro *Espacios de Esperanza*. Así, desde una perspectiva crítica, pero no ortodoxa, volcada hacia la virtualidad posible de un horizonte utópico ubicado más allá de los límites del capital, se espera discutir las relaciones existentes entre el surgimiento de las contraculturas espaciales y las distintas crisis capitalistas, problematizando la potencialidad contenida en estas experiencias, así como sus límites y contradicciones.

INTRODUCCIÓN AL CONCEPTO DE “CONTRACULTURA ESPACIAL”

Aunque se hayan popularizado entre las décadas de 1960 y 1970, lo cierto es que proyectos de vida comunitaristas, fundados en base a valores y formas de producción y de organización contrahegemónicos, están presentes en el mundo moderno y occidental desde por lo menos mediados del siglo XIX, con su historia extendiéndose de forma más o menos constante a lo largo del siglo XX, hasta llegar a los días actuales

⁵⁹ Departamento de Geografía, Universidad Alberto Hurtado. Doctor en Geografía Humana por la Universidad de São Paulo. Contacto: luisfernandomatheus@gmail.com.

cuando nuevamente parecen recobrar fuerza. Teniendo como objetivo romper con la lógica “totalitarista” y enajenadora impuesta por la “cultura espacial”⁶⁰ tornada hegemónica a lo largo de la modernidad capitalista – enmarcada, entre otras cosas, por la supremacía del valor de cambio y de la propiedad privada, por la superexplotación de los seres humanos y de los bienes naturales, por la alienación generalizada y por la tendencia hacia la homogeneidad – esas experiencias socioespaciales alternativas, a pesar de todas las diferencias que presentan entre sí, pueden ser analizadas como parte de un mismo proceso lleno de rupturas, contradicciones y continuidades, razón por la cual son aquí nombradas genéricamente como “contraculturas espaciales”.

En relación a la noción de contracultura, Pereira (1985) recuerda que ésta suele engendrar dos dimensiones distintas, pero estrechamente relacionadas. La primera es históricamente datada y se vincula específicamente con el conjunto de manifestaciones antisistémicas vivenciadas en el final de los años 1960. Ya la segunda se refiere a algo más abierto y general:

Un cierto espíritu, un cierto modo de contestación, de enfrentamiento frente al orden vigente, de carácter profundamente radical y bastante extraño a las formas tradicionales de oposición a este mismo orden dominante. Un cierto tipo de crítica anárquica (...) que de cierta forma “quiebra con las reglas del juego” en términos del modo de hacer oposición a una determinada situación. Así entendida, la contracultura surge cada cierto tiempo, en las más variadas épocas y situaciones (p.73)⁶¹.

Es justamente esta dimensión más abstracta de contracultura, cuya amplitud hace posible incorporar diversas situaciones y contextos histórico-geográficos (en cuanto

⁶⁰ En este caso, el término cultura es utilizado de forma bien amplia, sirviendo para referirse al conjunto de características – materiales, simbólicas e ideológicas – que son inherentes a la producción capitalista del espacio.

⁶¹ Traducción libre, del original en portugués: “Um certo espírito, um certo modo de contestação, de enfrentamento diante da ordem vigente, de caráter profundamente radical e bastante estranho às formas mais tradicionais de oposição a esta mesma ordem dominante. Um tipo de crítica anárquica (...) que de certa maneira “rompe com as regras do jogo” em termos de modo de se fazer oposição a uma determinada situação (...). Uma contracultura, entendida assim, reaparece de tempos em tempos, em diferentes épocas e situações, e costuma ter um papel fortemente revigorador da crítica social”.

estén circunscriptos a los límites de la cultura moderno-occidental), que sirve como base referencial para la conceptualización de las contraculturas espaciales, es decir, expresiones puntuales de valores, principios y prácticas diferentes de aquellos que usualmente guían a la sociedad burguesa y a la producción capitalista del espacio. Materializadas como “puntos heterotópicos de resistencia”, las contraculturas espaciales constituyen lugares distintos, pero contradictoriamente integrados a sus alrededores, y que funcionan como especies de laboratorios donde se abre la posibilidad de testear, en la esfera de lo cotidiano, formas alternativas de vivir y de hacer las cosas. Es importante mencionar que el término heterotopía es utilizado de acuerdo con la perspectiva sostenida por Henri Lefebvre (2004) para referirse al lugar otro, o el otro lugar que se organiza y se establece de forma diferente, pero al mismo tiempo imbricado a la isotopía que lo circunda. Bajo esta óptica, la heterotopía debe ser necesariamente pensada en relación a una u-topía, que, según el juicio de Lefebvre, representa:

El no-lugar que no acontece y entretanto busca su lugar (...), el lugar de la ausencia-presencia: de lo divino; de la potencia; del medio ficticio medio real; del pensamiento sublime (...). Evidentemente, en este sentido lo u-tópico no tiene nada que ver con el imaginario abstracto (Lefebvre, 2004, p.45)⁶².

Teniendo esto claro, es posible definir las contraculturas espaciales de modo más preciso, relacionándolas con aquellos microexperimentos de producción socioespacial, generalmente de carácter comunitarista, nacidos como intentos de subvertir el orden dominante, en que el *nivel privado* y la *esfera de lo cotidiano*⁶³

⁶² Traducción libre, del original en portugués: “o não lugar que não acontece, e, entretanto, procura o seu lugar (...), o lugar da ausência-presença: do divino; da potência; do meio-fictício meio-real; do pensamento sublime (...). É evidente que, nesse sentido, o u-tópico nada tem a ver com o imaginário abstrato. Ele é real”.

⁶³ De acuerdo con Lefebvre, el nivel privado corresponde al nivel del habitar. Muchas veces, este nivel no ha recibido la debida atención, siendo considerado menos importante en relación a los niveles mixto y global. Sin embargo, Lefebvre afirma la necesidad de reinvertir este sentido, de modo de atraer el habitar para el primer plano, al final, según él: “el hombre habita como poeta”. Esto significa que la relación del ‘ser humano’ con la ‘naturaleza’ y con su propia naturaleza, con el ser, reside en el habitar, en él se realiza y en él se lee(...) esta relación del ‘ser humano’ con la ‘naturaleza’ y su propia naturaleza (con el deseo, con su propio cuerpo) jamás se ha encontrado en una situación de miseria tan profunda como bajo el reinado del hábitat y de la racionalidad pretensamente urbanística” (Lefebvre, 2004, p.81-82).

asumen primacía y se tornan el locus privilegiado en lo cual son experimentadas y desarrolladas técnicas, prácticas y solidaridades distintas de aquellas que conforman la lógica homogeneizadora, enajenadora e individualista del espacio abstracto, es decir, aquel tipo de espacio enredado con las reglas del mercado, con el desarrollo de la industria y con las tácticas del Estado (Damiani, 2001).

Ahora bien, si por un lado es cierto que las contraculturas espaciales poseen ciertas características en común, es preciso recalcar que estas experiencias no configuran un bloque uniforme y homogéneo. Al contrario, los objetivos y las formas asumidas por los distintos proyectos suelen variar considerablemente en el tiempo y en el espacio, teniendo en cuenta que en una escala macro, se relacionan con las condiciones presentadas por el contexto histórico-geográfico en que surgen, y, en una escala micro, se vinculan a la especificidad del grupo de personas involucradas con su consecución (a sus orientaciones filosóficas, ideologías, historias de vida, etc.), así como a las particularidades de los lugares donde se desarrollan. De esa manera, el carácter pluralista y divergente puede ser señalado como una de las principales marcas de este fenómeno, garantizando, en la práctica, una tremenda riqueza y variedades de situaciones, incluyendo desde proyectos pautados por la religiosidad hasta otros más politizados.

De todos modos, estas espacializaciones deben ser analizadas como expresiones modernas, que se encuentran (directa o indirectamente) integradas a las movilizaciones y manifestaciones antisistémicas que han surgido periódicamente desde la segunda mitad del siglo XIX, en virtud de las contradicciones engendradas por la urbanización y por la acumulación del capital. Por lo tanto, aunque sea posible constatar diversos ejemplos de organización social y producción espacial alternativos y de carácter oposicional a los procesos sociales y a los valores hegemónicos vigentes en cada momento específico de la geografía histórica del capitalismo, se considera que los orígenes de las contraculturas espaciales (tal como aquí se utiliza este concepto) deben ser rastreados durante el momento crítico que marcó la consolidación del período industrial y el preuncio de la urbanización. Así, es precisamente el proceso de constitución de la sociedad urbana⁶⁴, y las múltiples crisis provenientes de él, que

⁶⁴ Para Lefebvre (2004), la “sociedad urbana”, a pesar de nacer con la industrialización, solamente se consolida en el momento en que “las antiguas formas urbanas, heredadas de transformaciones discontinuas, finalmente explotan (Ibid., p.15). En este sentido, la sociedad urbana es tanto una hipótesis como una definición.

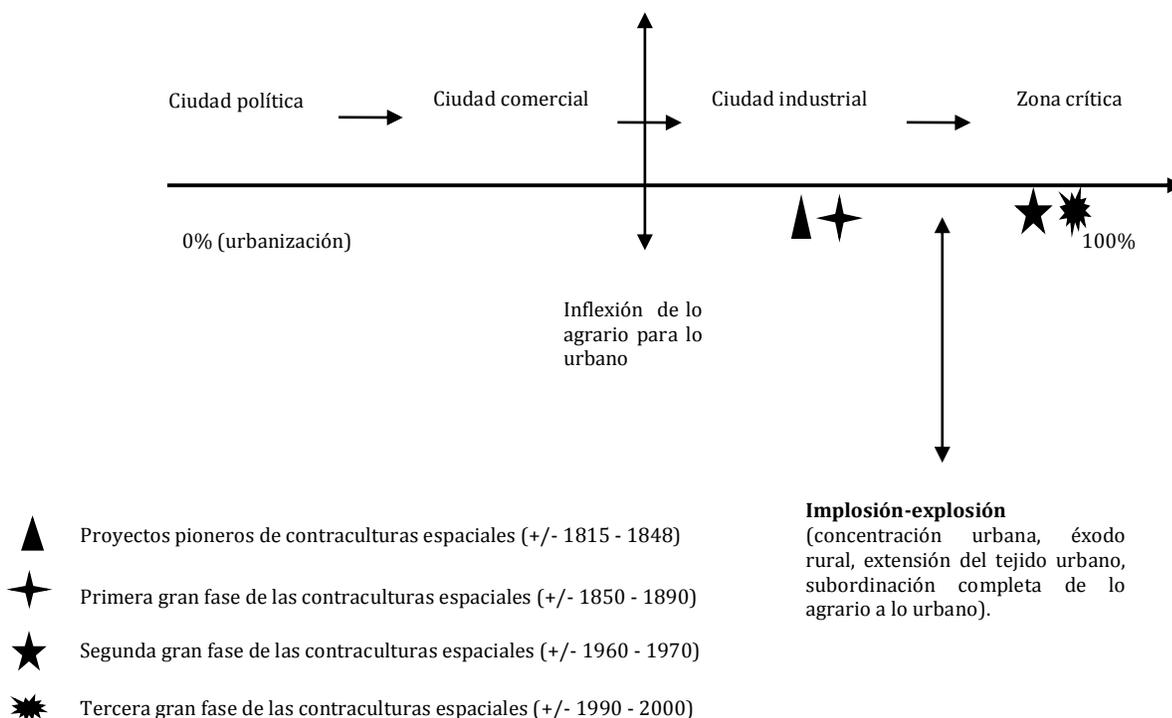
permiten comprender el surgimiento de este tipo de experimentación socioespacial. A partir de este instante, afirma Lefebvre (2004):

La “no-ciudad” y la “anticiudad” van a conquistar la ciudad, penetrarla, hacerla explotar y, con ello extenderla desmesuradamente, llevando a la urbanización de la sociedad, al tejido urbano recubriendo los resquicios de la ciudad anterior a la industria (...). En este movimiento, la realidad urbana, amplificada y destrozada, pierde los trazos que la caracterizaban anteriormente: totalidad orgánica, sentido de pertenencia, imagen edificante, espacio demarcado y dominado por los esplendores monumentales (...). Ella se declara más o menos imperiosamente. Ninguno de estos términos descriptivos da cuenta completamente del proceso histórico: la implosión-explósión (metáfora tomada prestada de la física nuclear), o sea, enorme concentración (de personas, actividades, riquezas, cosas, objetos, instrumentos, medios, pensamiento) en la realidad urbana, y la inmensa explosión, la proyección de fragmentos múltiples y desconectados (periferias, suburbios, residencias secundarias, satélites, etc.) (p.26).⁶⁵

Valiéndose del eje presentado por Lefebvre acerca del proceso de constitución de la (aun virtual) “sociedad urbana” – en el cual el filósofo francés propone arbitrariamente una división espacio-temporal partiendo del cero hasta el cien por

⁶⁵ Traducción libre, del original en portugués: “A não-cidade e a anticidade vão conquistar a cidade, penetrá-la, fazê-la explodir, e com isso estendê-la desmesuradamente, levando à urbanização da sociedade, ao tecido urbano recobrimdo as remanescências da cidade anterior à indústria (...). Nesse movimento, a realidade urbana, ao mesmo tempo amplificada e estilhaçada, perde os traços que a época anterior lhe atribuíra: totalidade orgânica, sentido de pertencer, imagem enaltecida, espaço demarcado e dominado pelos esplendores monumentais. (...). Ela se declara mais ou menos imperiosamente. Nenhum desses termos descritivos dá conta completamente do processo histórico: a implosão-explosão (metáfora emprestada da física nuclear), ou seja, a enorme concentração (de pessoas, de atividades, de riquezas, de coisas e de objetos, de instrumentos, de meios, de pensamento) na realidade urbana, e a imensa explosão, a projeção de fragmentos múltiplos e disjuntos (periferias, subúrbios, residências secundárias, satélites, etc.).”

ciento de urbanización, identificando cuatro períodos distintos (la ciudad política, la ciudad comercial, la ciudad industrial y la zona crítica) – y adaptándolo a los momentos de eclosión y diseminación de las contraculturas espaciales, es posible llegar al siguiente esquema:



Al mirarlo brevemente, resulta evidente que los momentos de gran expansión de las contraculturas espaciales se concentran justamente en las fases consideradas críticas para el proceso de constitución de la sociedad urbana, específicamente durante la segunda mitad del siglo XIX, cuando se consolida la ciudad industrial, y a partir de la década de 1960, en medio de la zona crítica que anuncia la *urbanización total* de la sociedad, donde la industrialización se “convierte en realidad dominada⁶⁶ en el

⁶⁶ Según Lefebvre, en el momento de urbanización total de la sociedad, cuando la problemática urbana asume centralidad y se impone a escala mundial, las cuestiones concernientes a la industrialización son suplantadas por la búsqueda de soluciones y modalidades propias a la sociedad urbana (considerada una virtualidad posible). Justamente por esto, la industrialización se transforma en realidad dominada.

transcurso de una profunda crisis en la cual el pasado y lo posible, lo mejor y lo peor son confusamente fusionados” (Lefebvre, 2004, p.27)⁶⁷.

Asimismo, no se puede olvidar que bajo el modo capitalista de producción, las crisis urbanas están profundamente relacionadas con las contradicciones y los conflictos engendrados por el proceso de reproducción ampliada del capital, lo que hace necesario abrir otra ventana para poder contemplar mejor la amplitud del fenómeno de las contraculturas espaciales. De este modo, al sobreponer el esquema recién bosquejado a un análisis de la geografía histórica del capitalismo, se verifica que el *boom* de ese tipo de experimentación socioespacial suele coincidir también con las crisis socioeconómicas engendradas por el recrudescimiento de las contradicciones internas del movimiento de acumulación del capital. Basándose en esto, es posible construir una “geografía histórica de las contraculturas espaciales”, señalando tres momentos específicos en los cuales las crisis capitalistas, expresadas en parte como crisis urbanas, tuvieron como contrapartida la eclosión de “olas” de proyectos de organización social y producción espacial comunitaristas y de carácter contrahegemónico.

UNA BREVE GEOGRAFÍA HISTÓRICA DE LAS CONTRACULTURAS ESPACIALES:

A. PRIMERA FASE: EL LLAMADO SOCIALISMO UTÓPICO Y LAS CONTRACULTURAS ESPACIALES (1850-1900)

En un contexto marcado por constantes crisis económicas y revueltas sociales, por la agudización de los problemas promovidos por el doble proceso de industrialización y urbanización, y por profundos cambios en la estructura política europea, particularmente en los países del capitalismo avanzado como Francia e Inglaterra, la primer mitad del siglo XIX es testigo del surgimiento de aquellos experimentos que pueden ser considerados los “proto- proyectos” de las contraculturas espaciales, los cuales, de un modo general, se hallaban insertos en la lógica de los grandes sistemas socialistas (posteriormente apodados por Marx y Engels como “utópicos”) desarrollados por figuras como Robert Owen y Charles Fourier.

Las experiencias pioneras llevadas a cabo teniendo como base los fundamentos del socialismo utópico, juntamente con otras tantas sustentadas en los más variados

⁶⁷ Traducción libre, del original en portugués: “A industrialização (...) converte-se em realidade dominada no curso de uma crise profunda, às custas de uma enorme confusão, na qual o passado e o possível, o melhor e o pior se misturam”.

modelos y sistemas de pensamiento, colaboraron para configurar la primera ola de contraculturas espaciales, que ganó fuerza sobre todo a partir de la segunda mitad del siglo XIX, y se caracterizó por la brevedad de los proyectos en cuestión y por el hecho de que la mayoría de ellos fue idealizada en Europa pero concretizada lejos de sus fronteras. El punto de partida de esta primera gran fase de eclosión y diseminación de las contraculturas espaciales puede ser identificado luego después de la “Primavera de los Pueblos de 1848”, momento en que el movimiento obrero gana fuerza y madurez, pero que, contradictoriamente, las ideas provenientes del pensamiento utópico – que llegaron a gozar de gran prestigio entre las clases obreras hasta la década de 1840 – fueron relegadas a una posición marginal en la lucha popular contra el capitalismo.

Ahora bien, si a partir de aquel instante el pensamiento utópico pierde fuerza, sobre todo entre las clases más oprimidas, que prefirieron centrar su atención en objetivos más concretos y programáticos, utilizando otras estrategias de lucha y de organización, ¿cómo explicar el hecho de que es justamente durante la segunda mitad del siglo XIX el período en que se verifica el surgimiento de la mayoría de las contraculturas espaciales? La respuesta para esta cuestión debe ser buscada entre aquellos individuos provenientes de los medios intelectuales y de las clases medias urbanas europeas, para los cuales las fisuras abiertas durante la consolidación del capitalismo y del industrialismo, sumados al rechazo a la “violencia revolucionaria”, expusieron la necesidad de superar los valores fundantes de la sociedad burguesa y edificar una sociedad “completamente nueva” por medio de otros métodos. Así, para ellos, no bastaba con asumir el control del Estado, era necesario modificar toda la estructura del pensamiento y de las prácticas sociales vigentes en el occidente moderno. Además, la transformación amplia y radical de la sociedad debía ser realizada mediante medios pacíficos y no por la lucha de clases (de ahí la importancia de crear experimentos concretos y puntuales de organización social y producción espacial capaces de servir como ejemplos).

Provenientes casi siempre de la *petit burgeoise* europea e influenciados directamente por el bucolismo romántico del final del siglo XVIII, por diferentes teorías anarquistas y socialistas y, en algunos casos, por concepciones milenaristas, estos individuos poseían una agenda política bastante ecléctica y que contemplaba el elogio al pacifismo, al comunitarismo y al “retorno a la naturaleza”, así como profundas críticas al industrialismo, al capitalismo y a las instituciones burguesas (como el Estado, la familia, etc.). Sin embargo, llevados a la marginalidad de los movimientos antisistémicos y obreros de su tiempo, y completamente desilusionados

con la posibilidad de poner sus ideas en práctica en Europa, la solución adoptada fue buscar otros lugares para su concretización. De esto resulta que el continente americano – idealizado románticamente como un lugar idílico “prístino”, lejos de los “vicios” de la civilización europea moderna y que, por esto, reunía las condiciones ideales para el establecimiento de una nueva sociedad – pasó a ser el lugar por excelencia donde se materializó la enorme mayoría de las contraculturas espaciales del siglo XIX. Este movimiento fue particularmente fuerte en los Estados Unidos, donde fueron experimentados una gran variedad de proyectos socioespaciales basados en el pensamiento utópico. Es interesante señalar que en aquel país, las contraculturas espaciales pioneras se sumaban a inúmeras comunidades fundadas anteriormente por religiosos, como los *Amish* y los *Menonitas*, además de algunos proyectos “solitarios” como los que emprendió el escritor Henry David Thoreau en 1845⁶⁸. América Latina también fue un importante escenario para la materialización de proyectos utópicos como estos, aunque en menor proporción en comparación a los Estados Unidos.

De todos modos, es importante recalcar que, aunque numerosas, la mayor parte de las experiencias creadas en aquel momento no logró existir por mucho tiempo, siendo disueltas después de unos pocos años de duración. Los motivos de esta brevedad son múltiples y no será posible aquí detallarlos mejor, apenas destacar algunos de ellos, tales como la falta de experiencia o mismo ineptitud con las pesadas labores y ritmos de la vida agrícola (aún más en lugares extraños y con condiciones que se mostraban tan diferentes de aquellas encontradas en Europa), la difícil adaptación a un proyecto comunitarista y libertario, además de los desentendimientos y quiebres internos surgidos en el día a día. En otras palabras, tal como denunciaban Engels y Marx en *El manifiesto comunista* ⁶⁹, los valores burgueses continuaban demasiado arraigados en aquellos emigrantes para que fuesen simplemente abandonados u olvidados, lo que dificultaba la realización de una verdadera

⁶⁸ El estadounidense Henry David Thoreau es considerado una de las mayores influencias del pacifismo (sus ideas sobre desobediencia civil ejercieron gran influencia para Mahatma Ghandi, Martin Luther King, etc.) y también de los movimientos ecologistas que de cierta forma promovían la “vuelta a la naturaleza” surgidos especialmente a partir de los años 1960. Uno de sus libros más conocidos, *Walden, o la vida en los bosques*, escrito en 1854, es un relato de la experiencia en que él vivió estando solo por un poco más de dos años a las orillas del lago Walden, en Massachusetts (Estados Unidos).

⁶⁹ En esta obra, los fundadores del materialismo histórico y dialectico acusaban los socialistas, por ellos apodados utópicos, de no fundamentar científicamente sus críticas al capitalismo, prefiriendo basarse en una condena moral al mismo. Además de ello, criticaban el hecho de que acostumbraban ignorar por completo la lucha de clases, buscando crear su “nuevo evangelio social” gracias a la “fuerza del ejemplo”, a través de la creación de pequeñas experiencias que al final terminaban fracasando.

comunidad de bienes y dejaba la experiencia demasiado vulnerable frente a los problemas internos y a las presiones externas. Además, recuerda Harvey (2006):

La carga impuesta a los trabajadores por medio de cambios radicales en la división del trabajo y en las condiciones ambientales exigiría un nivel de entusiasmo y de compromiso destinado a disminuir con el pasar de los años. Y, observa Marx con perspicacia, unas pocas centenas de personas no pueden establecer y dar continuidad a una situación de vida comunitaria sin asumir una naturaleza excluyente y sectaria (p.48)⁷⁰.

Sea como fuere, a pesar de los problemas y las contradicciones experimentados al momento de su concretización, estos corajosos experimentos no fueron en vano, sus errores y aciertos ayudaron, de cierta manera, a avanzar en la crítica a lo cotidiano fragmentado y alienado experimentado en el seno de la sociedad moderno-industrial, sirviendo, además, como fuente de inspiración para generaciones futuras de contraculturas espaciales. De este modo, las semillas potencialmente emancipadoras plantadas por aquellos primeros proyectos, no se perdieron ni fueron destruidas, germinando una y otra vez a lo largo de la primera mitad del siglo XX, cuando hubo importantes intentos de llevar adelante experiencias basadas en lógicas y valores que divergían de aquellos tornados hegemónicos, como por ejemplo los *Kibutzim*⁷¹, las comunidades *macknovistas* erguidas en Ucrania después de la revolución de 1917, las cooperativas anarquistas creadas en España durante la década de 1930, en plena

⁷⁰ Traducción libre, del original en portugués: "(...) o ônus imposto aos trabalhadores por meio de mudanças radicais na divisão do trabalho e nas condições ambientais exigiriam um nível de entusiasmo e de compromisso fadado a se reduzir com o passar dos anos. E, observa com perspicácia Marx, "umas poucas centenas de milhares de pessoas não podem estabelecer e dar continuidade a uma situação de vida comunitária sem assumir uma natureza excludente e sectária".

⁷¹ Los primeros Kibutzim fueron fundados en Israel en el comienzo del siglo XX, mezclando los ideales del socialismo utópico con los del sionismo. A lo largo de la historia, los Kibutzim desempeñaron un papel crucial en la constitución y expansión territorial del Estado de Israel, pasando a conformar parte integrante de la identidad cultural del país. Ahora bien, una vez instrumentalizados y utilizados en favor de los propósitos expansionistas del Estado israelí, el aspecto de contraposición al status quo tendió a desaparecer, motivo por el cual aquí no son considerados contraculturas espaciales (a pesar de influenciarlas y también ser influenciados por ellas).

guerra civil, e, incluso, algunos *Ashrans*⁷² fundados en India. En el período inmediatamente posterior a la Segunda Guerra Mundial también se constata el surgimiento (aun cuando de forma descontínua y puntual) de una serie de experimentos comunitaristas de carácter libertario y cooperativista, algunos de los cuales perduran hasta los días actuales, como el caso de la Comunidad del Sur, fundada en Montevideo, Uruguay, en 1955.

No obstante, aunque estos proyectos socioespaciales experimentales hayan sido más o menos comunes hasta los años 1950, lo cierto es que ellos ocurrieron en contextos histórico-geográficos muy distintos y específicos, además tuvieron orígenes y siguieron caminos bastante diferentes entre sí, no habiendo, de este modo, un hilo capaz de unirlos más firmemente. Así, solamente es posible hablar de una renovación del movimiento de contraculturas espaciales al final de la década de 1960, cuando las condiciones históricas presentadas en aquel momento estimularon el surgimiento de un sinnúmero de proyectos comunitaristas alternativos, “en revuelta contra el desencanto del mundo, la cuantificación de todos los valores, la mecanización de la vida y la destrucción de la comunidad” (Löwy, 2002, p.22). En ese sentido, las nuevas contraculturas espaciales, que pasaron a ser conocidas popularmente como “comunidades”, se tornaron bastante difundidas en el mundo occidental entre los años 1960-1970, constituyéndose uno de los elementos más recordados y reconocidos de la “era hippie”.

B. SEGUNDA FASE: LOS AGITADOS AÑOS DEL “FLOWER POWER” (1960-1970)

Personificaciones espacializadas del extrañamiento con la sociedad tecnocrática, represora, individualista y consumista delineada durante la Posguerra, sobre todo en los países del capitalismo avanzado, las nuevas contraculturas espaciales guardaron similitudes y retomaron una serie de características de aquellas experiencias que las

⁷² Surgido en India, el término Ashran designa una comunidad intencional cuyo principal propósito es el desarrollo espiritual de sus miembros por medio de prácticas y estudios religiosos. En general, un Ashran es guiado por un líder espiritual, o gurú, que es detentor de una determinada tradición. Uno de los Ashran más conocidos en el mundo es el “Sabarmati”, fundado por Mahatma Gandhi en 1917 y considerado uno de los marcos más importantes para el movimiento independentista de India (fue desde allí que la famosa “Marcha de la sal” tuvo inicio). También es válido mencionar el hecho que durante los años de la contracultura (y mismo después), vivir en un Ashran e iniciarse en las prácticas del yoga y de la meditación trascendental, o aún seguir alguna tradición religiosa, pasó a ser una experiencia relativamente común para una parcela de la juventud occidental, en especial aquella proveniente de los países desarrollados. Como ejemplo de esto, en 1968, hasta los Beatles pasaron un tiempo en un Ashran.

precedieron. Sin embargo, informadas por la profundización de las contradicciones y por las nuevas cuestiones surgidas en el instante en que la sociedad moderno-industrial se adentraba en la zona crítica indicada por Lefebvre, las comunas pasaron a tener también otras influencias, preocupaciones y objetivos, específicamente en lo que se refiere a la búsqueda por una relación social con la “naturaleza” distinta de la que se tornó dominante a lo largo de la modernidad occidental. En relación a este aspecto, las múltiples crisis ambientales engendradas por el avance técnico-científico de la Posguerra, en conjunto con la escalada de la corrida armamentista y el uso de armas de destrucción masiva (siendo la “bomba atómica su más “notable” expresión) llevaron al entendimiento de que el camino adoptado por la civilización moderna e industrial la estaba llevando directamente hacia su autodestrucción. “La tierra estaba enferma y necesitaba ser curada”, solía decirse, y la “supervivencia” de la humanidad y del planeta solo sería posible por medio de una subversión radical de la estructura de pensamiento y de las prácticas hegemónicas – un intento que, como dejaba claro Theodore Roszak (1972), estaría bajo la responsabilidad de la juventud.

En medio a este contexto de toma de consciencia de que la racionalidad industrial había “devastado a la naturaleza” y todo lo que era el dominio de la “naturalidad” (Lefebvre, 2004), surge la necesidad (emancipadora) de repensar y superar la manera como se entendía la relación “hombre-naturaleza” en la modernidad, considerada no sólo como una de las grandes responsables por el incremento de la degradación ecológica, sino que también por la fragmentación y el vaciamiento de la vida moderna. En ese sentido, Herbert Marcuse, uno de los más influyentes autores para la “generación de 1968”, afirmaba que bajo un escenario de destructibilidad general institucionalizado presentado por la moderna “sociedad tecnocrática”, se hacía urgente transcender un “principio de realidad” obsoleto y luchar por una transformación profunda, capaz de incidir tanto en las instituciones y en las relaciones fundamentales de la sociedad establecida, como en la estructura de carácter predominante entre los individuos. Fundamentando su argumentación en determinadas categorías freudianas, Marcuse defendía la necesidad de alterar la estructura de la sociedad industrial avanzada, en que la satisfacción se encuentra relacionada a la destrucción (*Thanatos* – el deseo de aniquilar la vida), y avanzar en el sentido de “erotización de la vida”, es decir, del impulso de preservar y proteger cosas vivas. En este sentido:

El propio movimiento ecológico se revela, en último análisis, como un movimiento político y psicológico de liberación. Es político porque confronta el poder del gran capital, cuyos intereses vitales son amenazados por este movimiento. Es psicológico porque (y ello es un punto muy importante) la pacificación de la naturaleza exterior, la protección del medio ambiente, también pacificará la naturaleza interior de los hombres y de las mujeres. Un ambientalismo bien sucedido subordinará, dentro de los individuos, la energía destructiva a la Energía erótica (Marcuse, 1977) (Loureiro, 1999, p.152).⁷³

Por lo tanto, la “cuestión ambiental” – directamente asociada a *Eros* y (al menos en principio) radicalmente contraria al *Ethos* progresista hegemónico – emerge con vigor y se constituye en una de las mayores contribuciones de los movimientos contraculturales de los años 1960 para la renovación del pensamiento crítico. En este sentido, el deseo de erotizar la vida y superar el sentimiento de vacío y extrañamiento experimentado al interior de las sociedades capitalistas “keynesianas-fordistas” avanzadas, se tradujo inmediatamente en el incremento de nuevas contraculturas espaciales, inspiradas directamente por un ambientalismo que partía de una crítica a la sociedad tecnológica e industrial (tanto en la esfera capitalista como en la esfera socialista), considerada cercenadora de las libertades individuales, homogeneizadora de las culturas y principalmente destructora de la naturaleza (Diegues, 1994).

Retomando con vigor determinados aspectos del pensamiento utópico, esta nueva corriente de ambientalistas contraculturales creía que para contener el “eminente colapso ambiental” que se avecinaba, sería necesario poner un freno al desarrollo industrial y, paralelamente, organizarse para edificar una nueva sociedad compuesta por pequeñas comunas descentralizadas, autogestionadas e integradas entre sí. En relación a lo anterior, uno de los exponentes más importantes de la contracultura, el estadounidense Theodore Roszak (1972), sostenía que la formación

⁷³ Traducción libre, del original en portugués: “O próprio movimento ecológico revela-se em última análise como um movimento político e psicológico de libertação. É político porque confronta o poder combinado do grande capital, cujos interesses são ameaçados por esse movimento. É psicológico porque (e isto é um ponto muito importante) a pacificação da natureza exterior, a proteção do meio ambiente, também pacificará a natureza interior dos homens e das mulheres. Um ambientalismo bem sucedido subordinará, dentro dos indivíduos, a energia destrutiva à energia erótica”.

de las comunas debería ser el objetivo final de la juventud de los años 1960, afirmando que el futuro de todo lo que defendían los movimientos de contestación de aquella época, dependía del éxito de tales experiencias.

Fruto directo de las manifestaciones que agitaran el final de los años 1960, la segunda etapa de las contraculturas espaciales tuvo inicio en la Costa Oeste de los Estados Unidos. No obstante, en un breve lapso espacio-temporal, las comunas se tornaron algo usual en muchos otros lugares y países, acompañando el propio desdoblamiento del movimiento contracultural (principalmente *hippie*). Y, en su movimiento de expansión desigual, la segunda etapa de las contraculturas espaciales eventualmente acabó llegando a América del Sur, donde entre 1970 y 1980 las comunas se constituyeron en microscópicos enclaves libertarios, desarrollados en un contexto de represión y recrudecimiento de la violencia del Estado promovido por las dictaduras militares. De un modo general, estas comunidades se ubicaban en lugares “escondidos” o (hasta entonces) apartados de los grandes centros urbanos, como El Bolsón, en la Patagonia Argentina, o Alto Paraíso, en el planalto central brasileño.

Igual que lo que fue verificado en los momentos anteriores, la tradición pacifista, el distanciamiento de la perspectiva de lucha de clases y el reclamo a la “fuerza del ejemplo”, siguieron siendo las principales estrategias utilizadas por las nuevas contraculturas espaciales para el cambio social. Sin embargo, una vez más, este tipo de experimentación no logró afirmarse temporal y espacialmente, mucho menos establecerse como una alternativa viable y real capaz de trascender la escala de los particularismos – aunque militantes – y ayudar a la construcción de una nueva utopía social. Malogradas casi siempre por los mismos motivos que llevaron al fracaso de sus predecesoras del siglo XIX, la gran mayoría de estos proyectos comunitaristas no logró resistir más de unos pocos años, sucumbiendo a la misma velocidad con que fueron creados. De todos modos, aunque sea cierto que la mayor parte de las experiencias establecidas en aquel momento no haya durado mucho tiempo, no se puede negar el hecho de que algunas comunas más organizadas y bien estructuradas consiguieron traspasar las dificultades y los conflictos impuestos por la praxis, manteniéndose activas e influyentes hasta los días actuales, ayudando a crear las bases de la etapa más reciente del movimiento de contraculturas espaciales.

C. TERCERA FASE: LAS ECOALDEAS (1990-2000)

La fase actual de la geografía histórica de las contraculturas espaciales, que más bien puede ser considerada un *continuum* de todo lo que se vivió en los años 1960 y 1970, gana envergadura a partir de los años 1990, en función del agravamiento de las contradicciones engendradas por la globalización del capitalismo en su etapa neoliberal. Esta fase ha sido particularmente marcada por el surgimiento de las llamadas ecoaldeas – un término amplio que sirve para designar experiencias bastante diferentes entre sí, pero cuya principal característica en común reside en la creación de asentamientos humanos “ecológicos”, directamente relacionados con las condiciones geográficas locales y mínimamente generadores de entropía. Como manera de incrementar y potencializar “una creación ecológica del espacio”, las ecoaldeas han desarrollado o incorporado a su praxis una serie de técnicas, tecnologías y prácticas específicas, tales como la permacultura, la bioconstrucción, la agroecología, entre otras.

Nacida y crecida bajo la sombra del neoliberalismo, la fase contemporánea de las contraculturas espaciales, como no podría dejar de ser, refleja y reproduce las contradicciones propias de su tiempo. De esta manera, los experimentos surgidos hoy enfrentan cuestiones y conflictos bastante distintos de los que fueron experimentados anteriormente, razón por la cual es necesario tener en cuenta algunos aspectos fundamentales que caracterizan el actual momento histórico. En ese sentido, una de las primeras cosas que se debe anotar es que la privatización generalizada y la (casi) total mercadificación de la vida traídas con el neoliberalismo, seguidas por todo el tipo de desregulaciones y aventuras especulativas financieras generadas a lo largo de las últimas cuatro décadas, complejizaron aún más el proceso de “destrucción creativa de la tierra” (Harvey 2011). Así, no debe causar extrañamiento que el acento en la ecología esté mucho más presente en las contraculturas espaciales contemporáneas, que en aquellas surgidas en otros instantes. Al final, “vivimos la paradoja de que jamás hemos visto un proceso de dominación de la naturaleza tan vasto y profundo como en estos últimos 30-40 años, en qué hasta mismo una cuestión – la ambiental – se constituyó” (Porto-Gonçalves, 2006, p.65).⁷⁴

Asimismo, el actual momento histórico – localizado en el ápice de la zona crítica indicada por Lefebvre – guarda aún otras particularidades que no pueden ser

⁷⁴ Traducción libre, del original en portugués: “vivemos o paradoxo de jamais ter sido tão vasto e profundo o processo de dominação e devastação da natureza como nesses últimos 30-40 anos em que até mesmo uma questão – a ambiental – se constituiu”.

olvidadas pues inciden directamente en la praxis de las nuevas contraculturas espaciales. En relación a lo anterior, se hace necesario señalar el movimiento de “implosión-explosión” de las ciudades, que, a partir de la década de 1970, conocieron un ritmo poblacional sin precedentes en la historia, engendrando así una profunda crisis urbana de alcance mundial (aunque distribuida de forma geográficamente desigual). Según el juicio de Lefebvre (2010):

Las causas prácticas y las razones ideológicas de esta crisis varían según los regímenes políticos, según las sociedades y mismo según los países en cuestión (...). Países en vías de desarrollo, desigualmente atrasados – países altamente avanzados – países socialistas desigualmente desarrollados, por todas las partes la ciudad, morfológicamente, explota. La forma tradicional de la sociedad agraria se transforma, pero de modo diferente. En una serie de países mal desarrollados, el barrio bajo es un fenómeno característico, mientras que los países altamente industrializados se caracterizan por la proliferación de la ciudad en “tejidos urbanos”, en suburbios y sectores residenciales cuya relación con la vida urbana constituye un problema (p.80)⁷⁵.

En relación a este punto, el estudioso del fenómeno urbano Mike Davis (2011) explica que, con casi quinientas aglomeraciones urbanas alrededor del planeta conteniendo más de un millón de habitantes y poco más de la mitad de la población mundial viviendo en ciudades (siendo que de estos, un tercio habita favelas, poblaciones callampas, villas miserias, etc.), vemos surgir después de cuarenta años de neoliberalismo, un mundo básicamente urbano, en que la alienación, la exclusión, la privatización y la desigualdad son la tónica. Pero, comandada por el capital financiero,

⁷⁵ Traducción libre, del original en portugués: “As causas práticas e as razões ideológicas dessa crise variam segundo os regimes políticos, segundo as sociedades e mesmo segundo os países em questão (...). Países em vias de desenvolvimento, desigualmente atrasados – países capitalistas altamente avançados – países socialistas desigualmente desenvolvidos, por toda parte a cidade, morfológicamente, explode. A forma tradicional da sociedade agrária se transforma, mas de modo diferente. Numa série de países mal desenvolvidos, a favela é um fenômeno característico, enquanto nos países altamente industrializados essa característica é a proliferação da cidade em ‘tecidos urbanos’, em subúrbios, e setores residenciais cuja relação com a vida urbana constitui um problema”.

esta urbanización de carácter neoliberal, contrariando a los pronósticos de Lefebvre, ha sido marcada por su desfase en relación al proceso de industrialización.

La urbanización sin industria es expresión de una tendencia inexorable: aquella inherente al “capitalismo del silicio” de desvincular el crecimiento de la producción del crecimiento del empleo. Pero en África, en América Latina, en Oriente Medio y en buena parte del sur de Asia, la urbanización sin crecimiento es, obviamente, más una herencia de una coyuntura política global – la crisis mundial de la deuda externa del final de la década de 1970 y la subsecuente reestructuración de las economías del Tercer Mundo bajo el liderazgo del FMI en los años 1980 – que una ley férrea del progreso de la tecnología (Davis, 2011, p.23).⁷⁶

De este modo, los actuales procesos excluyentes, predatorios y altamente entropizantes que han caracterizado la superexpansión urbana en las últimas cuatro décadas, colaboraron aún más para dislocar el medio ambiente en el primer plano de las preocupaciones. Al mismo tiempo, y como resultado directo de ello, el fenómeno de fetichización de la naturaleza, experimentado en el mundo capitalista desde hace mucho tiempo, alcanza, hoy, el grado máximo de su potencia, confirmando las sospechas de Lefebvre (2004), para el cual:

En términos teóricos, la naturaleza se torna cada vez más distante, pero al mismo tiempo los signos de la naturaleza y de lo natural se multiplican, substituyendo y suplantando la “naturaleza” real. Estos signos son producidos y vendidos en masa. Un árbol, una flor, una rama, un perfume, una palabra se convierten en signos de la ausencia: ilusoria y ficticia presencia. En la publicidad (...) la referencia a la naturaleza es constante (p.36)⁷⁷.

⁷⁶ Traducción libre, del original en portugués: “A urbanização sem indústria é expressão de uma tendência inexorável: aquela inerente ao capitalismo do silício de desvincular o crescimento da produção do crescimento do emprego. Mas na África, na América Latina, no Oriente Médio e em boa parte do sul da Ásia, a urbanização sem crescimento é mais obviamente herança de uma conjuntura política global – a crise mundial da dívida externa do final da década de 1970 e a subseqüente reestruturação das economias do Terceiro Mundo sob liderança do FMI nos anos 1980 – do que uma lei férrea do progresso da tecnologia”.

⁷⁷ Traducción libre, del original en portugués: “Teoricamente, a natureza distancia-se, mas os signos da natureza e do natural se multiplicam, substituindo e suplantando a ‘natureza’ real. Tais signos são produzidos e vendidos em massa. Uma árvore, uma flor, um ramo, um perfume, uma palavra tornam-se signos da ausência: ilusória e fictícia presença. Na publicidade (...) a referência à natureza é constante”.

Al paso que los problemas socioambientales se complejizan y se multiplican, y los niveles de vida decaen sin parar, “nuevas rarezas” (como el agua pura, el aire limpio, las áreas verdes, etc.) son creadas para después ser convertidas en preciosas mercancías. De esto resulta una increíble valorización mercadológica de las áreas “naturales”, haciendo con que estos lugares pasen a tener una “existencia real a través de su intercambiabilidad, por medio de la actividad de los promotores que utilizan el espacio como medio volcado hacia la realización de la reproducción” (Alessandri Carlos, 2001, p.66)⁷⁸. Así, la “ideología de la naturaleza” (Smith 1988), aliada al deseo burgués de tranquilidad y comodidad centrado en el individualismo y en la propiedad privada (Harvey 2006), han contribuido para que un número cada vez mayor de personas opte por vivir en lugares más “lejanos”, cerrados y protegidos, vendidos como oasis de relaxo junto a la “naturaleza” (o mejor, su fetiche) – las “privatopias” que nos habla Harvey en *Espacios de Esperanza* (2006).

Bajo este contexto de agudización, complejización y multiplicación de las crisis, y de aumento de las desigualdades sociales, se verifica el fortalecimiento y la renovación de los movimientos contrarios a la racionalidad moderno-capitalista. En este sentido, en la medida que más y más personas son afectadas por los violentos (y contaminantes) procesos engendrados por la globalización impuesta por los detentores del poder, otra globalización – fruto de la lucha y de la organización popular – también está siendo gestada, poniéndonos delante de nuevos caminos posibles de ser recorridos. Hasta cierto punto, las ecoaldeas y experiencias afines pueden ser encajadas (al menos inicialmente) como un componente del variado y renovado movimiento antisistémico surgido en mediados de la década de 1990. No obstante, en un momento en que todas las cosas tienden a transformarse en mercancía, no es poco usual el hecho de que muchas de las nuevas experiencias de contraculturas espaciales hayan sido cooptadas e insertas en el circuito de acumulación del capital, pasando a contribuir, directa o indirectamente, para reproducir aquello que originalmente pretendían criticar. No olvidemos que el capital posee esta increíble capacidad de absorber sus “exterioridades” y utilizarlas a favor de su reproducción.

Sea como fuere, aunque la “autopista del capital” haya sido el camino recorrido por una parcela considerable de las contraculturas espaciales, sobre todo bajo las condiciones neoliberales, es importante dejar claro que la subsunción al *status quo* no

⁷⁸ Traducción libre, del original en portugués: “passem a ter existência real através de sua trocabilidade, através da atividade dos promotores imobiliários que se servem do espaço como meio voltado à realização da reprodução.”

configura una vía de una sola dirección y sin retorno por donde siguen necesariamente todas las experiencias de este tipo. Así, otras historias pueden y están siendo escritas, revelando que, si bien por un lado las fuerzas que mueven el capital tienden a cooptar y fetichizar la rebeldía hasta tornarla parte del *establishment*, por el otro, ellas pueden también engendrar condiciones para la creación de nuevos focos de rebelión. Infelizmente, los límites impuestos en esta ocasión no hacen posible analizar más profundamente las diversas cuestiones que atraviesan la contemporaneidad de las contraculturas espaciales, pormenorizando sus particularidades y discutiendo mejor tanto sus contradicciones como sus múltiples posibilidades⁷⁹. De todos modos, el breve ejercicio de sistematización aquí presentado, a pesar de ser incompleto y superficial, sirve como un pequeño punto de apoyo para bosquejar algunas consideraciones finales acerca de este complejo fenómeno.

CONSIDERACIONES FINALES: DE LOS LÍMITES DEL “UTOPISMO ESPACIAL” A LA NECESIDAD DE CONSTRUIR UN NUEVO “UTOPISMO DIALECTICO”

Después de haber reconstruido muy brevemente la geografía histórica de las contraculturas espaciales, señalando la convergencia existente entre estas experiencias y las diferentes crisis capitalistas, es posible tejer, con base en un diálogo entre Lefebvre y Harvey, algunos breves comentarios finales acerca de la potencialidad crítica contenida en este tipo de experimentación socioespacial, así como los límites y las dificultades que se interponen en la praxis de estos puntos heterotópicos y que les han impedido establecerse como alternativas viables y concretas a la isotopía del capital.

Para comenzar, es preciso tener en mente que la búsqueda por nuevas formas de vivir y producir el espacio surgida de las entrañas del capitalismo, configura un producto contradictorio de la alienación y del creciente extrañamiento experimentado al interior de la sociedad moderna-industrial en dirección a su total urbanización. De esta manera, bajo un contexto marcado por la mercadificación generalizada, por la cooptación y fragmentación de lo cotidiano, y por un hiato cada vez más pronunciado entre sociedad y naturaleza, la producción del espacio puede funcionar como un medio privilegiado para explorar estrategias alternativas y emancipadoras capaces de subvertir – en el nivel del habitar y en la esfera de lo cotidiano – las formas dominantes de producción espacial y reproducción social, señalando, además, la

⁷⁹ Para saber más a respecto, ver: Matheus e Silva (2013).

posibilidad de un futuro utópico ubicado más allá de los horizontes del valor de cambio. Es justamente en este sentido que David Harvey (2006) brinda la potencialidad liberadora contenida en proyectos como estos, que él llama “utopías de la forma espacial”, afirmando que:

La idea de libre disposición espacial imaginativa destinada a alcanzar metas sociales y morales específicas puede ser transformada en la idea de una experimentación abierta potencialmente infinita con las posibilidades de la forma espacial. Esto permite la exploración de una amplia gama de potencialidades humanas (diferentes formas de vida colectiva, de relaciones de género, de estilos de consumo, de relación con la naturaleza, etc.). Es en este sentido que Lefebvre (1991), por ejemplo, formula su concepción de producción del espacio (p. 240)⁸⁰.

Ahora bien, si por medio de la producción del espacio, estas experiencias heterotópicas presentan un potencial liberador que no puede ser ignorado, la evidencia histórica demuestra también que son poquísimas las veces que dicho potencial consigue ser plenamente transformado en una fuerza social práctica en el ámbito de la vida político-social. Y es precisamente sobre este punto que recae la mayor parte de las críticas que Harvey hace a las utopías de la forma espacial. El problema de este tipo de proyecto socioespacial, afirma el profesor, es que tiende a suprimir el tiempo de los procesos sociales y la dialéctica de los cambios sociales en nombre de un orden moral estacionario y que remite al ideal de constante armonía. De este modo, “el tono nostálgico caracteriza a buena parte del pensamiento utópico, aunque cuando existe una proyección hacia el futuro y la incorporación de tecnologías

⁸⁰ Traducción libre, del original en portugués: “A ideia de livre disposição espacial imaginativa destinada a alcançar metas sociais e morais específicas pode ser transformada na ideia de uma experimentação aberta potencialmente infinita com as possibilidades da forma espacial. Isso permite a exploração de uma gama de potencialidades humanas (diferentes formas de vida coletiva, de relações de gênero, de estilos de consumo, de relação com a natureza e assim por diante). É dessa maneira que, por exemplo, Lefebvre (1991) formula sua concepção de produção do espaço”.

futuristas (...), esto trae importantes consecuencias por la manera en que esos esquemas son, cuando son, traducidos en hechos materiales” (Harvey, 2006, p.213)⁸¹.

En virtud de ello, Harvey afirma que es prácticamente imposible mantener una producción espacial infinitamente abierta tal como sugiere Lefebvre. De hecho, el geógrafo británico acusa al filósofo francés de no enfrentar el problema basilar de que cualquier tipo de materialización espacial conlleva alguna forma de encerramiento (aunque temporario), constituyendo, así, un acto autoritario. Según sus palabras:

La historia de todas las utopías realizadas apunta para esta cuestión de encerramiento como algo fundamental e incontenible, aunque engañarse mediante el recurso de encerrarse anticipadamente sea la consecuencia inevitable. Si por consiguiente se desea poner alternativas en práctica, no se puede huir eternamente del problema del encerramiento (y del autoritarismo que él presupone). Hacerlo es adoptar un romanticismo agónico de ansias y deseos perpetuamente irrealizados. Este es el punto en que nos deja Lefebvre (Ibíd., p.240)⁸².

Además, según Harvey otra gran dificultad presentada por este tipo de experimentación, reside justamente en su carácter heterotópico. Así, a pesar de funcionar como organizaciones espaciales libres, permitiendo la creación y la reproducción de formas de comportamiento, solidaridades y políticas espaciales transgresoras y vinculadas a procesos radicalmente distintos (al menos en principio) a los que la sociedad suele apegarse, las contraculturas espaciales – al establecerse como puntos heterotópicos de resistencia – no conseguirían escapar de la carga que recae sobre las utopías de la forma espacial como un todo, en especial en lo que se refiere al carácter de encerramiento socioespacial que suelen presentar y también al

⁸¹ Traducción libre, del original en portugués: “Esse viés nostálgico é característica de boa parte do pensamento utópico, mesmo quando há a projeção para o futuro e a incorporação de tecnologias futuristas (...) isso traz importantes consequências pela maneira como esses esquemas são, quando são, traduzidos em fatos materiais”.

⁸² Traducción libre, del original en portugués: “A história de todas as utopias realizadas aponta para essa questão do fechamento com algo tão fundamental como incontornável ainda que enganar-se mediante o recurso de um fechamento antecipado seja a consequência inevitável. Se, por conseguinte, se deseja pôr alternativas em prática, não se pode fugir eternamente do problema do fechamento (e do autoritarismo que ele pressupõe). Fazê-lo é adotar um romantismo agonístico de anseios e desejos perpetuamente irrealizados. E é no final esse o ponto em que nos deixa Lefebvre”.

alto grado de fragmentación en distintos grupos y variados objetivos. Esto, en la práctica, acabaría dificultando, cuando no inviabilizando, que estas experiencias consigan integrar una dialéctica más abarcadora y horizontal de transformación social.

La brevedad experimentada por la enorme mayoría de las experiencias concretas de contraculturas espaciales a lo largo de la geografía histórica de este movimiento, parece dar razón a la argumentación de Harvey, y pone en tela de juicio la real capacidad de estos puntos heterotópicos de resistencia de poder realmente afirmarse como alternativas emancipadoras en relación a la isotopía capitalista. En vista de ello, resultan sorprendentemente pertinentes y todavía actuales las críticas hechas por Marx y Engels a los socialistas utópicos hace más de un siglo, en especial aquellas que incurren sobre la manera en la cual estos elaboraban y ponían en práctica sus ideas, que provenientes de algún rincón etéreo de la imaginación, estaban necesariamente y desde el inicio condenadas al fracaso.

Sin embargo, es importante dejar claro que explicitar los límites del pensamiento utópico, así como las contradicciones experimentadas en la praxis de los proyectos concretos de contraculturas espaciales, no significa lo mismo que renunciar a la idea de utopía, mucho menos ignorar y dejar de lado la necesidad de seguir insistiendo en la creación de renovadas heterotopías. En relación a ello, Harvey hace un llamado a *no* abandonar el concepto de utopía y las practicas asociadas a él, sino que ajustar sus perspectivas al materialismo histórico y geográfico (o dialéctico) de modo de transformar lo que aún es “sueño” en una perspectiva virtualmente posible. Para eso, “es tarea de la investigación intelectual y dialéctica descubrir reales posibilidades y alternativas. Este debe ser el punto de partida del utopismo dialéctico” (Harvey, 2006, p.270)⁸³. Aquí, la mirada de Harvey se acerca nuevamente a la de Lefebvre (2010), que también afirma la importancia de considerar las utopías experimentalmente, estudiando, en la práctica, sus implicaciones y consecuencias, que según él, pueden sorprender.

Por lo tanto, el desafío consiste en movilizar las ideas y acciones que han sido desarrolladas y experimentadas históricamente al interior de las contraculturas espaciales, en favor de la construcción de un utopismo dialéctico “que posee raíces clavadas en nuestras posibilidades presentes al mismo tiempo que apunte trayectorias diferentes para los desarrollos geográficos desiguales humanos” (Harvey, 2006, p.

⁸³ Traducción libre, del original en portugués: “é tarefa da perquirição dialética e intelectual descobrir reais possibilidades e alternativas. Esse tem de ser ponto de partida do utopismo dialético”.

258)⁸⁴. Para eso, se vuelve condición *sine qua non* que estas experiencias enfrenten seriamente la cuestión del cierre espacial a la dinámica social del que suelen ser víctimas, y establezcan alianzas más amplias, horizontales y complejas con la sociedad como un todo, en especial con las clases trabajadoras, para así dialogar con otras perspectivas que permitan edificar conjuntamente una utopía posible al mundo social que vivimos hoy. De todos modos, lo importante es que la perspectiva utópica no se muestre rehén de formas espaciales estáticas o de algún tipo de proceso emancipador determinado *a priori*, sino que esté abierta y en constante renovación.

⁸⁴ Traducción libre, del original en portugués: “que tenha raízes fincadas em nossas possibilidades presentes ao mesmo tempo em que aponta trajetórias diferentes para os desenvolvimentos geográficos desiguais humanos”

REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

ALESSANDRI CARLOS, A.F. (2001). Novas contradições do espaço. En: Alessandri Carlos A.F., Damiani, A., Seabra, O. (Org.). *O espaço no fim de século: a nova raridade* (p. 62-80). São Paulo: Contexto.

DAMIANI, A. (2001). As contradições do espaço: da lógica (formal) à (lógica) dialética, a propósito do espaço. En: Alessandri Carlos, A.F., Damiani, A., Seabra, O. (Org.). *O espaço no fim de século: a nova raridade* (p. 48-61). São Paulo: Contexto.

DAVIS, M. (2011). *Planeta Favela*. São Paulo: Boitempo.

DIEGUES, A.C. (1994). *O mito moderno da natureza intocada*. São Paulo: NUPAUB-USP.

ENGELS F. & MARX K. (1998). *O Manifesto Comunista*. São Paulo: Boitempo.

HARVEY, D. (2011). *O enigma do capital e as crises do capitalismo*. São Paulo: Boitempo.

_____ (2006). *Espaços de Esperança*. São Paulo: Edições Loyola.

LEFEBVRE, H. (2004). *Revolução Urbana*. Belo Horizonte: Humanitas.

_____ (2010). *O direito à Cidade*. São Paulo: Editora Centauro.

LÖWY, M (2012). *A teoria da revolução no jovem Marx*. São Paulo: Boitempo.

LOUREIRO (Org.) (1999). *A Grande Recusa hoje*. Vozes: Petrópolis.

MATHEUS e SILVA, L.F. (2013). *"Ilusão Concreta, Utopia possível: Contraculturas Espaciais e Permacultura (uma mirada desde o Cone Sul)"*. (Tesis de Doctorado). Facultad de Filosofía, Letras y Ciencias Humanas, Universidade de São Paulo. São Paulo.

PEREIRA (1985). *O que é contracultura*. São Paulo: Brasiliense.

PORTO-GONÇALVES, C.W. (2006). *A globalização da natureza e a natureza da globalização*. Rio de Janeiro: Civilização Brasileira.

ROSZAK, T. (1972). *A Contracultura*. Petrópolis: Editora Vozes.

SMITH, N. (1988). *Desenvolvimento Desigual: natureza, capital e produção do espaço*. Rio de Janeiro: Bertrand Brasil.

